

O A S I S

2018
Enero-Junio

OBSERVATORIO DE ANÁLISIS DE LOS SISTEMAS INTERNACIONALES

DOSSIER TEMÁTICO: LA SITUACIÓN DE LOS PAÍSES
DEL MEDIO ORIENTE Y NORTE DE ÁFRICA POSTERIOR
A LAS REVUELTAS POPULARES DEL AÑO 2011



CENTRO DE INVESTIGACIONES Y PROYECTOS ESPECIALES
UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Nº 27

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
Juan Carlos Henao Pérez

DECANO (F) DE LA FACULTAD DE FINANZAS, GOBIERNO Y RELACIONES INTERNACIONALES
Roberto Hinestrosa Rey

DIRECTOR DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES Y PROYECTOS ESPECIALES - CIPE
Gonzalo Ordóñez-Matamoras

EDITORA (E)
Marie Eve Detoef

EDITORA
Martha Ardila

EDITOR INVITADO
Felipe Medina Gutiérrez

ASISTENTE EDITORIAL
Luz Adriana Gómez Gómez

CORRECCIÓN DE ESTILO
María José Díaz Granados M.

OASIS está indexada en el catálogo Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal (LATINDEX), el Directory of Open Access Journals (DOAJ), y en las bases de datos del International Bibliography of Social Sciences (IBSS), Emerging Sources Citation Index (ESCI), Cengage Learning, Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades (CLASE), Fuente Académica EBSCO, Dialnet, Social Science Research Network (SSRN), Red Iberoamericana de Innovación y Conocimiento Científico (REDIB), el Registro Escandinavo de Publicaciones Científicas y el Open Journal System (OJS).

ISSN 1657-7558
E-ISSN 2346-2132

© Bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual

Calle 12 n.º 1-17 Este, Bogotá, D.C., Colombia
PBX: 3419900, ext. 2002
Correo electrónico: oasis@uexternado.edu.co
URI: www.uexternado.edu.co/oasis

Primera edición: mayo de 2018
Diagramación: Precolombi EU – David Reyes
Impresión y encuadernación: Digiprint Editores S.A.S.
Tiraje de 1 a 1.000 ejemplares

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Tabla de contenido

PRESENTACIÓN 1

Marie Eve Detoef

Felipe Medina Gutiérrez

I. ENFOQUE REGIONAL

- EL MEDIO ORIENTE: ENTRE REBELIONES POPULARES Y GEOPOLÍTICA7
Gilberto Conde
- SIETE AÑOS DESPUÉS: MEDIO ORIENTE Y EL CONTEXTO INTERNACIONAL27
Marta Tawil
- IRÁN Y ARABIA SAUDÍ, RIVALIDADES GEOPOLÍTICAS Y ESCENARIOS DE CONFRONTACIÓN.....47
Sergio I. Moya Mena
- *ḤARB AL-MA‘LUMĀT*: GEOPOLÍTICA DE LOS CANALES DE INFORMACIÓN ÁRABES DESPUÉS
DE LAS SUBLEVACIONES DE 201167
Massimo Di Rico

II. ESTUDIO DE CASOS ESPECÍFICOS

- YEMEN: UN ESCENARIO DE GUERRA Y CRISIS HUMANITARIA.....91
Felipe Medina Gutiérrez
- LÍBANO: VECINO INDISPENSABLE PARA LOS REFUGIADOS DE ORIENTE MEDIO113
Víctor De Currea-Lugo

- LA INTERVENCIÓN EN LIBIA EN 2011: EL DISPOSITIVO DEMOCRÁTICO GLOBAL
EN FUNCIONAMIENTO 129
Mariela Cuadro
- PALESTINA, ISRAEL Y LA GEOPOLÍTICA DE ASIA OCCIDENTAL 149
Pío García

III. MEDIO ORIENTE Y AMÉRICA LATINA

- EL TERCERMUNDISMO COMO DOCTRINA POLÍTICA INTERNACIONAL EN EL ACERCAMIENTO
DE IRÁN A VENEZUELA..... 169
Pablo Álvarez Cabello
- ¿QUÉ CONTRIBUCIÓN PUEDE HACER COLOMBIA A LA PAZ Y AL RESPETO DEL DERECHO
INTERNACIONAL EN EL SAHARA OCCIDENTAL?..... 191
Carlos Ruiz Miguel

INDICACIONES PARA LOS AUTORES..... 211

GUIDELINES FOR AUTHORS..... 215

Oasis, Observatorio de Análisis de los Sistemas Internacionales, 2018. Centro de Investigaciones y Proyectos Especiales, CIPE, Facultad de Finanzas, Gobierno y Relaciones Internacionales. Universidad Externado de Colombia, pp. 7-210.

I. Enfoque regional. II. Estudio de casos específicos. III. Medio Oriente y América Latina.

Presentación*

¿Qué queda de la llamada “Primavera Árabe”? Siete años después del movimiento sin precedentes de revueltas populares que sacudió al norte de África y el Medio Oriente cabe preguntarse qué ha cambiado en el complejo ajedrez geopolítico de esta región. La esperanza de cambio generada a partir de la salida de antiguos dictadores como Ben Ali en Túnez y de Hosni Mubarak en Egipto, se ve contrastada por la guerra en Yemen y en Siria, que aparece hoy como el trágico epílogo de aquellas ambiciones frustradas. A pesar de esto, es importante anotar que las fuerzas y los actores que entonces se movilizaron no han desaparecido, y el anhelo de cambio continúa. Para bien o para mal, la “Primavera Árabe” modificó duraderamente las dinámicas en juego y los equilibrios regionales.

La revista *Oasis*, de la Facultad de Finanzas, Gobierno y Relaciones Internacionales se complace en presentar una edición especial sobre este tema, en la cual se cruzan miradas y perspectivas de diversos especialistas de México, Costa Rica, España, Italia, Argentina, Chile y Colombia, a fin de poder contribuir a la comprensión de los cambios en marcha en aquella región estratégica.

Esta edición especial se encuentra dividida en tres secciones. La primera sección incluye artículos con enfoque regional, la segunda presenta estudios de casos en países específicos, y los dos artículos que componen la tercera sección tratan temáticas que vinculan la situación en el Medio Oriente con América Latina.

El primer artículo, de Gilberto Conde, titulado “El Medio Oriente: entre rebeliones populares y geopolítica”, expone una radiografía global de la región y de sus actores. Allí habla de “la nueva guerra fría del Medio Oriente”, donde prepondera la rivalidad de dos ámbitos conservadores, Irán y Arabia Saudita, que estructuran hoy los alineamientos regionales –los cuales no pueden reducirse a sus dimensiones religiosas–, apoyados por dos hegemonías externas, Rusia y Estados Unidos, y una serie de actores no estatales, como al-Qaeda, Estado Islámico y redes de activistas progresistas, por fuera de estos polos.

El segundo artículo, titulado “Siete años después: Medio Oriente y el contexto internacional”, de la profesora Marta Tawil, presenta los procesos de cambio inducidos por las revueltas árabes en su contexto internacional para analizar el papel que ha jugado

* DOI: <https://doi.org/10.18601/16577558.n27.01>

este último en las evoluciones internas. Más que otras regiones, el Medio Oriente ha sido objeto de la atención y las codicias de actores extrarregionales que han influido en su devenir. La autora privilegia tres variables para desvelar la interacción entre dinámicas locales e internacionales: la economía, la violencia y la política exterior de los Estados.

Sergio Moya Mena examina en detalle la rivalidad entre Irán y Arabia Saudita, que domina la geopolítica regional. En su artículo “Irán y Arabia Saudí, rivalidades geopolíticas y escenarios de confrontación” analiza las lógicas, los espacios y los actores de esta confrontación para, en su conclusión, plantear el debate sobre la posibilidad de un conflicto bélico directo entre los dos líderes regionales.

El último artículo de esta sección analiza la región desde el prisma de la información. Massimo Di Ricco, presenta un estudio sobre los medios de comunicación en el mundo árabe. Su artículo, “*Ḥarb al-Ma‘lūmāt*: geopolítica de los canales de información árabes después de las sublevaciones de 2011”, evalúa el comportamiento de importantes medios como al-Jazeera, antes y después de las revueltas populares. Dichas protestas impulsaron la aparición de nuevos medios y conllevaron una reorganización del ecosistema informativo. La lucha por la audiencia entre televisiones de información satelital, mayoritariamente en manos de actores estatales, dibuja una nueva geopolítica de la información, caracterizada por la creciente subordinación de los medios de comunicación a intereses partidistas y disputas por el poder.

El conflicto yemení poco aparece en los medios de comunicación de América Latina.

La magnitud de la tragedia humanitaria que allá se vive, y la complejidad de las interacciones regionales que se tejen, justifican que el artículo de Felipe Medina Gutiérrez encabece la sección de nuestra revista dedicada a las temáticas locales. Titulado “Yemen: un escenario de guerra y crisis humanitaria”, el texto explica las raíces de este conflicto olvidado, analizando los intereses en juego, los procesos de negociación que se han llevado a cabo y las razones del actual impase.

En el artículo “Líbano: vecino indispensable para los refugiados de Oriente Medio”, el profesor Víctor De Currea-Lugo estudia la situación de los refugiados palestinos y sirios en este pequeño país de 10.000 km². Allí demuestra la interrelación que hay entre los conflictos en Siria y Palestina, para después comentar sobre temas vitales en los campos de refugiados como la educación y la salud. Los testimonios recogidos en el terreno por el autor apuntan a que todos los refugiados, tanto palestinos como sirios, requieren de la atención de la comunidad internacional para que sus derechos se hagan efectivos, pero también aporta la reflexión sobre algunas alternativas para mejorar la situación de los refugiados, sin que dependan enteramente de esta ayuda.

El artículo de Mariela Cuadro, titulado “La intervención en Libia en 2011: el dispositivo democrático global en funcionamiento”, analiza los discursos elaborados por la ONU y la OTAN para justificar la intervención militar en Libia en 2011, a la luz de lo que denomina el “dispositivo democrático global”, construido con los aportes de autores como Michel Foucault. La autora se detiene en términos recurrentes del discurso dominante, como son

la responsabilidad de proteger, la democratización y la libertad.

El último artículo de esta sección, “Palestina, Israel y la geopolítica de Asia Occidental”, de Pío García, analiza el juego geopolítico de las potencias en esta región estratégica (cuestionando el nombre eurocéntrico de “Medio Oriente”). Disecando el discurso de Israel, el alcance de sus nuevas narrativas y de su modelo, el autor critica la política del Estado judío que sigue desarrollándose al amparo de Washington, para concluir que la única opción de solucionar el conflicto radica en una acción multilateral decidida.

Los últimos dos artículos de *Oasis* vinculan el Medio Oriente y el Norte de África con América Latina.

Pablo Álvarez Cabello, en su texto “El tercermundismo como doctrina política internacional en el acercamiento de Irán a Venezuela”, estudia la dimensión ideológica de la relación que hubo entre el presidente Mahmoud Ahmadiyad y su homólogo Hugo Chávez. Demuestra cómo las posturas antiglobalización y antiimperialismo del dirigente iraní le permitieron acercarse al país de la revolución bolivariana, sin lograr la adhesión de su opinión pública, ni cambios en el orden interno. La radicalidad del discurso iraní contrasta con el inmovilismo político interior y el conservatismo de las estructuras sociales.

Sahara Occidental es el tema escogido por Carlos Ruiz Miguel, quien en su artículo

“¿Qué contribución puede hacer Colombia a la paz y al respeto del derecho internacional en el Sahara Occidental?”, a partir de un análisis histórico y jurídico del conflicto, interroga sobre una posible contribución del proceso de paz en Colombia al proceso político en curso allí. Al señalar que la responsabilidad de hacer respetar el derecho internacional recae sobre los Estados de la llamada comunidad internacional, el autor se pregunta por qué Colombia no “descongela” las relaciones con la RASD.

Por último, se señala que, por decisión de los autores, en el artículo de Medina Gutiérrez y en el título del texto de Di Ricco, se usa la transliteración del árabe al español, según el *Diccionario de árabe culto moderno* de Julio Cortés.

El comité editorial de *Oasis* confía en que las contribuciones de los autores en esta edición número 27 promuevan el interés y el estudio de temas relacionados con el Medio Oriente y norte de África, e incentiven futuros proyectos de investigación en nuestro país. Igualmente, se espera que este volumen contribuya al debate académico que se adelanta en las universidades en Colombia. Como siempre, agradecemos a todos los autores y los árbitros que han contribuido a la calidad de esta revista, así como al equipo administrativo del Centro de Proyectos Especiales (CIPE) y al Departamento de Publicaciones de la Universidad Externado de Colombia.

MARIE EVE DETOEUF
Editora encargada

FELIPE MEDINA GUTIÉRREZ
Editor invitado



ENFOQUE REGIONAL

El Medio Oriente: entre rebeliones populares y geopolítica

Gilberto Conde

Siete años después: Medio Oriente y el contexto internacional

Marta Tawil

Irán y Arabia Saudí, rivalidades geopolíticas y escenarios de confrontación

Sergio I. Moya Mena

***Ḥarb al-Ma'lūmāt*: Geopolítica de los canales de información árabes después de las sublevaciones de 2011**

Massimo Di Rico

El Medio Oriente: entre rebeliones populares y geopolítica

Gilberto Conde*

RESUMEN

Medio Oriente ha sido escenario de fuertes convulsiones desde los levantamientos populares de 2011. Los enfrentamientos entre dos ámbitos de actores regionales con conexiones internacionales y su influencia en los conflictos existentes mantiene similitudes con la guerra fría árabe terminada alrededor de 1971. Sin embargo, también tiene grandes diferencias, como la aparición de nuevos actores no estatales que escapan a la lógica de los polos, intrínseca a cualquier guerra fría. La situación actual exhibe dos ámbitos conservadores, uno liderado por la monarquía saudí, que incluye la rivalidad de esta con la qatarí, y otro por los gobernantes iraníes. Esto, sin embargo, no debe confundirse con una oposición binaria entre sunníes y shiíes. En el texto se explora la génesis y el carácter de lo que podríamos llamar “la nueva guerra fría del Medio Oriente”,

particularmente en el contexto de las diversas revueltas populares en los países árabes y las reacciones conservadoras más importantes.

Palabras clave: Irán, Arabia Saudí, guerra fría árabe, hegemonía estadounidense, Qatar.

The Middle East: Between Popular Uprisings and Geopolitics

ABSTRACT

The uprisings witnessed by many Arab countries since 2011, faced geopolitical actions by regional and world powers. Regional actors have come to clash in the Middle East in ways reminiscent of the Arab Cold War that lasted from the mid-1950s to the early 1970s. The differences, however, are noticeable, including, for instance, the emergence of non-state actors

* Doctor en Estudios de Asia y África, especialidad en Medio Oriente, El Colegio de México. Docente-investigador, El Colegio de México. [gilberto.conde@colmex.mx].

Recibido: 15 de junio de 2017 / Modificado: 31 de octubre de 2017 / Aceptado: 8 de noviembre de 2017

Para citar este artículo:

Conde, G. (2018). El Medio Oriente: entre rebeliones populares y geopolítica. *OASIS*, 27, 7-25.

DOI: <https://doi.org/10.18601/16577558.n27.02>

that do not fall into the logic of poles, intrinsic to any cold war. The current divisions display two conservative spheres, one under the hegemony of the Saudi monarchy – which faces an internal rivalry with Qatar – and the other led by the Iranian rulers, without being, however, a simple binary contradiction between Sunnis and Shiites. This text explores the genesis and character of what we have called the “New Middle East Cold War,” and the ways in which these Cold Warriors—conservative in both sides—have dealt with the Arab uprisings.

Key words: Iran, Saudi Arabia, Arab Cold War, American hegemony, Qatar.

INTRODUCCIÓN

Tras los ríos de sangre y las nubes de pólvora y polvo que se han alzado sobre Siria, Iraq, Libia, Yemen y otros territorios del Medio Oriente desde 2011, año en que se levantaron numerosos pueblos árabes contra sus regímenes autoritarios, se distinguen las siluetas de las potencias mundiales y los Estados poderosos de la región. Una vez sometidas las rebeliones, los gobernantes locales, regionales y mundiales, reacios a aceptar cualquier tipo de cambios en el área, han tomado partido a favor de unos gobiernos y en contra de otros. Esto ha generado, en torno del conflicto entre pueblos y gobernantes, el choque de alineaciones de Estados que intentan promover sus intereses regionales y hacer retroceder los de sus adversarios. Encontramos por un lado los aliados de Estados Unidos, divididos en dos bandos, uno liderado por Arabia Saudí—en el que entre sombras se ubica Israel— y otro por

Qatar y Turquía, y por otro lado los aliados de Rusia, liderados por Irán.

Periodistas y especialistas, seducidos por una narrativa propagada por algunos gobiernos de la región, suelen simplificar el panorama y afirmar que se trata de un conflicto sunní-shií. A menudo agregan que los líderes iraníes han establecido un “Creciente Shií” que va desde la República Islámica de Irán hasta Líbano con Hezbollah, pasando por Iraq, gobernado por shiíes, y Siria, bajo el control de alawíes (véase *inter alia* Marcinkowski, 2013). La realidad es mucho más compleja; por supuesto, lo religioso y sectario tiene su papel en los conflictos actuales, pero los intereses materiales y de poder de las oligarquías regionales y mundiales tienen un peso indiscutiblemente grande.

Más que el choque de dos sectas religiosas, la rivalidad saudí-iraní genera reminiscencias de lo que Malcolm Kerr (1971) llamó “la guerra fría interárabe”, que marcó las décadas de 1950 y 1960. Lo mismo vale para las fricciones saudí-qataríes. Con agudeza singular, el profesor libanés-estadounidense explicó que el eje central en torno del que giraban las relaciones políticas en el Medio Oriente durante la guerra fría era la división de los países entre conservadores y revolucionarios, entre aquellos—cuyos líderes ofrecían su lealtad al bloque capitalista, estadounidense, y se apoyaban en él para su supervivencia— y los que se declaraban no alineados—pero que encontraban cobijo en el bloque llamado comunista, liderado por la Unión Soviética—. El todo se enmarcaba en el contexto de la Guerra Fría mundial.

En lo que va del siglo XXI, como atinadamente ha observado F. Gregory Gause (2014),

se está viviendo en la región algo bastante parecido a aquella Guerra Fría en muchas de sus características, como las que se enumeran aquí. Los actores principales miden su poder mediante su capacidad para afectar las luchas políticas internas de Estados vecinos, en los que los regímenes débiles enfrentaban dificultades para controlar a sus propias sociedades. Los actores locales, por su parte, buscaban aliados regionales que los apoyaran en contra de sus oposiciones internas. Los actores no estatales desempeñaban papeles fundamentales. Los campos no siempre estaban unidos, y, en ocasiones, las alianzas rebasaban sus límites. Aunque las superpotencias eran participantes de peso, no eran los maestros que conducían los acontecimientos.

Estas semejanzas entre aquel periodo y el actual son sin duda sorprendentes, pero las diferencias son igualmente importantes, tanto en la escala regional como en la mundial. Lo ocurrido durante el medio siglo transcurrido desde que culminara la guerra fría interárabe entre 1967 y 1971, en parte debido a su propio desenlace, ha transformado las sociedades, el carácter de muchos gobiernos, sus prácticas y discursos, las confianzas y desconfianzas de las poblaciones respecto de sus gobernantes y sus partidos, el contenido y la influencia de los ideales “progresistas” y “reaccionarios”.

Así, algunos de los protagonistas estatales no son los mismos que hace cincuenta años. Con la muerte de Naser, el régimen egipcio se transmutó y abandonó sus intenciones o pretensiones revolucionarias. El golpe de Estado de Hafez al-Asad le quitó el filo de izquierda al Ba' th sirio. El desenlace de la Guerra Fría planetaria en 1989-1991 también ha tenido repercusiones: desapareció la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, y la Rusia de ahora es abiertamente capitalista.

Para resumir, se puede decir que los conflictos actuales entre Estados en el Medio Oriente enfrentan a dos campos conservadores, aunque cada uno tenga sus propios subconflictos. Es decir, tanto los aliados de Estados Unidos –Arabia Saudí, Israel, Emiratos Árabes Unidos, pero también Qatar y Turquía–, como los de Rusia –Irán, Siria y sus socios– se oponen claramente a tolerar cambios que permitan a las poblaciones tomar el control de sus destinos.

Fuera del ámbito estatal –geopolítico, podríamos decir–, han entrado en escena nuevos protagonistas que quisieran escapar a la lógica de los conflictos entre potencias grandes y medianas, aunque intentan a veces usarlas. El más notorio, sin duda, es el de las organizaciones armadas llamadas yihadíes o takfiríes¹, como al-Qaeda o Estado Islámico

¹ Se les llama yihadíes porque los integrantes de estas organizaciones armadas presentan su movimiento armado como un yihad o esfuerzo en el sendero de Dios. Nótese que el adjetivo yihadí es distinto al que en árabe normalmente corresponde al sustantivo yihad, que sería muyahid. Al darles aquel adjetivo se busca cuestionar que sus acciones tengan algo que ver con el legítimo esfuerzo en el sendero de Dios. Por otro lado, el nombre de takfiríes hace referencia a la práctica que tienen estos grupos de declarar apóstatas a otros musulmanes, particularmente a los musulmanes shi'íes, pero también a los sunníes que consideren malos gobernantes o malos practicantes. Históricamente, el takfir (más o menos equivalente a la excomunión en el cristianismo) ha sido mal visto en el islam. Su uso lo han extendido ciertos movimientos islamistas desde la segunda mitad del siglo xx.

(Daesh, ISIS, ISIL, EIIL, EI o el acrónimo que el lector guste emplear). Existen otras organizaciones conservadoras, fundamentalistas islámicas, que no necesariamente son armadas, como los Hermanos Musulmanes. Otro actor muy importante, aunque haya caído en desuso mencionarlo en los medios masivos de comunicación, es el de los manifestantes surgidos de las movilizaciones populares de 2011. Habría que agregar aquí la corriente predominantemente kurda que ha animado los procesos de autogobierno en el Rojava (a pronunciar Royavá, oeste del Kurdistán, y que equivale a una franja del norte de Siria).

En este artículo se exploran estas evoluciones en perspectiva histórica con el objetivo de entender la génesis y el carácter de lo que podríamos llamar “la nueva guerra fría del Medio Oriente”, y no únicamente a sus protagonistas más notorios. Tras reflexionar brevemente acerca de la evolución de las geopolíticas de las potencias grandes y medianas hacia y en la región durante la centuria pasada, y la transformación de la política regional durante los últimos tres lustros, se analizan los efectos de la ocupación estadounidense de Iraq sobre los ánimos de las potencias regionales y de las poblaciones. Se propone, asimismo, una reflexión acerca de las revueltas populares en los países árabes de 2011 y las reacciones conservadoras más importantes. Se pone énfasis en los acontecimientos de Siria, que resumen en gran medida los conflictos en curso.

REVOLUCIONARIOS Y CONSERVADORES DEL SIGLO XX

El siglo xx atestiguó el despliegue de las ambiciones imperialistas sobre el Medio Oriente, pero también el surgimiento de importantes tendencias de resistencia que se expresaron en movimientos políticos laicos y religiosos, revolucionarios y conservadores. Mientras que durante las primeras décadas de la independencia, las de 1950 y 1960, gobiernos nacionalistas y movimientos de izquierda expresaban el antiimperialismo resultante, en los decenios posteriores los gobiernos republicanos se volvieron conservadores, a menudo vectores de los intereses hegemónicos globales. Mientras que perdían liderazgo interno, dependían cada vez más del espionaje, la represión y la corrupción para mantenerse en el poder. Simultáneamente, los movimientos islamistas se fueron convirtiendo en los representantes principales de la protesta social en toda la región (Achcar, 2004).

Inaugurado con la Primera Guerra Mundial, el corto siglo xx —como Eric Hobsbawm (1994) llamara al periodo comprendido entre 1914 y 1991— vio de inmediato la colonización del Medio Oriente. Las potencias victoriosas, Gran Bretaña y Francia, pusieron en marcha los acuerdos secretos que establecieron durante la conflagración para distribuirse los territorios árabes del Imperio Otomano y establecieron su influencia en otros países de la región. Dividieron la zona con el establecimiento de Siria, Iraq, Líbano, Jordania y Palestina, que ocuparon, y controlaron Irán y lo que después sería Arabia Saudí.

Con el inicio de la hegemonía mundial de Estados Unidos tras la Segunda Guerra, se otorgó la independencia a los países colonizados, pero se pretendió sujetarlos mediante un nuevo tipo de dominación. Aparte de apoyar la creación del Estado de Israel, la administración estadounidense y la corona británica se esforzaron por atar a los pueblos de la región mediante tratados militares en nombre de la lucha contra la Unión Soviética.

Los deseos de independencia y unidad agitaron a las poblaciones árabes y cristalizaron en el ascenso al poder de dirigentes nacionalistas en Egipto, Siria e Iraq. Durante más de una década afirmaron su independencia al rechazar la colonización israelí de Palestina, criticar de forma feroz a las monarquías conservadoras árabes y establecer relaciones con la Unión Soviética. Resonaron nombres de líderes republicanos como Gamal Abdel Naser, presidente de Egipto; Abd al-Karim Qasim, primer presidente de Iraq, o Salah Jadid, dirigente del ala izquierda del Ba'ath sirio y hombre tras el poder en Damasco durante algunos años. Les seguirían otros como Yaser Arafat, líder de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), y Kamal Jumblat, del Movimiento Nacional Libanés.

La guerra fría interárabe fue demasiado desafío para esa generación soñadora de independencia y revolución social. Los monarcas de Arabia Saudí y Jordania, con todo el apoyo de sus aliados—léase patrones—estadounidenses y europeos, además del de sus vecinos no

árabes, Israel, Turquía e Irán, buscaron formas de debilitar los liderazgos radicales. Las costosas guerras israelí-árabes se sumaron a las intrigas y a la promoción desde Arabia Saudí de movimientos islamistas que socavaran las bases de los nacionalistas. Esto se sumó a las contradicciones propias de los panarabistas que promovían, cada uno, a su propio partido en detrimento de los otros. El Cairo se desangró con la guerra egipcio-saudí en Yemen.

Debilitados por sus propias contradicciones, los nacionalistas árabes republicanos sufrieron una fuerte derrota en 1967 cuando Israel lanzó un ataque sorpresa con apoyo del Pentágono. La maquinaria de guerra de Tel Aviv ocupó Cisjordania, Gaza, la península del Sinaí y los Altos del Golán. Pocos meses después, en una cumbre de la Liga Árabe, el Gobierno saudí ofreció soporte económico, aprovechando sus recursos petroleros, para la recuperación de los países derrotados². El bloque conservador venció así al revolucionario tras años de confrontación.

La guerra fría interárabe, sin embargo, no culminaría por completo sino entre 1969 a 1971, con una serie de cambios de régimen que llevaron al poder a élites originadas en las corrientes nacionalistas pero más dispuestas a transigir, lo que representaría el inicio del fin de una generación revolucionaria. En Egipto, murió Naser en 1970 y entraron Anwar al-Sadat y, a su muerte 11 años después, Hosni Mubarak. En Iraq, Saddam Husayn, del ala derecha del Ba'ath, dio un golpe de Estado

² Acerca de la cumbre de Khartum y sus consecuencias sobre los nacionalistas árabes, véase, entre otros, la interesante discusión de George Corm (2012).

contra el Gobierno nacionalista. En Siria, Hafez al-Asad dirigió una asonada contra el ala izquierda del Ba'ath. A pesar de mantener el discurso nacionalista y, en ocasiones, incluso socialista, los nuevos regímenes, además de autoritarios y represivos, serían más proclives a transigir con Washington y no pocos de sus aliados conservadores. Sadat llevó a Egipto a firmar un acuerdo de paz con Israel separado de los palestinos y los demás países árabes. Sin llegar tan lejos, Asad representaba una opción relativamente moderada hacia Washington, Israel y las monarquías del Golfo, si se le compara con el Gobierno que depuso. Con todas sus ambiciones, Saddam Husayn también buscaba acomodarse, como demostraría en numerosas ocasiones, particularmente entre 1975 (con los Acuerdos de Argel con el shah de Irán) y 1988 (tras la guerra con Irán, que agradaba a Washington y Riyad).

La historia de los fundamentalismos islámicos es bastante compleja. Estos movimientos tienen raíces propias, pero también importantes aportes estatales. Arabia Saudí y otros aliados de Estados Unidos y Gran Bretaña tienen una larga historia, por lo menos desde 1962, de promoción de los movimientos islamistas contra los gobiernos nacionalistas y los movimientos de izquierda en los países árabes e islámicos (Corm, 2012; Ozkan, 2015). Después de cierto tiempo, muchos han virado contra sus antiguos promotores. El primero en tener éxito notorio al derrocar a un régimen y tornarse abiertamente contra Washington fue el que condujo la revolución islámica de Irán en 1979.

Para debilitar a la Unión Soviética, pero también a los ayatollahs iraníes, Estados

Unidos y sus aliados regionales, en particular Arabia Saudí y Pakistán, alentaron la formación de ejércitos de muyahidín para combatir a los soviéticos en Afganistán en nombre de la fe y de Dios. Reclutaron a afganos y a ciudadanos de numerosos países árabes e islámicos en lo que después se conocería como la red al-Qaeda para luchar contra los soviéticos y el Gobierno ligado a estos en Afganistán, con base en una versión particularmente radical de fundamentalismo islámico.

Con el fin de la llamada Guerra Fría a escala mundial tras la disolución de la Unión Soviética en 1991, Washington dio un giro en su geopolítica hacia el mundo y hacia la región en particular. El Gobierno de Estados Unidos, erigido en única superpotencia mundial, formó una alianza global que atacó a Iraq aprovechando que el Gobierno de Saddam Husayn había invadido Kuwait. Durante trece años se mantuvo al país mesopotámico bajo acoso con severas sanciones económicas y bombardeos cotidianos (Simons, 2002). Paralelamente, se inició un proceso de negociaciones árabe-israelíes que llevaron a lo que parecían posibilidades de paz en el expediente palestino, con los famosos acuerdos de Oslo, pero que terminaron en un callejón sin salida. Si la mediación del presidente Clinton hubiese llevado a una solución justa y duradera del conflicto israelí-palestino e israelí-árabe, las animadversiones antiestadounidenses se podrían haber reducido de manera radical; pero no fue el caso.

Sin embargo, durante la década de 1990, los administradores de la Casa Blanca condujeron una política que los llevó a enfrentarse con los movimientos islamistas que habían

apoyado hasta la década anterior, y a generar una animadversión creciente hacia su país entre las poblaciones árabes y musulmanas. En esos años hubo importantes debates entre los intelectuales estadounidenses del poder. Mientras que algunos plantearon que su país vivía un momento unipolar que debía aprovechar (Krauthammer, 1990), otros cayeron en cuenta de que Estados Unidos podía perder su posición hegemónica. Una de las causas era la pérdida del enemigo soviético que tanto ayudaba a mantener unidos a los aliados detrás del liderazgo estadounidense. Samuel Huntington (1998) propuso convertir al islam y a la civilización islámica en el enemigo capaz de mantener a la superpotencia en su posición predominante.

Aunque la administración estadounidense nunca se dejó seducir del todo por la tesis del choque de civilizaciones, sí jugó con ella. Por supuesto, mantuvo excelentes relaciones con la monarquía saudí y con presidentes como Hosni Mubarak y las élites de Turquía, por no hablar de las de tantos otros países islámicos. No obstante, parte importante de los medios de comunicación de su país insistían en pintar a los musulmanes como terroristas. Al-Qaeda se convirtió en un enemigo que mostró su capacidad ofensiva el 11 de septiembre de 2001 con los ataques terroristas de Nueva York³.

LA OCUPACIÓN DE IRAQ EN 2003 Y LA NUEVA GUERRA FRÍA DEL MEDIO ORIENTE

Para rastrear los orígenes de la nueva guerra fría del Medio Oriente es indispensable entender el devenir de la invasión estadounidense de Iraq de 2003. La rivalidad entre el Reino de Arabia Saudí y la República Islámica de Irán no es algo nuevo. Como se mencionó, la guerra de 1980 a 1988 del Gobierno de Saddam Husayn contra Irán había contado con el total apoyo saudí. Justo cuando el radicalismo nacionalista parecía haber quedado bajo control, aparecía uno nuevo y quizás tan contagioso, ahora de corte religioso, que cuestionaba el régimen monárquico. Sin embargo, la guerra había dejado exangüe a Irán. No fue sino a partir de la ocupación estadounidense de Iraq que empezó a hacerse patente la vitalidad de la reconstrucción iraní y a extenderse su influencia por la región de manera más consistente. Fue también entonces que emergió con fuerza la nueva guerra fría regional.

Al ocupar Iraq en la primavera de 2003, la administración estadounidense de George W. Bush intentaba operar un viraje geopolítico; era el primer paso de un ambicioso proyecto. Tras ese país debían caer otros que la Casa Blanca consideraba hostiles, particularmente el iraní, el sirio y el libio. El fracaso rotundo en Iraq les impidió continuar. Los “civiles del

³ En realidad, al-Qaeda ya había realizado un par de atentados exitosos contra objetivos estadounidense, como el ataque contra la embajada en Nairobi (Kenia), en 1998, o el que averió el navío de la armada estadounidense, el *USS Cole*, en 2001.

Pentágono” que habían concebido el plan se proponían garantizar que su país se mantuviera al frente del mundo durante el siglo que se abría (su página de internet, ahora inexistente, era www.newamericancentury.org). Controlar el Medio Oriente, aquel viejo sueño de los primeros años de la Guerra Fría global, era una pieza clave de una estrategia para evitar que algún país o coalición, incluyendo China, pudiera obtener la hegemonía sobre el conjunto del sistema capitalista.

Sin embargo, la campaña iraquí no solo fue un fiasco monumental por la derrota que las resistencias le propinaron al ejército ocupante. Una de las principales fallas de la administración estadounidense consistió en establecer leyes como la de desba'thificación, que llevó a excluir de toda actividad de gobierno a cualquier persona que hubiera sido parte del Partido Ba'th, sin importar que lo hubiera sido de manera voluntaria o por falta de alternativa. Otra fue la de organizar las nuevas instituciones políticas del país como si la sociedad se dividiera esencialmente entre sunníes y shiíes, cuando la realidad profunda del país no era esa (Conde, 2002). Con el argumento de que los shiíes eran mayoría, los tropas de ocupación le dieron el poder a los partidos islamistas shiíes con los que venían tratando desde la guerra de 1991 (Ismael y Fuller, 2009). El Gobierno iraquí así constituido desconfiaba de las comunidades sunníes y se apoyó cada vez más en el Estado iraní que en las fuerzas de ocupación; a esto se sumó la venalidad de un Gobierno producto de la ocupación. Lo anterior llevó a las comunidades sunníes a sentirse discriminadas y contribuyó a atizar la división sectaria.

Washington fue descubriendo que un gasto de varios millones de millones (billones) de dólares y la muerte de varios miles de sus soldados no solo alimentaba la resistencia sino que había resultado en fortalecer a Irán, su enemigo en la zona. Ante el acoso estadounidense y europeo, Damasco había apoyado a los rebeldes, particularmente a los ba'thistas, pero también había mantenido una alianza con el Gobierno iraní desde el inicio de la guerra Irán-Iraq. El gran aliado del Gobierno iraní en Líbano, Hezbollah, tenía cada vez más influencia en este país, particularmente tras el retiro de las fuerzas israelíes del sur del país en 2000 y la incursión israelí de 2006. Por si fuera poco, el Movimiento de la Resistencia Islámica (Hamas) de Palestina, aún siendo sunní, también tenía lazos con Teherán.

Varias monarquías del Golfo, en especial la saudí, que habían anhelado capitalizar la invasión de Iraq, veían con desasosiego que Irán era el beneficiario de la ocupación y que extendía su influencia por lo que consideraban su área de exclusividad. Invirtieron grandes sumas en promover a grupos sunníes, particularmente islamistas, que boicotearan al nuevo Gobierno de diversas maneras. Las atrocidades cometidas por las tropas ocupantes, como las torturas en la prisión de Abu Ghraib, redundaron en el fortalecimiento de organizaciones armadas de resistencia que no solo contribuyeron a la derrota de Estados Unidos en Iraq. El grupo de Al-Qaeda en Mesopotamia —que tuvo diversos nombres y fuera posteriormente renombrado Estado Islámico en Iraq y Sham (Daesh) y ahora simplemente Estado Islámico—, producto de ese proceso, se dedicó a combatir a los shiíes, más que a los ocupantes.

Gause (2014) explica con convincente elocuencia que las contradicciones saudí-iraníes no son esencialmente sectarias. No obstante, desde 2004, propagandistas jordanos, egipcios y saudíes empezaron a propalar la idea de que la contradicción fundamental en el Medio Oriente era la que oponía a sunnís y shiíes, y que Irán estaba estableciendo lo que llamaron una “Media Luna Shií” (Barzegar, 2008). Afirmaban que estaba extendiendo una hegemonía en la región por medio de gobiernos y organizaciones shiíes que formaban un arco que incluía a Iraq, Siria y Líbano con Hezbollah.

LA NUEVA GUERRA FRÍA Y LAS REBELIONES POPULARES

Literalmente, una chispa encendió la pradera árabe durante los últimos días de 2010. Se sucedieron revueltas populares en un gran número de países (Mesa Delmonte, 2012a; Galindo *et al.*, 2014), lo que terminaría por crear desasosiego en ambos lados de la guerra fría del Medio Oriente, así como entre las grandes potencias. En cuestión de semanas, cientos de miles salieron a las calles y lograron derrocar por vía pacífica a los presidentes de Túnez y de Egipto. Aparecieron manifestaciones hasta en los sitios más inverosímiles, como el reino saudí. Las autoridades estadounidenses y europeas —ni hablar de las del Golfo— mostraron desconcierto. No pocos dictadores que les habían servido para mantener en calma la región durante décadas y que aún no caían se enfilaban hacia el despeñadero. El futuro del presidente de Yemen y del monarca de Bahréin pendía de un hilo. El

único alivio que encontraron las élites euro-estadounidenses y las de ciertas monarquías de la región fue ver que también el hombre fuerte de Libia y el presidente de Siria estaban siendo cuestionados. Esto, por otro lado, era lo que preocupaba a los gobernantes iraníes, que en un inicio habían dado la bienvenida a los levantamientos. En otras palabras, las élites regionales y mundiales, conservadoras todas, reaccionaron virulentamente para intentar contener o encausar las rebeliones populares según sus intereses.

Aunque con grandes diferencias de un país a otro (Mesa Delmonte, 2012b), los movimientos insurreccionales fueron animados inicialmente sobre todo por jóvenes a los que solía preocupar bastante poco el tema religioso. Lo que en muchos casos sí les preocupaba era la penuria económica y la falta de expectativas, la corrupción, el autoritarismo y la imposibilidad de tener cualquier peso en la definición de su futuro (Conde, 2012; Isla Lope, 2012). Aunque todo esto resultaba en parte de fenómenos visibles, también tenía que ver con la transición demográfica que venía transformando a la región desde hacía décadas (Courbage y Todd, 2007; Todd, 2011).

Así como en la guerra fría árabe de hace cincuenta años se conformaron dos campos con conflictos internos, en la nueva guerra fría de la región han aparecido dos ámbitos. En uno participan los países árabes del Golfo, además de Turquía, y en el otro participa Irán, así como Siria. Hemos optado por llamarlos ámbitos para evitar la expresión de bloques, que daría la idea equivocada de que se trata de sendos grupos de aliados sin diferencias evidentes entre sí.

Desde la guerra fría interárabe (terminada en 1971), la revolución islámica de Irán (1979) y la invasión iraquí de Kuwait (1990), la monarquía saudí no había visto una amenaza a su estabilidad directa de la magnitud de la que generó la Primavera Árabe. Preocupada por el peligro de que los levantamientos culminaran en revoluciones victoriosas que desataran dinámicas ajenas a su control, esta monarquía y otras del Golfo juntaron cientos de millones de dólares para hacer frente a la situación. Orientaron sus esfuerzos a concentrar los cambios en Libia y Siria, evitar transformaciones importantes en otros países en crisis y revertir, en la medida de lo posible, lo de Egipto y Túnez. En el proceso, intentaron islamizar a los movimientos rebeldes, como se vería en Siria (véase, por ejemplo, Álvarez-Ossorio, 2017).

En torno de esto, sin embargo, apareció una fuerte diferencia dentro de lo que algunos habían considerado hasta 2014 el bloque sunní, ya que quedó plenamente al descubierto un conflicto entre saudíes y qataríes. Estos, convencidos de que era más conveniente permitir o incluso alentar ciertos cambios en la región, a condición de mantenerlos bajo control, apoyaron a varias corrientes islamistas, como los Hermanos Musulmanes en Egipto y Túnez, por no hablar de Yemen y otros países (Galindo, 2017). El Gobierno de Recep Tayyip Erdogan, de Turquía, quedó del lado de Qatar. La labor informativa de la famosa televisora qatarí al-Jazeera fue de importancia central en promover las ideas de esta corriente. La fricción interna en este bando reaparecería en la primavera y el verano de 2017 con el bloqueo saudí contra Qatar.

Como se ha mencionado, el otro grupo importante en todo esto se alinea en torno de Irán, que en un inicio vio con beneplácito el estallido de las rebeliones populares ya que inicialmente afectaron a países que estaban en el bloque proestadounidense. Cuando la rebelión llegó a Siria y los apoyos de otros países se concentraron en armar y apuntalar a los rebeldes de este país, incluso con la participación de voluntarios sunníes provenientes de todo tipo de países, los iraníes concentraron cuantos recursos pudieron en apoyar al régimen de Bashar al-Asad. Este ámbito, a su vez, contó con la participación de varias organizaciones militantes, particularmente de Hezbollah, de Líbano, y de numerosas milicias iraquíes de confesión shíí.

Como se ha visto, ambos ámbitos de la nueva guerra fría de la región están constituidos en torno de sendos liderazgos globales, aunque los regionales tienen un muy alto grado de autonomía respecto de los mundiales. Así, mientras que el ámbito saudí-qatarí se conforma en torno de Estados Unidos, el iranísirio se alinea en torno de Rusia. No obstante, cada actor estatal y cada oligarquía suele tener sus intereses, afinidades y temores propios.

Las potencias mundiales, Estados Unidos, la Unión Europea y Rusia, así como la otra potencia regional, Israel, también tienen grandes intereses que defender en la zona de entre el Mediterráneo y el Golfo. Los líderes de cada uno de los Estados en cuestión avanzaron sus propias iniciativas en las diferentes etapas de la crisis desatada en 2011. La llegada del presidente Donald J. Trump a la cima del Gobierno estadounidense estimuló las tendencias de conflicto en la región.

Es importante destacar que, aunque la guerra fría del Medio Oriente enfrenta a Estados, una diversidad de actores no estatales tiene una gran importancia en los acontecimientos de la región. Se puede argumentar que muchos de esos actores —que incluyen a organizaciones islamistas de tipos diversos, grupos paramilitares y partidos políticos— pertenecen a uno u otro ámbito, pero todos tienen sus propios intereses y objetivos que en ocasiones chocan con los de los centros de poder de la región o del mundo.

Asimismo, hay que destacar la existencia de otros dos sectores que escapan en gran medida a la lógica de la guerra fría regional. Por un lado se encuentran dos renombradas organizaciones salafíes transnacionales, Daesh y al-Qaeda. Por el otro lado están las organizaciones del movimiento kurdo de liberación, como el Partido de la Unidad Democrática (PYD) en Siria y, por supuesto, un muy amplio pero bastante desarticulado y poco delimitado sector de jóvenes que participaron en las movilizaciones masivas y pacíficas de 2011.

Adelante veremos los detalles. Antes, no obstante, hay que decir que, en el fondo, tiene razón Gilbert Achcar (2016) cuando afirma que en la actualidad se enfrentan entre sí sectores conservadores, que incluyen a los Estados de la región y del mundo, así como a las organizaciones islamistas. No solo compiten entre sí, sino que buscan evitar la eclosión de los movimientos progresistas que vieron la luz a raíz de los acontecimientos de Túnez a mediados de diciembre de 2010. Esto le da a la actual guerra fría del Medio Oriente un carácter a la vez similar y bastante distinto al que tenía la de las décadas de 1950 y 1960.

EL ÁMBITO SAUDÍ Y LA HEGEMONÍA ESTADOUNIDENSE

El ámbito en el que destaca Arabia Saudí incluye, entre otros, a Qatar, Turquía, Emiratos Árabes Unidos, Kuwait, Bahrein, Jordania y Egipto. A estos se unen actores no estatales o semiestatales, como el libanés Movimiento Futuro, del hombre político y de negocios Sa'ad Hariri y el Gobierno Regional del Kurdistan (GRK) iraquí, encabezado por la familia Barzani y su Partido Democrático del Kurdistan (PDK). Se trata de gobiernos, movimientos políticos y oligarquías que se han alineado tras la hegemonía estadounidense desde hace décadas. Como se sabe, a escala mundial participan en este campo países miembros de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), tales como Gran Bretaña y Francia.

Como se advertía en la introducción a este apartado, se han hecho notorias las subfacciones dentro de este grupo. La monarquía saudí apoyó el golpe de Estado en Egipto en 2013, mediante el que se depuso al gobierno de los Hermanos Musulmanes, el único democráticamente electo en el país. Por supuesto, el Gobierno militar no solo puso fin al nuevo Gobierno que estaba imponiendo políticas de corte fundamentalista, sino también a los avances democráticos que habían conseguido los manifestantes de 2011. La monarquía y los líderes religiosos saudíes han mantenido una actitud sumamente hostil hacia la Sociedad de los Hermanos Musulmanes no únicamente en Egipto, sino en toda la región, sin importar que la hermandad sea también sunní y tenga un programa fundamentalista (aunque con diferencias respecto del saudí).

Por el contrario, la familia real qatari y el Gobierno de Turquía dieron la bienvenida a los movimientos populares, aunque buscando promover a los Hermanos Musulmanes. Esta afinidad generó fricciones entre Qatar y Turquía, por un lado, y Arabia Saudí y otras monarquías del Golfo, por no hablar del Gobierno militar egipcio, por el otro.

A pesar de los choques, incluso armados, de los partidarios de ambas tendencias (en Libia, Siria y Egipto, por ejemplo), han coincidido en al menos dos escenarios. El deterioro de la situación en Yemen —tras la remoción negociada por Arabia Saudí del expresidente Ali Abdallah Salih— dio un viraje súbito cuando el movimiento Huthi se levantó en armas y, con el apoyo de Salih —y aparentemente de Irán—, derrocó al nuevo Gobierno, encabezado por Abd Rabbuh Mansur Hadi. Salih, no hay que olvidar, fue presidente de Yemen del Norte desde 1978 y luego de Yemen a partir de la unificación con el sur en 1990. Hadi fue su vicepresidente de 1994 a 2012. El Gobierno yemení fue cercano al de Arabia Saudí desde poco después del fin de la Guerra del Golfo de 1991. Las fuerzas armadas saudíes intervinieron con apoyo estadounidense, británico y emiratí, entre otros, en contra de los huthis y de Salih para intentar restituir a Hadi en la presidencia, aunque infructuosamente. En esto, han contado con el apoyo de las autoridades qatariés y turcas, así como del Partido Islah (los Hermanos Musulmanes en Yemen).

En Siria, los gobiernos del ámbito proestadounidense han tenido muchas coincidencias aunque no pocas desavenencias. No obstante, todos esos Estados y un número importante de sus magnates han apuntalado, de

una forma u otra, a cualquier grupo dispuesto a combatir al Gobierno de Bashar al-Asad. Esto ha incluido a Daesh, pero también a la sección de al-Qaeda en Siria, Yibhat al-Nosra, y muchos otros grupos grandes y pequeños que se encuentran en el país en apoyo a la rebelión, pero en función sobre todo de aprovechar las condiciones con miras a apuntalar una agenda ligada a su concepción escatológica del mundo, de la religión y de la política. Es probable que estos Estados y actores individuales hubieran albergado esperanzas, en 2011 y 2012, de derrocar rápidamente a al-Asad y su régimen. Tras ver que el poder sirio se mantenía, fueron orientando sus apoyos a las organizaciones que mostraban mayor eficacia en el terreno, pero también a aquellas que tenían una mayor afinidad ideológica con los financiadores.

La administración estadounidense se ha encontrado en una situación compleja tras otra. La primera postura parece haber propuesto el mantenimiento de los nuevos regímenes en Egipto y Túnez y evitar más cambios salvo en Libia y, quizás —ya que no queda del todo claro—, en Siria (véase el discurso de Obama, 2011). En nombre de la legitimidad del levantamiento contra al-Asad, Washington permitió actuar a sus aliados y toleró el desarrollo de numerosas organizaciones yihadistas, aunque limitando el abastecimiento de coherencia anti-aérea, incluso de parte de sus aliados (Achcar, 2016). Cuando, tras el uso de armas químicas en al-Ghuta en el verano de 2013, se rehusó a confrontar directamente a al-Asad, decidió concentrar sus ataques en el Estado Islámico, que ya tomaba impulso.

La administración Obama optó por realizar una retirada relativa de la región (Simon y

Stevenson, 2015). Estados Unidos, bajo Obama, permitió a sus aliados tomar numerosas decisiones estratégicas en Siria y otros países, a pesar del caos resultante y de las ondas de choque que ha tenido en todo el Medio Oriente y fuera de él. Enfrentó contradicciones entre su interés por contrarrestar la influencia rusa, garantizar el apoyo de sus aliados y asegurar la estabilidad necesaria para mantener los negocios capitalistas en la región.

Aunque Israel ha tenido sus propios problemas con el recurrente surgimiento de la resistencia palestina a la ocupación y a la supresión de derechos, no deja de actuar en el tablero regional. Mesa Delmonte (2017) mostró la relativa cautela con la que actuaron, al menos en público, las fuerzas israelíes entre 2011 y 2016. A pesar de los deseos de debilitar a Irán, el escenario ideal para los gobernantes israelíes hasta entonces había sido el debilitamiento y el desgarramiento entre los árabes, por lo que no necesariamente le interesaba la caída del régimen del Ba'ath en Siria, ya que este le ha garantizado un grado importante de estabilidad desde finales de 1970 (con la excepción que confirma la regla de la guerra de octubre de 1973), y la emergencia de una alternativa desconocida en el territorio vecino podía ser más peligrosa. Todavía queda claro que una solución justa y duradera a la cuestión palestina ayudaría enormemente a reducir el sentimiento de agravio de los árabes y los musulmanes del mundo.

La presidencia de Trump ha cambiado la distribución de las cartas. Ya durante la campaña electoral sus promesas respecto de la región habían sido contradictorias. Durante sus primeros meses de gobierno, sin embargo,

parece haber planteado una reorientación en su política en general y su política económica en particular, alejándose del aislacionismo para optar por el crecimiento basado en la expansión del presupuesto militar y, por tanto, de la industria militar. Los conflictos del Medio Oriente, en Siria particularmente, parecen darle el argumento perfecto para continuar la expansión de la industria bélica. A esto hay que agregar los logros de su visita a Arabia Saudí e Israel en mayo de 2017, en que consiguió enormes contratos militares, por no hablar de los beneficios personales para sus negocios y para las iniciativas de su familia inmediata. La tendencia que ha mostrado desde la gira ha sido la de abdicar al liderazgo de su país hacia la región para ponerse a la cola de las decisiones tomadas por los líderes saudíes e israelíes. Su aparente apoyo al aislamiento de Qatar por parte del ámbito saudí es una muestra patente de esta tendencia.

EL ÁMBITO IRANÍ Y EL LIDERAZGO RUSO

El ámbito en el que destaca Irán incluye a Iraq y Siria, así como a grupos no estatales como el Hezbollah libanés, milicias shiíes iraquíes, ligadas o no al Gobierno de su país, y diversas milicias sirias, entre otros grupos. La relación de los protagonistas de este ámbito con Rusia ha conocido grandes altibajos desde la desaparición de la URSS. Durante la década de 1990 menguaron claramente y se fueron fortaleciendo durante la de 2000. A escala mundial, China ha estrechado lazos con Rusia, que han aumentado desde el inicio del conflicto en Ucrania en 2014.

No se debe soslayar la existencia de diferencias y matices en el ámbito iraní, a pesar de que son menos evidentes que en el saudí. Muchos, particularmente los líderes saudíes, aseguran que los huthis de Yemen forman parte de este grupo por ser shiíes, de la secta zaydí. No obstante, durante décadas Arabia Saudí ha estado aliada a gobernantes zaydíes en Yemen, como con el imamato, antes de 1967, y con Ali Abdalla Salih desde mediados de la década de 1990. Aunque sí hay indicios de apoyo iraní, los huthis tienen un alto nivel de independencia que no garantiza la longevidad de una alianza con Teherán.

Para las élites rusas y chinas, el derrocamiento del régimen sirio amenaza con traerles graves consecuencias. Se podía convertir en el primer paso hacia la consecución del objetivo de la administración Bush en 2003, con la que Rusia perdería mucho más que el acceso a la base naval de Tartús, la única que tiene en el Mediterráneo, y los riesgos superarían los del retorno de miles de yihadistas a su territorio. De hacerse del Medio Oriente, Estados Unidos podía aspirar a controlar buena parte de los recursos energéticos del planeta. Si, durante las próximas décadas, el capitalismo estuviera en condiciones de experimentar un cambio de hegemonía de Washington y Nueva York hacia otros centros, como Moscú y Beijing, los líderes actuales en estas capitales querrían impedir el control total del Medio Oriente por fuerzas adversas.

Sin duda, los que toman las decisiones estratégicas en Irán pueden entender este desafío, pero perciben un peligro existencial más inmediato. Si al-Asad y el Baath fueran derrocados en Siria, las amenazas a la Repú-

blica Islámica se podrían multiplicar. Si en Damasco se lograra consolidar un Gobierno favorable a Arabia Saudí, imaginan que no apoyaría o incluso sería adverso a Hezbollah. Es decir, la organización quedaría aislada en Líbano y a merced de los servicios israelíes, lo que aumentaría la viabilidad de un ataque de la fuerza aérea de Israel contra Irán. Si, alternativamente, la caída del régimen sirio es sucedida por el establecimiento duradero de un estado de caos, quizás mayor que el libio, con una guerra entre diferentes agrupaciones sunníes armadas, sin hablar del riesgo de masacres contra grupos sociales, religiosos y étnicos, la estabilidad de Líbano y de Iraq podría verse comprometida, lo que amenazaría directamente al propio Irán.

POR FUERA DE LOS ÁMBITOS

Hay, como se anunciaba, numerosos grupos que se encuentran por fuera de los ámbitos geopolíticos de la nueva guerra fría del Medio Oriente. Se trata de dos constelaciones que, para facilitar la exposición, se designan aquí con términos prestados de un vocabulario político viejo, que pueden resultar insuficientes para describirlas: la reaccionaria y la progresista. La primera incluye particularmente a dos organizaciones fundamentalistas islámicas transnacionales, al-Qaeda y Daesh. La segunda incluye a una diversidad de redes, grupos, movimientos, asociaciones y agrupaciones democráticas, liberales y de izquierda. Al igual que con los polos descritos anteriormente, la realidad de estas constelaciones no debe nublar sus diferencias internas, tanto en términos ideológicos como prácticos.

Al-Qaeda y Daesh —que, como se sabe, se desgajó de aquella en 2014— intentaron capitalizar las movilizaciones populares en los países árabes para renovarse, fortalecerse e intentar poner en marcha su visión de un Estado islámico “puro” más allá de las fronteras heredadas de la colonización europea del Medio Oriente y del mundo islámico. Su propuesta, sin embargo, es contraria a lo que se veía en las manifestaciones de 2011. Tan es así que, cuando Daesh tomó la ciudad de Raqqa en Siria y los habitantes de la ciudad empezaron a manifestarse contra su mando, como lo reportó el diario *Asharq Al-Awsat* en 2013, la nueva administración local reaccionó con una represión furiosa que terminó por silenciar o expulsar a los rebeldes locales (Syria Untold, 2013).

Aunque ambas organizaciones comparten una base ideológica común con Arabia Saudí, consideran hipócritas e incluso apóstatas a los reyes que gobiernan en Riyad. Si bien en ocasiones, como en 2012, han recibido financiamiento de magnates wahhabíes de las monarquías del Golfo, tienen su propia agenda y estrategia. Daesh, más que otros, concibe su lucha en términos sectarios en oposición a los shííes, así como a los seguidores de otras religiones.

La constelación progresista tiene dos tipos de vertientes que tomaron posiciones diferentes frente a los acontecimientos de los últimos años, particularmente en Siria. A pesar de lo nebuloso de estos entornos y de sus posturas diversas, cuando no encontradas, es erróneo agrupar al grueso de sus integrantes dentro de uno u otro bando de la nueva guerra fría del Medio Oriente. Una importante

línea de demarcación entre ambas vertientes la constituye su origen, que a veces, aunque no siempre, coincide con sus posiciones.

Por un lado están los partidos políticos de viejo cuño, nacionalistas o de izquierda, que han subsistido a lo largo de las décadas, en algunas ocasiones en la clandestinidad y, en otras, de manera tolerada. En el escenario sirio, entre los partidos, muchos optaron desde que empezaba la insurrección popular por una vía negociada hacia la democratización (CEIP, 2016), lo que, de manera injustificada, ha llevado a que se les considere *a priori* parte del polo proiraní, prorruso, al que pertenece el Gobierno de al-Asad.

Aquí merece destacar otra corriente muy importante del ámbito de los partidos de viejo cuño; se trata de la que en Siria representa el PYD kurdo, que ha dirigido un proceso de autonomía y autodeterminación en varios cantones que se encuentran bajo su control en el norte del país. Se ha dado a conocer su movimiento como la revolución del Rojava, en referencia al oeste del Kurdistán (o Kurdistán sirio). Algo sumamente interesante en su propuesta y práctica de lo que llaman confederalismo democrático es que —aparte de oponerse a la fragmentación de Siria en varios Estados, entre los que hubiera o no uno kurdo— dentro de los propios cantones del norte de Siria promueven estructuras de autogobierno de las mujeres y de los grupos étnicos minoritarios, así sean árabes, turkmenos, siríacos o armenios. El argumento que los nacionalistas y los conservadores han empleado entre los árabes para dificultar el atractivo de su propuesta es que se trata de un movimiento kurdo.

Por otro lado, están las redes de activistas –jóvenes en gran medida– que salieron a manifestarse entre diciembre de 2010 y de 2011. Muchos autores los ubican en un ámbito u otro de la nueva guerra fría del Medio Oriente. Es verdad que en ocasiones establecieron alianzas y recibieron apoyo económico o logístico de países extranjeros u organizaciones militantes. No obstante, estos activistas suelen entender con claridad que los Estados y los grupos islamistas buscan hacer avanzar sus planteamientos y defender propios intereses, y no los del movimiento de 2011. Son, sin duda, los grandes perdedores de la polarización de los conflictos en la región y del auge de todos los conservadurismos. Estados Unidos ha intentado pesar sobre estos dos últimos grupos al ofrecerles entrenamiento, armamento, equipo y protección aérea para que realicen ataques contra ciertos objetivos.

REFLEXIONES FINALES

Los juegos de poder entre Estados regionales y mundiales, y la actuación de actores no estatales, así como su utilización por los gubernamentales, nos llevan a concluir que está en curso una nueva guerra fría del Medio Oriente reminiscente de la que se desarrolló durante las décadas de 1950 y 1960. Esta evolución se ha hecho manifiesta particularmente desde la ocupación estadounidense a Iraq en 2003, que rompió los frágiles equilibrios existentes hasta entonces. Las rebeliones populares de 2011, y la amplia crisis de legitimidad que generaron, llevaron a que se exacerbara el conflicto entre dos ámbitos no homogéneos, uno reunido en

torno de las monarquías saudí y qatarí, y otro en torno de los gobernantes iraníes.

Frente a los levantamientos populares, el grueso de las oligarquías del Medio Oriente y sus Estados optaron por evitar cambios reales. La parte medular del ámbito saudí decidió limitar los cambios a dos países, Libia, controlada hasta entonces por un autócrata que consideraban impredecible, y Siria, gobernada por una élite muy ligada al ámbito liderado por Irán. Aunque Teherán hubiera deseado cambios en países ubicados afuera de su ámbito, se vio obligado a actuar a la defensiva para salvar al Gobierno de Damasco y hostigar al polo contrario en donde pudiera, incluso en Yemen. Al igual que durante la guerra fría interárabe de hace cincuenta años, los conjuntos no actúan como bloques incondicionales a Arabia Saudí o a Irán, sino como ámbitos con fricciones internas e intereses diferenciados. Así, la parte del primer ámbito ligada a Qatar intentó apoyar, además de cambios en Libia y Siria, a los nuevos gobiernos islamistas en Egipto y Túnez, así como a otros movimientos rebeldes de corte islámico.

No obstante, hay numerosos elementos nuevos en la nueva guerra fría del Medio Oriente que la tornan muy distinta de la de hace cincuenta años. Estados Unidos busca desentenderse del Medio Oriente y dejar las responsabilidades principales a sus aliados en la región. Esto ya era así en cierta medida con Obama y se está exacerbando con Trump, aunque por causas distintas y de formas diferentes. Lo que se está viendo es que la capacidad de influencia y control estadounidense sobre los Estados aliados es cada vez menor.

No estamos ante un polo progresista, ligado a un campo global así fuera vagamente socialista, y otro conservador, atado al campo capitalista. Ahora, ambos campos mundiales son claramente capitalistas e incluso imperialistas, y ambos polos regionales son conservadores, aunque con una gran variabilidad interna en cuanto a la expresión del conservadurismo (por supuesto, no es igual el conservadurismo de los líderes saudíes al de los egipcios, ni el de los qataríes al de los turcos, ni el de los iraníes al de los sirios). Ahora, a diferencia de hace medio siglo, un polo conservador está con el imperialismo estadounidense y el otro, con el imperialismo ruso.

Otra y quizás más importante diferencia con la bipolaridad del siglo xx en la región es que están presentes dos constelaciones de fuerzas no estatales relativamente fuertes que evaden la lógica de polos intrínseca a la guerra fría, o al menos lo intentan. Una de ellas —la representada por al-Qaeda y Daesh—, no solo es conservadora, sino ultrarreaccionaria. Las organizaciones yihadistas transnacionales aprovechan la coyuntura para fortalecerse y lanzar un fuerte movimiento que intenta desatar la ira de todos los musulmanes del mundo al intentar provocar un desenlace apocalíptico.

En el otro extremo, las rebeliones anti-autoritarias de 2011 sacudieron el escenario geopolítico justamente porque generaron un ámbito nuevo que no operaba en función de las tomas de posición o de los intereses de los protagonistas poderosos tradicionales de adentro o fuera del Medio Oriente. Los vientos revolucionarios no son atizados por ningún Estado de dentro o fuera de la región. Aunque no suenan mucho en los medios de

comunicación en el momento de publicar este texto, las redes de actores nuevos siguen presentes y actuantes, con su propia visión de futuro, a pesar de los golpes que han sufrido y a pesar de la utilización de la que han sido objeto.

REFERENCIAS

- Achcar, G. (2004). *Eastern Cauldron: Islam, Afghanistan, Palestine and Iraq in a Marxist Mirror. Eleven Thesis on the Resurgence of Islamic Fundamentalism* (pp. 48-59). New York: Monthly Review Press.
- Achcar, G. (2016). *Morbid symptoms: relapse in the Arab uprising*. Stanford: Stanford University Press.
- Álvarez-Ossorio, I. (2017). La fractura del campo islamista en el conflicto sirio. En Conde, G. (coord.), *Siria en el torbellino: insurrección, guerras y geopolítica* (pp. 57-83). Ciudad de México: El Colegio de México.
- Barzegar, K. (2008). Iran and the shiite crescent: Myths and realities. *Brown Journal of World Affairs*, 15 (1), 87-99.
- CEIP (2016). *National Coordination Body for Democratic Change*. Carnegie Endowment for International Peace. Recuperado de <http://carnegieendowment.org/syriaincrisis/?fa=48369>.
- Conde, G. (2002). Identidad religiosa, lealtades y guerras: ser shií en Iraq. En Devallé, S. B. C. (coord.), *Identidad y etnicidad: continuidad y cambio* (pp. 65-82). México: El Colegio de México.
- Conde, G. (2012). Los movimientos populares árabes de 2011 y su significado histórico. En Mesa Delmonte, L. (coord.), *El pueblo quiere que caiga el régimen: protestas sociales y conflictos en África del norte y en Medio Oriente* (pp. 33-46). México: El Colegio de México.

- Corm, G. (2012). *Le Proche-Orient éclaté, 1956-2012*. Paris: Gallimard.
- Courbage, Y. y Emmanuel, T. (2007). *Le rendez-vous des civilisations*. Paris: Seuil.
- Galindo, A. (2017). Los desafíos de los países del Consejo de Cooperación del Golfo ante la crisis de Siria: Arabia Saudí y Qatar. En Conde G. (coord.), *Siria en el torbellino: insurrección, guerras y geopolítica* (pp. 237-274). Ciudad de México: El Colegio de México.
- Galindo, A., Western W. y Sanchez I. (coords.). (2014). *Voces, tramas y trayectorias: las protestas populares en Medio Oriente y norte de África*. México: Universidad Autónoma de Nuevo León - Universidad de Monterrey.
- Gause III, F. G. (2014). *Beyond Sectarianism: The New Middle East Cold War*. Brookings Doha Center Analysis Paper. Recuperado de <http://www.brookings.edu/~media/Research/Files/Papers/2014/07/22%20beyond%20sectarianism%20cold%20war%20gause/English%20PDF.pdf>.
- Hobsbawm, E. J. (1994). *The Age of Extremes: A History of the World, 1914-1991*. New York: Vintage.
- Huntington, S. P. (1998). *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*. New York: Simon & Schuster.
- Ismael, T. Y. y Fuller, M. (2009). The disintegration of Iraq: The manufacturing and politicization of sectarianism. *International Journal of Contemporary Iraqi Studies*, 2 (3), 443-473. <http://dx.doi.org/10.1386/ijcis.2.3.4431>.
- Kerr, M. H. (1971). *The Arab cold war: Gamal Abd al-Nasir and his rivals, 1958-1970* (3 ed.). London: Oxford University Press.
- Krauthammer, C. (1990). The Unipolar Moment. *Foreign Affairs*, 70 (1), 23-33. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/20044692>.
- Isla Lope, J. (2012). La influencia de las condiciones estructurales en los movimientos populares en el mundo árabe. En Mesa Delmonte, L. (coord.), *El pueblo quiere que caiga el régimen: protestas sociales y conflictos en África del norte y en Medio Oriente* (pp. 47-65). México: El Colegio de México.
- Marcinkowski, C. (2013). Nicholas Pelham, a new muslim order: The shia and the Middle East sectarian crisis. *Islam and Civilisational Renewal (ICR)*, 2 (3), 574-577.
- Mesa Delmonte, L. (2017). Israel y el conflicto en Siria: de la “ambigüedad estratégica” a los ataques militares puntuales. En Conde G. *Siria en el torbellino: insurrección, guerras y geopolítica* (pp. 275-313). Ciudad de México: El Colegio de México.
- Mesa Delmonte, L. (coord.) (2012a). *El pueblo quiere que caiga el régimen: Protestas sociales y conflictos en África del norte y en Medio Oriente*. México: El Colegio de México.
- Mesa Delmonte, L. (2012b). Nota introductoria. En Mesa Delmonte, L. (coord.). *El pueblo quiere que caiga el régimen: Protestas sociales y conflictos en África del norte y en Medio Oriente* (pp. 11-14). México: El Colegio de México.
- Obama, B. H. (2011). *Remarks by the President on the Middle East and North Africa*. The White House - Office of the Press Secretary. Recuperado de <http://www.whitehouse.gov/the-press-office/2011/05/19/remarks-president-middle-east-and-north-africa>.
- Ozkan, B. (2015). Turkey's islamists: From power-sharing to political incumbency. *Turkish Policy Quarterly*, 14 (1), 72-83.
- Steven, S. y Stevenson, J. (2015). The end of pax americana. *Foreign Affairs*, 94, 2. Recuperado de <https://www.foreignaffairs.com/articles/middle-east/end-pax-americana>.

Simons, G. L. (2002). *Targeting Iraq: Sanctions and Bombing in US Policy*. London: Saqi Books.

Recuperado de <http://www.loc.gov/catdir/enhancements/fy0621/2004478832-b.html>.

Syria Untold. (2013). *The Raqqa woman who faced the Islamic State of Iraq and Syria*. Syria Untold.

Recuperado de <http://www.syriauntold.com/en/2013/10/the-raqqa-woman-who-faced-the-islamic-state-of-iraq-and-syria/>.

Todd, E. (2011). *Allah n'y est pour rien: sur les révolutions arabes et quelques autres*. Paris: Le Publieur.

Siete años después: Medio Oriente y el contexto internacional

Marta Tawil*

RESUMEN

Este artículo explora, entre los países de la llamada Primavera Árabe, la relación entre contexto internacional –entendido en términos de geografía, distribución del poder y agenda normativa mundial– y cambio de régimen o crisis política, a partir de la experiencia de algunos países árabes en la coyuntura crítica inaugurada en Túnez en diciembre de 2010. En todos los casos, el entorno internacional ha sido con frecuencia determinante en el desarrollo de dinámicas económicas, sociales y políticas, aunque los objetivos y las consecuencias de esa interacción son muy distintos según el país. El examen se desarrolla en torno a tres áreas temáticas: economía y política, violencia, y política exterior.

Palabras clave: sublevaciones árabes, presiones internacionales, economía, política, violencia, política exterior.

Seven Years Later: The Middle East in the International Context

ABSTRACT

This article explores, in the countries of the so-called Arab Spring, the relationship between the international context - understood in terms of geography, the distribution of power, and the global normative agenda- and regime change or political crisis, based on the experience of some Arab countries in the crisis that started in Tunisia on December 2010. In all cases, the international environment has often been determinant in the development of economic, social and political dynamics, although the objectives and consequences of such interaction are very different according to the country. The exam is developed around

* Doctora en Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Institut d'Études Politiques de Paris. Docente-investigadora, El Colegio de México, México. [mtawil@colmex.mx].

Recibido: 30 de septiembre de 2017 / Modificado: 27 de noviembre de 2017 / Aceptado: 13 de enero de 2018

Para citar este artículo:

Tawil, M. (2018). Siete años después: Medio Oriente y el contexto internacional. *OASIS*, 27, 27-46.

DOI: <https://doi.org/10.18601/16577558.n27.03>

three issue-areas: politics and economy, violence, and foreign policy.

Key words: Arab revolts, international pressures, economy, politics, violence, foreign policy.

Han sido múltiples los esfuerzos de las oposiciones en el mundo árabe para alterar gradualmente las realidades políticas y sociales en el marco de las movilizaciones populares desde 2011. Como sostienen Thomas Pierret y Amin Allal (2013), los “momentos revolucionarios” en el mundo árabe que estallaron a partir de Túnez en diciembre de 2010 son procesos, específicamente procesos de adaptación permanente en los que el Estado es un espacio donde se teje una densa trama de relaciones y de formas tradicionales de poder, y en los que el orden social y las prácticas estatales se transforman simultáneamente y de manera continua.

En ese marco, es un hecho que la desintegración social y política que se observa en varios países árabes desde el estallido de las sublevaciones populares en el invierno de 2010 al día de hoy se explica esencialmente por dinámicas internas: 1) la brutal respuesta militar de algunos regímenes árabes dispuestos a destruir a su país para permanecer en el poder

ha acentuado identidades y fuerzas tribales y sectarias. Estas, a su vez, hacen imposibles las transiciones democráticas; 2) la falta de experiencia en prácticas democráticas, de individuos y grupos, incluidos los militares, los islamistas, los autócratas de la “vieja guardia” y los grupos de oposición seculares-nacionalistas; 3) la continua afirmación del sentido del derecho a gobernar que tienen autoridades militares y de seguridad en la mayoría de los países, pero más claramente en Siria, Bahréin y Egipto, donde el ejército y los funcionarios que no han sido elegidos siguen ocupándose de las políticas públicas. En suma, la estructura, la forma y las raíces del régimen autoritario tienen repercusiones decisivas en la forma y dirección de la transición posterior (Hagopian y Mainwaring, 2005).

Sin embargo, el mundo árabe no ha sido inmune a las evoluciones globales. La región ha estado durante mucho tiempo sujeta a la influencia extranjera, comenzando con el surgimiento del colonialismo y el nacimiento de los Estados árabes, durante el periodo de la independencia poscolonial y la Guerra Fría, hasta la Primavera Árabe desde 2011¹. Esos efectos no son exclusivos de Medio Oriente, pero es la región donde los actores internacionales suelen tomar partido con más regularidad y claridad. Desde esta perspectiva,

¹ En este texto se usan los conceptos de revueltas, sublevaciones y movilizaciones populares como sinónimos. El concepto transición se usa en su acepción más general, como proceso o periodo de cambio de una condición política a otra. Por su parte, crisis revolucionaria hace alusión a una situación de ingobernabilidad que traduce la dificultad de reproducir un orden social, político o económico determinado según prácticas reconocidas, institucionalizadas o interiorizadas. Por las limitaciones y oportunidades inéditas que presenta, la crisis revolucionaria puede resultar en la construcción de nuevas relaciones de poder (BOZARSLAN, 2015). Al respecto de los debates sobre la validez de usar el concepto de revolución para describir lo que ocurre en los países árabes desde 2011, véase GEISSER (2012).

y como ha señalado Lawrence Whitehead (1996), un ambiente internacional favorable puede aumentar las posibilidades de democracia, mientras que un entorno desfavorable puede ser su obstáculo.

En este artículo se explora la relación entre contexto internacional –entendido en términos de geografía, distribución del poder y de la agenda normativa mundial– y cambio de régimen o crisis política, a partir de la experiencia de algunos países árabes en la coyuntura inaugurada en Túnez en diciembre de 2010. En todos los casos, el entorno internacional ha sido con frecuencia determinante en el desarrollo de dinámicas económicas, sociales y políticas, aunque los objetivos y las consecuencias de esa interacción son muy distintos según el país. El examen se desarrolla en torno a tres áreas temáticas: la economía, la violencia y la política exterior. Ninguna se explora exhaustivamente; tampoco se trata a todos los países que se han visto sacudidos por las sublevaciones, ni a los actores y las fuerzas del exterior que han incidido en ellos. Con todo, se espera, a partir de esas tres esferas interdependientes, ofrecer elementos de análisis generales que permitan explorar la interacción del escenario interno con el internacional y, específicamente, la presencia del exterior, en los reordenamientos internos de los países árabes de la “Primavera”.

Theda Skocpol, en su obra clásica *States and Social Revolutions*, ha subrayado la importancia del contexto internacional para el desarrollo de los sistemas políticos; las estructuras económicas y políticas internacionales impactan los procesos y las instituciones nacionales durante un proceso revolucionario o

de cambio político. Así, la estructura internacional, el sistema de Estados en competencia, da forma a la dinámica política interna. Peter Gourevitch (1978) es otro autor que ha explorado la interacción entre factores externos e internos que derivan de la interdependencia. Su trabajo, basado en el enfoque de “segunda imagen invertida”, ha servido para explorar la influencia de factores internacionales sobre la formación de los regímenes democráticos que se instalaron después de la caída de gobiernos autoritarios hacia finales del siglo xx. En un volumen de 2004, Volker Perthes y sus colaboradores explican la relación entre el cambio de élite y los cambios socioeconómicos en varios países árabes. Un denominador común que se desprende de los casos ahí tratados es que buena parte de la experiencia histórica que define a las élites políticas en el mundo árabe se relaciona con factores externos, como el conflicto regional o los compromisos con actores internacionales, sean gobiernos, instituciones financieras o aliados no estatales. Por último, como bien apunta Sarah Bush (2015, p. 13), “aunque en muchos casos las influencias internacionales en la política interna pueden ocurrir sin presión internacional deliberada, las presiones, directas o indirectas, son importantes en todas las áreas temáticas antes mencionadas, incluso mediante instituciones internacionales, diplomacia de Estado a Estado, redes de defensa transnacionales y comunidades epistémicas”. En los países árabes, la presión internacional a menudo tiene efectos polarizadores en la política interna. En algunos casos, el efecto es deliberado, en otros no, pero en todos, casi inevitablemente, la presión internacional en

lo que se refiere a una transición de un sistema político a otro, o a una crisis política o revolucionaria, empodera a algunas fuerzas dentro de la política interna sobre otras, ayudando a fuerzas económicas sociales o políticas particulares a efectuar cambios, o a aferrarse a la continuidad.

En la presente reflexión se reconoce e integra plenamente la agencia de los actores locales en el proceso de cambio, transición y crisis política. Asimismo, este ejercicio analítico no se limita a las relaciones interestatales, sino que integra un ángulo sociológico que considera las transformaciones de la escena internacional mediante la presencia y manifestación concreta de las sociedades (locales y transnacionales como tribus, comunidades religiosas, redes mercantiles cosmopolitas, migrantes o élites) en el juego regional y mundial. La preeminencia del Estado —en el mundo árabe como en cualquier otro lugar— es en gran parte construida y a menudo ficticia, y las trayectorias históricas son particularmente variadas de una sociedad a otra dependiendo de los contextos políticos y económicos. Ello no significa que sean obsoletos o débiles de manera obvia ni en todos los planos. En realidad, los Estados árabes nunca están ausentes, y tienen capacidades relativas de imponerse y ser eficaces (Fawcett, 2017). El único matiz, no menor, lo ofrece la multiplicidad de actores estatales, pero también no estatales y transnacionales, que a menudo compiten y colaboran con el Estado en el marco de las oportunidades y los límites provenientes del escenario externo.

ECONOMÍA Y POLÍTICA

Medio Oriente es una región donde el peso de la ideología económica global ha sido grande; en particular las políticas económicas neoliberales cuentan ahí con larga trayectoria. Los regímenes autoritarios siguieron políticas neoliberales desde la década de 1970; todos, además, fomentaron el “capitalismo de compadrazgo” (*crony capitalism*) asociado a la liberalización de la economía, que a su vez contribuyó en buena medida a institucionalizar el autoritarismo. Ciertamente, el grado en el cual los diferentes regímenes pudieron explotar esos procesos neoliberales de las economías para fortalecer su base interna de apoyo —o por lo menos el statu quo— varía según el país del que se trate.

Hacia finales de 2010, y en el marco del cambio generacional, las diferentes categorías sociales en estos países se movilizaron, por razones diferentes, para terminar con las fuerzas parásitas y depredadoras que habían bloqueado el potencial de desarrollo capitalista acumulado durante décadas. Los regímenes autoritarios de partido único o hegemónico fueron, pues, desde el inicio, el primer blanco de las protestas. Estos movimientos reclamaron en sus orígenes el ejercicio de libertades democráticas, pero ante todo reivindicaron el valor de la dignidad humana en las relaciones del Estado con la sociedad. Los levantamientos masivos y populares en Oriente Medio y Norte de África, en la segunda década del siglo XXI, tuvieron lugar en el contexto del desgaste de la ideología neoliberal, lo que

algunos especialistas denominan “el periodo posneoliberal” (Harris, 2003; Grugel y Riggirozzi, 2012).

Sin embargo, los gobiernos no solo han sido incapaces de adoptar a la fecha reformas estructurales asociadas de manera sistemática a una estrategia de desarrollo socioeconómico y de justicia social perdurable, sino que el momento de transformación en el mundo árabe se acompaña de un fuerte impulso a las políticas neoliberales (Dixon, 2011), como los casos de Egipto y Túnez ilustran tan emblemáticamente. A siete años, una dura paradoja se confirmó: las sublevaciones, en buena medida motivadas por los efectos nefastos de las prácticas económicas asociadas al autoritarismo del sistema político, han hecho aún más severas la crisis de reservas, el desempleo y la pobreza, y dificultado el pluralismo político. Desde el comienzo de la “Primavera” en 2011, la región ha experimentado una desaceleración en el crecimiento y, más recientemente, una fuerte presión fiscal por los bajos precios del petróleo. Así, por ejemplo, el crecimiento de Túnez y Egipto se ha estancado alrededor de 2 % (Séréni, 2017); la deuda externa de Egipto aumentó 7,8 % durante el primer trimestre del año 2017 (Middle East Monitor, 2017a); en Túnez, en 2016, representaba casi el 55 % del PIB (Portail du Ministère des Finances, 2015; Mohsen, 2017). Siria enfrenta una situación muy similar desde 2013 (Haidar, 2013), mientras que las reservas del Banco Central sirio han ido en caída libre desde ese mismo año (Gobat y Kostial, 2016). En Libia, los bajos precios del petróleo y la baja producción no han facilitado la recuperación económica (Gazzini y El-Amrani, 2016). Todos los países

conocen déficits públicos e índices de pobreza abrumadores, el decremento importante de los ingresos provenientes del turismo, así como la caída de las inversiones y la reserva de divisas. Este panorama socioeconómico oscuro ocurre en el marco de la ralentización de la economía mundial, los bajos precios del petróleo (alrededor de 50 dólares el barril) y la fragmentación de los mercados regionales que impide a las empresas beneficiarse de economías de escala.

Asimismo, el impacto de las exigencias sociales a favor de la justicia económica se ha visto atenuado, si no es que anulado, por el alineamiento de los intereses económicos dominantes con la estructura de los regímenes políticos (El-Dahshan, 2013; Minoui y Forey, 2013). Esto puede asociarse con la debilidad de las instituciones (en términos de fragmentación y polarización del sistema político y los partidos políticos), la cual en ocasiones tiende a favorecer la persecución de políticas neoliberales (Farouk, 2013). Igualmente, en el mundo árabe la participación de la sociedad civil en la elaboración de políticas ha sido muy limitada, por no decir nula. Las fuerzas que podrían desafiar a las élites, como sindicatos y partidos de izquierda, se encuentran sumamente debilitadas por procesos como la desindustrialización, las crisis económicas prolongadas y la represión política pasada y presente. De esta manera, como sugieren Kienle y Ettinger (2013) en su estudio de los gobiernos islamistas de la postransición –Egipto y Túnez–, “detrás de la afirmación cosmética [de los partidos islamistas] de su voluntad de trabajar por la justicia social y combate a la pobreza, se esconde una gran

similitud con las políticas de los antiguos regímenes”. Ningún jefe de Estado tiene los recursos necesarios para hacer algo realmente distinto; todos han sucumbido nuevamente a las presiones de organizaciones financieras internacionales, y se han vuelto receptores de fondos y programas de ayuda y préstamos que responden más a los intereses políticos y de seguridad de terceros países.

En efecto, además de las presiones resultantes del estado de la economía mundial, actores estatales externos contribuyen a dificultar la vida político-institucional. Lo hacen al brindar a sus aliados partidistas una variedad de formas de apoyo que incluyen préstamos financieros; uno de los casos más contundentes en este aspecto es Egipto (Hassan, 2016; Middle East Monitor, 2017b). En Egipto, Mohamed Morsi, islamista electo en 2012 a la presidencia después de la caída de Hosni Mubarak, firmó acuerdos con Qatar para trabajar en proyectos en Egipto por un valor de 18 mil millones de dólares (Ministry of Foreign Affairs, 2012). Poco después, los países del Golfo, opuestos a la política de Qatar y su cercanía a Irán y a la Hermandad Musulmana en la región, retiraron masivamente sus inversiones de Egipto (Ali, 2013). A pesar de que Morsi no era particularmente proiraní, el peligro que para Riad representa la participación de los islamistas en el juego democrático determinó la decisión de acabar con ese Gobierno. El 3 de julio de 2013, el presidente Morsi fue derrocado por el ejército egipcio. Pocos días después de la caída de Morsi, Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos y Kuwait prometieron 12 mil millones de

dólares en apoyo del nuevo gobierno golpista, militar, encabezado por el general Abdel Fatah al-Sisi (Lynch, 2013). Desde el verano de 2013, Egipto había recibido ayuda económica por parte de Arabia Saudita, Kuwait y los Emiratos Árabes Unidos, por más de 60 mil millones de dólares.

Por su parte, la Junta Ejecutiva del Fondo Monetario Internacional (FMI) aprobó, el 11 de noviembre de 2016, un acuerdo para otorgar 12.000 millones de dólares a Egipto en apoyo a los programas de reforma económica. Los funcionarios del FMI expresaron su preocupación y temor de que los puntos de vista de los delegados parlamentarios egipcios reflejaran la opinión pública, y que el Gobierno de Morsi eventualmente modificaría la política en un esfuerzo por obtener el apoyo parlamentario y popular. Se trata de ilustraciones contundentes de la manera como el exterior aumenta la probabilidad de que las nuevas autoridades en los países en transición o crisis gobiernen nuevamente secuestrando a sus sociedades, en contraparte de una nueva práctica de redistribución de recursos.

Los acuerdos comerciales y las sanciones son otros factores del sistema internacional que contribuyen a aumentar la penetración económica de las grandes potencias, y la vulnerabilidad de los Estados. Un ejemplo temprano del efecto de la política de sanciones lo ofrece Siria. El 18 de agosto de 2011, el presidente estadounidense Barack Obama pidió al presidente sirio Bashar al-Asad dejar el poder. Ese llamado se acompañó de sanciones contra el sector energético, cuyo objetivo último, el cual comparte la Unión

Europea², era preparar el terreno para provocar el caos económico y que fuese la penuria la que provocara el derrocamiento del régimen. Este depende mucho de la producción de petróleo que, si bien es baja (Siria exportaba solamente 110.521 barriles de petróleo diariamente), podía financiar un tercio de su presupuesto anual, además de que le permitía mantener varios subsidios. Por su parte, en mayo de 2011, la Unión Europea decretó sanciones, que endureció sucesivamente; además, impuso un embargo sobre las exportaciones e importaciones de productos petroleros. Pero antes de afectar a la cabeza del régimen y a sus principales figuras, las sanciones perturbaron a la Banca Comercial de Siria, principal banco (público) del país, también al Banco Central y al comercio exterior (también es cierto que, a raíz de las sanciones europeas en su sector petrolero y la toma de poder de los principales campos de petróleo por parte del “Estado Islámico” y grupos kurdos, el Gobierno sirio dejó de obtener ingresos en moneda extranjera, mientras que la destrucción de la mayor actividad económica fue reduciendo aún más sus ingresos fiscales). Dado que Siria se encontraba ya bajo sanciones estadounidenses parciales desde 2003, las medidas comerciales y bancarias de Europa de hecho reforzaron los mecanismos que nutren las finanzas del régimen. Así, el contrabando con Líbano rápidamente reemplazó a las importaciones oficiales, lo que benefició financieramente a

los servicios secretos que controlan su engranaje. Los bienes de las principales figuras del régimen fueron decomisados sin transparencia alguna, como lo explica el economista sirio Samir Aïta (2013 p. 166). En consecuencia, las sanciones contribuyeron de manera perversa a debilitar a la oposición, haciendo la vida de la insurgencia mucho más difícil y dependiente de la ayuda externa. Más tarde, en marzo de 2013 y ante la ausencia de un mecanismo que evaluara el impacto de las sanciones aplicadas desde 2011, la Unión Europea decidió autorizar a la “coalición” de la oposición a vender petróleo bruto, lo que desató naturalmente luchas intestinas entre sus diferentes componentes armados para controlar los pozos. Pocos observadores entonces notaron que esa decisión controvertida autorizaba igualmente a los miembros de la Unión Europea y la “coalición” a “comprar o extender su participación en las empresas en Siria involucradas en el sector de la industria petrolera, de exploración, producción o refinación”.

Otro ángulo de los muchos que deben considerarse en el tema de la evolución de las sociedades son las economías de guerra. Los conflictos internos tienden a prolongarse para satisfacer los apetitos económicos y financieros de los empresarios de la guerra. Un caso emblemático es Líbano, país que a la fecha recibe más de un millón de refugiados sirios. Por un lado, Beirut es incapaz de proponer

² El 23 de mayo de 2011, la Unión Europea decidió suspender todos los programas de ayuda a Siria en los sectores de desarrollo y programas energéticos (construcción de plantas eléctricas), en protesta por la represión de las revueltas.

una estrategia de gestión de la grave crisis humanitaria debido a la división de la clase política sobre el apoyo que se debe brindar al régimen de Bashar al-Asad o a sus opositores. Por otro lado, los indicadores macroeconómicos muestran que Líbano también se beneficia de la guerra en Siria. Aunque el sector del turismo se ha visto seriamente afectado, el aumento de la demanda de productos de consumo impulsa la producción local, incluida la agrícola (Picard, 2016).

La migración es otro tema que muestra lo determinante que puede llegar a ser el exterior para su evolución. Los millones de refugiados sirios en Irak, Turquía, Jordania y Líbano; palestinos en Siria, Jordania y Líbano; libios en Túnez y Egipto, se vuelven un factor más de inestabilidad y presión sobre los servicios públicos que penan por recuperarse, a la vez que son portadores de proyectos nacionales. El tema migratorio destaca en el envenenamiento de la crisis libia que provoca la interferencia extranjera luego de la caída de Muammar Gadafi en ese país, en octubre de 2011. Libia es vía de tránsito privilegiado hacia Italia. Los flujos han ido en aumento y luego, este verano, han sufrido una brusca caída, la cual se ha explicado por la política de Roma. Italia firmó un acuerdo el 21 de mayo con Libia, Chad y Níger para crear nuevos centros de recepción en estos dos países, además de los que ya existen en Libia. Asimismo, desde el verano de 2017 se reportó que el Gobierno italiano estaba financiando a milicias libias para que detuvieran el contrabando de personas y su arribo masivo a las costas italianas (Kington, 2017). Roma niega estas afirmaciones a pesar

de informes generalizados en contra sobre su existencia, y las repercusiones negativas que ha tenido esa interferencia, como la de desatar batallas feroces entre las milicias en guerra. La Unión Europea ya adiestra a los guardacostas libios para evitar la partida de los migrantes a Europa, mientras que sus Estados miembros todavía no instauran una distribución equitativa de migrantes o incluso refugiados en su territorio.

En un panorama en el que gobiernos y sociedades deben lidiar con un “capitalismo global estancado” que se opone al surgimiento de nuevas democracias y a la transferencia pacífica de la autoridad, y en el que la inestabilidad social y el colapso económico son una realidad o una amenaza latente, las preferencias de la sociedad se radicalizan y hacen a los Estados particularmente frágiles ante la influencia y las presiones del sistema internacional, tanto como a presiones nacionalistas y populistas desde dentro. En diversos grados, la mala situación económica de Túnez, Egipto, Bahréin, Siria y Yemen los ha hecho particularmente vulnerables a las presiones del exterior, ya sean gobiernos, organismos internacionales, el capitalismo global, o redes de grupos étnicos y religiosos transnacionales.

VIOLENCIA Y GUERRA

La labor de la sociedad civil en Yemen, Siria, Libia, Egipto y Bahréin no es solamente un despliegue de fuerzas políticas preexistentes o la puesta en práctica de preferencias antaño reprimidas; refleja el origen y la evolución acelerada de nuevas realidades políticas

(prácticas, percepciones, alianzas), y nuevos tipos de violencia, que nadie había previsto, y que el sistema internacional ha contribuido a atizar y fragmentar. Desde esta perspectiva, la persistencia de la violencia estatal, así como la evolución y fragmentación de la violencia social, son reflejo de la dialéctica permanente entre unidad e implosión de los movimientos sociales en contexto revolucionario (Bozarslan, 2015). La naturaleza y trayectoria de la violencia estatal y social varía, según factores como la influencia del cambio de élite en la reformulación de las relaciones entre el ejército y el poder civil, las experiencias coloniales y poscoloniales, la legitimidad del Estado, la intervención de terceros países, el peso de actores no estatales y transnacionales, y el combate al terrorismo, entre otras.

Ahora bien, los líderes militares han luchado por conservar su autonomía y, en la mayoría de las ocasiones, lo han conseguido. De hecho, muy pronto en los países árabes de la “Primavera” el ejército apareció como un vector de orden frente a los “nuevos peligros de la transición”: la inestabilidad política, el caos económico y el islamismo yihadista. Respecto a este último tema, la guerra contra el terrorismo emprendida de manera burocrática y policial prosiguió, lo cual contradice la política de democratización y respeto de los derechos humanos, sin ser por ello más eficaz, además de que contribuye a reforzar una vez más el poder y la impunidad del poder ejecutivo y el presidencialismo autoritario. En Oriente Medio, desde la década de 1980 se había intensificado la represión de los regímenes autoritarios contra las fuerzas de oposición islamistas; los

acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 proporcionaron el pretexto para continuar por ese camino. La ayuda de Washington a los dictadores en la “guerra contra el terror” ha sido, pues, una constante. En Yemen, donde desde 1991 se consolidó progresivamente un sistema autoritario y corrupto dominado por la red clientelista en torno al presidente Ali Abdalá Saleh, las alianzas en política exterior ataron al país a los efectos perversos tanto del combate encabezado por Estados Unidos contra el terrorismo islámico global, como de la importación del modelo urbano del Golfo (prácticas que también han hecho estragos particularmente en Siria, Líbano y Jordania desde hace casi un decenio) (Balanche, 2012). La confluencia de esas políticas agudizó la brecha social y minó la cohesión nacional. Evidentemente, la guerra contra el terrorismo es solo una guerra en sentido figurado. Primero, porque no se puede ganar: como es terrorismo, no hay adversario que pueda ser derrotado y con el que sea posible firmar un tratado de paz. Sin embargo, la palabra tiene un significado simbólico que no tiene en otros usos metafóricos, como la lucha contra el hambre, porque en el caso del terrorismo, el ejército está fuertemente involucrado. Las críticas de grupos de derechos humanos y de periodistas en Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y otros países desarrollados contra el financiamiento de defensa a proyectos de seguridad en Egipto y sus vecinos árabes, incluido el apoyo a la policía, el sistema de justicia penal y el tratamiento de menores detenidos no han logrado contenerlo, a pesar de las denuncias continuas sobre violaciones sistemáticas y

masivas de derechos humanos por parte de los regímenes y sus fuerzas de seguridad contra la población civil (desapariciones rutinarias, tortura de detenidos y encarcelamiento de oponentes políticos y periodistas) (Gaouette, 2017; McVeigh, 2017; Bahout, 2017).

El “2011 árabe” ha revelado lo fina que puede ser la línea entre la violencia y el estado de guerra. En Libia hay una multitud de guerras civiles, ya que las líneas de fractura son diversas y múltiples: regionales, locales, tribales, exkaddafistas o consideradas como tales (Haimzadeh, 2017). Ghassan Salame, representante especial y jefe de la misión de la ONU en Libia desde junio de 2017, se ha referido al macrosistema de depredación que se ha adueñado de ese país norafricano, del colapso de los servicios públicos y de cómo el país pierde de 400 a 500 millones de dólares al mes en todo tipo de tráfico. Salame también ha exhortado a las grandes potencias a dejar de interferir en los asuntos libios (Centre d’actualités de l’ONU, 2017). No sorprende. En el ámbito político, en Libia, la ONU se apresuró a reconocer la legitimidad del Gobierno del Acuerdo Nacional encabezado por Fayeze al-Sarraj en el oeste del país (donde está la capital Trípoli), mientras que en el oriente gobierna el Ejército Nacional Libio del general Jalifa Hafter. Las dos figuras han competido por obtener legitimidad de los actores internacionales. En este contexto de divisiones y militarización de la sociedad, la ONU participó en negociaciones maratónicas para formar un Gobierno de acuerdo nacional. Este se instaló en Trípoli en marzo de 2016, pero, a pesar de la legitimidad que le confiere su reconocimiento internacional, apenas logra imponerse en la

capital. Tres gobiernos, dos parlamentos, un sinnúmero de milicias, fuerte presión migratoria, esclavitud y campos de concentración para migrantes de África subsahariana, sumado a una catastrófica situación humanitaria marcan a Libia a seis años de la intervención de la OTAN y el derrocamiento de Gadafi. En Egipto, Bahréin o Yemen la democracia fue sacrificada en los primeros tiempos por la consolidación autoritaria del poder militar, debido en buena medida a un recurso débil e incoherente al derecho internacional por parte de los poderes regionales y mundiales. En el caso de Siria, una de las preguntas más recurrentes concierne a la naturaleza de la oposición a Bashar al-Asad que, para algunos, no es sino un embrollo de “rebeldes” afiliados a Al-Qaeda y, para otros, una nebulosa demasiado fragmentada y complicada de descifrar (Ramírez y Ruiz de Elvira, 2013).

Siria, pero también Yemen, son ejemplo de uno de los desafíos principales que plantea el entorno internacional actual para la mediación: su naturaleza cambiante. Es bien sabido que desde la década de 1970 claramente los esfuerzos internacionales para promover la liberalización política en la mayoría de los países de Medio Oriente han sido, en el mejor de los casos, mediatos y, a menudo, combinados con esfuerzos internacionales enérgicos para promover el statu quo autoritario. Pero la distribución multipolar del poder que caracteriza desde hace algunos años al sistema regional de Medio Oriente mina la capacidad de los países y organismos internacionales de influir de manera efectiva y coordinada en las dinámicas políticas locales de las transiciones. Así, es claro que la violencia ha sido en buena

medida producto de las agendas y la distribución de poder internacionales, tanto como de la omisión e inacción de las grandes potencias y organismos internacionales. En Siria, el titubeo de los países occidentales y las potencias regionales de coordinarse para proveer el tipo de apoyo correcto en el momento justo tuvo como una de sus principales consecuencias el permitir que fuentes indeseables se volvieran las principales suministradoras de armas y dinero a los rebeldes. Con el relevo en la Casa Blanca en enero de 2017, pareció que Estados Unidos buscaba tener una política más asertiva que la de su antecesor Barack Obama. En realidad se observa más continuidad que cambio. La ausencia de Estados Unidos en la parte noroccidental de Siria, donde Rusia tiene el control, es al día de hoy patente. La intervención rusa desde marzo de 2015 ha convertido a Siria, desde el punto de vista militar y energético, en una suerte de protectorado de Moscú (Macaron, 2017).

En cuanto a Yemen, el país está siendo devastado por una guerra entre las fuerzas leales al Gobierno internacionalmente reconocido del presidente Abdrabbuh Mansour Hadi y los aliados al movimiento rebelde Houthi; este último, que en enero de 2015 tomó posesión de la capital Sanaa, defiende a la minoría musulmana chií zaidita y recibe alguna ayuda de Irán. Obsesionados por “el proyecto iraní” en la región, Arabia Saudita y otros ocho

países árabes principalmente suní, iniciaron en marzo de 2015 bombardeos aéreos para restaurar el gobierno de Hadi. Esa coalición recibe apoyo logístico y de inteligencia de Estados Unidos, Reino Unido y Francia³. En efecto, ambas partes del conflicto, principalmente la coalición internacional, combaten con poco o nulo respeto por la población local, estrangulando en repetidas ocasiones el flujo de ayuda y productos básicos a las áreas controladas por sus rivales.

La violencia en sus diversas manifestaciones también se ha visto atizada por la participación de actores no estatales, a la vez que estos se alimentan de los efectos de la represión interna y de amenazas regionales para continuar su participación militar directa en el marco de las “crisis revolucionarias” y las guerras. Uno de esos actores es el Hezbolá libanés, grupo político y milicia que ha participado abiertamente con sus hombres y armas en el conflicto del lado del régimen en Damasco, por una necesidad estratégica dictada por la República Islámica de Irán, su patrocinador (Picard, 2016).

En los escenarios arriba descritos, el bajo perfil de los organismos regionales está muy lejos de contribuir a devolver la estabilidad, pues no ofrecen mecanismos de condicionalidad. Los países árabes no tienen los canales institucionales regionales con los que contaron, por ejemplo, las transiciones a la

³ Cerca de 17 millones de yemení, de una población de alrededor de 25 millones, necesitan ayuda humanitaria urgente. Cuatro millones sufren de malnutrición aguda. La guerra civil ha matado a diez mil civiles desde 2015, 50 mil heridos desde marzo de 2015, la mayoría en ataques aéreos por parte de una coalición multinacional. El espectro del hambre ha sido resultado de la guerra, a la vez que un arma.

democracia en América Latina en las décadas de 1980 y principios de 1990⁴.

A esta situación, que apunta a la existencia de una distribución multipolar del poder internacional, se agrega la multipolaridad ideológica en Medio Oriente (Gause, 2015). Un caso ilustrativo de la misma es lo que ha ocurrido con la dimensión tercermundista y de “resistencia al imperialismo” en los procesos revolucionarios en curso. Ese eslogan se asoció de manera emblemática al concepto de revolución en el mundo árabe en las décadas de 1950 y 1960, incluso a las imágenes de la invasión anglo-estadounidense de Iraq en 2003 (Dot-Pouillard, 2012). En el contexto revolucionario actual, su presencia ha sido menor. Los posicionamientos de varios sectores sociales en los países a favor de la intervención o de una protección firme por parte de fuerzas militares extranjeras ilustran que un valor como el de la independencia puede revertirse en coyunturas críticas como la crueldad de la represión o de una guerra (Ayooob, 2004; Telhami, 2013). De hecho,

en el marco de la crisis y guerra en Siria, se puede notar que la ideología del tercermundismo y la no intervención pudo convertirse en un tema de división y fractura, y no de ideal común o de utopía como lo había sido en décadas anteriores (Dot-Pouillard, 2012). Un ejemplo interesante de esta evolución son las diatribas y apologías que suscita el papel del Hezbolá libanés en la guerra en Siria. En Túnez, por ejemplo, sectores importantes de la sociedad, influida por teorías conspirativas, rechazaron las posiciones del Gobierno islamista y del presidente Moncef Marzouki (de 2011 a 2014), que favorecían a los revolucionarios sirios. Un caso más de las divisiones que la guerra en Siria ha provocado se observa en el seno de una parte de la oposición y de los intelectuales del mundo árabe, de Siria en particular, una doble postura de rechazo a la dictadura y a la protección internacional —esta última asociada con el imperialismo— no está muy alejada de la de algunos intelectuales, analistas y gobiernos latinoamericanos (Albaret y Devin, 2016; Herrera, 2012)⁵. Si bien los

⁴ Durante la década de 1980, la Organización de los Estados Americanos (OEA) no utilizó la amenaza de sanciones contra, digamos, la represión o el fraude electoral; realmente no tenía una política activa de promoción de los derechos humanos u otros temas asociados con el juego democrático que podría haber definido los costos y beneficios para los actores involucrados en la transición. Sin embargo, durante los procesos de transición en América Latina, la naturaleza y las características de la integración regional se han motivado para desencadenar reformas políticas y económicas y canalizar el apoyo a las transiciones. Con el fin del orden bipolar, los países de América Latina han sido menos reacios a considerar la relevancia de las acciones y las instituciones que promueven la democracia, a pesar de una larga tradición de “no intervención” en la región. Dos documentos representaron la disposición real de los países miembros de la OEA para apoyar a este organismo en la promoción de las prácticas democráticas y el respeto al orden constitucional: la Declaración de Santiago sobre Democracia y Confianza Ciudadana: Un Nuevo Compromiso de Gobernabilidad para las Américas (1991), conocido como “Compromiso de Santiago”, y el Protocolo de Washington (1992).

⁵ Desde el inicio de la guerra en Siria, países como Venezuela, Brasil y Argentina han oscilado entre la franca hostilidad contra los rebeldes sirios y el apego a una solución negociada con el régimen de Damasco. Por su parte, si bien los países del llamado “Sur” se han convertido en un principio de organización, de referencia y de posicionamiento de las Naciones Unidas, no han logrado integrar plenamente a estos actores.

rápidos cambios en el entorno internacional pueden a veces proporcionar oportunidades inesperadas para el compromiso de gestión de conflictos, suelen también ser desestabilizadores, en la medida en que complican las tareas de formar coaliciones, presionar de manera coordinada y cohesionada para instar a las partes a replantearse sus posiciones, y ofrecer alternativas reales a las poblaciones y sus liderazgos.

En ese contexto de poder difuso y fragmentado, reflejo de un sistema internacional multipolar en transición, el interés internacional en cualquier conflicto particular parece disminuir. Así, al menos, lo demuestra la secuencia poco gloriosa de planes de paz para Siria desde 2011, intentos de acuerdos dispares y oblicuos, sin consecuencia práctica eficaz, para encontrar una salida al conflicto.

POLÍTICA EXTERIOR

Desde su instauración en los años 1950-1960, la naturaleza de los regímenes árabes ha sido extremadamente personalista; eso ha hecho que sus relaciones exteriores, por lo menos las regionales, sean muy personales, esto es, que se vean condicionadas en buena medida por la personalidad de quien ocupa el poder ejecutivo; dicho de otra manera, las instituciones estatales, entre ellas el Ministerio de Asuntos Exteriores, se han visto muy involucradas en los juegos y las rivalidades de liderazgo regionales. Con todo, es necesario examinar la política exterior como parte de la reformulación del juego político interno en los países de la Primavera Árabe.

En general, las transiciones políticas hacen que las políticas exteriores sean menos predecibles y estables (Whitehead, 1996). Como señalaron Nohlen y Fernández en su análisis del comportamiento exterior de países latinoamericanos, la influencia que un cambio significativo en el liderazgo o el sistema político puede tener en una política exterior, así como en la definición de intereses nacionales, puede ser indirecta o directa, parcial o completa, significativa o insignificante, y puede ocurrir durante el proceso de su formulación o de su aplicación (1991, pp. 230-231). Por tanto, ya sea que se hable de continuidad o de cambio, la pregunta es saber en qué aspectos se produce dicha continuidad, transformación o ajuste. Además, la relación entre un cierto tipo de régimen político y la política exterior es particularmente compleja y está lejos de ser inequívoca, mucho menos durante las transiciones políticas críticas que conducen a un alto grado de incertidumbre. Esta es la razón por la que las áreas de política exterior no se ven afectadas del mismo modo o en el mismo grado cuando cambia el régimen o cuando atraviesa por una fuerte inestabilidad. Los cambios tienden a ser más obvios en el área político-diplomática y simbólica que en el área estratégica, donde las percepciones y posiciones tradicionales siguen siendo más o menos las mismas, particularmente con respecto a los intereses y las disputas territoriales. En este sentido, por ejemplo, el hecho de que los islamistas hayan encabezado las transiciones en Egipto (en la Presidencia de la República de junio de 2012 a julio de 2013) y en Túnez (en coalición gubernamental, desde octubre de 2011 con algunas interrupciones) no tornó

“islamistas” sus políticas externas. Con la breve presidencia de Mohamed Morsi, y bajo el Gobierno encabezado por el partido Ennahda, el islam fungió como factor legitimador de decisiones particulares en circunstancias específicas, y como instrumento para recobrar autonomía frente al exterior (Dawisha, 1985; Tawil, 2014). En sus programas, declaraciones y literatura, los islamistas han querido demostrar que sus creencias no son incompatibles con las normas internacionales de derechos humanos, y si bien persiste la ambivalencia en su concepción de esos derechos (El Fegierly 2012), el islamismo tiene tendencias a la emancipación y la inclusión, como a la intolerancia y exclusión. El caso único de Túnez, y su contraste con otros países de la región, recuerda que el papel y lugar de la religión en la vida social nunca es fijo, sino que cambia continuamente.

Desde esta perspectiva, no se puede reducir la explicación a una supuesta esencia inmutable y determinista de las identidades étnicas y confesionales, como tampoco al supuesto de que la expresión de esas identidades, y sus efectos, se debe meramente a su instrumentalización por parte de actores y fuerzas externas (Malmvig, 2015). Así, casos como el del Hezbolá, o la obsesión por hacer del islam el principal referente explicativo de los sacudimientos internos en estos países, se mencionan en algunos análisis que adoptan un enfoque geosectario para explicar la complejidad de la guerra en Siria, y de otras crisis, así como para anunciar el “fracaso” de las revoluciones. En realidad, ese enfoque, aunque no es erróneo, ofrece una imagen por lo menos incompleta de la realidad. Una mirada a las

reacciones de Turquía, Arabia Saudita e Irán ante los levantamientos árabes entre 2011 y 2016 respalda, más bien, la hipótesis de que los actores de la política exterior apoyan en países vecinos estructuras políticas similares a las de ellos, debido principalmente a razones de legitimación interna y externa (Sten, 2015).

Las opciones en el exterior de países como Túnez y Egipto, donde el estatus de transición combina en diversa medida tanto valores relativos a la liberalización, como la ausencia de un equilibrio institucional, han mostrado varias facetas de ambigüedad que pueden explicarse tanto por la reformulación del juego político interno y la inercia institucional, como por cuestiones de balance de poder regional e internacional (Tawil, 2014).

Los gobiernos o regímenes que no han sido derrocados, que se han aferrado al poder a costa de desatar crisis prolongadas, sino es que la guerra civil, han desplegado lo que podría llamarse una “política exterior de crisis”; es el caso de Bahreín, pero más aún de Yemen o Siria. En este último país, si bien es incorrecto atribuir el nacionalismo diplomático defensivo de los Asad desde la década de 1970 al autoritarismo del régimen o a la ideología baasista exclusivamente, es un hecho que la diplomacia siria ha sido parasitaria de las acciones de otros. Esto no solo se refiere al conflicto con Israel, sino a la imbricación de dinámicas conflictivas múltiples en la región, así como de las contradicciones y los fracasos de las políticas de las grandes potencias. El carácter confesional que adquirió la dinámica de seguridad en Oriente Medio a partir de la caída de Bagdad en 2003, y la guerra interna que estalló hizo que la dinámica de seguridad regional desde

entonces y hasta ahora gire principalmente en torno a la división entre sunismo y chiísmo conque se reforzó la permeabilidad del sistema regional ante las redes de actores y fuerzas transnacionales que condicionan la política exterior de los países árabes, y que borran las divisiones entre los niveles de análisis local, regional e internacional (Noble, 2008).

Es cierto que aunque las reivindicaciones de los grupos sociales movilizados son esencialmente internas, hay también la exigencia formular políticas exteriores más autónomas. Basta recordar que a pesar de las políticas de Egipto y Jordania de acercarse, e incluso someterse, a las exigencias de Israel, los actores no gubernamentales en estos dos países impidieron de manera efectiva toda normalización con ese país. La ola de protestas en el mundo árabe puso al tema palestino en segundo plano solamente de manera temporal, y es justo decir que hasta que no se resuelva, la región no conocerá la estabilidad y tendrá poca paz, arrastrando en la incertidumbre generada por el conflicto regional con Israel a los procesos de transición democrática en marcha. La ética diplomática de cualquiera de los regímenes en el poder aspira a detener el imperialismo y resarcir injusticias del colonialismo. La construcción de representaciones relacionadas con el espacio global sigue estando definida por la defensa de los “hermanos palestinos”, y el desafío a la “arrogancia” y la “doble moral” de los países occidentales. Los ajustes doctri-

narios en política exterior tanto de islamistas como de fuerzas y partidos seculares, y su comportamiento político y relación con los valores democráticos, están determinados en buena parte por las acciones y actitudes de sus interlocutores locales e internacionales (Adraoui, 2014)⁶.

Por último, otro ángulo desde el cual se pueden observar los vínculos entre el proceso de transición política y el contexto internacional en la esfera de la política exterior lo ofrece la agenda de derechos humanos. Si bien el régimen internacional de derechos humanos nunca ha sido perfecto, durante la década de 1990 y en el cambio del nuevo siglo parecía descansar en un consenso. En contraste, hacia el “2011 árabe”, ese régimen parece haber pasado por una transformación rápida y profunda en maneras que parecen, por un lado, fortalecer la protección de los derechos humanos y, por otro lado, mermar los esfuerzos. Se pueden identificar dos procesos simultáneos o paralelos que explican esto: el auge de los populismos y el declive del multilateralismo.

A partir de 2011 se confirmó, en el comportamiento de los gobiernos árabes, pero también de Israel y Turquía, la fuerza del modelo que vincula a la religión con una forma creciente de políticas populistas (Schmitter, 2016). Esta evolución se acompaña de retrocesos democráticos en el plano global, así como del debilitamiento del multilateralismo. En

⁶ Tomar conciencia de ciertos discursos, juicios y reacciones como respuesta a las variaciones en el entorno exterior no equivale, para Adraoui, a presuponer una definición clara y preestablecida del interés nacional que los islamistas, o cualquier otro grupo político, desean promover. Se debe reconocer la sociología del actor político, sus contradicciones, su capacidad de evolución, la relación con su sociedad y su ideología.

efecto, en los países árabes de la “Primavera”, consolidar Estados que garanticen libertades públicas y sociales para todos no es tarea fácil, entre otras razones, porque el resto del mundo, incluidos países europeos y Estados Unidos, parecen alejarse de esa dirección. Asimismo, desde hace por lo menos quince años se ha venido reforzando un multilateralismo más declarativo que sustantivo, concreto y vinculante. El embate contra el multilateralismo ha provenido de la globalización de expresiones soberanistas y populistas que bloquean los intentos de concertación mundial en diferentes áreas, como sucedió en las décadas de 1950 y 1960 de la Guerra Fría.

CONSIDERACIONES FINALES

En este texto se argumentó que para entender los “procesos revolucionarios”, las transiciones y las crisis políticas en el mundo árabe desde 2011, es indispensable tener presentes cambios mundiales y reordenamientos históricos. Gourevitch (1986) observó los diversos ejemplos que ofrece la historia acerca de la incidencia de un acontecimiento internacional o la injerencia de un Gobierno sobre las instituciones o decisiones políticas internas de otro; o de fenómenos como los flujos del comercio internacional que disparan transformaciones institucionales y políticas en el orden interno. Recientemente, Sarah Bush (2015) reconocía de manera oportuna que la presión internacional puede ser ejercida por actores estatales o no estatales, puede dirigirse a actores estatales o no estatales y puede involucrar medios militares o no militares. Además, puede influir prácticamente en cualquier aspecto de la po-

lítica nacional. Aunque, como ella sostiene, la presión internacional no siempre tiene éxito –de hecho, puede provocar una reacción violenta contra la influencia extranjera, así como otras consecuencias involuntarias– es indudablemente una variable importante que explica la conducta de la política interna y exterior en muchos países al día de hoy.

Los episodios de la interacción entre contexto internacional, por un lado, y diseño institucional, dinámicas socioeconómicas y políticas, por el otro, que se han planteado aquí ilustran la diversidad de la noción de “contexto internacional” y su impacto relativo, a veces decisivo, en los reordenamientos sociales e institucionales internos de diversa índole. Desde el estallido de las sublevaciones populares en países árabes no ha habido un solo caso en los levantamientos –con, quizás, la excepción muy parcial de Túnez– en el que los factores internacionales no hayan sido decisivos para su desarrollo o resultado. Existen notables semejanzas entre todos los casos, incluso en aquellos países que aquí se exploraron menos, como Bahrein: las élites tratan de beneficiarse de los cambios en el contexto internacional para promover reformas políticas y económicas que la adaptación a las transformaciones del mundo exterior demanda, de suerte que la distribución del poder mundial y el debilitamiento de algunos regímenes internacionales, como el de los derechos humanos, han sido elementos que intervienen de maneras concretas y específicas en el diseño de las nuevas reglas del juego interno y del comportamiento hacia el exterior. En varios países, las políticas asociadas a la transición han tenido lugar en el plano

internacional, en foros multilaterales y en las cancillerías de las grandes potencias (Brand, 2005); los procesos políticos en curso desde 2011, a su vez, afectan las agendas de países terceros, y atizan la rivalidad entre ellos. Se podría decir, a modo de hipótesis, que la susceptibilidad de los sistemas políticos y las sociedades a la influencia del factor externo fue mayor en 2011-2013 que en 2013-2017.

Quedan varios temas sin plantear en esta reflexión, entre ellos la influencia de actores transnacionales como los medios de comunicación, o el impacto que fuerzas regionales e internacionales tienen sobre la capacidad de coordinación de las oposiciones en el mundo árabe. Otro tema que ofrece enorme potencial para la investigación de la incidencia del exterior en procesos de cambio interno en Medio Oriente tiene que ver con la manera en que ha contribuido a que los países de la región se distingan (y se alejen) más unos de otros, lo que agrava la desigualdad entre las subregiones del golfo Pérsico y la zona del Levante, con repercusiones para los procesos de regionalismo y regionalización.

Con todo, el panorama general aquí expuesto apunta a la importancia relativa, y a la vez fundamental, del contexto internacional —distribución de poder y predominio de una determinada agenda normativa— como enfoque para explicar lo que ocurre en los países árabes a siete años del estallido de las revueltas populares. Es un ángulo que sin duda permite reconstruir trayectorias que han sido recorridas por otros países en otras regiones, como América Latina o el Sureste asiático.

REFERENCIAS

- Adraoui, M. A. (2014). L'épreuve du réel, les islamistes et le monde. Une étude des politiques étrangères des mouvements islamistes. Mobilisation et reconstruction d'un référent idéologique. En *Cahiers de la Méditerranée*. Recuperado de <http://cdlm.revues.org/7716>
- Aïta, S. (2013). Variables et enjeux économiques du soulèvement. En Bugarat F. y Paoli B. (dirs.), *Pas de printemps pour la Syrie*. Paris: La Découverte.
- Albaret, M. y Devin, G. (2016). Los países del Sur en Naciones Unidas. *Foro Internacional*, LVI (1), 13-39.
- Alshaali, A. (2014). Egypt's dire need to wean off subsidies. *Gulf News*. Recuperado de <http://gulfnews.com/business/features/egypt-s-dire-need-to-wean-off-subsidies-1.1326149>.
- Aronson, G. (2014). Washington loosens Egypt arms embargo. *Al-Monitor*. Recuperado de <http://www.al-monitor.com/pulse/originals/2014/04/apache-helicopters-egypt-arms-embargo-loosens-washington.html>
- Ashour, O. (2012). *Egypt's new old government*. *Project Syndicate*. Recuperado de <http://www.project-syndicate.org/commentary/egypt-s-new-old-government-by-omar-ashour>.
- Ayoob, M. (2004). Third World Perspectives on Humanitarian Intervention. *Global Governance*, 10 (1), 99-118.
- Bahout, J. (2017). La difficile définition d'une «doctrine Macron» au Proche-Orient et au Maghreb. *Orient*, XXI.
- Balanche, F. (2012). Metropolización y mundialización: factores de inestabilidad política en el mundo árabe. *Foro Internacional*, 208 LII (2), 287-321.
- Bozarslan, H. (2015). *Révolution et état de violence*. Moyen-Orient 2011-2015. Paris: CNRS Éditions.

- Brand, U. (2005). Order and regulation: Global Governance as a hegemonic discourse of international politics? *Review of International Political Economy*, 12 (1), 155-176.
- Bush, S. (2015). Forms of international pressure and the Middle East. En *International Relations Theory and a Changing Middle East* (pp. 13-15). POMEPS. Recuperado de https://pomeps.org/wp-content/uploads/2015/09/POMEPS_Studies_16_IR_Web1.pdf
- Carapicco, S. (2013). *Political Aid and Arab Activism: Democracy Promotion, Justice, and Representation*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Centre d'actualités de l'ONU (2017). Libye: la relance du processus politique redonne espoir à un pays "atomisé" par des agendas concurrents. Recuperado de <http://www.un.org/apps/newsFr/storyF.asp?NewsID=40531#.WireKEriaUk>
- Dawisha, A. (1985). *Islam in Foreign Policy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Dixon, M. (2011). An Arab Spring. *Review of African Political Economy*, 38 (128), 309-316.
- Dot-Pouillard, N. (2012). Les révolutions arabes entre césures et remembrances: tiers-mondisme, question palestinienne et utopies chiliastiques. En Geisser, V. (dir.). *Les protestations populaires à l'assaut des régimes autoritaires : une «révolution» pour les sciences sociales? L'Année du Maghreb* (Dossier spécial). Vol. VIII. Recuperado de <http://anneemaghreb.revues.org/1393#entries>
- El Dahshan, M. (2013). The Latest Plot Twist in Egypt's IMF Soap Opera. *Foreign Policy*. Recuperado de <http://foreignpolicy.com/2013/05/14/the-latest-plot-twist-in-egypts-imf-soap-opera/>
- El Fegier, M. (2012). Tyranny of the majority?: Islamists' ambivalence towards human rights. *FRIDE. A European Think-Tank for Global Action*. Recuperado de http://fride.org/download/wp_113_Islamists_Ambivalence_about_Human_Rights.pdf
- Farouk, Y. (2013). The limits of bureaucratic resistance during Morsi's rule: An account from within. *FikraForum*. Recuperado de <http://fikraforum.org/?p=3672>.
- Fawcett, L. (2017). States and sovereignty in the Middle East: Myths and realities. *International Affairs*, 93 (4), 789-807.
- Gazzini, C y El Amrani, Issandr. *Oil Zone Fighting Threatens Libya with Economic Collapse* (2016). Recuperado de <https://www.crisisgroup.org/middle-east-north-africa/north-africa/libya/oil-zone-fighting-threatens-libya-economic-collapse>.
- Gause, G. (2015). Ideologies, alliances and underbalancing in the new Middle East cold war. En *International Relations Theory and a Changing Middle East* (pp. 16-20). POMEPS.
- Geisser, V. (2012). Les protestations populaires à l'assaut des régimes autoritaires: une «révolution» pour les sciences sociales? En Geisser, V. (dir.). *Les protestations populaires à l'assaut des régimes autoritaires: une «révolution» pour les sciences sociales?, L'Année du Maghreb* (Dossier spécial). Vol. VIII. Recuperado de <http://anneemaghreb.revues.org/1393#entries>
- Gobat, J. y Kostial, K. (2016). *Syria's conflict economy*. Recuperado de <https://www.imf.org/>
- Gouette, N. (2017). US, citing human rights, cuts some Egypt aid. *CNN*.
- Gourevitch, P. A. (1978). The second image reversed: The international sources of domestic politics. *International Organization*, 32 (4), 881-912.
- Gourevitch, P. A. (1986). *Politics in Hard Times: Comparative Response to International Economic Crises*. Ithaca - London: Cornell University Press.
- Grugel, J. y Riggirozzi, P. (2012). Post-neoliberalism in Latin America: Rebuilding and reclaiming

- the state after crisis. *Development and Change*, 43 (1), 1-21.
- Hagopian, F. y Mainwaring, S. (2005). *The Third Wave of Democratization in Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Haidar, Z. (2013). Syria's economic collapse. *Al-Monitor*. Recuperado de <http://www.al-monitor.com/pulse/business/2013/06/syrian-economy-losses-study.html>
- Haimzadeh, P. (2017). Pourquoi la Libye est-elle toujours en crise depuis la mort de Kadhafi? *Orient XXI*. Recuperado de <http://orientxxi.info/va-comprendre/pourquoi-la-libye-est-elle-toujours-en-crise-depuis-la-mort-de-kadhafi,1937>
- Halit, M., Kalaycioglu, E. y Akcali, E. (2013). Taming' Arab social movements: Exporting neoliberal governmentality. *Security Dialogue*, 44 (5-6), 375-392.
- Harris, L. (2003). Popular resistance to globalization and neoliberalism in Latin America. *Journal of Developing Societies*, 19 (2-3), 136-151.
- Hassan, K. (2016). How will Egypt spend its \$12B from the IMF? *Al-Monitor*. Recuperado de <http://www.al-monitor.com/pulse/fr/originals/2016/11/egypt-loan-imf-budget-deficit-gulf-aid-bailout-economy.html#ixzz4qidvM9f>
- Herrera, J. (2012). La crise syrienne au prisme latino-américain (Venezuela, Brésil, Argentine). *Les Carnets de l'IFPO*. Recuperado de <http://ifpo.hypotheses.org/4144>
- Kahler, M. (1997). *Liberalization and Foreign Policy*. New York: Columbia University Press.
- Kienle, E. (2013). Nouveaux régimes, vieilles politiques? Réponses islamistes aux défis économiques et sociaux. *Critique Internationale*, 4 (61), 85-103.
- Kienle, E. y Laurence L. (2013). Comprendre les enjeux économiques et sociaux des soulèvements arabes. *Critique internationale*, 4 (61), 11-17.
- Kington, T. (2017). Rome "paying Libyan traffickers" to stem flow of Mediterranean refugees. *The Times*.
- Le Monde (2014). Le FMI débloque 506 millions de dollars pour la Tunisie. *Le Monde*. Recuperado de http://www.lemonde.fr/economie/article/2014/01/30/le-fmi-debloque-506-millions-de-dollars-pour-la-tunisie_4356668_3234.html
- Lynch, M. (2013). Money to Meddle. *Foreign Policy*. Recuperado de <http://foreignpolicy.com/2013/07/11/money-to-meddle/>.
- Macaron, J. (2017). Israel, Hezbollah playing Russian roulette in Syria. *Al-Monitor*.
- Malmvig, H. (2015). Coming in from the cold: How we may take sectarian identity politics seriously in the Middle East without playing to the tunes of regional power. En *International Relations Theory and a Changing Middle East* (pp. 32-35). POMEPS.
- McVeigh, K. (2017). UK's £2m support for Egypt security projects branded 'deeply disturbing'. *The Guardian*.
- Middle East Monitor (2017a). Egypt's foreign debt reaches 60b. *Middle East Monitor*. Recuperado de <https://www.middleeastmonitor.com/20170106-egypts-foreign-debt-reaches-60bn/>
- Middle East Monitor (2017b). Egypt's Budget deficit hits 11bn. *Middle East Monitor*. Recuperado de <https://www.middleeastmonitor.com/20170302-egypts-budget-deficit-hits-1bn-in-fy-201617/>
- Ministry of Foreign Affairs (2012). Prime Minister: Qatar Plans to Invest USD 18 billion in Egypt. State of Qatar.
- Minoui, D. y Forey S. (2013). L'Égypte de Morsi menacée par la faillite. *Le Figaro*. Recuperado de <http://www.lefigaro.fr/international/2013/04/09/01003-20130409ARTFIG00570-l-egypte-de-morsi-menacee-par-la-faillite.php>.

- Mohsen, K. (2017). Tunisie: le torchon brule entre le gouvernement et l'UGTT. *Orient XXI*. Recuperado de <http://orientxxi.info/magazine/tunisie-le-torchon-brule-entre-le-gouvernement-et-l-ugtt,1776>
- Mustafa, A. (2013). Gulf threats to liquidate 4,400 economic projects in Egypt. En Al-Mesryoon.
- Noble, P. (2008). From arab system to Middle Eastern system? Regional pressures and constraints. En Bahgat K. y Hillal Dessouki, Ai E. (eds.), *The Foreign Policies of Arab States. The Challenges of Globalization* (pp. 67-166). Cairo: The American University of Cairo Press.
- Nohlen, D. y Fernández B. (1991). Democratización y política exterior. Análisis comparado en torno a tres casos: Argentina, Brasil y Uruguay. *Revista de Estudios Internacionales*, 24 (94), 229-259.
- Perthes, V. (ed.) (2004). *Arab Elites: Negotiating the Politics of Change*. Lynne Rienner Pub.
- Picard, E. (2016). El Líbano frente a la crisis en Siria. En Conde, G., Tawil, M. y Pastor, C. (eds.). *Mundo árabe. Levantamientos populares, contextos, crisis y reconfiguraciones* (307-324). México D.F.: El Colegio de México-CIDE.
- Pierret, T. y Allal, A. (eds.) (2013). *Au cœur des révoltes arabes. Devenir révolutionnaires*. Paris: Armand Colin.
- Portail du Ministère des Finances de la Tunisie (2015). *Dette publique*. Recuperado de http://www.finances.gov.tn/index.php?option=com_content&view=article&id=39&Itemid=323&lang=fr
- Ramírez, N. y Ruiz de Elvira, L. (2013). Dudas sobre Siria. *El País*. Recuperado de http://elpais.com/elpais/2013/09/25/opinion/1380104964_211340.html
- Schmitter, P. C. (2016). A balance sheet of the vices and virtues of 'populisms'. European University Institute and Central European Institute. Recuperado de <https://www.eui.eu/Documents/DepartmentsCentres/sps/Profiles/Schmitter/pcsbalanceSheetApr06.pdf>
- Scokpol, Th. (1979). *States and Social Revolutions: a comparative analysis of France, Russia and China*. Cambridge University Press.
- Sérén, J. P. (2017). Les sombres prévisions du Fonds Monétaire International et de la Banque Mondiale. *Orient XXI*.
- Sten, E. (2015). Beyond geosectarianism: Political systems and international relations in the Middle East. En *International Relations Theory and a Changing Middle East* (pp. 68-70). POMEPS.
- Tawil, M. (2014). Las consecuencias en política exterior del proceso de liberalización en Túnez y Egipto: su carácter social al descubierto. *Foro Internacional*, LIV (3), 624-660.
- Telhami, S. (2013). *The World Through Arab Eyes: Arab Public Opinion and the Reshaping of the Middle East*. New York: Basic Books.
- Whitehead, L. (ed.) (1996). *The International Dimensions of Democratization*. Oxford: Oxford University Press.

Irán y Arabia Saudí, rivalidades geopolíticas y escenarios de confrontación

Sergio I. Moya Mena*

RESUMEN

La rivalidad entre Arabia Saudí y la República Islámica de Irán conforma una de las características más significativas del panorama político de Medio Oriente. Durante muchos años, estos dos países han luchado por el poder y la influencia regional. Este artículo analiza esa relación de competencia. En primer lugar, se describen los antecedentes históricos de la relación entre los dos países. En segundo lugar, se consideran los factores geopolíticos que dan forma a la rivalidad entre saudíes e iraníes y, posteriormente, se analizan los principales escenarios geográficos de confrontación, las

narrativas religiosas enfrentadas, así como las capacidades y la vulnerabilidad económica y militar de ambos países. Finalmente, el artículo plantea una consideración hipotética sobre un conflicto militar entre ambos países. El artículo demuestra que –hasta el momento– la disputa por el poder y la influencia regional favorece los intereses de Irán; sin embargo, dada la naturaleza de las alianzas regionales y extrarregionales, una escalada del conflicto al ámbito militar no favorecería los intereses de Teherán.

Palabras clave: Irán, Arabia Saudí, política exterior, geopolítica, sectarismo.

* Doctor en Filosofía por la Universidad de Costa Rica. Docente, Universidad Nacional de Costa Rica (UNA), Costa Rica. [sergio.moya@ucr.ac.cr].

Recibido: 25 de junio 2017 / Modificado: 24 de noviembre 2017 / Aceptado: 3 de febrero 2018

Para citar este artículo:

Moya Mena, S. I. (2018). Irán y Arabia Saudí, rivalidades geopolíticas y escenarios de confrontación. *OASIS*, 27, 47-66.

DOI: <https://doi.org/10.18601/16577558.n27.04>

Iran and Saudi Arabia, Geopolitical Rivalries and Confrontation Scenarios

ABSTRACT

The rivalry between Saudi Arabia and the Islamic Republic of Iran is one of the most significant features of the contemporary Middle East. For many years, these two countries have fought for regional power and influence. This article analyzes this relationship of competition by first, describing the historical background of the relationship between the two countries. Secondly, the paper analyzes the geopolitical factors that shape the rivalry between Saudis and Iranians, and later, the main geographic confrontation scenarios, the rival religious narratives, as well as the economic and military capacities and vulnerabilities of both countries. Finally, the article raises a hypothetical consideration of a military conflict between the two countries. The article demonstrates that -so far- the dispute over power and regional influence favors Iran's interests; however, given the nature of regional and extra-regional alliances, an escalation of the conflict to the military level would not favor the interests of Tehran.

Key words: Iran, Saudi Arabia, foreign policy, geopolitics, sectarianism.

INTRODUCCIÓN

A lo largo de casi cuatro décadas el Reino de Arabia Saudí y la República Islámica de Irán

han competido por el poder y la influencia regional. Sin embargo, a partir del año 2003 la confrontación entre estos dos Estados se ha recrudecido, y ha dado lugar a lo que algunos analistas llaman una “guerra fría”, en la que ambos compiten en términos ideológicos y geopolíticos en distintos escenarios regionales de conflicto. Este artículo se propone analizar los antecedentes y aspectos fundamentales que caracterizan las relaciones de competencia y rivalidad entre estos dos países, constituidos desde principios de este siglo en dos de las principales potencias regionales de Medio Oriente.

Diversos factores tales como la invasión estadounidense a Irak en 2003, que depone al régimen del Partido Socialista Árabe Ba'ath, la guerra entre Israel y el movimiento de resistencia islámica-chiita Hezbollah en el verano de 2006, o las llamadas Revueltas Árabes iniciadas en 2010 aceleraron la disputa por la hegemonía regional entre saudíes e iraníes, lo cual ha implicado el apoyo a diversos actores político-militares en conflictos como los de Siria o Yemen, así como una guerra de narrativas que va de la propaganda a los argumentos sectarios, y en la que ambos actores se acusan mutuamente de desestabilizar la región.

En principio, este artículo sitúa históricamente las relaciones entre Irán y Arabia Saudí; posteriormente se analiza la naturaleza de las rivalidades geopolíticas, los principales escenarios geográficos de confrontación, las narrativas religiosas enfrentadas, y las capacidades y la vulnerabilidad económica y militar de ambos países. Por último, el artículo plantea una consideración hipotética sobre un conflicto militar entre ambos países.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

Mientras que muchos iraníes se consideran herederos de una civilización milenaria que se remontaría –al menos– al siglo VI antes de Cristo, los saudíes comienzan el proceso de construcción de su identidad nacional hasta mediados del siglo XVIII, cuando Muhammad ibn Saud (fundador de la dinastía Saud) conforma una alianza con el líder religioso Muhammad ibn Abd al-Wahhab que posibilita la expansión del poder de dicha dinastía en la península arábiga y la constitución del llamado primer Estado saudí en 1744, cuya unificación definitiva tendría lugar hasta el año 1932. Será hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial cuando ambos países se constituirán en dos monarquías sólidas, con una incipiente voluntad de poder regional.

Hasta la revolución islámica de Irán en 1979 que llevó al poder al Ayatola Ruhollah Khomeini, las relaciones entre los reinos de las dinastías al-Saud en Arabia Saudí y Pahlavi en Irán estaban caracterizadas por sospechas y preocupaciones mutuas respecto al orden regional y la aspiración de controlar el golfo Pérsico, mas no necesariamente por el conflicto.

Ambos países se constituyeron en aliados regionales de Estados Unidos en el nuevo orden internacional de la Guerra Fría. Desde el golpe de Estado organizado por los servicios secretos británicos y estadounidense que depuso al líder nacionalista Mohammad Mossadeq en 1953, Irán y Estados Unidos establecieron una robusta conexión. Irán se integró al llamado Cinturón Norteamericano, la línea de Estados prooccidentales a lo largo de las

fronteras sureñas de la Unión Soviética, y en 1955 se unió al Pacto de Bagdad (llamado más tarde CENTO), que le permitió a Washington proveer seguridad y armas para la represión interna al régimen del sha Mohammad Reza Pahlavi (Halliday, 1981, p. 333). Bajo la presidencia de Richard Nixon (1969-1974), que llegó a tener una estrecha relación con el sha, el apoyo pleno de Estados Unidos permitió a Irán constituirse en la potencia regional dominante. En términos generales, este país se convirtió para Irán en “el factor esencial de su política exterior” (p. 334).

En el caso de Arabia Saudí, desde finales de la Segunda Guerra Mundial se construyó una sólida alianza entre Washington y Riad. En febrero de 1945, el presidente Franklin D. Roosevelt se reunió con el rey Abdel Aziz Ibn al-Saud, iniciando el histórico y estratégico intercambio de petróleo a cambio de seguridad entre los dos países (Baer, 2004, p. 83). A partir de allí, ambos se constituyeron en aliados contra el comunismo y se abocaron a la tarea de procurar precios estables para el petróleo, seguridad para su extracción y transporte, así como estabilidad en las economías de los países occidentales donde los saudíes invertirían grandes cantidades de dinero. Lo anterior implicó también el establecimiento de fuertes vínculos militares que persisten hasta la actualidad.

En 1979, el triunfo de la revolución en Irán y la constitución de la República Islámica implicaron un deterioro significativo en las relaciones bilaterales, y una elevación de la competición, tanto en el campo de las narrativas ideológicas y religiosas como en el geopolítico. En adelante, la tónica de la

relación estará marcada por la confrontación, interrumpida cada cierto tiempo por efímeros espacios para la *détente*.

Las nuevas autoridades iraníes expresaron su voluntad de “exportar la revolución”, lo cual provocó inestabilidad en la región, debido al apoyo iraní a minorías revolucionarias chiitas en países árabes como Arabia Saudí o Bahrein. Además, Khomeini rechazaba la monarquía como forma de Gobierno, y expresó siempre un gran desdén por la dinastía de los al-Saud, a los que llegó a caracterizar como “corruptos”, no merecedores de ser guardianes de los “lugares santos del islam” (Coughlin, 2010, p. 274), y consideraba que su comportamiento no estaba de acuerdo a las prescripciones del Islam: “Si quisiéramos demostrar al mundo que el gobierno saudí, estos viles e impíos saudíes, son como puñales que siempre han traspasado el corazón de los musulmanes desde atrás, no habríamos podido hacerlo tan bien como se ha demostrado por estos líderes ineptos y espinosos del gobierno saudí” (Khomeini, 1987).

Incluso en su testamento Khomeini no dejó de atacar a los al-Saud, afirmando que los musulmanes debían maldecir a los tiranos, incluida la familia real saudí, “esos traidores al gran santuario de Dios” (1989). La retórica antisaudí de Khomeini inspiró a muchos chiitas en la provincia oriental de Arabia Saudí, que terminaron sublevándose contra el Gobierno en 1980.

Al estallar la guerra entre Irak e Irán en 1980, el conflicto fue concebido por los saudíes como una seria amenaza pues consideraban que, tanto el régimen del partido Ba’ath de Saddam Hussein en Irak, como el nuevo

Gobierno revolucionario iraní debilitaban la seguridad saudí. Ambos países contaban con una población y una capacidad militar mayores que las de Arabia Saudí. Además, los dos habían manifestado la voluntad de desempeñar un liderazgo en la región. El discurso panárabe de Saddam Hussein era hostil a Riad, mientras que la retórica revolucionaria iraní ponía al descubierto la estrecha alianza entre Arabia Saudí con Estados Unidos y llamaba públicamente a los musulmanes a denunciar esa relación (al-Rasheed, 2003, p. 211). En este orden de cosas los saudíes decidieron que la “amenaza revolucionaria iraní” constituía un peligro más grave para la seguridad del reino y decidieron apoyar a Irak con alrededor de 245 mil millones de dólares durante la guerra (Bowen, 2008, p. 121).

En 1987, la represión de algunos peregrinos iraníes que hacían proselitismo político durante el *Hajj* en la ciudad de La Meca produjo unas 400 víctimas fatales, un tercio de las cuales eran iraníes. Como reacción, la embajada saudí en Irán fue atacada por una muchedumbre enardecida y un diplomático saudí resultó muerto. Arabia Saudí respondió unos meses después rompiendo relaciones diplomáticas con Irán (Keynough, 2016, p. 122).

La rivalidad entre ambos países se vio brevemente atenuada con la llegada de Mohammad Khatami a la presidencia iraní en 1997, quien dos años después visitó Arabia Saudí con el ánimo de estrechar las relaciones bilaterales. En esa ocasión, el entonces ministro de Relaciones Exteriores saudí, príncipe Saud bin Faisal bin Abdulaziz al-Saud, afirmó “no hay límites en la cooperación con Irán”. Ambos países incluso llegaron a firmar un

pacto de seguridad en 2001, que abordaba temas como el combate al lavado de dinero y la lucha contra el terrorismo (Schneider, 2001).

El breve e inusual espacio de acercamiento llegaría a su fin con la invasión estadounidense a Irak en 2003 y el vacío de poder generado en ese país que favoreció el ascenso político de los aliados iraquíes de Irán, en detrimento de los sunnís y de los intereses saudíes. Acá es importante notar que tres países han sido históricamente considerados como importantes para los saudíes y, en general, para todo el mundo árabe: Irak, Siria y Egipto. Ese mundo árabe define su identidad, esencia, civilización e historia a través de estas tres naciones. Irak es heredero de siglos de califato abasí en su historia, mientras que Siria cuenta con un registro histórico similar bajo el califato Omeya. Por otro lado, Egipto fue durante siglos la capital de la cultura y el pensamiento árabe. En alguna medida “perder” Irak como referente de poder político regional era perder una importante identidad histórica para los árabes y los saudíes.

En 2007, los países árabes del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) invitaron al presidente Mahmud Ahmadinejad a un encuentro en Doha, al final del cual el presidente iraní afirmó que “un nuevo capítulo de cooperación se abría en el golfo Pérsico (citado por Mabon, 2013, p. 1). En realidad tal capítulo nunca se abrió. La política exterior de Ahmadinejad, que adquirió un carácter mucho más asertivo en términos de cálculo político, combinó la identidad chiita de la revolución iraní con un fuerte sentido del nacionalismo persa y, bajo su mandato, Irán asumió un papel mucho más prominente dentro de la seguridad regional.

Lo anterior se tradujo —entre otras cosas— en un reforzamiento de las ambiciones nucleares del país y un apoyo continuo a actores políticos como la organización Hezbollah en Líbano (que fue capaz de ejercer una notable resistencia militar frente a Israel en la guerra del verano de 2006), el gobierno de Bashar al-Assad en Siria y a distintas organizaciones chiitas de la región, todas acciones percibidas por Riad como amenazas. A partir de todo esto parecía claro el deterioro en las relaciones entre ambos países. Cables revelados por WikiLeaks destapaban la animosidad de los líderes saudíes hacia Irán:

...10. (S) El rey, el ministro de relaciones exteriores, el príncipe Muqrin, y el príncipe Nayef, acordaron que el Reino debe cooperar con Estados Unidos para resistir y revertir la influencia iraní y la subversión en Irak. El rey fue particularmente inflexible en este punto, y fue apoyado por los principales príncipes también. Al-Jubeir recordó las frecuentes exhortaciones del Rey a los Estados Unidos a atacar a Irán y poner fin a su programa de armas nucleares. “Él te dijo que cortaras la cabeza de la serpiente”, agregando que trabajar con EE.UU. para frenar la influencia iraní en Irak es una prioridad estratégica para el rey y su gobierno (WikiLeaks, 2008).

La presión y animadversión de algunas petromonarquías del Golfo persistió durante el mandato del presidente Barack Obama. Según lo ha revelado el exsecretario de Estado John Kerry, además de pedir “cortar la cabeza de la serpiente”, varios Estados de la zona le pidieron bombardear Irán como la “única solución” a sus ambiciones regionales (*Tehran Times*, 2017).

EL INCREMENTO DE LA INFLUENCIA IRANÍ

La hegemonía político-militar de Hezbollah en Líbano, definida plenamente desde el fin de la guerra de 2006 y ampliada con la capacidad de veto en las decisiones del Gobierno libanés adquirida por esta organización en noviembre de 2008 (NBCnews, 2008); el dominio político por parte de los partidos y las milicias chiitas en Irak, el ascenso político de los houthis (chiitas zaidíes) en Yemen, que logran capturar la capital Sana'a en septiembre de 2014, y la capacidad de resistencia del gobierno del presidente Bashar al-Assad en Siria (aliado de Irán desde 1980) frente a la subversión salafista-yihadista patrocinada por países como Arabia Saudí, Qatar y Turquía, catapultaron la influencia iraní en la región.

Es importante observar que Teherán tiene poco que ver en el inicio de algunas de estas dinámicas locales que tendrán una proyección geopolítica regional. Después de todo fue Estados Unidos el que propició el vacío de poder en Irak derrocando al gobierno del Ba'ath. Asimismo, el inicio de las Revueltas Árabes, que en el caso de Yemen dan origen a un movimiento políticamente diverso que depone al gobierno de Ali Abdullah Saleh en febrero de 2012, está lejos de ser una conspiración urdida por Teherán. En todo caso, estos desarrollos políticos beneficiaron notablemente las ecuaciones de poder regional a favor de Irán, favoreciendo la percepción de seguridad y confianza entre las élites iraníes.

Desde agosto de 2013 hay un nuevo Gobierno en Teherán encabezado por el centrista Hassan Rouhani, que imprime un sello mucho más pragmático y conciliador a la

política exterior iraní, cuya prioridad será resolver diplomáticamente el diferendo nuclear con las potencias occidentales y acabar con el aislamiento internacional del país. Irán mejorará notablemente sus relaciones con muchos países occidentales y coincidirá con Rusia y China en una serie de temas claves de la geopolítica regional, como la guerra en Siria y, por supuesto, en la necesidad de alcanzar un acuerdo en el tema nuclear.

Aunque la nueva y prometedoras situación geopolítica regional es acogida con prudencia y cautela, tanto por Rouhani como por su ministro de Relaciones Exteriores Mohammad Javad Zarif, algunos sectores políticos del país no evitan hacer ostentación de ese entorno regional favorable. Después de la toma de la ciudad de Sana'a por los rebeldes houthis, Alí Reza Zakani, miembro del *Majlis* o parlamento iraní, y personaje cercano al líder supremo Alí Khamenei, afirmaba:

...tres capitales árabes han terminado hoy en manos de Irán y pertenecen a la Revolución Islámica Iraní [...] Sana'a se ha convertido en la cuarta capital árabe que está en camino de unirse a la Revolución Iraní [...] Definitivamente, la revolución yemení no se limitará a Yemen. Se extenderá después de su éxito en los territorios saudíes. Las vastas fronteras yemení-saudíes ayudarán a acelerar su alcance en la profundidad de la tierra saudí (citado por Hearst, 2014).

Por su parte, el mayor general Mohammad Alí Jafari, comandante supremo de los Cuerpos de la Guardia Revolucionaria Islámica de Irán (CGRI), afirmaba en marzo de 2015: "La revolución islámica avanza a buen ritmo, su ejemplo es la exportación cada vez mayor de

la revolución [...] No solo Palestina y Líbano reconocen el papel influyente de la República Islámica, sino también el pueblo de Irak y Siria. Ellos aprecian la nación de Irán” (citado por Black, 2015).

Esta retórica propagandística —rayana muchas veces con la fanfarronería—, alimentó entre los rivales regionales de Irán las sospechas y los señalamientos sobre el “expansionismo” e “imperialismo” iraní, o la idea de una “creciente chiita” desestabilizadora y articulada por Irán, como lo señaló en el año 2004 el rey Abdullah de Jordania.

El ascenso al trono del nuevo rey Salman bin Abdulaziz al-Saud en enero de 2015, supuso el inicio de una actitud aún más hostil de parte de Arabia Saudí hacia Irán. Este cambio obedecería a dos razones. En primer lugar, el ya reseñado aumento de la influencia iraní en la zona y, en segundo lugar, la decisión de Estados Unidos de alejarse de Riad (Khalkhali, 2017). En efecto, los últimos meses de la administración Obama evidenciaron un enfriamiento sin precedentes y un aumento de la desconfianza entre Arabia Saudí y Estados Unidos, cuyo gobierno apostaba más bien por la construcción de un equilibrio de poder regional (Lynch, 2015, p. 21). Uno de los factores concretos que contribuyeron a esta situación fue la firma en abril de 2015 del Joint Comprehensive Plan of Action (JCPOA) entre Irán y el grupo de potencias P5+1, que facilitaba una salida al diferendo sobre el programa nuclear iraní. Los saudíes se opusieron sistemáticamente a este acuerdo, pues temían que se constituiría en el preludio de la aceptación de la hegemonía regional de iraní. De acuerdo con Jeffrey Goldberg, periodista de la

revista *The Atlantic*, cuando el primer ministro australiano Malcolm Turnbull le preguntó al presidente Obama si los saudíes eran sus amigos, este respondió: “it’s complicated” (citado por Gause, 2016, p. 114). Obama llegó a describir a Arabia Saudí como un *free rider* de la política exterior estadounidense, y criticó el financiamiento de Riad al extremismo religioso y la negativa saudí a llegar a una “paz fría” con Irán (Shanahan, 2016, p. 81). Estas declaraciones generaron furia entre los gobernantes saudíes.

Mientras tanto, las relaciones entre saudíes e iraníes alcanzaban un nivel de tensión sin precedentes con la ejecución del clérigo chiita de nacionalidad saudí Nimr Baqr al Nimr, en enero de 2016, quien había sido acusado de terrorismo. Los saudíes tenían un largo historial de represión de los chiitas y sus clérigos, pero nunca había ejecutado a una alta figura clerical como Nimr Baqr al Nimr.

El líder Alí Khamenei advirtió a los políticos saudíes que “la sangre injustamente derramada de este mártir oprimido no tardaría en mostrar su efecto y la venganza divina alcanzaría a los políticos saudíes” (*The Independent*, 2016). En Teherán, una turba de manifestantes atacó y quemó la embajada saudí y un día después Riad decidió romper relaciones diplomáticas.

RIVALIDADES GEOPOLÍTICAS Y ESCENARIOS DE CONFRONTACIÓN

Al considerar la rivalidad entre la República Islámica de Irán y Arabia Saudí resulta imprescindible considerar la geografía de la región del golfo, cuyo nombre es disputado: denominado

“Pérsico” por los iraníes y “Arábigo” por los países árabes de la zona. Como lo menciona Henner Furtig, el golfo es una línea vital para ambos Estados, dada la dependencia de ambas economías del petróleo. Como tal, las rutas seguras de tránsito a través de este y el estrecho de Ormuz son esenciales (2006, p. 143).

Hasta la invasión estadounidense a Irak en 2003, el entorno geopolítico del golfo Pérsico había sido dominado por Irán e Irak, pero dicha invasión supuso el fin de Bagdad como poder árabe regional, lo que terminó por ubicar a Irán y Arabia Saudí como los poderes hegemónicos más importantes de la región.

Para ambos países la seguridad existencial es de suma importancia, sin embargo, esa seguridad es perseguida de formas distintas. Arabia Saudí se percibe a sí misma como rodeada de enemigos reales o potenciales, algunos de los cuales son más grandes y más poderosos, y de esta manera, busca garantías para su seguridad externa. Su objetivo ha sido preservar su independencia y autonomía previniendo la emergencia de potencias hegemónicas regionales (Gause, 2002, p. 196).

Si Arabia Saudí es una potencia regional que defiende el *statu quo*, Irán es un Estado que busca constantemente el cambio revolucionario en la zona y apuesta a garantizarse a sí mismo su propia seguridad. Si Arabia Saudí busca balancear las amenazas en el golfo con el apoyo de actores externos como Estados Unidos, Irán se ha opuesto sistemáticamente a la presencia de dichos actores en el entorno de la seguridad regional (Mabon, 2013, p. 64).

Aunque ambos países ya competían por el poder y la influencia en países como Líbano o Irak, las Revueltas Árabes propiciaron procesos

de desestabilización y conflicto en escenarios como Egipto, Yemen, Siria o Bahréin que atrajeron la atención de Riad y Teherán a partir de una doble motivación: confrontar amenazas a la seguridad y aumentar la influencia regional. A continuación se describen algunos de estos escenarios de confrontación.

YEMEN

En la península arábiga un principio operativo ha guiado la política de Arabia Saudí a través de las décadas: negar a cualquier otro Estado una posición de influencia sustancial. El liderazgo saudí ve al resto de la península como su esfera de influencia natural. En el caso de Yemen, desde las revoluciones en el norte y el sur en la década de 1960, los estados yemeníes se constituyeron como repúblicas, creando una atmósfera de desconfianza con las monarquías absolutas vecinas, incluida Arabia Saudí (Gause, 2002, p. 198). Después de la unificación, Yemen se opuso a la coalición de países árabes que rechazó la invasión iraquí a Kuwait, sin embargo, el gobierno de Alí Abdullah Saleh llegó a mantener una relación relativamente cordial con Arabia Saudí hasta que fue depuesto por las revueltas populares de 2011. El nuevo gobierno de Abdrabbuh Mansour Hadi debió enfrentar tanto las aspiraciones secesionistas del sur, como la amenaza de al-Qaeda y de los rebeldes houthis (organizados en el movimiento Ansarullah), que junto con otras fuerzas políticas lograron tomar Sana'a en septiembre de 2014, obligando a Hadi a abandonar el poder unos meses después y huir hacia Arabia Saudí.

A la cabeza de una frágil coalición de países africanos y de Medio Oriente, Riad implementó la operación “Tormenta decisiva” en marzo de 2005, que implicó el bombardeo de las posiciones houthis, un bloqueo marítimo y aéreo, y el despliegue de tropas de la coalición en territorio yemení.

Reiteradamente los saudíes han denunciado el apoyo financiero y militar iraní a los houthis a través de puertos controlados por los rebeldes como Al-Hodeida o Al-Salif, acusación que Teherán ha negado sistemáticamente, pese a que actores influyentes del gobierno iraní han manifestado su simpatía por los houthis (*Tehran Times*, 2016).

La guerra de agresión impulsada por Arabia Saudí en Yemen ha tenido un carácter catastrófico desde el punto de vista humanitario y ha supuesto altos costos económicos y políticos para Arabia Saudí. Según una estimación de la agencia Reuters, el esfuerzo de guerra en Yemen le costaría a Riad cada mes unos 175 millones de dólares en bombardeos y unos 500 millones en incursiones terrestres (Hussain, 2016).

IRAK

La caída de Saddam Hussein implicó un enorme vacío de poder regional. Aunque el régimen del Ba'ath era enemigo declarado de Irán, también resultaba incómodo para Arabia Saudí, pues el nacionalismo árabe pregonado por Bagdad deslegitimaba al régimen saudí (Gause, 2002, p. 196).

En el plano interno, el fin del régimen del Ba'ath supuso una pérdida de influencia

de los sunnís y un ascenso de los chiitas, que conformaban un sector mayoritario de la población y que, aunque divididos en diversas organizaciones políticas y milicias, lograron imponer su peso demográfico en los primeros procesos democráticos. Por un lado, y gracias a Estados Unidos, Teherán vio cómo su principal amenaza existencial en su frontera occidental (el régimen de Saddam Hussein) desaparecía. Por otro, sacaba un enorme provecho del nuevo escenario, capitalizando el apoyo que durante años había proporcionado a organizaciones chiitas iraquíes, como el partido Dawa o el Consejo Supremo de la Revolución Islámica de Irak (CSRII), que pasaron a integrar los órganos de poder del nuevo Estado iraquí.

El Irak pos-Saddam se convirtió en un escenario adverso para los intereses de Arabia Saudí. Los aliados locales de los saudíes quedaron marginalizados y la guerra contra el Estado Islámico de Irak y el Levante (DAESH, por su acrónimo en árabe) a partir de 2014, dio origen a la proliferación de decenas de milicias chiitas, constituidas para defender los santuarios del chiismo en Irak y Siria, y dispuestas a combatir al salafismo-yihadista allende las fronteras iraquíes. Estas milicias, muchas de las cuales han sido organizadas y entrenadas por el CGRII y su cuerpo de élite, la Fuerza Quds, reciben además ayuda iraní en materia de apoyo aéreo, artillería, equipo de guerra electrónica y atención médica. Arabia Saudí las considera como organizaciones terroristas y las ha señalado como responsables de “asesinatos masivos” (*Sputnik*, 2016).

LÍBANO

Este pequeño país de apenas 10.400 km² ha constituido, desde hace décadas, un escenario de gran importancia para Arabia Saudí e Irán. Líbano adquirió relevancia para los saudíes en las décadas de 1950 y 1960 para contrarrestar el poder del líder nacionalista egipcio Gamal Abdel Nasser y desde la década de 1990, los saudíes desarrollaron un fuerte vínculo con el líder sunní y primer ministro Rafic Hariri (1992-1998; 2000-2004), que tenía fuertes lazos económicos con Riad. El asesinato de Hariri en 2005 dio paso a una polarización política entre la Alianza Marzo 8, afín a los Gobiernos de Irán y Siria e integrada —entre otros— por Hezbollah, AMAL y el Movimiento Patriótico Libre, y la Alianza Marzo 14, apoyada por Arabia Saudí e integrada por el Movimiento Futuro (de Hariri), las Fuerzas Libanesas y el Kataeb, entre otros.

En Líbano, Arabia Saudí ha buscado sistemáticamente aislar a Siria de Irán, reducir la influencia de este último y contrarrestar el poderío interno de Hezbollah, significativamente aupado a partir de su intervención en la guerra civil siria. Para esto, Riad ha apoyado no solo a organizaciones sunníes como el Movimiento Futuro, liderado desde 2005 por Saad Hariri (actual primer ministro), sino también a organizaciones salafistas que antagonizan con Hezbollah.

Entre Irán y Líbano ha existido desde hace mucho tiempo una fuerte vinculación religiosa entre clérigos chiitas. Líbano fue el único país de la región en el que la exportación de la revolución islámica rindió frutos a inicios de la década de 1980 con la funda-

ción de Hezbollah, organización que desde esa época recibe diversas formas de ayuda de Irán y que ha seguido el liderazgo o *wilayat al-faqih* (“potestad del sabio jurisconsulto”) de Ayatola Khomeini y luego de su sucesor, el Ayatola Alí Khamenei.

En marzo de 2016, los países del CCG dispusieron una serie de medidas destinadas a “confrontar a Hezbollah”, a la que declararon como “terrorista” y acordaron un recorte de 4 mil millones de dólares en ayuda al ejército del Líbano (Arabia Saudí ha tratado históricamente de apoyar el ejército libanés con el fin de debilitar a Hezbollah), supuestamente por el rechazo gubernamental libanés a condenar el incendio de la embajada saudí en Teherán, y por el malestar ante el papel político desempeñado por Hezbollah en el Parlamento libanés.

El rompimiento del bloque político que persistía en el país posibilitó la elección de Michel Aoun como nuevo presidente en octubre de 2016 (en parte debido al apoyo de Hezbollah e Irán), lo cual implicó para el país la necesidad de procurar un balance entre Teherán y Riad. Por un lado, Aoun ha intentado tranquilizar a las monarquías árabes de la región, incluida la saudí, pues necesita mantener el flujo de inversiones y defender los intereses de los expatriados libaneses en el golfo que representan el 40 % de los 7 mil millones de dólares que la diáspora libanesa envía anualmente. Por otro lado, Aoun no ha dejado de reconocer el apoyo de Hezbollah, llegando a decir ante la televisión egipcia que las “armas de la resistencia eran necesarias para luchar contra la ocupación israelí”. El presidente también ha expresado su apoyo al gobierno de Bashar al-Assad en Siria, afirmando

que “es la única persona que puede unir a las distintas partes y conformar un gobierno” (El Khoury, 2017).

BAHRÉIN

El eco de las Revueltas Árabes iniciadas en Túnez y Egipto a finales de 2010 tardó poco en llegar a Bahréin. Emulando el espíritu de la Plaza Tahrir en Egipto, centenares de manifestantes pacíficos —la mayoría de ellos jóvenes no involucrados en partidos políticos— demandaron reformas políticas, como la creación de una monarquía constitucional, la conformación de un nuevo gabinete y la liberación de los presos políticos.

Desde el inicio de las manifestaciones pacíficas, la dinastía reinante de los al-Khalifa recurrió a la violencia y descalificó las demandas populares como un “complot pan-chiita y proiraní”, una añeja acusación que, por cierto, nunca ha sido probada y que se esgrime recurrentemente en los países árabes del golfo Pérsico para deslegitimar cualquier amago de oposición y negar la concesión de derechos ciudadanos y religiosos a los chiitas.

La incapacidad de la dinastía al-Khalifa para contener las protestas, y la complaciente actitud estadounidense y occidental con la represión, sin duda alentó al régimen a acudir a sus aliados del CCG y en especial Arabia Saudí, para que intervinieran en el país, enviando un contingente de 1500 soldados, que a partir de su ingreso participaron activamente en la represión.

Los saudíes, que han mantenido siempre sospechas sobre las intenciones iraníes en Bahréin, debido a que la mayoría de la pobla-

ción es chiita (Terril, 2011, p. 19), comparten con el régimen de Bahréin la apreciación de que esos chiitas son una amenaza alentada por Irán. La intervención del CCG cambió la percepción de las protestas pues, de una disputa doméstica se pasó a una de carácter internacional. Este hecho también radicalizó a los manifestantes. Si inicialmente clamaban en sus mítines “el pueblo quiere la reforma del régimen”, pronto empezaron a demandar “el pueblo quiere la caída del régimen” (Matthiesen, 2013, p. 12). Para muchos bahreiníes, y especialmente para los chiitas, la llegada del contingente del CCG implicó una ocupación del país. Para otros, como algunos sectores sunníes, las tropas del CCG fueron vistas como “liberadoras”.

Al cabo de seis años, las protestas populares continúan y el Gobierno sigue reprimiendo a los chiitas y sus élites clericales.

SIRIA

Siria ha sido el más intenso, dramático y sangriento escenario de confrontación entre ambos países.

Durante el mandato de Hafez al-Assad, Siria fue el primer país árabe en reconocer y “felicitar al nuevo gobierno revolucionario iraní en 1979” (Goodarzi, 2009, p. 18). Desde esa época ambos países han mantenido una sólida alianza.

El apoyo iraní al Gobierno sirio apunta a objetivos políticos y estratégicos amplios, que buscan preservar el llamado “eje de la resistencia” (*jabhat al-muqawama*), una alianza integrada por ambos países junto a Hezbollah y Hamas, y a la que se vinculan también —de

manera indirecta— otros actores no estatales, como algunas milicias chiitas que operan en Siria e Irak, o el movimiento Ansarullah (houthi) de Yemen.

Frente a la amenaza salafista-yihadista, Irán no podía darse el lujo de perder su principal punto de apoyo en el Levante. Así lo planteaba en enero de 2012 Ali Akbar Velayati, asesor de Asuntos Exteriores del líder supremo de Irán, Ali Khamenei: “La cadena de la Resistencia contra Israel por parte de Irán, Siria, Hezbollah, el nuevo gobierno iraquí y Hamas, pasa a través de la vía siria. Siria es el anillo de oro de la cadena de la resistencia contra Israel” (citado por Goodarzi, 2013, p. 33).

Cuando las Revueltas Árabes llegaron a Siria, los gobernantes saudíes anticiparon una oportunidad para ellos y sus aliados en el CCG, de compensar lo que habían “perdido” en Irak y revertir los avances geopolíticos de Irán. Así, Riad apostó decididamente por el derrocamiento del gobierno de Bashar al-Assad, apoyando a grupos armados, primero a facciones como el Ejército Libre de Siria (ELS) y después a grupos de orientación salafista-yihadista como Ahrar al-Sham (Movimiento Islámico de los Hombres Libres del Levante) o el Jaysh al-Islam (Ejército del Islam), que tienen un discurso claramente sectario (Álvarez-Ossorio, 2016, p. 121).

El entonces rey Abdullah fue el primer líder árabe en condenar al gobierno de al-Assad por sus “métodos por lidiar con las protestas antigubernamentales” y Riad promovió el aislamiento de Siria de instancias como la Liga Árabe.

En marzo de 2012, el ministro de Relaciones Exteriores saudí, Saud bin Faisal

bin Abdulaziz al-Saud, dijo que apoyar a los rebeldes era un “deber”, pues “se defienden contra la represión sangrienta diaria por parte de las fuerzas leales al presidente Bashar al-Assad” (*Al Arabiya*, 2012). Cabe agregar que, de acuerdo con varias estimaciones, al menos 2500 saudíes han combatido en las filas del Daesh desde el inicio de la guerra (The Soufan Group, 2015, p. 5).

LA SECTARIZACIÓN DEL CONFLICTO

La disputa religiosa entre Irán y Arabia Saudí se remonta —tal y como se ha establecido párrafos atrás— al triunfo de la revolución en 1979, cuando las nuevas autoridades en Teherán señalan a los gobernantes saudíes como “ilegítimos”. Antes de 1986, el monarca saudí era considerado como Su Majestad, hasta que el rey Fahd cambió el título real a Protector (o custodio) de los Dos Lugares Santos (Mabon, 2013, p. 53), una decisión que se tomaba en respuesta a la “amenaza” iraní y que resultaba vital a la hora de intentar justificar la legitimidad de su régimen.

En adelante, ambos países harán uso de la retórica religiosa para atenuar amenazas domésticas y justificar la legitimidad de sus regímenes políticos. De un lado, Irán, convertido en uno de los más influyentes y fervorosos Estados islámicos en el mundo, del otro, Arabia Saudí, cabeza del Islam wahhabí, que llevará a cabo un enorme esfuerzo propagandístico y económico para presentarse ante la Ummah como “cabeza” del mundo islámico.

Esa retórica religiosa llegará a convertirse en un discurso sectario con cierta recurrencia, pero especialmente desde la invasión estadou-

nidense a Irak en 2003. El sectarismo que se experimenta en muchos lugares del Medio Oriente contemporáneo, y que involucra narrativas que hacen referencia a diversas identidades, símbolos y mitos, ha sido impulsado por sectores que utilizan las identidades políticas sectarias para reafirmar sus posiciones de poder. Ciertamente no es solamente una invención de los gobiernos, sino el resultado de una amalgama de élites políticas, religiosas, sociales y económicas que apelan al sectarismo para impulsar sus objetivos particulares. Una vez que el sectarismo se convierte una forma de desacreditar la imagen de los adversarios políticos, se desplaza a todos los niveles de la sociedad y se convierte en un proceso de doble vía (Matthiesen, 2013). Lo novedoso de este nuevo sectarismo, en relación con periodos previos de tensión sectaria, es que los gobernantes toman decisiones sobre la base de “evaluaciones sectarias de la política”, piensan estratégicamente en términos sectarios y moldean sus políticas exteriores de la misma manera. Como resultado, se ve a un Irán mayoritariamente chiita como un archirrival.

De esta forma, los gobiernos de los países árabes del Golfo, encabezados por Arabia Saudí, han reafirmado las divisiones sectarias —especialmente entre sunnís y chitas— para descalificar cualquier amago de oposición, calificando sistemáticamente a los movimientos de protesta en Bahréin y la provincia Oriental en Arabia Saudí como llevados a cabo por “agentes iraníes”.

La movilización antichiita ha sido utilizada desde hace mucho tiempo como una forma efectiva de mitigar el atractivo de Irán entre los sunnís, mientras que sirve como

herramienta en la competencia intrasunni por la influencia regional. El antichiismo abreva esencialmente de la doctrina wahhabí y de numerosas *fatwas* emitidas por clérigos wahhabíes saudíes que consideran a los chiitas como *kuffar*, es decir, apóstatas y no creyentes, que no merecen derechos y que, incluso, es necesario aniquilar.

Aunque la retórica sectaria es utilizada y reproducida tanto por las élites clericales y gubernamentales de países como Arabia Saudí y otros países del golfo Pérsico, es también empleada por algunos sectores chiitas militantes de países como Irak o Siria. Sin embargo, es notable el hecho de que las más altas autoridades religiosas y políticas iraníes procuran usualmente evadir el lenguaje sectario y minimizan el antagonismo entre chiitas y sunnís. En septiembre de 2016, luego de que el líder supremo iraní Alí Khamenei criticara el manejo saudí de los Lugares Santos del Islam, el gran muftí de Arabia Saudí, Abdulaziz al-Sheikh, afirmó: “debemos entender que estos no son musulmanes, son hijos de los Magos y su hostilidad hacia los musulmanes es antigua. Especialmente contra la gente de la *Sunna*” (Dawn, 2016). Unos días después, el ministro iraní de Asuntos Exteriores, Mohammad Javad Zarif, decía en un artículo de opinión publicado en *The New York Times*:

De hecho, no es el supuesto conflicto sectario antiguo entre sunnís y chiitas, sino la contienda entre el wahhabismo y el Islam tradicional la que tendrá las consecuencias más profundas para la región y más allá [...] Aunque gran parte de la violencia cometida en nombre del Islam se puede atribuir al wahhabismo, no sugiero de ninguna manera que Arabia Saudí no

pueda ser parte de la solución. Todo lo contrario: invitamos a los gobernantes saudíes a dejar de lado la retórica de la culpa y el miedo, y unirnos con el resto de la comunidad de naciones para eliminar el flagelo del terrorismo y la violencia que nos amenaza a todos (2016).

Como se aprecia en estas declaraciones, para las autoridades iraníes el problema no es el sunnismo, sino el wahhabismo, al que se responsabiliza de secuestrar al Islam y convertirlo en una doctrina violenta e intolerante.

CAPACIDADES Y VULNERABILIDAD ECONÓMICA Y MILITAR

Como potencias regionales Irán y Arabia Saudí compiten por el poder y la influencia a partir de diversos recursos de poder. En este apartado se consideran algunos de los aspectos económicos y militares relevantes que dan forma a dicha competencia

Desde el punto de vista económico, ambas economías presentan una serie de similitudes. En términos del producto interno bruto (PIB), Arabia Saudí se ubica en el puesto 20 entre las economías más grandes del mundo según las Naciones Unidas, mientras que Irán se sitúa en el puesto 29, lo que hace de estas economías la segunda y tercera más grandes en el ámbito regional, superadas únicamente por Turquía. Ambas economías son objeto de una fuerte intervención estatal, especialmente en el campo del petróleo, que representa aproximadamente el 80 % de los ingresos presupuestarios de Arabia Saudí, así como el 45 % del PIB y el 90 % de las ganancias de exportación de ese país. Irán tiene también una

economía altamente dependiente del petróleo, que constituye el 80 % de las exportaciones.

Las reservas probadas de petróleo ubican a Arabia Saudí en el puesto número dos a nivel mundial, y a Irán en el cuarto con 268.300.000.000 y 157.800.000.000 barriles respectivamente (World Atlas, 2017). En cuanto a reservas de gas natural, Irán se ubica en el segundo puesto con 34.020.000.000.000 metros cúbicos, y Arabia Saudí en el quinto con 8.489.000.000.000 (CIA World Fact Book, 2017).

Arabia Saudí tiene una economía plenamente integrada con el mundo, sin embargo, ha venido experimentado una serie de problemas estructurales, como el déficit presupuestario, que alcanza el 20 % del PIB (US\$100.000 millones), lo cual ha llevado al Fondo Monetario Internacional (FMI) a advertir que el país podría agotar sus reservas dentro de cinco años si las políticas gubernamentales permanecen sin cambios. A esto se suma la caída de los precios del petróleo que ha golpeado severamente la economía saudí. Por otro lado, el desempleo plantea también un serio problema para Riad. Estimado oficialmente en un 12,1 %, otros cálculos lo ubican entre un 27 o 29 %, y en un 33 % entre los jóvenes entre 20 y 24 años de edad y 38 % para los de 24 a 29 años. Un problema grave, si se tiene en cuenta que dos tercios de la población tienen menos de 30 años.

Lo anterior ha llevado al Gobierno saudí a proponer el plan Visión 2030, una serie de medidas destinadas a diversificar y modernizar la economía reduciendo la dependencia del petróleo, explorando otros activos y llevando a cabo reformas estructurales. El plan plantea

la venta de una parte de las acciones de la empresa estatal petrolera ARAMCO, una reducción severa del gasto público y las inversiones en infraestructura, y una disminución en los subsidios al combustible, el agua y la electricidad.

En el caso de Irán, el paulatino levantamiento de las sanciones económicas que pesaban sobre el país debido al tema nuclear ha supuesto la posibilidad de una “bonanza” económica que ya ha suscrito numerosos contratos económicos con países europeos. Un estudio del FMI estima un aumento de las importaciones iraníes de 75.000 millones de dólares en 2017 a 115.000 millones de dólares en el 2020. Sin embargo, Irán requiere urgentemente inversión extranjera. Algunos economistas estiman que las necesidades de inversión insatisfechas de Irán rondarán los 150.000 millones de dólares al año durante los próximos cinco años.

La guerra fría entre los dos países no ha prescindido del uso del petróleo como arma. La estrategia de precios bajos impulsada por Arabia Saudí dentro de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) ha sido dirigida para golpear a los competidores estadounidenses, pero también a Irán y Rusia, dado que buena parte de las finanzas estatales iraníes y rusas dependen de las exportaciones de petróleo. Una estrategia que, paradójicamente, ha sido muy perjudicial para las finanzas saudíes.

En el campo militar ambos países presentan diversas asimetrías, que dan la ventaja estratégica a Irán o a Arabia Saudí en distintos campos.

Presionado por sanciones de diverso tipo y el aislamiento internacional, Irán se vio obli-

gado desde hace muchos años a convertirse en una nación prácticamente independiente en términos militares y debió desarrollar su propia tecnología militar.

Para su defensa, Irán cuenta con unas fuerzas armadas regulares conocidas como Artesh y los Cuerpos de la Guardia Revolucionaria Islámica de Irán (CGRII), conocidos como Sepah o Pasdaran. Ambas organizaciones suman un estimado de 550.000 hombres, más del doble que el ejército saudí, integrado a su vez por la Fuerza de Tierra Real Saudí (FTRS) y la Guardia Nacional de Arabia Saudí (GNAS). Aunque Irán cuenta con hombres bajo las armas, se trata para algunos analistas de una ventaja relativa, que es superada por la superioridad tecnológica de los saudíes. Por ejemplo, las fuerzas armadas iraníes están equipadas con tanques de tipo Zulfikar, producidos localmente, cuya eficacia no ha sido probada, mientras que el arsenal de Arabia Saudí es más pequeño (tabla 1), pero comprende fundamentalmente tanques de tipo M1 Abrams, de tercera generación, que sí han sido probados en combate. En cuanto a las capacidades de combate aéreo, Irán cuenta con una envejecida flota de aviones MIG-29, Sukhoi Su-24, F-14 Tomcat; en contraste, la fuerza aérea de Arabia Saudí es una de las más poderosas de Medio Oriente, con un arsenal de cazas F-15, Euro Typhoons y Tornados (Liebl, 2012, p. 8). En el campo naval Irán tiene una superioridad numérica y la flotilla de botes pequeños de los CGRII ha desarrollado habilidades de guerra asimétrica notables (Cordesman, 2004, p. 266).

TABLA 1. PODER MILITAR COMPARADO

País	Irán	Arabia Saudí
Personal militar activo	545.000	235.000
Reservas militares activas	1.800.000	25.000
Helicópteros	126	227
Helicópteros de ataque	12	21
Aviones de combate	137	177
Aviones de transporte	203	221
Tanques	1616	1142
Cañones autopropulsados	320	524
Piezas de artillería remolcada	2078	432
Submarinos	33	0
Fragatas	5	7
Destruyores	0	0
Corvetas	3	4
Patrulleras	230	11
Presupuesto de defensa anual	US\$6.300.000.000	US\$56.725.000.000

Fuente: *Global Fire Power*.

¿UNA GUERRA ENTRE IRÁN Y ARABIA SAUDÍ?

En un marco de inestabilidad regional y poco espacio para las certezas, la rivalidad saudí-iraní es una de las señas más claras y constantes del panorama político de Medio Oriente. Riad considera a Irán fuente de “desestabilización y terrorismo”, mientras que desde Teherán la diplomacia saudí se concibe como “hostilidad

con Irán, en todas partes, en todo momento y en todas las formas posibles” (Khalkhali, 2017).

Todo parece indicar que ambas potencias regionales seguirán enfrentándose en campos como el diplomático, religioso y económico, y, por supuesto, geopolítico, incluyendo guerras subsidiarias a lo largo de la región; sin embargo, la posibilidad de un enfrentamiento militar directo no puede ser excluida.

Aunque para ambos países un conflicto militar es una línea roja, desde el ascenso al trono del rey Salman bin Abdulaziz al-Saud y de su ministro de Defensa Mohammad bin Salman al-Saud, la retórica belicista es cada vez más frecuente entre las élites saudíes, e incluso entre los sectores más conservadores iraníes. En una entrevista en mayo de 2017, Mohammad bin Salman al-Saud afirmó: “Arabia Saudí es un blanco primordial para el régimen iraní [...] No vamos a esperar a que la batalla sea en Arabia Saudí. Trabajaremos para que la batalla sea en Irán” (citado por Ghitis, 2017). La reacción iraní no se hizo esperar y el ministro de Defensa iraní Hossein Dehqan respondió: “Si los saudíes hacen algo ignorante, no dejaremos ningún área intacta, excepto La Meca y Medina” (*Reuters*, 2017).

Es difícil determinar cómo y qué desenlace tendría una guerra entre Arabia Saudí e Irán. Más allá de las capacidades y habilidades militares de ambos actores está claro que, en un eventual conflicto militar no se puede prescindir de considerar el escenario geopolítico regional, y el juego de alianzas e intereses extrarregionales. En ese sentido, una confrontación militar con Arabia Saudí no traería ningún beneficio a Irán. Como

lo afirma Alí Mousavi Khalkhali (2017), en primer lugar, un conflicto militar impondrá grandes costos financieros al país, que apenas está empezando su recuperación económica después de las sanciones. En segundo lugar, los saudíes cuentan con más recursos económicos, militares, facilidades y relaciones que podrían utilizar contra Irán. En tercer lugar, Irán tiene muchos enemigos a nivel internacional que seguramente se unirían en su contra si una guerra se desata. En la actualidad, Irán no puede pretender eclipsar la influencia regional saudí en el Golfo, aunque eventualmente podría buscar influir en algunos estados árabes del área y presionarlos para minimizar o eliminar sus vínculos militares con Occidente. Adicionalmente, Teherán podría contar con el apoyo de aliados regionales como Hezbollah o algunas milicias chiítas de Irak y Siria, pero esto no podría superar la coalición de aliados –incluyendo Estados Unidos– que podría armar Arabia Saudí. Es factible también que, ya que la mayoría del mundo islámico es sunní, los saudíes alentarían una sectarización de la guerra, movilizando grandes sumas de dinero contra Irán.

CONCLUSIONES

La rivalidad entre Arabia Saudí y la República Islámica de Irán se remonta a inicios de la década de 1980; sin embargo, desde inicios del presente siglo y en especial desde que asume el trono saudí el rey Salman bin Abdulaziz al-Saud en enero de 2015, se verifica una acentuación sin precedentes de la animosidad entre los dos países. El aumento de la influencia iraní en la región desde el año

2003 ha sido asumido como una amenaza directa por parte de los saudíes y ambos países han pasado de una hostilidad retórica –nada novedosa– y de una permanente sospecha, a una enfrentamiento indirecto a través de guerras subsidiarias en varios de los puntos álgidos de conflicto de la región.

Teherán ha logrado un acuerdo nuclear con Occidente que le ha permitido romper –todavía de manera parcial– con el aislamiento internacional que le imponían las sanciones económicas. Además, la República Islámica ha logrado ganarse cierto nivel de confianza por potencias como China y Rusia con las que comparte ciertos intereses geopolíticos.

Por otro lado, en los escenarios donde saudíes e iraníes disputan espacios de poder e influencia política, militar, económica y religiosa, Irán ha sacado –hasta la fecha– el mayor provecho. Ha combatido exitosamente al DAESH en Siria e Irak y, al cabo de seis años de guerra, ha impedido –junto con Moscú– el objetivo saudí de derrocar a al-Assad, logrando consolidar su influencia en la región, aunque ciertamente, a un costo económico y humano muy alto. En Irak, el decidido apoyo iraní a las milicias chiítas ha sido decisivo para expulsar a los combatientes del DAESH de buena parte del territorio del país. En Líbano, la primacía política y militar de Hezbollah, fortalecida especialmente a partir de su intervención en la guerra de Siria, refuerza los intereses y la presencia de Irán en el Levante.

Pese al enorme esfuerzo económico y logístico llevado a cabo por los saudíes, sus intereses en estos tres escenarios se han visto vulnerados en los últimos años. En el caso de Yemen, tras casi dos años y medio

de intervención militar, todo apunta a un grave fallo estratégico, que no solo no le ha permitido a Riad cumplir con los objetivos propuestos, sino que le ha deparado enormes costos económicos que han venido a agudizar el ya dramático déficit presupuestario del país.

La política exterior saudí, que aparece muchas veces como reactiva y movida por el miedo, no solo no ha sido capaz de erosionar significativamente la influencia iraní en la región, sino que no ha conseguido alcanzar un liderazgo entre potencias sunníes de la zona como Turquía o Qatar, con las que mantiene importantes diferencias.

Un conflicto militar entre Arabia Saudí e Irán parece hasta el momento un escenario poco probable (mas no imposible), aunque es claro que, dada la corrección de fuerzas regionales y especialmente la recomposición de la relación entre Arabia Saudí y Estados Unidos, dicho escenario hipotético no convendría a Irán, cuyas capacidades económicas y militares, así como sus alianzas regionales, no le permitirán hacer frente a una guerra abierta contra Riad.

Incluso si las dos potencias evitan un conflicto militar directo es muy posible que la competencia regional por el poder y la influencia no solo continuará en los próximos años, sino que se consolidará como una de las dinámicas de conflicto más importantes de Medio Oriente.

REFERENCIAS

- Al Arabiya (2012). Saudi foreign minister says supporting Syrian opposition is a 'duty'. Recuperado de <https://english.alarabiya.net/articles/2012/03/31/204429.html>
- Alami, M. (2016). Will Gulf sanctions impact Lebanon's banking sector? *Al Monitor*. Recuperado de <http://www.al-monitor.com/pulse/zh/originals/2016/03/lebanon-gcc-decision-banking-sector.html>
- Algar, H. (2002). *Wahhabism: A critical essay*. New York: Islamic Publications International.
- al-Rasheed, M. (2003). *Historia de Arabia Saudí*. Madrid: Cambridge University Press.
- al-Saud, F. b S. (2003). *Iran, Saudi Arabia and the Gulf Power Politics in Transition 1968-1971*. London: I. B. Tauris.
- Álvarez-Ossorio, I. (2016). *Siria: revolución, sectarismo y yihad*. Madrid: Catarata.
- Baer, R. (2004). *Sleeping with the Devil: How Washington Sold Our Soul for Saudi Crude*. New York: Three Rivers Press.
- Black, I. (2015). Iran's advances create alarm in Saudi Arabia and the Gulf. *The Guardian*. Recuperado de <https://www.theguardian.com/world/2015/mar/13/irans-advances-create-alarm-in-saudi-arabia-and-the-gulf>
- Bowen, W. H. (2008) *The History of Saudi Arabia*. Westport: Greenwood Press.
- CIA (2017). *CIA World Fact Book*. Recuperado de <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/rankorder/2253rank.html>
- Cordesman, A. H. (2004). *The Military Balance in the Middle East*. London. Praeger.
- Dawn (2016). Saudi Arabia's grand mufti says Iranians are 'not Muslims'. Recuperado de <https://www.dawn.com/news/1282493>
- El Khoury, B. (2017). Michel Aoun's Double Game. *The Cairo Review of Global Affairs*. Recuperado de <https://www.thecaireview.com/tahrir-forum/michel-aouns-double-game/>

- Fouche, G. (2017). Iran says Saudi supports militants on its turf after attacks. *Reuters*. Recuperado de <https://www.reuters.com/article/us-gulf-qatar-saudi-iran-idUSKBN1941CJ>
- Furtig, H. (2006). *Iran's Rivalry with Saudi Arabia Between the Gulf Wars*. Durham Durham Middle East Monographs.
- Gause, G. (2002). The foreign policy of Saudi Arabia. En Hinnebusch, Raymond y Ehteshami, Anoushiravan (eds.). *The Foreign Policies of Middle East States*. Boulder: Lynne Rienner.
- Gause, G. (2016). The future of U.S.-Saudi relations. *Foreign Affairs*, 95.
- Ghitis, F. (2017). Is the diplomatic tide shifting in the rivalry between Saudi Arabia and Iran? *World Politics Review*. Recuperado de: <http://www.worldpoliticsreview.com/articles/22111/is-the-diplomatic-tide-shifting-in-the-rivalry-between-saudi-arabia-and-iran>
- Goodarzi, J. M. (2013). Syria and Iran: Alliance cooperation in a changing regional environment. *Ortadoğu Etütleri*, 4 (2).
- Goodarzi, J. M. (2009). *Syria and Iran: Diplomatic alliance and power politics in the Middle East*. London: I. B. Tauris.
- Halliday, F. (1981). *Irán: dictadura y desarrollo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hearst, D. (2014). Saudi Crapshoot in Yemen. *Huffington Post*. Recuperado de http://www.huffingtonpost.com/david-hearst/saudi-high-risk-bet-in-ye_b_5895984.html
- Hussain, M. (2016). Saudi intervention in Yemen and its impact on Saudi's economy. *Foreign Policy News*. Recuperado de <http://foreignpolicynews.org/2016/12/11/saudi-intervention-yemen-impact-saudis-economy/>
- Iranian Students News Agency (ISNA) (2015). ذوفن تمطع مب شتار اظا رد وهای اتن: یسنوی تسا مدرک فارتع ا ناری. Recuperado de <http://www.isna.ir/news/93121709862/یسنوی-ذوفن-تمطع-مب-شتار-اظا-رد-وهای-اتن-تسا-مدرک-فارتع-ا-ناری>
- Javad Zarif, M. (2016). Let us rid the world of wahhabism. *The New York Times*. Recuperado de <https://www.nytimes.com/2016/09/14/opinion/mohammad-javad-zarif-let-us-rid-the-world-of-wahhabism.html>
- Keynoush, B. (2016). *Saudi Arabia and Iran: Friends or foes?* London: Palgrave Macmillan.
- Khalkhali, A. M. (2017). Riyadh has no intention of reconciliation. *Iran Diplomacy*. Recuperado de <http://irdiplomacy.ir/en/page/1960998/Riyadh+Has+No+Intention+of+Reconciliation.html>
- Khomeini, R. (1987). Excerpts from khomeini speeches. *The New York Times*. Recuperado de <http://www.nytimes.com/1987/08/04/world/excerpts-from-khomeini-speeches.html>
- Khomeini, R. (1989). *Imam Khomeini's Last Will and Testament*. Recuperado de <https://www.al-islam.org/printpdf/book/export/html/39086>
- Liebl, V. (2012). Oil war: Iran & the military balance in the Persian Gulf. *Modern War*, 2.
- Lynch, M. (2015). Obama and the Middle East. *Foreign Affairs*, 94.
- Mabon, S. (2013). *Saudi Arabia & Iran: Soft Power Rivalry in the Middle East*. London: I. B. Tauris.
- Matthiesen, T. (2013). *Sectarian Gulf: Bahrain, Saudi Arabia, and the Arab Spring That Wasn't*. Stanford: Stanford University Press.
- NBCnews (2008). Lebanon unity deal gives Hezbollah veto power. *NBCnews*. Recuperado de http://www.nbcnews.com/id/25637594/ns/world_news-mideast_n_africa/t/lebanon-unity-deal-gives-hezbollah-veto-power/
- Reuters (2017). Iran minister warns Saudi Arabia after 'battle' comments: Tasnim. *Reuters*. Recuperado

- de <http://www.reuters.com/article/us-iran-saudi-minister-idUSKBN1830Y7>
- Sahimi, M. (2009). *Who supports Jundallah?* Recuperado de <http://www.pbs.org/wgbh/pages/frontline/tehranbureau/2009/10/jundallah.html>
- Schneider, H. (2001). Saudi pact with Iran is sign of growing trust. *The Washington Post*. Recuperado de https://www.washingtonpost.com/archive/politics/2001/04/17/saudi-pact-with-iran-is-sign-of-growing-trust/fbdde133-8ef9-48d2-9deb-5393b7f314d4/?utm_term=.468b5c105201
- Shanahan, R. (2016). La lucha con Irán por el liderazgo regional: Siria y la guerra en Yemen como escenarios. *Vanguardia Dossier*, 61.
- Sputnik News* (2016). Saudi Arabian Foreign Minister accuses iraqi shiite militia of mass killings. Recuperado de <https://sputniknews.com/middleeast/201612271049020235-saudi-accuse-iraq-militia/>
- Tehran Times* (2016). Velayati says he is confident Saudi Arabia will face military defeat in Yemen. Recuperado de <http://www.tehrantimes.com/news/251962/Velayati-says-he-is-confident-Saudi-Arabia-will-face-military>
- Terril, W. A. (2011). *The Saudi-Iranian Rivalry and the Future of Middle East Security*. Washington D.C. Strategic Studies Institute.
- Tehran Times*. (2017). Kerry reveals certain states' call for bombing Iran. Recuperado de <http://www.tehrantimes.com/news/414281/Kerry-reveals-certain-states-call-for-bombing-Iran>.
- The Independent (2016). Iranian Supreme Leader vows 'divine vengeance' on Saudi Arabian politicians after execution of Nimr al-Nimr. *The Independent*. Recuperado de <http://www.independent.co.uk/news/world/middle-east/nimr-al-nimr-execution-saudi-arabian-embassy-in-tehran-attacked-by-protesters-a6794271.html>
- The Soufan Group (2015). *Foreign Fighters: An Updated Assessment of the Flow of Foreign Fighters into Syria and Iraq*. New York.
- WikiLeaks (2008). *Saudi King Abdullah and senior princes on saudi policy toward Iraq*. Recuperado de https://wikileaks.org/plusd/cables/08RIYADH649_a.html
- World Atlas (2017). The world's largest oil reserves by country. Recuperado de <http://www.worldatlas.com/articles/the-world-s-largest-oil-reserves-by-country.html>
- Zarif, M. J. (2016). Mohammad Javad Zarif: Let us rid the world of wahhabism. *The New York Times*. Recuperado de <https://www.nytimes.com/2016/09/14/opinion/mohammad-javad-zarif-let-us-rid-the-world-of-wahhabism.html>

Ḥarb al-Ma'lūmāt: geopolítica de los canales de información árabes después de las sublevaciones de 2011

Massimo Di Ricco*

RESUMEN

Las sublevaciones populares en la región de Medio Oriente representaron un momento de cambio político en todos los países árabes tanto a nivel nacional como en términos de equilibrio en la geopolítica regional. En el análisis de estos eventos se dio particular relevancia a los medios de comunicación tradicionales y nuevos medios digitales. El canal satelital Al Jazeera en árabe jugó un papel relevante en la propagación de las protestas en diferentes países de la región, tanto por su extensa cobertura de los acontecimientos como por la credibilidad que había ganado entre la población desde su fundación en

1996. Pero la posición del canal respecto a las protestas, y el uso de diferentes enfoques según el país, lo llevaron a perder una parte importante de su audiencia. Por esta razón las sublevaciones, además de ciertos cambios geopolíticos relevantes, llevaron a una reconfiguración del ecosistema mediático de la región, con el establecimiento de nuevos medios informativos y la conformación de un espacio donde diferentes canales de información satelital, en su gran mayoría vinculados con países o actores políticos de la región, lucharon para promocionar su visión sobre los acontecimientos políticos en Medio Oriente. Esa condición ha llevado a la configuración de una nueva geopolítica de la información, en

* Doctor en Estudios Culturales Mediterráneos, Universitat Rovira i Virgili de Tarragona (Tarragona). Investigador independiente, España. [massimodiricco@gmail.com].

Recibido: 18 de junio de 2017 / Modificado: 19 de octubre de 2017 / Aceptado: 5 de noviembre de 2017

Para citar este artículo:

Di Ricco, M. (2018). *Ḥarb al-Ma'lūmāt*: geopolítica de los canales de información árabes después de las sublevaciones de 2011. *OASIS*, 27, 67-87.

DOI: <https://doi.org/10.18601/16577558.n27.05>

estrecha relación con los equilibrios de poder cambiantes a nivel de política regional. La reflexión sobre la relación entre geopolítica e información abre interrogantes acerca del futuro rol de estos canales como herramientas de política exterior de los principales actores en las disputas geopolíticas.

Palabras clave: canales de información satelital, poder blando, Primavera Árabe, geopolítica de los medios, diplomacia pública.

Ḥarb al-Ma'lūmāt: geopolitics of the Arab Information Channels After the Uprisings of 2011

ABSTRACT

The popular uprisings in the Middle East represented a moment of change in all Arab countries both at the national level and in terms of the regional geopolitical balance. In the analysis of these events particular importance was given to the influence of traditional and new digital media. The satellite news channel Al Jazeera in Arabic played an important role in the propagation of the uprising in the different countries of the region, both for its extensive coverage of the events, as well as for the credibility it had gained among the population since its establishment in 1996. But the position of the channel regarding the protests, and the use of different approaches according to the country, led it to lose an important part of its audience. For this reason, the upheavals, as well as the relevant geopolitical changes,

also led to a reconfiguration of the region's media ecosystem, with the establishment of new media and a more heterogeneous space where different satellite news channels, mainly linked to countries or political actors in the region, struggle to promote their views to an Arab audience. This new condition has led to the configuration of a new geopolitics of the information, parallel to the changing power balances at political level. A reflection on the relationship between geopolitics and information opens questions about the future role of these channels as foreign policy tools of the main actors in the geopolitical disputes.

Key words: Satellite news channels, soft power, Arab Spring, geopolitics of the media, public diplomacy.

INTRODUCCIÓN

Durante la guerra de 2006 entre Hezbollah e Israel las televisiones en los cafés de la ciudad siria de Alepo, tanto en barrios con mayoría cristiana como en aquellos principalmente formados por musulmanes, sunnís o alauitas, reproducían de forma continua la cobertura de los enfrentamientos realizada por el canal Al Jazeera, que transmitía las imágenes desde el Sur de Líbano intercaladas con el sonido de fondo de *Resistiremos*, una de las canciones símbolo, del músico Marcel Khalife. Todavía en 2011, desde todos los rincones de la región se sintonizaban las pantallas de las televisiones con el canal qatari para ver las imágenes que retransmitía desde la plaza Tahrir en El Cairo o la avenida Habib Bourguiba en Túnez. Al Jazeera había conseguido aglutinar en quince años,

desde su fundación en 1996, los sentimientos de unión de todas las poblaciones árabes, en una muestra de panarabismo supranacional en una región que siempre ha estado marcada por fuertes conflictos internos y choques entre los intereses políticos de los países más poderosos. Una posición que el canal había obtenido gracias a la innovadora forma de hacer periodismo y televisión en la región, por ejemplo, discutiendo en sus tertulias temas tabú o investigando casos de corrupción en los distintos países árabes, lo que le costó en varias ocasiones el cierre de su canal o la expulsión de sus periodistas. Sus principales contendientes en el ámbito mediático árabe, la cadena saudí Al Arabiya o los otros canales de información nacionales, nunca alcanzaron arrebatarle la hegemonía regional de las frecuencias satelitales. La tecnología satelital, antes de la llegada de internet y las redes sociales, hizo que estos canales se configuraran como una potencial herramienta en mano de sus dueños para llegar a audiencias lejanas a la del país de origen del medio¹.

Las sublevaciones que empezaron al final de 2010 en toda la región afectaron profundamente el canal y todo el ecosistema mediático. Mientras anteriormente las coberturas críticas que emitían los periodistas del medio hacia los gobiernos autoritarios servían de razón para explicar su siempre limitado acceso a muchos países, tras las sublevaciones que iniciaron al final de 2010, el posicionamiento político de sus dueños, la familia real de Qatar, en la con-

tienda geopolítica regional, se configuró como otra razón para impedir el trabajo del medio.

Las sublevaciones populares en la región de Medio Oriente representaron un momento de cambio en todos los países árabes, tanto a nivel nacional como de equilibrio a nivel geopolítico. En el análisis de estos eventos se dio particular relevancia a la influencia de medios de comunicación tradicionales y digitales. En este contexto, el canal satelital Al Jazeera, en árabe, ha sido particularmente criticado por haber actuado como una herramienta de la política exterior de Qatar, y acusado de apoyar la agenda política del movimiento de los Hermanos Musulmanes (Khatib, 2013; Roberts, 2017). No obstante que desde su fundación en 1996 Al Jazeera se haya posicionado rápidamente como el canal de referencia para la mayoría de la población en la región, su postura respecto a los eventos que se desencadenaron desde finales de 2010 le ha llevado a perder parte de su influencia, especialmente en términos de audiencia. El papel del canal Al Jazeera en árabe en las sublevaciones, a pesar de no haber sido todavía estudiado en profundidad con datos cuantitativos en términos de sus coberturas o en cuanto a los cambios en su audiencia (Sultan, 2013; Cherkaoui, 2014), ha sido abordado en un álgido debate público, tanto en la región como en los así llamados medios occidentales (Hashem, 2012; Salama, 2012; Al Qassami, 2012b, 2013). Debido a que el canal Al Jazeera y su red de canales a nivel global ha sido

¹ Es necesario hacer una distinción entre canales de información satelital y canales de entretenimiento que ofrecen también ventanas de información dentro de su programación. Este artículo se centra en los primeros que, además, por su implicación en la geopolítica regional, tienen el objetivo de alcanzar un público regional.

estudiado en profundidad, dejando de lado casi por completo los otros canales de información satelital de la región, existe un vacío en el conocimiento en cuanto a la relación entre los cambios geopolíticos que se dieron desde 2011, con el flujo de la información y el rol de los medios de comunicación con alcance regional como herramienta de proyección exterior de estos mismos países.

Así como los ejes geopolíticos, también el panorama mediático de los canales de información satelital, que sigue siendo el medio más utilizado en toda la región de Medio Oriente para informarse (Dennis *et al.*, 2017), ha ido transformándose desde 2011 siguiendo la nueva e inestable conformación de la región, e involucrando nuevos actores locales e internacionales. Desde finales de 2010 emergieron nuevos canales de información satelital como Al Mayadeen, Al Araby Television Network, Al Arabiya Al Hadath, Al Ghad Al Araby, o internacionales como Sky News Arabia, que proyectan a menudo los intereses geopolíticos de los países de referencia o de sus financiadores, en el intento de ofrecer a la población árabe en cada esquina de la región y en la diáspora su visión sobre los acontecimientos políticos en Medio Oriente y Norte de África (tabla 1). Esa nueva condición ha llevado a la configuración de una nueva geopolítica de la información, paralela a los equilibrios de poder cambiantes a nivel regional.

¿Se pueden considerar estos canales como simples herramientas de sus patrones en su proyección exterior? ¿Cómo ha cambiado el ecosistema mediático a lo largo de las sublevaciones y cuál es su correspondencia con los cambios geopolíticos?

TABLA 1. PRINCIPALES CANALES DE INFORMACIÓN SATELITAL EN ÁRABE

Canal	Fecha de fundación	País de origen	Sede principal
Al Jazeera	1996	Qatar	Doha
Al Manar	1991 (2000)	Líbano	Beirut
Al Arabiya	2003	Arabia Saudí	Dubai
Al Alam	2003	Irán	Teherán
Al Hurra	2004	Estados Unidos	Springfield, Virginia
RT Arabic	2007	Rusia	Moscú
France 24 Arabic	2007/2010 (24h)	Francia	París/Nueva York
BBC Arabic	2008	Reino Unido	Londres
Euronews (Arabic)	(1997-1999) 2008	Europa	Lyon
CGTN (Arabia)	2009	China	Pekín
TRT Al Arabiya	2010	Turquía	Ankara
DW TV (Arabia)	2011	Alemania	Bonn
Al Mayadeen	2012	Líbano	Beirut
Sky News Arabia	2012	Reino Unido/ Emiratos Árabes Unidos	Abu Dhabi
Al Arabiya Al Hadath	2012	Arabia Saudí	Dubai
Al Araby TV	2015	Qatar/Reino Unido	Londres
Al Ghad Al Araby	2015	Egipto	El Cairo
Al Arab (cerrado)	2014-2016	Arabia Saudí	Manama/ Doha

Este artículo intenta dar respuesta a estas preguntas y, al mismo tiempo, abrir algunos interrogantes sobre la relación entre la geopolítica regional después de las sublevaciones que empezaron al final de 2010 y los canales de información satelital como herramienta de proyección exterior.

EL PODER BLANDO, LA GEOPOLÍTICA Y LOS CANALES DE INFORMACIÓN SATELITAL

La información de carácter internacional debe entenderse como la perspectiva sobre los acontecimientos del mundo por parte de un actor internacional, tanto privado como público (Robertson, 2015). Esta condición conlleva la posibilidad de cambiar o moldear la opinión pública sobre un evento o la percepción sobre otros Estados (Seib, 1997; Gilboa, 2005; El-Nawawy y Powers, 2009). Los medios satelitales financiados por Estados u otros actores específicos en la política internacional son a menudo utilizados como herramientas de estos en su proyección en el exterior. La proliferación de estos actores se debe también al cambio en la infraestructura global de telecomunicaciones, la facilidad y rapidez con que el contenido puede ser intercambiado en todo el mundo, junto con la conformación de un mundo multipolar y la entrada de nuevos actores en la escena internacional.

La diplomacia pública, el poder blando y la guerra informativa son tres conceptos que han sido estudiados a lo largo de las últimas décadas en relación con la comunicación política internacional y el ámbito geopolítico. La diplomacia pública ha sido definida por

Cull (2009) como el intento de un actor internacional de gestionar el entorno mediante el compromiso con un público extranjero, o sea proyectándose en el ámbito internacional a fin de establecer un contacto directo entre un Estado o un Gobierno y la población de otro Estado. Una de las herramientas utilizadas para alcanzar este objetivo por el Estado o los gobiernos es a través de la industria de la comunicación (Nye, 2004).

Un concepto fuertemente relacionado con la diplomacia pública es el de poder blando. Joseph Nye lo define como la forma de obtener cambios deseados en el ámbito internacional a través de un atractivo cultural, en lugar de utilizar el poder económico o militar (1990). Las herramientas de poder blando más comunes son representadas por el poder atractivo de los productos culturales de una nación, de su modelo económico; desde el punto de vista educativo, por la capacidad de un país de proporcionar becas para estudiantes internacionales, o el carácter del Gobierno en su implicación con la promoción de los ideales de justicia social y derechos humanos. Los canales de información satelital son herramientas de poder blando de los Estados y pueden influenciar directamente poblaciones en otros Estados, seleccionadas deliberadamente por su importancia en términos de política exterior desde la perspectiva del país originario del medio (Painter, 2008; Xie y Boyd Barrett, 2015).

Vecino a los conceptos de diplomacia pública y poder blando se desarrolla la que se puede definir como la guerra informativa, o sea aquellas acciones tanto materiales como virtuales de un actor en el escenario interna-

cional para adquirir influencia sobre otros (Jones, Kovacich y Luzwick, 2002). Entre los tipos de acciones posibles en el marco de la guerra informativa se puede considerar el cierre de oficinas internacionales o la expulsión de los periodistas de un medio de otro país, el bloqueo del acceso a la señal de satélite, o, de forma más reciente, los ataques a otro país a través de las redes sociales, solo para mencionar algunos tipos de acciones materiales y virtuales. La guerra informativa ha sido relacionada en particular con las formas más tradicionales de propaganda, especialmente utilizadas a lo largo de la Guerra Fría con el intento de manipular la audiencia del enemigo a través de información falsa. Es importante subrayar que en coincidencia con un acontecimiento político específico en Medio Oriente, como fue la primera guerra del Golfo, fue cuando mejor se expresó el poder de la televisión satelital como herramienta de influencia en el ámbito internacional, que asumió más tarde la denominación de *CNN-effect* (Gilboa, 2005).

En el contexto específico de la guerra informativa a escala global, y el intento de los Estados de ofrecer a otras poblaciones su perspectiva sobre los acontecimientos globales, se dio desde la mitad de la década de 1990 un auge de numerosos canales de información satélites, que respondía tanto a un cambio hacia un mundo multipolar característicos del final de la Guerra Fría (Kupchan, 2012), como al debate desde el final de la década de 1970 sobre el desequilibrio en el flujo informativo internacional (UNESCO, 1980). El establecimiento de canales como Telesur, Al Jazeera, Russia Today, France 24, Deutsche Welle o el

actual CGTN, todos en diferentes idiomas, son ejemplo de cómo Estados y actores privados en el escenario internacional tomaron parte en la lucha informativa y se convirtieron en herramientas de proyección en el exterior (Painter, 2008).

En este contexto, Al Jazeera fue el primer canal en romper en 1996 el monopolio estatal de varios Estados árabes sobre la información (Lynch, 2005). Su expansión y éxito en la población ha llevado a reflexiones sobre la existencia de un “Al Jazeera effect” entendido como la forma en que los nuevos medios pueden influenciar la política regional (Powers, 2009; Seib, 2009).

LA “ÉPOCA DE ORO DE AL JAZEERA” Y LA GEOPOLÍTICA SOBRE LÍNEAS CONFESIONALES ANTES DE 2011

Antes de la llegada de la televisión satelital, los gobiernos de varios países árabes podían controlar con cierta facilidad la información sobre lo que ocurría en los otros países de la región, a través de filtros nacionales capaces de controlar la opinión pública (Kraidy, 2002; Lynch, 2005). Con el cambio tecnológico la situación se hizo más compleja, primero con la llegada del satélite y luego con la presencia de medios que retransmitían en lengua árabe en toda el área. Si al inicio de la década de 1990, y bajo el empuje de CNN se establecieron canales satelitales privados de carácter nacional y comercial (Abdelmoula, 2015; Ayish, 2002; Figenschou, 2014; Kraidy, 2002; Powers, 2009; Cherkaoui, 2014), fue con el establecimiento de Al Jazeera en 1996 que

el ecosistema mediático de la región empezó a transformarse radicalmente².

El establecimiento de Al Jazeera fue la directa representación de la evolución de Qatar. Un pequeño país con miedo a ser englobado por parte de Arabia Saudí, principal líder regional, decidió invertir en las telecomunicaciones (Powers, 2009; Sultan, 2013) en el momento en que en 1995 Hamad bin Khalifa Al-Thani llegó al poder después de derrocar a su padre, el jeque Khalifa. Otra de las razones para esta inversión fue el hecho acontecido pocos años antes cuando Kuwait había sido temporalmente invadido por el Irak de Saddam Hussein³. Esto ocurre en un momento en que la geopolítica regional, también como consecuencia de la invasión de Kuwait por parte de Irak, se iba delineando sobre tres ejes principales: Egipto, Siria y Arabia Saudí (Sallouk, 2013).

Al Jazeera representó una fuerza disruptiva y revolucionaria, no solo porque cambió completamente las precedentes reglas, sino porque el avance tecnológico fue acompañado por el éxito de su perspectiva sobre los eventos locales e internacionales (Sultan, 2013; Lynch, 2005). No obstante naciera como herramienta defensiva y de poder blando de Qatar, desde el principio su postura profesio-

nal agresiva hacia los gobiernos autocráticos de la región, su nacionalismo panárabe, el apoyo a la causa palestina, y su decisión de invitar en sus programas a miembros de los Hermanos Musulmanes —un movimiento político ilegal en Egipto y Túnez—, provocó fricciones entre el canal y varios de estos países. De la misma forma, Qatar fue transformándose en el principal patrón del movimiento de los Hermanos Musulmanes afuera de sus confines, sustituyendo paulatinamente a los otros países del Golfo, en particular Arabia Saudí (Khatib, 2013; Matar y Achcar, 2012; Cherkaoui, 2014; Roberts, 2017). En los años siguientes a su lanzamiento el canal fue censurado en varios países, y sus oficinas cerraron en la gran mayoría de los países árabes, por sus programas controvertidos que incomodaban a estos regímenes con entrevistas y reportajes a opositores (Powers, 2009).

El éxito del canal entre la población árabe fue una de las razones que llevó a una reacción en cadena y a la creación de otros medios de información satelitales, tanto estatales como privados, que tenían el objetivo de contrarrestar las narrativas del canal qatari y ofrecer una perspectiva diferente. Esta reacción en cadena incluyó también la llegada de varios medios internacionales implicados directamente en la

² A principios de la década de 1990 Arabia Saudí controlaba los medios transnacionales, tanto los impresos como los primeros canales satelitales donde se retransmitían programas de entretenimiento y noticias. La principal cadena fue la Middle East Broadcast Corporation (MBC) y la Arab Radio and Television (ART). La creación de Al Jazeera es consecuencia del cierre de ORBIT, el primer canal satelital de noticias financiado por Arabia Saudí en colaboración con la BBC (Cherkaoui, 2014).

³ La culminación de esta política defensiva se da cuando Estados Unidos, a causa de las fuertes críticas internas en Arabia Saudita contra la presencia de tropas estadounidenses en el país, decidieron mover su principal base militar en Medio Oriente al vecino Qatar.

región de Medio Oriente. En concomitancia, y en relación con la invasión a Irak por parte de Estados Unidos en 2003, cambiaron los equilibrios geopolíticos vigentes hasta aquel momento, así como aquellos informativos, con cierto paralelismo. Una época caracterizada por la presencia de una potencia extranjera, Estados Unidos en Irak, y que al mismo tiempo marcó el comienzo de la geopolítica confesional, donde el eje principal del choque regional era entre los componentes sunní y chií, en particular entre sus principales actores: Arabia Saudí e Irán (Salloukh, 2013). Una conformación de los equilibrios geopolíticos que se mantendría hasta el estallido de las sublevaciones a finales de 2010, cuya estructura sigue fuerte y vigente hoy en día.

Desde el punto de vista informativo, la presencia extranjera se reflejó en el establecimiento del canal Al-Hurra en 2004, un año después del derrocamiento de Saddam Hussein, financiado por el Gobierno estadounidense con el claro objetivo de mejorar la imagen de Estados Unidos a causa de la mala representación hecha por parte de Al Jazeera y el descontento por su intervención militar en Irak. A lo largo de los siguientes años Francia, Rusia, Reino Unido, China y Turquía, además de otros países, lanzaron sus propios canales en lengua árabe. Al mismo tiempo, también se estableció el canal iraní Al Alam en su versión en árabe, como evidencia de la progresiva proyección de Irán en la región. Arabia Saudí se embarcó en dos proyectos: Al Ekhbariya y Al Arabiya. Familiares de la casa real saudí y dueños del Middle East Broadcasting Corporation (MBC), establecido en 1991, lanzaron en 2003 el canal informativo

24h Al Arabiya, seguido un año después por el lanzamiento del canal totalmente estatal Al Ekhbariya, perteneciente al Ministerio de Información. A estos se debe añadir el canal libanés Al Manar, parte de la maquinaria política del movimiento chií libanés Hezbollah, y cercano a Irán, que ya iba retransmitiendo por satélite desde el 2000 (Kraidy, 2002).

Al Arabiya es probablemente el canal que más ha ido retando Al Jazeera en el escenario regional. Fundado en 2003 (Fahmy y Wanda, 2012; Lynch, 2005), ha sido muy criticado desde el principio por su cercanía a las posiciones de Arabia Saudí, por su posición de rechazo respecto al nacionalismo árabe que difundía Al Jazeera, y también hacia el islam político, cuyo elemento más relevante han sido los Hermanos Musulmanes, considerados una amenaza directa para el reino saudí (Khatib, 2013; Lahlali, 2011). A diferencia de Al Jazeera, la postura de Al Arabiya no ha sido disruptiva hacia los gobiernos autocráticos de los países árabes en general, aunque sí se ha centrado en los principales enemigos de Arabia Saudí, como fue el caso de Hamas en la guerra de 2008 en Gaza, o de Irán y Hezbollah en general, y ha ofrecido una cobertura sesgada respecto a estos actores políticos (Lahlali, 2011).

Con esta panorámica, el 2003 representó un momento de grandes cambios tanto a nivel geopolítico, con la división del equilibrio sobre bases confesionales y la entrada directa de actores internacionales como Estados Unidos, así como a nivel mediático, con el establecimiento de nuevos canales. Irak fue uno de los principales lugares de enfrentamiento entre los canales más importantes, Al Jazee-

ra, Al Hurra y Al Arabiya (Lynch, 2005). Es relevante destacar el paralelismo entre el eje de los enfrentamientos geopolíticos, en este caso Irak, y la lucha por las narrativas de los eventos y la influencia sobre la audiencia de los principales canales de información.

No obstante la competencia cada vez más importante y amplia, Al Jazeera consiguió establecerse como el canal hegemónico en la región, en la que varios autores definieron como la “época de oro de Al Jazeera” (Lynch, 2005; Powers, 2009). Una época que va en un primer momento desde 1997 hasta 2002, y que llega con altos y bajos hasta 2013⁴.

El éxito de Al Jazeera estuvo acompañado desde su establecimiento por un posicionamiento cada vez más fuerte del Estado de Qatar a nivel regional, a través de intervenciones de diplomacia tradicional y de diplomacia pública, lo que permitió al pequeño Estado del Golfo adquirir cierto peso en los equilibrios geopolíticos regionales. Qatar se presentó como el principal referente diplomático y mediador entre las partes en conflicto: en Líbano para mediar en el conflicto civil marcadamente confesional que estalló en 2008, y que enfrentaba los *proxies* de Arabia Saudí e Irán en el país; en Sudán, para mediar en el conflicto entre el norte y el sur del país; o en Palestina después de los ataques de Israel

en la franja de Gaza (Figenschou, 2014; Khattib, 2013). Además, Qatar financió muchas de las reconstrucciones posguerra no solo en Gaza, sino también en el sur de Líbano después de la guerra de 2006, y ofreció ayuda económica a varios países después de las sublevaciones en 2011.

Mientras Al Jazeera iba ganando credibilidad como actor independiente respecto a la agenda política de sus dueños, ya era conocida la relación estrecha entre la cadena y los objetivos estratégicos de Qatar; no se distanciaba en este sentido del *modus operandi* de los otros canales de información satelital en Medio Oriente. Qatar, de hecho, utilizó en varias ocasiones el canal como herramienta de su política exterior, para presionar puntualmente a ciertos gobiernos, invitando a sus programas a miembros de la oposición a estos regímenes (Powers, 2009). Al Jazeera en árabe también fue utilizada como herramienta en la lucha geopolítica interna del Golfo, especialmente en el conflicto que tenía enfrentados a Qatar y Arabia Saudí, desde su lanzamiento hasta por lo menos el año 2008, cuando las relaciones entre los dos países volvieron a la normalidad (Powers, 2009; Samuel-Azran, 2013). Una de las principales razones del choque entre Qatar y Arabia Saudí se debe al apoyo directo del primero hacia las varias ramas del movimiento

⁴ En 2005 el índice de popularidad de Al Jazeera era amplio en toda la región. Desde el 42,7 % de los egipcios hasta el 78,8 % de los ciudadanos de los Emiratos Árabes Unidos consideraban Al Jazeera como una de sus tres fuentes más importantes de noticias. Asimismo, los porcentajes de confianza en la población árabe de los varios países era aún más impactante: 89 % en Bahréin, 93 % en Egipto, 96 % en Jordania, 95 % en Kuwait, 90 % en Marruecos, 94 % en Arabia Saudí, 93 % en Túnez, 96 % en Emiratos Árabes Unidos. En 2009, el 55 % de los participantes encuestados en Egipto, Jordania, Líbano, Emiratos Árabes Unidos, Arabia Saudita y Marruecos dijeron que cuando buscaban noticias de carácter internacional elegían Al Jazeera. Datos citados en Powers y Gilboa (2007) y Powers (2009).

de los Hermanos Musulmanes en la región, que Arabia Saudí y otros países del Golfo consideran como una amenaza directa a sus regímenes⁵. En el choque entre los dos países, Al Jazeera aumentó el volumen de artículos y programas televisivos que representaban a Arabia Saudí negativamente, y cesaron las críticas a los asuntos saudíes el año siguiente a la resolución del conflicto (Samuel-Azran, 2013). Por esta razón, para Samuel-Azran, Al Jazeera representa un modelo híbrido de medio patrocinado por el Estado que se diferencia de los normales medios estatales, que son utilizados como herramientas en la proyección exterior de los mismos, y que intenta al contrario adquirir credibilidad en momentos de equilibrio geopolítico, mientras se utiliza en toda su fuerza como forma de diplomacia pública en momentos de crisis.

Al Jazeera fue fundado por Hamad bin Khalifa Al Thani. Actualmente, las dos principales figuras del medio son miembros de la familia real: Ahmed bin Jassim Al Thani es director general, mientras Hamad bin Thamer Al Thani es el jefe de Al Jazeera Media Network. La relación entre Qatar y Al Jazeera como herramienta de política exterior de la familia real qatarí —que sigue siendo desmentida por

sus dueños— fue en cierta forma confirmada también por los cables de Wikileaks (Booth, 2010; Figenschou, 2014), que en 2010 revelaron la estrecha relación de los gobernantes con la cadena de televisión, y los intentos de los mismos para que la cadena rebajara las coberturas negativas de Estados Unidos por su presencia en Irak.

El rol que fue adquiriendo Qatar como mediador en los casos de conflicto y como financiador en las reconstrucciones de los países hizo que en esta época la mayoría de los gobiernos críticos con Al Jazeera implementaran medidas contra el canal, pero sin que el Estado de Qatar tuviera fuertes repercusiones⁶.

DESDE SIDI BOUZID HASTA DARAA: LA GUERRA INFORMATIVA REGIONAL

En vísperas de las primeras sublevaciones en diciembre de 2010, la región seguía dividida en dos bloques geopolíticos compactos sobre líneas confesionales, aunque con algunas diferencias internas. Esta continuidad se mantenía también en el ámbito mediático e informativo, aunque en los últimos años habían entrado en la contienda los nuevos medios digitales⁷. En este contexto, por ejemplo,

⁵ La cercanía de Al Jazeera con los Hermanos Musulmanes se da por la presencia de estos entre sus plantillas, y por la presencia de figuras tanto de su rama egipcia como palestina en Qatar. También, el apoyo de Qatar a los Hermanos Musulmanes y el haberlos acogido desde la década de 1970 se puede entender como una forma de Qatar para aumentar su estatus a nivel regional (Matar y Achcar, 2012; Roberts, 2017).

⁶ En algunos casos puntuales algunos países retiraron temporalmente sus embajadores en Doha, como en el caso de Arabia Saudí, Kuwait y Túnez (Powers, 2009).

⁷ En una encuesta de opinión de la University of Maryland en 2011 sobre una muestra de la población árabe, el 58 % se informaba sobre asuntos internacionales a través de la televisión por cable (respecto al 80 % del 2009), el 20 % en Internet, el 14 % con periódicos o revistas, y el 5 % a través de la radio (Telhami, 2011).

respecto a las primeras sublevaciones en Túnez al final de 2010, los medios tunecinos cercanos al régimen de Ben Ali criticaron de manera abierta en varios editoriales el papel que estaba jugando la cadena de televisión de Qatar al reproducir las protestas especialmente en el sur del país, principalmente por utilizar videos de usuarios sacados de la red, sin cuestionar directa o públicamente la política exterior de Qatar hacia Túnez. Los medios tunecinos consideraron Al Jazeera como creador de *fitna* (división) entre los árabes⁸. Unas acusaciones que se hicieron más fuertes cuando estallaron las protestas en Bahréin y Siria, y con la llegada al gobierno de los Hermanos Musulmanes en Egipto.

Según Bruce (2014), Al Jazeera apoyó las protestas al utilizar un enfoque que consideraba solamente la opinión de los manifestantes, a diferencia de otros canales como Al Arabiya que hicieron una cobertura de las protestas utilizando un *frame* (encuadre) político con diferentes perspectivas sobre los hechos. Además del enfoque en las protestas, el apoyo del canal a las diferentes ramas de los Hermanos Musulmanes tuvo su mayor expresión en el caso de Egipto, el país de referencia para el movimiento fundado por Hassan al-Banna. Después de la caída de Mubarak en febrero de 2011, la cadena abrió un *sister channel* (canal hermano), Al Jazeera Mubasher Misr,

totalmente enfocado en la cobertura de los eventos en Egipto. La cobertura del canal, y en general de Al Jazeera en árabe, con respecto a la situación política en Egipto, con la victoria en las elecciones presidenciales del candidato de los Hermanos Musulmanes Mohamed Morsi en 2012, y las sucesivas fuertes críticas por las medidas políticas implementadas, crearon un debate en los medios internacionales sobre el viraje partidista del canal qatari (Al Qassemi, 2012a, 2013; Salama, 2012; The Economist, 2013) y la relación entre este y los intereses geopolíticos de Qatar. Aunque no hay estudios que hayan profundizado sobre la cobertura del canal con referencia a esta época histórica, una parte de la población egipcia y árabe percibió fuertes sesgos en su cobertura de los acontecimientos en Egipto (Al Qassemi, 2013).

Esta percepción ya se había hecho más fuerte con el escaso cubrimiento que el canal hizo de las protestas en Bahréin (Erdbrink, 2011), Omán y Arabia Saudí, al contrario del caso de Siria. Con el derrocamiento del presidente Mohammed Morsi en Egipto debido a las protestas callejeras y, sobre todo, por el golpe militar de Abdelfatah Al-Sisi, la cadena cerró Al Jazeera Mubasher Misr, lo que muestra el choque entre Qatar, que había financiado largamente con préstamos el gobierno de Morsi desde su llegada en 2012 (Roberts, 2017), y el Egipto de Al-Sisi, que

⁸ Fitna tv, *La Presse de Tunisie*, 28 de diciembre de 2010. Los ataques contra Al Jazeera en la prensa tunecina se mantendrán en los días siguientes. En ninguno de los artículos críticos contra el canal se menciona el posible rol jugado por Qatar o la voluntad de favorecer los Hermanos Musulmanes que en aquella época en Túnez era un movimiento ilegal.

volvió a acercar el país a la órbita Saudí⁹. Esta situación también fue aprovechada por los canales de información competidores, como Al Arabiya, con artículos, servicios o columnas de opinión en sus páginas *online*, que alimentaban la idea de los intereses políticos de Al Jazeera (Schleifer, 2013; Al Arabiya English, 2013).

Al Jazeera y Qatar fueron balanceando el apoyo directo a las ramas de los Hermanos Musulmanes donde estas podían tener un impacto (Matar y Achcar, 2012), en un intento por mantenerse fieles a la natural alianza existente con los otros países del Golfo¹⁰. Esto explica el escaso interés en las protestas en Bahréin, Omán y Arabia Saudí, al contrario del caso de Egipto, donde el capital político de los Hermanos Musulmanes era particularmente fuerte. Pero estas dinámicas también expresan cómo Qatar, a lo largo de la última década, había ido construyendo cierta independencia diplomática y en política exterior respecto a los otros países del Golfo, facilitada por el poder blando recaudado por Al Jazeera desde su establecimiento en 1996 (Antwi-Boateng, 2013), junto con su importante reserva de gas natural o el rol de mediador entre países en conflicto.

La posición de Qatar hacia Egipto, y luego hacia Siria, fue compartida con Turquía,

que había construido su poder blando en la región como ejemplo de coexistencia entre el Islam, el secularismo y la democracia (Cerami, 2013). A través del apoyo a los Hermanos Musulmanes, Qatar y Turquía aprovecharon de diferentes formas las sublevaciones para construirse un rol preponderante (Roberts, 2017; Salloukh, 2013). Una buena oportunidad que conllevó alejarse del bloque de Arabia Saudí y Emiratos Árabes por un lado, y enfrentarse a Irán y sus asociados en Siria. Sin duda, el proceso de alejamiento entre estos bloques de potencias fue común en ambos bandos. Arabia Saudí se centró en un primer momento en su propia estabilidad interna para luego librar un doble ataque tanto a Irán como a los Hermanos Musulmanes (Aras y Yorulmazlar, 2016). Además, la posición de Turquía y Qatar en respaldo a los Hermanos Musulmanes incomodaba a los saudíes. Arabia Saudí intentó aglutinar las fuerzas musulmanas sunníes primero a través del Consejo de Cooperación para los Estados Árabes del Golfo (CCEAG) en la intervención para aplastar las protestas en Bahréin, y más tarde con una coalición del mismo tipo, pero con marcado acento panislámico sunní, en el conflicto en Yemen. Irán, por su lado, detrás del público apoyo al Gobierno sirio, se limitó a apoyar los movimientos afines confesionalmente al

⁹ En los años siguiente Al-Sisi tomó medidas muy poco populares para complacer al patrón saudí, como la de regalar dos islas al reino del Golfo, lo que provocó tímidas protestas en las calles egipcias. Hay que tener en cuenta todavía que la primera visita al extranjero del presidente Morsi fue a Arabia Saudí. El apoyo de Arabia Saudí al golpe del Al-Sisi bien expresa los miedos saudíes hacia los Hermanos Musulmanes y los cambios en la geopolítica regional.

¹⁰ La relación con Irán y movimientos como Hezbollah cercanos a Siria e Irán siempre tuvo altos y bajos. La entrada de Turquía y Qatar en Siria fue principalmente para no dejar demasiado espacio y fuerza al eje irano-sirio (Pala y Aras, 2015).

chiismo en varios países, especialmente en Yemen y Bahrein. Con la guerra en Siria, la lucha se hizo más profunda y amplia, e involucró casi todos los actores regionales más allá de lo que era el eje confesional, intensificando el choque informativo y facilitando el establecimiento de nuevos canales de información que tomaron parte en el conflicto.

LA CENTRALIDAD DE SIRIA: EJE GEOPOLÍTICO, NARRATIVAS DE GUERRA Y LA INFORMACIÓN MULTIPOLAR

Las sublevaciones en Siria, y el siguiente estallido de la guerra interna, cambiaron el equilibrio existente y favorecieron la entrada de nuevos actores en la disputa por el poder regional. Turquía, que había mantenido una posición pragmática de buen aliado con Siria antes de las sublevaciones, vio en la guerra en el país vecino el trampolín para volver a entrar en Medio Oriente como protagonista, y se centró en el derrocamiento del régimen apoyando —como Qatar, Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos y algunos países occidentales— varios grupos de la oposición (Salloukh, 2013). Los principales aliados de Siria, Irán y Hezbollah, se involucraron después de pocos meses del estallido de la guerra en la defensa del gobierno de Bashar Al-Asad; más tarde se uniría también Rusia. Al mismo tiempo, el surgimiento del Estado Islámico en 2014

representó la entrada de un nuevo actor en la lucha regional¹¹.

El comienzo de la guerra en Siria representó el principal momento de cambio a nivel geopolítico regional, con consecuencias también sobre el ámbito informativo. En el verano de 2006, durante la guerra entre Hezbollah e Israel, los habitantes del barrio de Dahye, en el sur de Beirut, de mayoría chií y sede de las instituciones de Hezbollah, dividían su tiempo frente a la pantalla de Al Manar, la televisión del movimiento chií libanés, y Al Jazeera, que tenía una red de corresponsales más amplia y podía alcanzar todos los rincones de Medio Oriente y Norte de África. Con el comienzo de la guerra en Siria en 2011, la audiencia de Al Jazeera en este barrio se fue desvaneciendo poco a poco. Tanto por la criticada cobertura de Al Jazeera, pero también porque Hezbollah y Qatar se habían posicionado, finalmente, en bandos opuestos de la guerra. Según una encuesta de la University of Maryland sobre una muestra de la población árabe, Al Jazeera seguía siendo en 2011 el principal canal de información donde la población árabe miraba las noticias internacionales con el favor del 43 % de los encuestados, seguido por Al Arabiya con el 14 %, MBC con el 12 % y la cadena libanesa LBC con el 7 %. Pero comparado con los datos de 2009, lo que más destaca es el descenso de Al Jazeera árabe que había comenzado con las sublevaciones, pasando de

¹¹ Por cuanto se tiene que considerar al Estado Islámico como un actor relevante en el ámbito de la disputa geopolítica después del comienzo de las sublevaciones, se excluye el análisis de su fuerte proyección exterior a nivel mediático por no tener un clásico canal de televisión satelital. Entre 2015 y 2016 el Estado Islámico intentó lanzar un canal de información satelital 24 horas, pero aparentemente limitado a la ciudad de Mosul en Irak.

un 58 % a favor que mantenía en este año, al 43 % en 2011; al mismo tiempo se dio el crecimiento del canal Al Arabiya de un 5 % en 2009 hasta el 14 % en 2011 (Telhami, 2011). En un informe de 2017 de la Northwestern University en Qatar, con base en una muestra de siete países en la región de Medio Oriente y Norte de África, Al Jazeera seguía siendo el canal donde más personas se informaban sobre los acontecimientos de la región con el 39 %, seguido por Al Arabiya con el 36 %, y otros canales internacionales en árabe (BBC, 17 % y CNN, 14 %) (Dennis *et al.*, 2017). A pesar de que los datos estadísticos son de instituciones diferentes y sobre muestras de países distintos, se evidencia cómo en términos de audiencia en los países árabes Al Jazeera ha ido perdiendo en pocos años, y sobre todo después de las sublevaciones de 2011, su rol de medio hegemónico, aunque aún se mantiene como el canal de información satelital más visto.

Desde 2011, especialmente en relación con la cobertura que el canal hizo de las protestas en Siria y Bahréin, se multiplicaron las acusaciones contra Al Jazeera en árabe por la postura sesgada contra el Gobierno sirio (Hashem, 2012; Al Qassemi, 2012b), relacionadas también con la presencia de una rama de los Hermanos Musulmanes entre los grupos de la oposición al gobierno de Bashar Al Asad. Al Jazeera y Al Arabiya se dedicaron desde el principio a combatir la propaganda del Gobierno sirio, pero distorsionando la información (Al Qassemi, 2012b), tanto en

términos de encuadre como de cobertura, con preponderancia de miembros de la oposición, así como en términos semánticos al definir los actores en el terreno o difundir información filtrada sobre figuras políticas del bando opuesto (Al-Abdeh, 2012). Lo mismo hicieron los actores del otro bando involucrados en el conflicto, tanto medios rusos como iraníes.

El posicionamiento claro de Al Jazeera sobre la guerra en Siria hizo que muchos periodistas de su cadena se encontraran en una posición incómoda y dimitieran (Hashem, 2012). El mismo director de la oficina de la cadena en Beirut, Ghassan Ben Jeddo, renunció sin muchas explicaciones. La dimisión de Ben Jeddo también es representativa de la dirección que iba tomando la guerra informativa regional y destaca la importancia de Siria en sus equilibrios geopolíticos. Pocos meses después de su renuncia, Ben Jeddo tomó el puesto de director del nuevo canal de información satelital con sede en Beirut, Al Mayadeen, que nació también con el intento declarado de arrebatar audiencia a los principales medios regionales, Al Jazeera y Al Arabiya. Después de más de cinco años retransmitiendo por satélite, aún hay especulaciones sobre los actuales propietarios del canal, al principio definidos de forma general como hombres de negocio árabes¹². No obstante quedar sin respuesta la posibilidad de conocer sus propietarios, un breve análisis de la semántica de sus coberturas en relación con la región, y el posicionamiento de sus corresponsales, a

¹² Según varias fuentes aparecidas en los medios de comunicación, los propietarios son empresarios cercanos a los gobiernos sirio, iraní y al Hezbollah.

menudo empujados con las tropas gubernamentales sirias, confirma la cercanía del canal a los intereses de Siria, Irán y Hezbollah¹³. Su lanzamiento también se puede relacionar con la medida implementada por la Liga Árabe en 2012 que buscaba obligar a los dos principales proveedores de servicios satelitales, Arabsat y Nilesat, a bloquear la emisión de los canales satelitales sirios. En representación de otra cara de la guerra informativa sobre Siria, Arabsat, con sede en Arabia Saudí, también bloqueó Al Mayadeen en 2015, con quien el ministro de Información sirio expresó más tarde su solidaridad¹⁴.

La guerra en Siria, sin duda, ha exacerbado el enfrentamiento a nivel mediático. Así como ocurrió con la guerra de Irak desde 2003, que llevó a drásticos cambios en los equilibrios geopolíticos y al lanzamiento de varios canales de información, lo mismo ha ido ocurriendo en el proceso que desencadenaron las sublevaciones árabes y de continuos cambios a nivel geopolítico. Después de Al Mayadeen en 2012, nacieron otros canales de información satelital con el objetivo de alcanzar una audiencia regional. En el intento de reforzar su proyección internacional, Al

Arabiya lanzó primero en 2012, y otra vez en 2014, el *sister channel* Al Hadath. El canal de información satelital Al Araby TV, con sede en Londres y propiedad de Fadaat Media, una empresa con fondos de Qatar, fue establecido en 2015. No obstante declararse distante del Gobierno de Qatar o de no estar compitiendo con Al Jazeera, es considerado posiblemente otro proyecto de personas cercanas a la familia real de Qatar como forma estratégica de alejarse de la identificación entre Al Jazeera, los intereses en política exterior del Gobierno y la posición favorable a los Hermanos Musulmanes¹⁵. Otro ejemplo de la complejidad del ecosistema informativo árabe después de las sublevaciones, así como de los intereses de los diferentes Estados, es el canal de información Al Arab, de propiedad del magnate saudí Waleed bin Talal y con sede en Bahrein. A su lanzamiento en 2015, con el objetivo de ofrecer información independiente, siguió su cierre 24 horas después, probablemente por haber entrevistado a un miembro de la oposición del pequeño país del Golfo. El caso de Al Arab bien evidencia las dificultades en la guerra informativa, y las limitaciones existentes con referencia a los intereses políticos del

¹³ En el ámbito geopolítico global Al Mayadeen fue sustituyendo Al Jazeera en la relación que tenía con otros canales transnacionales como Telesur. Al comenzar las sublevaciones, especialmente con el avance de la guerra en Libia en 2011, Telesur se distanció de Al Jazeera hasta cortar las colaboraciones completamente (Di Ricco, 2012).

¹⁴ El principal accionista de Arabsat es Arabia Saudí. Su sede se encuentra en Riad.

¹⁵ Debido a que su director, Azmi Bishara, es un académico de orientación secular, la posición del canal es particularmente crítica hacia el gobierno de Al-Sisi en Egipto y cercana a posiciones moderadas dentro de los Hermanos Musulmanes. Fadaat Media también es propietario del diario y portal web al-Araby al-Jadeed y su versión en inglés The New Arab, siempre con sede en Londres. Arabia Saudí, Emiratos Árabes y Egipto bloquearon esta página en sus respectivos países en 2016. Ese mismo año, Fadaat Media anunció la creación de Al Araby TV +2, con sede en Túnez, específicamente pensado para el público de Norte de África.

país donde los canales tienen su sede¹⁶. Al final de 2015 también se lanzó en Egipto el primer canal de información satelital panárabe que transmitiría desde El Cairo, Al Ghad Al Araby. El canal, a pesar de declararse independiente, por afirmaciones de su antiguo director, recibe fondos de las autoridades de Emiratos Árabes, y es dirigido por Mohammad Dahlan, una de las principales figuras de Al Fatah en Palestina y en la Franja de Gaza. En términos geopolíticos, desde la llegada de Al-Sisi al poder, Egipto se ha acercado a Emiratos Árabes Unidos, con quien está apoyando la facción del general Jalifa Haftar en la guerra en Libia, especialmente contra los grupos cercanos a los Hermanos Musulmanes y apoyados por Qatar y Turquía. Emiratos Árabes Unidos, a lo largo de las sublevaciones consiguió construirse un rol predominante en varios países de forma autónoma respecto a Arabia Saudí, en especial con las intervenciones en el sur de Yemen, Yibuti, Libia o estableciendo relaciones profundas con Marruecos.

La apertura de nuevos canales de información en este contexto, consecuencia de la guerra en Siria, pero también de la situación posrevolucionaria en Egipto y de la guerra en Libia, ha ido exacerbando la dependencia y cercanía de estos medios de comunicación con sus propietarios, y ha ejemplificado su rol de herramienta en la proyección exterior de estos países (tabla 2).

TABLA 2. CANALES DE INFORMACIÓN SATELITAL PANÁRABE Y RELACIONES GEOPOLÍTICAS REGIONALES

Canales de información panarabe	País de referencia	Propiedad	Cercanía política o ideológica
Al Manar	Líbano	Hezbollah	Hezbollah, Irán, Gobierno sirio, Houthis-Yemen
Al Jazeera	Qatar	Al Jazeera Media Network	Qatar, Hermanos Musulmanes, Hamas, Turquía, Gobierno de Trípoli-Libia
Al Arabiya	Arabia Saudí	MBC (Middle East Broadcasting Center)	Arabia Saudí y aliados (Emiratos Árabes Unidos, Egipto y Bahréin)
Al Mayadeen	Líbano	Al Mayadeen Satellite Media Network	Hezbollah, Irán, Gobierno sirio
Al Arabiya Al Hadath	Arabia Saudí	MBC (Middle East Broadcasting Center)	Arabia Saudí y aliados (Emiratos Árabes Unidos, Egipto y Bahréin)
Al Araby TV	Qatar/ Reino Unido	Fadaat Media	Qatar, Hermanos Musulmanes
Al Ghad Al Araby	Egipto	Emiratos Árabes Unidos/ Mohammad Dahlan	Gobierno egipcio (Al-Sisi), Emiratos Árabes Unidos, Arabia Saudí, Gobierno de Tobruk-Libia (Jalifa Haftar), Al Fatah-Palestina

¹⁶ El canal declaró finalizada su experiencia en Bahréin y empezó una negociación con Qatar para mover su sede a Doha. No obstante los acuerdos alcanzados, en 2017 Al Arab cerró definitivamente. El dueño del canal, el saudí Waleed bin Talal, había manifestado expresamente su voluntad de no lanzar su canal de información desde Arabia Saudí para evitar algún tipo de limitación en los contenidos que fuera a emitir, y, al mismo tiempo, por ser una alternativa a Al Jazeera y Al Arabiya.

Canales de información panarabe	País de referencia	Propiedad	Cercanía política o ideológica
			(oposición a Mahmoud Abbas)
Al Arab (cerrado)	Arabia Saudí	Al Waleed bin Talal	Posición desconocida

CONCLUSIONES

En junio de 2017 Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos tomaron la decisión unilateral de implementar un bloqueo a Qatar con la acusación de fomentar el terrorismo y hacer el doble juego al apoyar, por un lado, el Consejo de Cooperación de los Estados Árabes del Golfo y, por el otro, teniendo relaciones estrechas con Irán y apoyando los Hermanos Musulmanes. En la base de la decisión estaban las supuestas declaraciones del emir Tamim bin Hamad Al-Thani de Qatar en apoyo a Hamas e Irán, publicadas por la agencia estatal de noticia de Qatar y la televisión pública. Más tarde, la agencia de noticias denunció públicamente el *hackeo* de su página y negó la existencia de dichas declaraciones, lo que ha sido respaldado por varios periodistas que participaron en el evento donde supuestamente intervino el emir Tamim, pero que fue ignorado por los medios saudíes y de los emiratos.

La primera medida que tomaron estos países para implementar el bloqueo fue el cierre de las oficinas de Al Jazeera en sus países y bloquear la señal satelital, medidas a las que se unieron también Bahréin, Egipto y Jordania. Las primeras indiscreciones sobre las peticiones para restablecer las normales relaciones indicaban que Qatar hubiera tenido

que cerrar Al Jazeera. Los principales canales de información y medios cercanos a Arabia Saudí y Emiratos Árabes, como Al Arabiya o Abu Dhabi tv, desencadenaron una serie de ataques a Qatar a través de editoriales acusatorios y comentaristas partidarios, sin que realmente se pudieran confirmar las acusaciones.

El bloqueo a Qatar de 2017 es otro capítulo de los enfrentamientos geopolíticos en curso en la región que bien expresa cómo la guerra informativa representa una de sus herramientas (Jones, 2017), y cómo está evolucionando desde 2003 la disputa por el predominio regional de la audiencia entre Al Jazeera y Al Arabiya. Este acontecimiento ofrece unas pistas sobre las posibles nuevas formas de las guerras informativas en la región que ya no se basan únicamente en los encuadres negativos sobre un país transmitidos por los canales informativos, la agenda-*setting*, las críticas directas a través de comentaristas, las entrevistas a opositores políticos o el bloqueo de las señales de los satélites. Los choques a través de los canales de información satelitales representan ahora una mínima parte de aquello que está cada vez más tomando la forma de una guerra informativa de propaganda cibernética que conjuga medios tradicionales y digitales, ampliándose al uso de *bots*, *hackeos*, filtraciones o campañas en redes sociales, en el intento de propagar desinformación. En este reciente caso, el bloqueo fue acompañado por un ejército de *bots* que a través de *hashtags* en redes sociales acusaban Qatar de ser un Estado terrorista (Jones, 2017).

Las sublevaciones en el mundo árabe revolucionaron los equilibrios que se habían creado en 2003 después de la ocupación de

Irak por parte de Estados Unidos, además de sancionar la emergencia y consolidación de nuevos actores como Turquía, Qatar y Emiratos Árabes Unidos, e intensificar las guerras intraárabes y contra de Irán por el control regional (Aras y Yorulmazlar, 2016). Si en la década pasada los centros de este enfrentamiento eran principalmente Irán y Arabia Saudí, en los últimos años se fueron delineando tres bloques principales con confines borrosos entre ellos, donde no existe una única potencia hegemónica. Por un lado, los países del Golfo liderados por Arabia Saudí, Emiratos Árabes y apoyados por Egipto, por otro, la coalición emergente entre Qatar y Turquía, y, finalmente, el bloque que incluye Irán, Siria y Hezbollah.

El ecosistema informativo ha ido evolucionando en paralelo con los cambios en los equilibrios geopolíticos que se dieron desde 2011. Al Jazeera, el canal de referencia en la región antes de las sublevaciones, ha ido perdiendo una parte de la audiencia que había ganado desde su establecimiento, lo que llevó a la creación de un espacio mediático sin un real poder hegemónico y, al contrario, caracterizado por el surgimiento de nuevos canales vinculados con uno u otro de los actores involucrados en la lucha geopolítica regional. Como menciona Samuel-Azran en el caso de Al Jazeera, y que se puede aplicar a la gran mayoría de los canales de información satelitales existentes en la región, estos medios intentan ganar credibilidad en tiempos de paz para, al contrario, librar ataques específicos en el momento en que hay en juego cuestio-

nes geopolíticas de influencia regional o que pueden ir en contra de los intereses de sus patrocinadores (2013). Como en 2003 en el caso de Irak, los acontecimientos que vienen ocurriendo en Siria desde 2011 llevaron a una reconfiguración del escenario geopolítico que tuvo fuerte impacto sobre el ecosistema informativo, con la emergencia de nuevos actores que están directamente vinculados con los principales actores políticos, tales como Turquía, Qatar y Emiratos Árabes Unidos.

Son necesarios mayores esfuerzos investigativos sobre estos canales de información satelital –más allá de la ya cuantiosa literatura sobre Al Jazeera–, que tomen en consideración de forma rigurosa los contenidos de los mismos en relación con aquellos acontecimientos históricos que pueden alterar los equilibrios geopolíticos. Esta carencia se suma a las dificultades, por las características de los mismos medios, de conocer los datos sobre su real audiencia, pero también sus estructuras internas y los detalles sobre su propiedad. Una falta de transparencia que complica el desarrollo de investigaciones rigurosas y, al mismo tiempo, afecta la credibilidad profesional de estos frente a su público.

Más allá de conformar un espacio mediático plural, la presencia cada vez mayor de canales de información de marcado carácter partidario, y utilizados por sus propietarios principalmente como herramientas para su proyección exterior, conlleva el peligro de una creciente fragmentación y polarización de la población de la región, que mantendrá los equilibrios geopolíticos inestables.

REFERENCIAS

- Abdelmoula, E. (2015). *Al Jazeera and democratization: the rise of the Arab public sphere*. London and New York: Routledge.
- Al Abdeh, M. (2012, 4 de octubre). The Media War in Syria. Majalla Magazine. Recuperado de <http://eng.majalla.com/2012/10/article55234370/the-media-war-in-syria>
- Al Arabiya English (2013,9 de julio). 'We aired lies': Al Jazeera staff quit over 'misleading' Egypt coverage. Recuperado de <https://english.alarabiya.net/en/media/2013/07/09/Al-Jazeera-employees-in-Egypt-quit-over-editorial-line-.html>
- Al Qassemi S. (2012a, 1 de julio). Morsi's win is Al Jazeera's loss. *Al Monitor*. Recuperado de <http://www.almonitor.com/pulse/originals/2012/almonitor/morsyswinisal-jazeerasloss.html>
- Al Qassemi, S. (2012b, 2 de agosto). Breaking the Arab News. Foreign Policy. Recuperado de <http://foreignpolicy.com/2012/08/02/breaking-the-arab-news/>
- Al Qassemi SS (2013,12 de julio). Al Jazeera's awful week. Foreign Policy. Recuperado de http://www.foreignpolicy.com/articles/2013/07/11/al-jazeera_egypt_qatar_mu
- Antwi-Boateng, O. (2013). The rise of Qatar as a soft power and the challenges. *European Scientific Journal*, 2 (Special Edition).
- Aras, B y Yorulmazlar, E. (2016). State, region and order: geopolitics of the Arab Spring. *Third World Quarterly*, 37 (12).
- Ayish, M. (2002). Political communication on Arab world television: Evolving patterns. *Political Communication*, 19, 137-154.
- Booth, R. (2010). WikiLeaks cables claim al-Jazeera changed coverage to suit Qatari foreign policy. *The Guardian*. Recuperado de <https://www.theguardian.com/world/2010/dec/05/wikileaks-cables-al-jazeera-qatari-foreign-policy>
- Bruce, M. (2014). Framing Arab Spring conflict: A visual analysis of coverage on five transnational arab news channels. *Journal of Middle East Media*, 10, 1.
- Cerami, C. (2013). Rethinking turkey's soft power in the arab world: Islam, secularism, and democracy. *Journal of Levantine Studies*, 3 (2), 129-150.
- Cherkaoui, T. (2014). Al Jazeera's Changing Editorial Perspectives and the Saudi-Qatari Relationship. *The Political Economy of Communication*, 2 (1).
- Cull, N. (2009). Diplomacia pública: consideraciones teóricas. *Revista Mexicana de Política Exterior*, 85.
- Dennis, E., Martin J. y Wood, R. (2017). *Media use in the middle east 2017: A seven-nation survey*. Qatar: Northwestern University.
- Di Ricco, M. (2012). The arab spring is a Latin American winter: Telesur's 'Ideological Approach' and the breakaway from the Al-Jazeera network. *Global Media Journal*, 2 (1).
- El-Nawawy, M. y Powers, S. (2009). *News influence and the global media sphere: A case study of Al-Jazeera english, in Allan The Routledge Companion to news and journalism*. London - New York: Routledge.
- Erdbrink, T. (2011, 14 de mayo). Al Jazeera tv network draws criticism, praise for coverage of Arab revolutions. *The Washington Post*. Recuperado de https://www.washingtonpost.com/world/al-jazeera-tv-network-draws-criticism-praise-for-coverage-of-arab-revolutions/2011/05/08/AForHws2G_story.html?utm_term=.40c2266389c5
- Fahmy, S. y Wanta, W. (2012). Mediated public diplomacy: Satellite tv news in the Arab world and perception effects. *International Communication Gazette*, 74 (Issue 8).

- Figenschou, T. (2014). *Al-Jazeera and the global media landscape: The South is talking back*. London - New York: Routledge.
- Gilboa, E. (2005). The CNN Effect: The Search for a Communication Theory of International Relations. *Political Communication*, 22 (1), 27-44.
- Hashem, A. (2012, 3 de abril). The Arab Spring has shaken Arab tv's credibility. *The Guardian*. Recuperado de <http://www.guardian.co.uk/commentisfree/2012/apr/03/arab-spring-arab-tv-credibility>
- Jones, A., Kovacich, G. y Luzwick, A. (2002). *Global Information Warfare: How Businesses, Governments, and Others Achieve Objectives and Attain Competitive Advantages*. Auerbach Publications.
- Jones, M. (2017). Hacking, bots and information wars in the Qatar spat, in *The Qatar Crisis. Pomeps Briefing*, 31.
- Khatib, L. (2013). Qatar foreign policy: The limits of pragmatism. *International Affairs*, 89 (2), 417-431.
- Kraidy, M. (2002). Arab satellite television between regionalization and globalization. *Global Media Journal*, 1 (Issue 1).
- Kupchan, F. (2012). *No One's World: The West, the Rising Rest, and the Coming Global Turn*. New York: Oxford University Press.
- Lahlali, M. (2011). *Contemporary Arab Broadcast Media*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Lynch, M. (2005). *Voices of the New Arab Public: Iraq, Al-Jazeera, and Middle East Politics Today*. New York: Columbia University Press.
- Matar, D. y Achcar, G. (2012). Arab uprisings: Geopolitics, strategies and adjustment. *Middle East Journal of Culture and Communication*, 5, 7-14.
- Nye, J. (1990). Soft power. *Foreign Policy*, 80.
- Nye, J. (2004). Soft power: The means to success in world politics. *Public Affairs*.
- Painter, J. (2008). *Counter-Hegemonic News: A Case Study of Al-Jazeera English and Telesur*. Oxford: Reuters Institute for the Study of Journalism, University of Oxford.
- Pala, O. y Aras, B. (2015). Practical geopolitical reasoning in the turkish and qatari foreign policy on the Arab Spring. *Journal of Balkan and Near Eastern Studies*, 17 (3), 286-302.
- Powers, S. (2009). *The geopolitics of the news: The case of the Al Jazeera network*. Doctoral dissertation. University of Southern California.
- Powers, S. y Gilboa (2007). The Public Diplomacy of Al Jazeera. En Seib, P. (ed.), *New Media and the New Middle East*. US: Palgrave Macmillan us.
- Roberts, D. (2017). Qatar, the Ikhwan, and transnational relations in the Gulf, in *The Qatar Crisis. Pomeps Briefing*, 31.
- Robertson, A. (2015). *Global News. Reporting Conflicts and Cosmopolitanism*. New York: Peter Lang.
- Salama, V. (2012, 20 de mayo). AlJazeera's (r)evolution? Jadaliyya. Recuperado de [http://www.jadaliyya.com/pages/index/5610/aljazeeras\(r\)evolution](http://www.jadaliyya.com/pages/index/5610/aljazeeras(r)evolution)
- Salloukh, B. F. (2013). The Arab Uprisings and the Geopolitics of the Middle East. *The International Spectator*, 48 (2), 32-46.
- Samuel-Azran, T. (2013). Al-Jazeera, Qatar, and new tactics in state-sponsored media diplomacy. *American Behavioral Scientist*, 57(9), 1293-1311.
- Seib, P. (1997). *Headline Diplomacy: How News Coverage Affects Foreign Policy*. Westport: Praeger.
- Seib, P. (2009) *News and Foreign Policy: Defining Influence, Balancing power, in Allan The Routledge Companion to news and journalism*. London - New York: Routledge.
- Schleifer, A. (2013, 21 de agosto). How Al Jazeera skews its coverage of Egypt. Al Arabiya English. Recuperado de <https://english.alarabiya.net/>

- en/views/media/2013/08/21/How-Al-Jazeera-skews-its-coverage-of-Egypt.html
- Sultan, N. (2013). Al Jazeera: Reflections on the Arab Spring. *Journal of Arabian Studies: Arabia, the Gulf, and the Red Sea*, 3 (2), 249-264.
- Telhami, S. (2011). *The 2011 Arab Public Opinion Poll*. Maryland University.
- The Economist (2013, 12 de enero). Al Jazeera: Must Do Better. Recuperado de <http://www.economist.com/news/middle-east-and-africa/21569429-arabs-premier-television-network-bids-american-viewers-must-do-better>
- UNESCO (1980). *El informe MacBride: un mundo, muchas voces - Comunicación y sociedad, hoy y mañana*. México: FCE.
- Xie, S. y Boyd-Barrett, O. (2015). External-National tv News Networks' Way to America: Is the United States Losing the Global "Information War"? *International Journal of Communication*, 9, 66-83.



ESTUDIO DE CASOS ESPECÍFICOS

Yemen: un escenario de guerra y crisis humanitaria

Felipe Medina Gutiérrez

Líbano: vecino indispensable para los refugiados de Oriente Medio

Víctor De Currea-Lugo

La intervención en Libia en 2011: el dispositivo democrático global en funcionamiento

Mariela Cuadro

Palestina, Israel y la geopolítica de Asia occidental

Pío García

Yemen: un escenario de guerra y crisis humanitaria*

Felipe Medina Gutiérrez**

RESUMEN

Yemen es un país que cuenta con una rica historia y cultura ancestral, siendo uno de los más interesantes casos de estudio en la región del Medio Oriente. A pesar de ello, no se conoce mucho de él e, infortunadamente, hoy es la nación más pobre de la península arábiga. Hacia la década del 2000 el país ya afrontaba una crisis económica y política, que se vio reforzada por las revueltas en 2011 que dieron paso a la salida del expresidente ‘Alī ‘Abdullāḥ Ṣāliḥ, y al intento fallido de la conferencia para el “Diálogo Nacional”. Lejos de encontrarse una solución, las divisiones al interior del país se hicieron más notorias. Hoy Yemen

se ha sumido en una guerra cruel a partir del levantamiento Ḥūṭi en 2014 y la intervención militar de la coalición liderada por Arabia Saudita, que lejos de constituir una “guerra proxy” entre Teherán y Riyāḍ, involucra diferentes alianzas y actores que han desestabilizado el país por completo y agudizado la situación humanitaria, creando un escenario peor que el de Siria e Irak, ignorado por el mundo. El presente texto representa el reto de incluir el estudio de Yemen en la academia, uno de los países menos comprendidos y estudiados dentro de las grandes problemáticas que vive el Medio Oriente.

Palabras clave: Yemen, revueltas de 2011, Ḥūṭi, Arabia Saudita, Irán.

* Solamente las palabras y nombres en árabe (excepto de países) usan la transliteración del *Diccionario de árabe culto moderno*, de Julio Cortés (1996).

** Maestro en Estudios de Asia y África, especialidad en Medio Oriente, El Colegio de México. Investigador independiente, Colombia. [fmedina@colmex.mx].

Recibido: 15 de junio de 2017 / Modificado: 1 de noviembre de 2017 / Aceptado: 15 de noviembre de 2017

Para citar este artículo:

Medina Gutiérrez, F. (2018). Yemen: un escenario de guerra y crisis humanitaria. *OASIS*, 27, 91-111.

DOI: <https://doi.org/10.18601/16577558.n27.06>

Yemen: A War Scenario and a Humanitarian Crisis

ABSTRACT

Yemen is a country that has a rich history and ancestral culture, being one of the most interesting case studies in the Middle East region. Despite this, not much is known about it and unfortunately today it's the poorest nation in the Arabian peninsula. Towards the decade of the 2000, the country already faced an economic and political crisis, that was reinforced by the revolts in 2011 that led to the exit of the former president Ali Abdullah Saleh and the failed attempt of the conference for the "National Dialogue". Far from finding a solution, the divisions within the country became more visible. Today Yemen has descended into a cruel war since the Houthi uprising in 2014 and the military intervention of the Saudi-led coalition, which far from being a "proxy war" between Tehran and Riyadh, involves different alliances and actors, which has destabilized the country completely and deepened the humanitarian situation, creating a scenario worse than that of Syria and Iraq, ignored by the world. The present text represents the challenge of including the study of Yemen in the academic community, one of the countries least understood and least studied within the great problems that the Middle East faces.

Key words: Yemen, 2011 uprisings, Houthi, Saudi Arabia, Iran.

INTRODUCCIÓN

El último periodo de Barack Obama como presidente de Estados Unidos culminó siendo uno de los más nefastos en la historia del país, donde además de haber arrojado 26.171 bombas en diferentes lugares del mundo (Benjamin, 2017), dejó múltiples conflictos abiertos donde no se vislumbra una pronta solución como son el caso de Palestina, Libia, Siria y, ahora, Yemen. Este personaje dio paso a Donald Trump, quien se posesionó como nuevo presidente en enero de 2017.

Poca gente se percató de que la primera acción militar aprobada por el nuevo dignatario consistió en un ataque quirúrgico contra al-Qā'ida en la península arábiga (AQPA), que opera en Yemen, y no contra el Estado Islámico en Siria o Irak, donde además de presentarse la primera baja de la nueva administración, de dejar varios civiles muertos y heridos, murió Nawar 'Awlaqī, la hija de 8 años de edad de Anwar al-'Awlaqī (Bulos y Hennigan, 2017), reconocido clérigo de la organización con ciudadanía estadounidense, también muerto bajo fuego norteamericano años atrás. El hecho, más allá de constituir una ejecución extrajudicial, permite reflejar la enorme importancia que para Washington tiene lo que ocurra en el país del sur de la península arábiga.

Sin embargo, la política de drones y operaciones militares estadounidenses no es el único problema que afronta Yemen, pues su situación se ha deteriorado notoriamente a partir de las revueltas de 2011, que dieron como resultado la salida "pacífica" del expresidente Ṣāliḥ. Tanto la iniciativa impulsada

por los países del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) para la transferencia del poder y el establecimiento de un nuevo Gobierno, como el “Diálogo Nacional”, que se estaba llevando a cabo entre los diferentes sectores de la sociedad yemení, fracasaron por la ineficiencia del presidente interino ‘Abd Rabbuh Maṣṣūr Hādī, y por la toma de la capital Ṣan‘ā’ a manos del movimiento Ḥūṭi (o también llamado Anṣār Allāh)¹ el 24 de septiembre de 2014, que obligó al mandatario a abandonar el país.

La crisis política empeoraría con la intervención militar de la coalición de países liderada por Arabia Saudita en marzo de 2015, con la intención de restablecer la “legitimidad” de Hādī y de aplastar el levantamiento Ḥūṭi. Lejos de esto, además de agudizar la crisis humanitaria, lo que se ha generado es una fuerte inestabilidad política –a partir de la creación de dos gobiernos paralelos–, una profunda crisis económica, y una lucha entre diferentes grupos –algunos armados– por el poder, donde la población civil ha sido la más afectada.

El artículo pretende analizar de manera general, a partir de una mirada crítica, los acontecimientos relativos a este periodo. En la primera parte se hace un resumen del contexto político y social previo y posterior a las revueltas de 2011, como antecedente

importante de la guerra a partir de 2014. La segunda parte pretende identificar y describir, de manera general, a los actores más destacados en el presente conflicto. Por último, la tercera parte busca reseñar los intentos de las mesas de negociación que ha habido, además de exponer, a partir de algunos testimonios de yemeníes y de informes de ONG, la grave y preocupante situación humanitaria. Sin duda, el futuro del país dependerá de cómo se resuelvan las controversias en la mesa de negociaciones, pues de lo contrario estaremos en un escenario parecido al de países como Siria, donde no se vislumbra ningún acuerdo.

¿QUÉ PASÓ CON YEMEN DESPUÉS DE LAS REVUELTAS DE 2011?

El Gobierno de Yemen en la era Ṣāliḥ estuvo caracterizado por un fuerte centralismo, dictadura, y un robusto sistema de patronazgo que le ayudó a mantenerse en el poder por más de treinta años². Fruto de ello es que el principal frente de oposición, el Encuentro Común (EC), un bloque surgido en 2003, que agrupa a diferentes partidos políticos de diversas tendencias, se encontró por muchos años en el marco de la oposición “aceptada” dentro del régimen, a cuyos miembros, algunos cooptados, si bien se les permitía un

¹ Tanto Anṣār Allāh, su nombre en fuentes oficiales, como Ḥūṭi, frecuente en medios de comunicación a partir de 2004, son términos correctos para referirse a este movimiento. Sin embargo, el presente texto usará este último al ser el más próximo al lector. Para el origen del uso del término Ḥūṭi para referirse al movimiento véase Winter (2011, pp. 102-120).

² Para el caso de Yemen este sistema de patronazgo consistía en el fuerte poder que tenía el partido político de Ṣāliḥ, el Congreso General del Pueblo (CGP), fundado en 1982, que combinaba la cooptación de militares, políticos, extensas redes clientelares y afiliaciones tribales.

margen de maniobra, nunca constituyeron un peligro para Ṣāliḥ.

Sin embargo, durante este periodo una serie de problemas políticos, económicos y sociales estaban creando fisuras en el sistema de patronazgo del presidente. Hacia la década del 2000, la fuerte crisis económica, el alto desempleo, la corrupción, el nepotismo, fuertes conflictos en las periferias (con los Ḥūṭi durante las Guerras de Ṣa'da de 2004 a 2010, y con el movimiento secesionista del sur al-Ḥirāk, reactivado desde 2007), sumado a la creciente presencia de organizaciones como AQPA (filial de al-Qā'ida) y la complicidad con la campaña de drones estadounidense, habían creado gran descontento entre la población. Todo esto anticipaba que el país podía ser escenario de un cambio importante.

Ello fue así durante las revueltas populares de 2011, iniciadas en Yemen el 11 de febrero, inspiradas por los movimientos acaecidos en Egipto y Túnez, que obligaron a Ḥosni Mubārak y Ben 'Alī, respectivamente, a ceder el poder, y mientras la atención se dirigía a la intervención de la OTAN en Libia. Al igual que en otros escenarios, las revueltas tuvieron dentro de sus múltiples y variadas causas los altos índices de desempleo, la corrupción y desequilibrio en el reparto de la riqueza, producto de las medidas neoliberales en el marco de la crisis económica mundial, y el activismo y dinamismo de estudiantes y profesionales como motor catalizador.

Los escenarios principales de las protestas en Yemen fueron la Plaza del Cambio (Ṣaḥat at-Taḡir), cerca de la Universidad de Ṣan'ā', además de la ciudad de Ta'iz. Si bien en su génesis las revueltas iniciaron por jóvenes estudiantes y trabajadores (hombres y mujeres), como en otros escenarios, a este movimiento de protesta se le sumaron progresivamente distintas organizaciones y grupos del tradicional espectro político. Una de las más significativas fue la plataforma del EC, y su partido de más influencia, al-İslāḥ, cuyos partidarios varían entre miembros de los Hermanos Musulmanes (HM), líderes tribales, salafistas entre otros, y que se convertiría en uno de los interlocutores más importantes para la "transición"³. Otros movimientos de peso, como los Ḥūṭi, que llegaron a la Plaza del Cambio el 20 de febrero de 2011, y líderes del movimiento sureño como Aḥmad Saleḥ Qadiš y Ḥasan Baoum, anunciaron también su apoyo a la protesta, para construir un nuevo Yemen, sin Ṣāliḥ (Veiga, Zahonero y De Terán, 2014, p. 228).

A sectores que tradicionalmente habían hecho oposición al presidente se unieron antiguos aliados del Gobierno que decidieron cambiar de bando. La desertión del brigadier general del ejército 'Alī Moḥsen al-Aḥmar, segundo hombre más fuerte del régimen, y por un tiempo claro sucesor de Ṣāliḥ, además de Ṣādiq al-Aḥmar, šej de la confederación tribal Ḥašid y del partido İslāḥ, como también el importante clérigo 'Abd al-Majīd az-Zindānī,

³ Para un recuento de las fuerzas "islamistas" que se encontraban en las revueltas en Yemen véase Bonnefoy (2012).

del mismo partido y miembro de los HM, sumado a las deserciones y dimisiones masivas en todas las instituciones del Gobierno, representaron un fuerte golpe para el entonces presidente. Sin embargo, al interior del bloque revolucionario, la presencia de estos líderes, por muchos años en el *establishment*, creaba un profundo malestar, pues advertía de la posible cooptación, como en otros procesos de la región, de la oposición partidista al movimiento de protesta, marginando a estudiantes y profesionales.

Las mujeres también fueron parte esencial de este movimiento, siendo el caso de Tawakkul Karmān, miembro del Iṣlāḥ, de los HM y Premio Nobel de Paz en octubre de 2011, el más reconocido. Sin embargo, es importante advertir que otras mujeres tuvieron gran participación como, por ejemplo, Amal al-Bāṣā, Farīda Ṣāliḥ al-Ŷarimy, Ŷamila Raŷā', Arwa 'Abdo 'Uṭmān, entre otras⁴.

El caso de Yemen fue destacado como el único escenario donde hubo una transición “pacífica” del poder. En efecto, los actos de protesta fueron protagonizados por cientos de yemenís que, en un movimiento antiguubernamental pacífico, trataban de expresar su descontento ante la crisis institucional, política y económica que Yemen arrastra desde hace más de media década (Zahonero, 2011). Si bien ello se originó así, el resultado no fue tan “pacífico”, pues muchas de las protestas llevaron a la represión y detención arbitraria por parte de las fuerzas de seguridad, dejando varios muertos y heridos.

Bajo este contexto, Ṣāliḥ terminó por ceder a las demandas populares y aceptó entregar el poder, no al bloque revolucionario, sino a su vicepresidente 'Abd Rabbuh Maṣṣūr Hādī, en una elección de candidato único, por presión de la iniciativa de transición de poder del CCG, apoyada por la Resolución 2014 de 2011 (R2014/11) de la ONU. En ella se les garantizaba inmunidad jurídica a él y a su partido CGP, hecho que difería de otros procesos donde la justicia transicional siempre exigió un juicio al dictador y la disolución de su partido de Gobierno. Significaba, además, la intervención formal en el conflicto de actores externos, como la ONU y Arabia Saudita, quien venía de ayudar a apagar la revuelta popular en Baréin.

La elección de este personaje fue bastante polémica, debido a que fue el único candidato, pero además porque había hecho parte del régimen tradicional, a pesar de su alineamiento con la oposición a partir de 2011 (De Terán, 2017, p. 185). Ello demostró, primero, que no hubo participación de las fuerzas del país que demandaban un cambio real, reflejado en el boicot a su elección por sectores como los Hūṭi y al-Hirāk y, segundo, que este personaje representaba la carta de Arabia Saudita y Estados Unidos, dispuesto a seguir el plan que tenían estas potencias para el país. Desde este momento se empezó a cuestionar por muchos sectores la “legitimidad” del presidente interino.

⁴ Para un estudio sobre el papel de la mujer yemení en las revueltas véase Strzelecka (2015).

EL PLAN DE TRANSICIÓN Y LA CONFERENCIA PARA EL “DIÁLOGO NACIONAL”

En marzo de 2013, Yemen entró a una nueva fase política de transición conocida como la conferencia para el “Diálogo Nacional” (al-Ḥiwār al-Waṭanī), auspiciada por Hādī, el enviado especial de la ONU Ḥamād Ben ‘Omar, con apoyo de Estados Unidos y la Unión Europea. Compuesta por 565 miembros, agrupaba a fuerzas tradicionales de oposición, islamistas, socialistas, nacionalistas árabes, entre otros, y tenía como antecedente un proceso similar durante los años de 1993 y 1994⁵.

La principal propuesta que surgió en este diálogo fue la del federalismo, que implicaba la división indiscriminada del territorio en seis regiones, como forma de solucionar la crisis. Esta idea, que ya había sido debatida en el caso Iraquí (2005), basada en el modelo aplicado por los franceses en Líbano, y ahora propuesta por algunos sectores para solucionar cuestiones como la de Afganistán y Siria, fue rechazada en Yemen por respuestas populares debido a que no resultaba adecuado para tratar la necesidad real de un cambio de régimen o para acabar la disputa por el poder en Ṣan‘ā’ (Carapico, 2016, p. 280), siendo los Ḥuṭī y al-Ḥirāk sus mayores opositores.

Sumado a lo anterior, la falta de representatividad de los diferentes sectores y grupos de la sociedad civil y política marcaba la fragilidad de este diálogo. Por ejemplo, como expresó la reconocida periodista y bloguera yemení,

Afrāḥ Nāṣir, el poder político de los hombres era mayor al de las mujeres, y a pesar del porcentaje que ganaron en esta conferencia, en la etapa de transición el papel de la mujer siempre fue secundario⁶.

Dicho intento terminaría sin consenso en enero de 2014, dejando un panorama de polarización, desestabilización, y sin debatir los temas profundos de la realidad política yemení, en un contexto rodeado de pobreza, hambre, escasez de agua, desempleo, y bajo la continua política de bombardeos y ejecuciones extrajudiciales por drones del presidente Obama.

EL AVANCE ḤUṬĪ Y LA INTERVENCIÓN MILITAR LIDERADA POR ARABIA SAUDITA

Los detonantes más próximos para la guerra que estallaría en el país suceden cuando, a pesar de que el proceso político estaba en curso, los Ḥuṭī, en medio de confrontaciones violentas con grupos que se les oponían, demandan la formación de un Gobierno diferente al de Hādī. La oportunidad para lanzar dicha propuesta fueron las protestas organizadas en medio del anuncio del retiro del subsidio a la gasolina, que generó gran descontento entre la población. Sin embargo, la acción más contundente fue cuando tomaron la sorpresiva decisión, en septiembre de 2014, de capturar por la fuerza la capital Ṣan‘ā’, para muchos un “golpe de Estado”, en medio de fuertes críticas a las fuerzas armadas por

⁵ Para un resumen de la experiencia del Diálogo Nacional durante los años 1993-1994, véase Carapico (1998).

⁶ Entrevista realizada por el autor el 28 de junio de 2017.

no hacer frente real a esta ofensiva. Muchos apoyaron esta iniciativa como una forma de corregir los errores de la transición, celebrando la voluntad del movimiento de enfrentar a la corrupción, combatir a al-Qā'ida, y llenar el vacío de seguridad dejado por un gobierno ineficaz, mientras que, para otra gran parte de la población, esta ofensiva Ḥūṭi representaba la expansión de su agenda discriminatoria, con el objetivo de imponer su dominio político (Alley, 2014).

Contando en sus manos con el centro de poder, y en medio de fuertes tensiones y enfrentamientos, se consigue que los Ḥūṭi firmen un acuerdo con la administración para la formación de un “gobierno de unidad” más inclusivo, el Peace and National Partnership Agreement (PNPA) que, apoyado por la ONU, le garantizaba más participación a este movimiento y al-Ḥirāk, además de una serie de reformas económicas y sociales. Sin embargo, al mismo tiempo, este movimiento se expandía territorialmente, tomando incluso el principal puerto marítimo del país, al-Ḥudeida.

A pesar de esto, los profundos desacuerdos con la administración Ḥādī hicieron que dicho acuerdo con el Gobierno se rompiera, lo que terminaría por confirmar la sorpresiva alianza con el expresidente Ṣāliḥ, para conformar un nuevo bloque de Gobierno. Aunque la ONU impuso sanciones al exmandatario y a dos de sus comandantes, la nueva coalición adquirió mucho más poder, por ejemplo, tomando control de la televisión estatal y anunciando en Ṣan'ā' el Consejo de cinco miembros para reemplazar a Ḥādī. Si bien todo este contexto forzó la renuncia y detención domiciliaria del presidente interino y de su gabinete, este logró

escapar, se dirigió a 'Aden, y estableció un gobierno paralelo. A partir de aquí se formaron dos polos de poder, uno radicado en la capital del sur y otro en la capital del norte, ambos con problemas de legitimidad.

El vecino más importante del país, Arabia Saudita, miraba con preocupación los hechos en Yemen, y era claro que había que tomar una serie de medidas. Más allá de suspender la ayuda económica, decidió darle refugio a Ḥādī, quien había huido a raíz de una incursión Ḥūṭi en 'Aden, en el mes de marzo de 2015. Lo cierto es que en Riyāḍ se decidió que la solución era una intervención militar para restablecer la “legitimidad” y el orden institucional en Yemen.

En ese momento el reino pasaba por una coyuntura política importante, pues Salmān ibn 'Abd al-'Aziz fue nombrado nuevo rey, tras la muerte de su hermano 'Abdula bin 'Abd al-'Aziz. Una vez en el poder, designó a su hijo Muḥammad bin Salmān, de 31 años, como ministro de Defensa y secretario general de la Corte Real. El primer gran reto de su gobierno fue enfrentar al levantamiento Ḥūṭi.

De esa manera, una coalición se edificó a partir del liderazgo de Riyāḍ, que incluía fuerzas de Emiratos Árabes, Qatar, Baréin, Kuwait, Jordania, Egipto, Sudán del Norte y Marruecos, con apoyo logístico de Estados Unidos y algunos países de Europa, iniciando así las denominadas operaciones “Tormenta decisiva” y “Restaurar la esperanza”, que ocasionarían la renuncia de Ḥamāl Ben'Omar y traerían resultados nefastos para la población civil yemení desde 2015.

De momento, el balance de la guerra es que, contrariamente a los objetivos trazados,

estas operaciones e intervencionismo no han acabado con los Ḥūṭi ni con fuerzas leales a Ṣāliḥ, y, en su lugar, han creado resentimiento en gran parte de la población, reflejado en multitudinarias protestas (principalmente en el norte), y en la incorporación a bloques de resistencia. De hecho, los Ḥūṭi han contraatacado, reportándose enfrentamientos en la frontera sur de Arabia Saudita (las vastas regiones montañosas fronterizas de ‘Asīr y Nayṛān), y no sería para nada extraño que se extendieran a otras zonas del reino. No hay duda de que la solución militar ha mostrado ser la estrategia equivocada para tratar el levantamiento.

¿QUIÉN ES QUIÉN EN LA GUERRA EN YEMEN? ESTUDIO GENERAL DE LOS ACTORES DESTACADOS

EL MOVIMIENTO ḤŪṬI (O ANṢĀR ALLĀH)

Históricamente, los orígenes de este grupo se sitúan en Huṭ, en la gobernación de ‘Amrān en el norte del país, aunque el hogar ancestral de la familia es Daḥyan, lugar donde nació Badr ad-Dīn al-Ḥūṭi en 1922 (Salmoni *et al.*, 2010, p. 103). Hijo de un importante erudito Zaydī y guía espiritual y político de la familia, hasta su muerte en el año de 2010, es gracias a su liderazgo y la influencia de muchos de sus hijos, como Ḥusein al-Ḥūṭi, que a sus seguidores se les conocería como los Ḥūṭi, sobre todo a partir de las Guerras de Ṣa‘da, conflicto

donde murió Ḥusein, y ‘Abd al-Malik al-Ḥūṭi se convirtió en el nuevo líder.

Sin embargo, su popularidad ascendió a raíz del levantamiento en 2014. A menudo se suele plantear que la toma de la capital en este año fue una continuación de las Guerras de Ṣa‘da, sin embargo, es más pertinente darle a cada escenario un contexto, pues si bien hay una base común, tanto los motivos como los actores o protagonistas son muy diferentes. Lo importante es entender que ambos enfrentamientos hicieron de este movimiento un actor importante de cara al futuro en la política yemení.

En cuanto a su dimensión religiosa, los Ḥūṭi son musulmanes chiís, vinculados a la vertiente Zaydī, llamada así en razón a Zayd b. Ḥusein b. ‘Alī b. Abi Talib (m. 740), nieto del mártir chií de Kerbalā’ ‘Alī, e hijo del cuarto imām Zaynu’l-‘Ābidīn. Es importante anotar, que se diferencia de la corriente duodecimana (Itṇā-‘Aṣariya), mayoritaria en la región y que prevalece en Irán, y que, de hecho, su base teórica es muy próxima a la Ṣāfi‘ī sunnī⁷, que prevalece en zonas del medio y bajo Yemen.

Durante muchos años el norte de Yemen fue gobernado por los A’ima zaydís, y es por esto que a menudo, al movimiento Ḥūṭi se le suele relacionar como continuadores de la monarquía del Imām Yaḥia (1918-1948) cuyo reinado representó el establecimiento del Yemen moderno (Dresch, 2000)⁸. Sin bien hay un espacio de tiempo donde los seguidores de

⁷ Es una de las cuatro corrientes jurídicas (madāhib) del islam sunnī, cuyo nombre deriva de su fundador el Imām aṣ-Ṣāfi‘ī.

⁸ Los A’ima (sing. Imām) gobernaban bajo un régimen de estilo monárquico, y fueron los dirigentes de Yemen desde el final del siglo noveno hasta la revolución republicana de 1962.

la idea de la monarquía fueron protagonistas, principalmente en la guerra civil en la década de 1960 en el marco de la “Guerra fría árabe”, las principales autoridades zaydís renunciaron en los años 1990s a la idea de un régimen monárquico y a implantar en todo Yemen la escuela zaydí. En su lugar, el movimiento tiene raíces en el “revivalismo zaydí”, periodo en el cual estas comunidades intentaban recuperar el terreno perdido debido a la expansión del Wahābismo⁹, donde la familia al-Ḥūṭī estuvo íntimamente relacionada en la creación y actividad del partido al-Haq y los “Jóvenes Creyentes”¹⁰.

Asimismo, este movimiento posee una importante dimensión tribal. Al habitar principalmente en la zona norte de Yemen, su apoyo radica principalmente en regiones tribales como Jawlān b. Āmir, aunque ha habido ocasiones donde han podido sumar apoyo de diferentes confederaciones tribales como Bakīl. Ello se materializa en sus diferentes tradiciones y alianzas, lo que ha permeado el conflicto, pues muchos hombres tribales han entrado a la guerra, en diferentes bandos, y muchos de los combatientes han contado incluso con la protección de importantes tribus.

LA REINVENCION DEL EXPRESIDENTE ṢĀLIḤ Y SU ALIANZA CON LOS ḤŪṬĪ

‘Alī ‘Abdullāh Ṣāliḥ fue miembro de las fuerzas armadas, donde ejerció el cargo de mayor en

la década de 1970, además de comandante en Ta‘iz. De hecho, también participó en la guerra civil en la década de 1960 (Medina, 2017b, p. 39). Posteriormente, fue elegido presidente de la República Árabe de Yemen (RAY) por la Asamblea Constituyente del Pueblo en 1978, imponiéndose en el poder en todo el país, tras la unificación y la guerra contra el sur en la década de 1990, hasta cuando sería apartado del poder en medio de las revueltas de 2011.

Sin embargo, este personaje reaparece en la política tras las noticias de la sorpresiva alianza Ḥūṭī-Ṣāliḥ, que pudo darse gracias a la impunidad y falta de aplicación de justicia transicional en Yemen después de 2011, pues tanto Ṣāliḥ como el CGP mantuvieron su poder e influencia. Además, la intervención militar de la coalición le permitió reinventarse en el juego político, mostrándose como el defensor de los intereses yemení, viendo en los Ḥūṭī y en un sector importante del ejército un aliado esencial. Parte de su fortaleza también se deriva de contar con los remanentes de aquellas redes de patronazgo que gestó durante los años de su gobierno.

Ahora bien, es importante señalar que esta alianza era débil y temporal, pues fue edificada sobre el pragmatismo y no sobre una ideología u objetivo político común. De hecho, así lo demuestran los recientes enfrentamientos entre ambos bandos, como ocurrió en la capital Ṣan‘ā en 2017, cuando Jāled ar-Raḍī, miembro importante del CGP, y cinco

⁹ El Wahābismo, llamado así en razón a su fundador, Muḥammad ibn ‘Abd al-Wahāb (1703-1792), es un movimiento proselitista, reformista e “islamista”, caracterizado por su sectarismo, intolerancia hacia otras tendencias al interior del islam (sobre todo chiís) y por su interpretación literal de los textos del islam.

¹⁰ Para un resumen del origen y desarrollo del zaydismo en Yemen véase Medina Gutiérrez (2017a).

miembros Ḥūṭi murieron en un incidente en un puesto de seguridad Ḥūṭi. No hay duda de que la rivalidad entre ellos, y viejas cuentas pendientes, serán un elemento latente, lo que hace probable que esta alianza no tenga mucho futuro¹¹.

EL PRESIDENTE INTERINO HĀDĪ Y LA COALICIÓN

‘Abd Rabbuh Maṣṣūr Hādī, oriundo del sur de Yemen, reconocido político y exmiembro de las fuerzas armadas, ejerció como vicepresidente durante la era Ṣāliḥ, y, como advertimos, fue elegido para dirigir el periodo de transición desde 2012. Criticado por muchos sectores por representar los intereses tradicionales, y por haber huido a Arabia Saudita tras la incursión Ḥūṭi, Hādī regresaría al país y restablecería un tímido gobierno en el sur de Yemen, a partir del traslado del Banco Central de Ṣan‘ā’ a ‘Aden. No obstante, muchos en el sur lo rechazan y no hay duda que este personaje es una ficha descartable tanto para Arabia Saudita como para los demás países del golfo y para Estados Unidos.

En cuanto a la coalición liderada por Riyāḍ, se trata de una alianza débil en razón de la pluralidad de intereses y pugnas a su interior. Por ejemplo, la polémica por las prisiones secretas establecidas por Emiratos Árabes y fuerzas de seguridad aliadas, donde abusan y torturan a prisioneros en el sur de Yemen (Maggie, 2017; Amnistía Internacional, 2017) demuestran la diversidad de intereses que tienen Dubái y Riyāḍ en esta zona.

Pero sobre todo con lo acaecido con Qatar en junio de 2017, cuando Arabia Saudita, Emiratos Árabes, Baréin y Egipto decidieron cortar relaciones diplomáticas y sancionar a Doha, acusándola de “albergar a grupos terroristas y sectarios que amenazan la estabilidad de la región”, lo que es bastante irónico, pues es precisamente Arabia Saudita quien promueve el sectarismo y el wahābismo no solo en la región sino en el mundo. Lo cierto es que Qatar fue expulsado de la coalición, y el gobierno de Hādī, sumándose al llamado de Riyāḍ, lo acusó de “tener relación con la alianza Irán-Ḥūṭi”.

LOS COMITÉS POPULARES (AL-LIḤANA AṢ-ṢA‘BIA)

En los enfrentamientos se detectó la presencia de los llamados comités populares (al-Liḥana aṣ-Ṣa‘bia), actores armados no estatales que consisten en alianzas de tribus que incluyen militantes tribales presentes en diferentes frentes de la guerra, siendo los más conocidos los leales a los Ḥūṭi y los aliados al gobierno de Hādī, a la coalición, y, sobre todo a Arabia Saudita. Sin embargo, este es un fenómeno que no es nuevo en la historia de Yemen, pues ya el gobierno de Ṣāliḥ se había valido de estas agrupaciones en la década de 1990 en su ofensiva contra territorios del sur, contra AQPA en la década del 2000 y, más recientemente, en las Guerras de Ṣa‘da en 2004.

De un lado, además de ser parte activa en acciones de combate, pues ya en la toma de Ṣan‘ā’ en 2014 ayudaron a los Ḥūṭi a ocupar

¹¹ ‘Alī ‘Abdullāh Ṣāliḥ fue asesinado el 4 de diciembre de 2017, para un análisis de su muerte ver Medina Gutiérrez (2017b).

los edificios del gobierno, han conformado un cuerpo especial que se dedica principalmente a la vigilancia de las calles en diferentes puestos de control establecidos en carreteras y ciudades, e incluso impartiendo justicia y labores judiciales.

De otro lado, Arabia Saudita, valiéndose de relaciones de cooptación de vieja data con distintas confederaciones y hombres tribales, decidió conformar y reactivar “comités populares”, creados recientemente en zonas del sur, quienes participaron también en combate, sobre todo a raíz de los intentos de los Ḥūṭi de someter ‘Aden.

No hay duda que la presencia de estos “comités populares” hace más complejo el presente conflicto. Más allá de la presencia de las tribus, si bien pueden seguir directrices de uno u otro grupo, controlarlos e identificarlos es todo un reto y, al estar involucrados en acciones de combate, hace que los civiles se vean más involucrados.

PRESENCIA DE MERCENARIOS Y CONTRATISTAS

Se trata de la presencia de fuerzas de combate extranjeras, generalmente conocidas como contratistas o mercenarios, que ya se conocían en la región, sobre todo a partir de la experiencia de la invasión estadounidense a Iraq. Dentro del contexto de la guerra en Yemen, si bien la coalición oficialmente solo incluía fuerzas armadas (más que todo fuerza aérea), reportes sobre incursiones terrestres, en especial de fuerzas con uniforme y signos de distinción de Emiratos Árabes en las zonas del sur del país, han desatado gran controversia y debate.

Ello habla de la presencia de un grupo especializado compuesto principalmente por latinoamericanos y eritreos, donde se destacan los miembros colombianos, reclutados más o menos a mediados de 2010 para servir en Emiratos Árabes, por una convocatoria que vio, en el final de la guerra con las FARC en Colombia, una oportunidad para reclutar militares experimentados que ya no tendrían un escenario de guerra dónde servir. A muchos, aunque no sea la única razón, se les sedujo ofreciéndoles salarios en dólares, que claramente superaban las cantidades ofrecidas en Colombia. La mayoría de estos personajes son oficiales retirados y expertos antiguerrilla, que ya han estado en el contexto de la guerra (Medina, 2017a, p. 119), aunque no se descartan mercenarios que van de guerra en guerra prestando sus “servicios”.

Si bien su labor principal es enfrentar a los Ḥūṭi y aliados de Ṣāliḥ, han tenido que combatir a componentes de AQPA en el sur, zona de especial interés económico y estratégico de Dubái, ocasionando según diferentes reportes (Donaghy, 2015; Hager y Mazzetti, 2015) las primeras bajas en ciudades como Ta‘iz.

Allí se enfrentan a un contexto complejo y a un territorio desconocido, cuyos rivales, a diferencia de ellos, están dispuestos a dar la vida por la batalla. La presencia de estas fuerzas foráneas agrega otro componente a la compleja lucha que involucra a tribus, militares, grupos islamistas y fuerzas internacionales. Sin duda, no les depara nada bueno en Yemen y están destinadas al fracaso.

EL SECESIONISMO EN EL SUR, AL-QĀ'IDA (AQ) Y ESTADO ISLÁMICO

Como hemos visto, la presente guerra también ha afectado a los territorios del sur, en crisis desde la unión desfavorable con el norte en la década de 1990, y sobre todo a partir de la guerra civil de 1994. Las revueltas de 2011, la consecuente propuesta federalista durante el periodo de transición, la actividad de AQPA y Estado Islámico (EI), e incursiones fallidas Hūṭi, harían renacer las diferencias y el clamor secesionista en ciudades como 'Aden, Ḥaḍramūt, Abyan y Ta'iz.

Sin embargo, son muchas las posturas políticas que hay en el sur, que combinan la labor de al-Ḥirāk, el Consejo de Transición del Sur, la voz de habitantes que, por ejemplo, están a favor del fin de la guerra antes que la separación, movimientos en contra y a favor de Hādī, e incluso discusiones en torno al papel que Emiratos Árabes desempeña y su interés real en estos territorios del sur, que complejizan el asunto. En efecto, como Gaydā' ar-Rašidī, activista oriunda de 'Aden, afirma:

La guerra de 2015 destruyó la débil relación que había entre el norte y el sur. Si bien hay opiniones divididas en torno a la intervención militar de la coalición, los sureños saben que ni Arabia Saudita, ni Emiratos Árabes lo hicieron por amor al pueblo sino por sus propios intereses. Los sureños no ven con buenos ojos a Hādī. Su gobierno, débil y fallido, es acusado de nepotismo y corrupción. La situación actual es que la gente perdió la confianza en el norte¹².

De otro lado, a la hora del análisis, la atención siempre se centra sobre lo que hacen los Hūṭi, pero nunca sobre la coalición ni sobre la creciente actividad de AQPA, fuertemente golpeada por la política de drones estadounidense en Yemen, y el peligro de una consolidación del EI. Mucho antes de las revueltas de 2011 se alertaba sobre la presencia y las actividades en el sur del país de al-Qā'ida, desde 1992, y de otros grupos afines, como Ŷihād Islámica en Yemen (1990-1994) y el Ejército de 'Aden-Abyan (1994-1998). Posteriormente, gracias a la desestabilización del Gobierno central y al periodo de "transición" en 2011, muchos territorios se volvieron campo fértil para las actividades de expansión de AQPA y otras organizaciones, quienes, contando con una lógica de alianzas con algunas tribus, se disputaron con los Hūṭi el control territorial y la demarcación de áreas de influencia.

Dentro de otros grupos afines a AQ se encuentra Anṣār aš-Šarī'a, una colección de militantes sin una definición precisa que al parecer participó en la toma de la ciudad de Abyan en 2011 (Combating Terrorism Center, 2011). Este grupo, aunque similar y difícil de disciplinar, es minoritario, y no hay duda de que AQPA es el grupo principal en Yemen.

En cuanto al EI, su presencia no se compara, todavía, con la que posee AQPA, con el cual tiene amplias diferencias y enfrentamientos. No se tiene certeza de cuántos combatientes hayan jurado lealtad y se hayan sumado al llamado de esta organización, sin embargo, ya hacia 2014, año de su aparente fundación

¹² Entrevista realizada por el autor el 30 de junio de 2017.

en el país, perpetraron sus primeros ataques en ciudades como 'Aden. Con la actividad de AQPA y EI, la narrativa sectaria ha ganado terreno, en un país donde históricamente había convivencia pacífica entre las diferentes comunidades.

¿UN ESCENARIO DE GUERRA PROXY?

IMPLICACIONES REGIONALES E INTERNACIONALES

Para muchos analistas el presente conflicto en Yemen configura un típico escenario de guerra *proxy*, o guerra indirecta, entre Irán y Arabia Saudita, junto a otros escenarios como Siria, Irak y Baréin, en los que hay una disputa por el poder regional, en el marco de la “rivalidad sunní/chíí”. Al ser un tema que desborda el objeto del presente escrito, solo plantaremos algunos puntos que sirven para la discusión.

En el primer lugar, acerca de la “rivalidad sunní/chíí” es claro que hay diferencias teóricas y ritualistas entre estos dos. Sin embargo, es un discurso que intenta poner los diversos conflictos en el plano religioso cuando no lo son, y va de la mano de una idea sectaria que intenta dividir a las dos comunidades. Ni Arabia Saudita es el representante del sunnismo, ni Irán del chiísmo. A pesar de esto, no se puede negar que las geopolíticas de poder hegemónico tanto de Arabia Saudita como de Irán están enfrentadas, tal como sucede en algunos de los escenarios descritos.

En Siria, por ejemplo, si bien hubo en el inicio una revuelta popular pacífica en contra del dictador Bašar al-'Asad, lo cierto es que rápidamente grupos de oposición, y voluntarios provenientes de otros países de la región, iniciaron un alzamiento armado, agudizando

la situación. Algunos de estos grupos, islamistas y de clara tendencia wahābi, fueron financiados por países como Arabia Saudita, Qatar y Emiratos Árabes. Al ver que la correlación de fuerzas no le favorecía al Gobierno sirio, Irán decide intervenir con ayuda logística y militar, enviando a la Guardia Revolucionaria en cabeza del general Qasem Soleimani, y además contando con la ayuda del partido libanés Hizb Allah, quien intervino activamente en combates decisivos que le permitieron a al-'Asad permanecer en el poder.

En Irak, el Gobierno iraní ha participado activamente en la reorganización del país y de las comunidades chíí a partir de 2003. Por su lado, Arabia Saudita desea expandir su influencia, sobre todo a partir de la última reunión con el líder iraquí Muqtada aš-Sadr. En este escenario, parece que sus intereses no chocan demasiado, pues para muchos es clara la intención de dividir a Irak entre varias potencias.

Baréin, otro escenario propio de las revueltas de 2011, fue un caso donde se sacrificaron las legítimas demandas populares de cambio en aras de mantener la estabilidad monárquica (Delmonte, 2012). Allí, muy similar a lo que pasó en Yemen, por petición formal del rey al-Jalifa, en nombre del CCG, Riyāḍ, con ayuda de Dubái, fue el protagonista central del envío de fuerzas de seguridad a Baréin, lo que impulsó a las fuerzas bareiníes a optar por la represión total del movimiento opositor (Delmonte, 2012). La paranoia de la amenaza para la seguridad nacional y del efecto dominó, reflejado en la intervención directa de Arabia Saudita y del golfo, no se vio del lado de Irán, pues a pesar de haber sido acusado por la monarquía de estar detrás

de un complot, su influencia no fue tal que permitiera identificar a algún grupo o sector como un *proxy* de Teherán.

Finalmente, en Yemen la intervención de Riyāḍ en la crisis es palpable, lo que no es nuevo si se tiene presente la historia entre ambos países. Sin embargo, respecto a Teherán, más allá de diferentes hipótesis, no se tiene certeza en qué medida esté interviniendo en el conflicto, pues a diferencia de la dependencia política y económica de Hādī del actual rey Salmān, ello no es tan palpable entre los Ḥūṭi y el líder supremo Ali Khamenei (Medina, 2017a, p. 111).

Las acusaciones de Arabia Saudita de que este levantamiento hace parte del proyecto de expansión de la revolución islámica para “iranizar” a Yemen y destruir al reino son altamente debatibles, y llama la atención que coincidan con posturas como la de Israel. Si bien no basta con recordar que los Ḥūṭi son zaydís, diferentes de los duodecimanos en Irán, es fundamental considerar la apuesta y el proyecto político de cada bando. De no ser así, se correría el riesgo de no reconocer que hay una agenda y dinámica local en Yemen a la que responden los Ḥūṭi. Más que ser el provocador, la cuestión aquí es que Irán ha sabido capitalizar dichas acusaciones, donde ve con buenos ojos un posible debilitamiento de su rival geopolítico.

De hecho, al catalogar a los Ḥūṭi como un *proxy* de Irán, algo que ya se había hecho durante las Guerras de Ṣa‘da, se pretende despojar a este movimiento de sus raíces yemení y poner el conflicto al nivel de las tensiones internacionales, además de ignorar todo el contexto histórico que rodea su formación y

evolución. De hecho, si bien es probable que Irán haya enviado armas a los Ḥūṭi, nunca se habla de las provisiones que consiguen gracias al sector del ejército que está con su causa, de los contactos de Ṣāliḥ, de mercados como Suq aṭ-Ṭalḥ, y del contrabando de armas proveniente de África, además del botín de guerra en enfrentamientos contra soldados saudís.

Finalmente, en cuanto al posible escenario de enfrentamiento sunní/chií al interior de Yemen, hay decir que el presente conflicto no se reduce a la lógica de blanco y negro, sino que es mucho más complejo. Por ejemplo, no todos los zaydís apoyan a los Ḥūṭi ni a Ṣāliḥ, ni todos los sunnís apoyan a Hādī y Arabia Saudita. De hecho, hay sunnís con los Ḥūṭi, y hay zaydís con Hādī. Hay personas que se oponen a la intervención de la coalición, pero no quiere decir que apoyen a ninguno de estos bandos. De ahí que la narrativa del sectarismo confunda el contexto político de la crisis en Yemen, en vez de ayudar a esclarecerla (Willis, 2016), y la de guerra *proxy* resulta, de nuevo, poco fiable y bastante reduccionista.

LA POSTURA DE ESTADOS UNIDOS, RUSIA Y OTRAS POTENCIAS

Las potencias fuera de la región también son actores en este conflicto, y su política roza con la doble moral. Oficialmente, Estados Unidos ha manejado un discurso de apoyo económico, de reformas al sector de seguridad, de apoyo a los diálogos para encontrar una solución a las crisis, y de transición a partir de las revueltas de 2011 exigiendo a Ṣāliḥ ceder el poder. Sin embargo, Yemen es uno de los teatros de operaciones en la “Guerra contra el terrorismo”,

donde ha desplegado su campaña de drones y ataques a grupos militantes en el país. Además, es visto como el patio trasero de Arabia Saudita, de ahí que le permitiera intervenir militarmente en 2015, incluso suministrando armamento, como lo han hecho países como España y Reino Unido.

Con la llegada de Trump, y su visita a Arabia Saudita en mayo de 2017, primera a Medio Oriente, se generó en algunos sectores una gran expectativa. Sin embargo, en dicho encuentro lo único que importaba era la firma de una serie de acuerdos que incluían un acuerdo militar por cerca de \$110 mil millones de dólares, efectivo inmediatamente, y otro de \$350 mil millones en la próxima década. Dicha visita repercutió directamente en Yemen, pues en lugar de hablar sobre el fin de la guerra y buscar una solución, este acuerdo, ignorando la dura realidad en el país, implicó un rearme del reino para continuar con sus campañas militares, alargando la guerra por tiempo indefinido.

En cuanto a Rusia, es cierto que su postura difiere de la de Estados Unidos y Arabia Saudita, pues se muestra a favor del diálogo y de la solución política. En un primer momento, Moscú criticó la intervención militar de la coalición, llamó la atención sobre la crisis humanitaria, y en la ONU se abstuvo de votar la Resolución 2216 de 2015 (R2216/15), que imponía un embargo de armas a los Hūṭi, exigía su retirada de ciertos territorios y prohibía a Ṣāliḥ salir del país, alegando que el texto no era equilibrado ni incluía a todos los actores (Arabia Saudita). Sin embargo, su postura parece que ha dado un pequeño giro, pues si bien durante un tiempo importante

se rehusó a recibir varias veces al embajador yemení designado para Rusia por la coalición y Hādī, a mediados de 2017 terminó aceptándolo. Entre diversos rumores de una construcción de una base naval en Yemen, que facilitaría el acceso de Moscú al mar Rojo y Bāb al-Mandab, además de nuevos contactos con el círculo de Ṣāliḥ, Rusia quiere mostrarse como un actor imparcial, una mejor opción para las negociaciones entre las partes, como un verdadero tercero. Lo anterior no significa que Moscú y Riyāḍ tengan malas relaciones, pues temas como el petróleo, la cuestión siria e incluso acuerdos militares se mantienen vigentes entre los dos.

NEGOCIACIONES SIN ACUERDO Y LA AGENDA HUMANITARIA

LOS ESFUERZOS EN SUIZA Y KUWAIT

Tanto la mesa de Ginebra (del 15 al 19 de junio de 2015) como la de Kuwait (del 23 de abril al 6 de agosto de 2016) fueron intentos sin éxito por resolver de manera pacífica la crisis en Yemen. Si bien en ambos procesos hubo oportunidad para diferentes ceses al fuego, permitiendo la entrada de ayuda humanitaria a través de puertos como al-Ḥudeida, lo cierto es que duraron poco tiempo, por las violaciones de una u otra parte. Era claro que terminarían sin llegar a un acuerdo pues no había confianza entre las partes ni interés real en conciliar, y existía una agresión continua entre estas.

De hecho, uno de los errores de este proceso es que no había claramente un tercero imparcial como dicta este modelo de

negociación. Ni Arabia Saudita, quien es parte activa del conflicto, ni Estados Unidos, ni la misma ONU, quien a través de la R2216/15 omite la responsabilidad de la colación y de Riyād. De ahí que, como el mismo Hādī declaró a la cadena *al-Arabiyya*: “Estas no son conversaciones. Es solo una discusión de cómo se implementará la Resolución 2216 de 2015 del Consejo de Seguridad en el terreno” (vom Bruck, 2016, p. 286), demostrando que la intención era más bien la de someter a los Ḥūṭi. Además, la falta de representación de las partes en la mesa afectaba su eficacia pues, como reseña Amira Agustin, del equipo de negociadores en Ginebra, solo los Ḥūṭi parecían tener una base fuerte de apoyo político en el terreno (2016, p. 288). Ante esto, opciones como Rusia, no alineado concretamente con ninguno de los bandos, pero con intereses, u Omán, de tradicional neutral, podrían desempeñar un papel diferente en la mediación.

Es claro que mientras los delegados se reúnan en uno u otro escenario, al son de los bombardeos feroces de la coalición, ello minará la confianza entre las partes. Al no haber disposición ni ánimo para conciliar las diferencias y discutir un posible acuerdo, la solución a la problemática parece cada vez más distante. La labor de intentar acercar a las partes y de buscar una salida negociada al conflicto es uno de los grandes retos del expresidente ministro de Portugal, António Guterres, quien ocupa el cargo de Secretario General de la ONU desde 1 de enero de 2017, en reemplazo de Ban Ki-moon.

LA CATÁSTROFE HUMANITARIA Y LOS DERIVADOS DE LA GUERRA

El balance a finales de 2017 es aterrador, y a pesar de que las cifras se desactualizan a diario, el impacto de este conflicto se ve reflejado en el ámbito humanitario. Más de 10.000 personas han fallecido y 18,8 millones necesitan asistencia humanitaria o protección, de los cuales 10,3 millones necesitan ayuda urgente (OCHA, 2017). Sobre la presente crisis, Ādel Ḥāšim, director ejecutivo de la ONG Human Needs Development (HND), fundada en 2016, expresa:

Mucha gente en el mundo no sabe lo que pasa en Yemen, sin embargo, los que saben, gobiernos y medios de comunicación, ignoran que el pueblo y los niños están bajo intensos bombardeos y un bloqueo inhumano. Desde nuestra organización, hemos adelantado más de 50 proyectos, tratando de aliviar la crisis humanitaria, en torno a comida, educación, medicamentos y agua. Tocar y sentir la agonía y sufrimiento de los yemení, así como vivir los bombardeos y visitar las áreas afectadas, es épico y dramático¹³.

La preocupación por la epidemia de cólera es uno de los temas más urgentes por atender. El brote, detectado y controlado en octubre de 2016, se reactivó en abril 2017, cuya cifra total de casos detectados ya supera los 500.000 y no se espera que se detenga, sino que vaya en aumento (UNICEF, 2017). Producto del agua contaminada, la falta de agua potable y la escasez en general de este importante recurso

¹³ Entrevista realizada por el autor el 25 de junio de 2017.

(se calcula que 14,4 millones de personas no tienen acceso a este), se espera que la epidemia se expanda rápidamente a distintas gobernaciones. Ello se ve empeorado debido a los bombardeos de la coalición que han destruido redes locales y dañado algunos generadores (HRW, 2017). La escasez de combustible juega en contra, pues muchas bombas de agua no funcionan sin este recurso.

Infecciones como la diarrea y brotes de dengue se han diseminado con gran velocidad, lo que se complementa con que 17 millones de personas sufren de inseguridad alimentaria y casi 2 millones de malnutrición aguda, sobre todo, la población infantil (Amnistía Internacional, 2017). Ello empeora fruto de los bloqueos de la coalición a los principales puntos de acceso y salida del país, principalmente aeropuertos y puertos marítimos, lo que impide la llegada y distribución de la ayuda humanitaria. Como afirma Nāsir, el mantenimiento del bloqueo hace que los yemenís pasen de una muerte lenta a una muerte rápida.

Por su parte, la falta de electricidad en Yemen recuerda escenarios ya conocidos como el de la franja de Gaza en Palestina, sometida al bloqueo israelí. Con recortes de casi 18 horas al día, y buscando adquirir paneles solares de excesivo costo, los yemenís intentan sobrevivir. Sin luz, a muchos niños se les viola el derecho a la educación, pues incluso sus colegios han sido bombardeados. A ello, si finaliza la guerra, debe agregarse el tema de la reconstrucción

del país para poder, en el mejor de los casos, recuperar la infraestructura pública y privada.

Finalmente, más allá de los miles de refugiados y casos de desplazamiento forzado, que ascienden a 3 millones de personas, con la administración Trump vino una nueva medida firmada a inicios de 2017 que empeoraría la situación de los ciudadanos yemenís. Se trata de la prohibición de ingreso a los Estados Unidos de los nacionales de Siria, Irán, Libia, Somalia, Sudán, Yemen y anteriormente Irak, sacado de la lista en marzo de 2017. Hacia finales de junio de 2017, la Corte Suprema de Estados Unidos ratificó parte de la orden de Trump, la cual, puesta en práctica o no, de igual manera significa una grave afectación a los derechos de las personas de estas nacionalidades, más allá de que todas sean de mayoría musulmana. Así lo siente Maha Senān, oriunda de Ta‘iz y parte de la comunidad de yemenís que viven en Estados Unidos afectados por la medida:

Llegué a los Estados Unidos hace un año, invitada para participar en la exhibición del Consejo de Derechos Humanos de Michigan. Sin embargo, con ocasión de la guerra en mi ciudad, decidí permanecer aquí. Todo en Ta‘iz está destruido es una ciudad muerta. Mi familia se fue a otras ciudades, algunos a Šan‘ā’. Con este tipo de medidas migratorias, todos nos sentimos inseguros y a la vez, frustrados sin esperanza. A mis padres se les negó la entrada al país, sabiendo que mi hermana es ciudadana estadounidense. No sabemos qué pueda pasar con nuestro futuro¹⁴.

¹⁴ Entrevista realizada por el autor el 2 de junio de 2017.

A pesar de todo esto, no todo son malas noticias, pues en septiembre de 2017, bajo la nueva administración en la ONU, se autorizó la creación de una comisión independiente para investigar crímenes de guerra y de lesa humanidad, siendo uno de sus objetivos determinar la responsabilidad de Arabia Saudita y de la coalición en estos delitos. Después del tropiezo de Ban Ki-moon, quien tras presiones tuvo que retirar a Arabia Saudita de la lista negra de grupos que asesinan y afectan a menores de edad, hacia finales de 2017, la ONU finalmente lo incluyó en la lista anual, atribuyéndole un total de 683 víctimas. Tanto el trabajo de las comisiones independientes, como estos listados son esfuerzos importantes que deben continuar y esclarecer la verdad, pero la guerra en Yemen corre el peligro de verse como un caso más en la agenda humanitaria, cuando en realidad es un conflicto de naturaleza y de solución política.

CONCLUSIONES

La guerra que se desarrolla en Yemen deriva no solo de años de dictadura durante la presidencia de ‘Abdullah Šāliḥ, sino también, de una mala transición política y del fracaso del “Diálogo Nacional” después de las revueltas de 2011, donde fuerzas tradicionales mantuvieron el poder, el ejército se fracturó, el sistema de patronazgo de Šāliḥ se mantuvo, y las aspiraciones populares se vieron secuestradas por la iniciativa impositiva del CCG, apoyada por la ONU, Estados Unidos y la Unión Europea.

De la misma manera, es importante entender que el nuevo levantamiento Ḥūṭi se enmarca en dicho contexto, y difiere del

primer levantamiento significativo conocido como las Guerras de Ša‘da (2004-2010). Si bien ambos están relacionados, es producto de este nuevo y diverso contexto de transición donde se convierten en un actor importante de peso para tener en cuenta en el futuro del país.

Es relevante comprender que, si bien el conflicto Ḥūṭi se mueve dentro de un entorno mayor, entre rivalidades geopolíticas regionales e internacionales, no es del todo adecuado catalogarlo como un escenario de “guerra *proxy*”, ni de una “rivalidad sunní/chíi”, pues expresarlo así resulta insuficiente por las múltiples variables que están presentes al interior del contexto propio de Yemen. Más allá, aunque no de menos importancia, de las diferencias religiosas entre los Ḥūṭi e Irán, hay una serie de diferencias políticas e intereses locales dentro de Yemen que ayudan a entender las complejidades de este escenario.

Asimismo, la situación que vive Yemen no solo se explica en términos de las rivalidades y los enfrentamientos entre los Ḥūṭi, partidarios de Šāliḥ, y la coalición liderada por Arabia Saudita, sino que también, temas como el secesionismo en las regiones del sur, siempre presente pero exacerbado con la guerra; la expansión de grupos como AQPA y el Estado Islámico, que ve dificultades en Siria e Irak, hacen parte de la realidad y de la guerra en el país.

Lo que pasa en Yemen no se debe entender como la pugna entre el “norte” y el “sur”, categorías artificiales. Ello no implica que no deba reconocerse la infortunada historia de enfrentamientos, y la profunda desconfianza que hay entre sectores de la población en diferentes ciudades. Lo importante aquí es entender que

hay una disparidad regional que es necesario resolver, que junto con la división política en el sur hace más complejo el escenario en Yemen, que ha llevado incluso a que ciudades como Ta'iz, sin tradición secesionista, se sume al llamado de independencia. No hay duda de que los habitantes y líderes de ambos "extremos" deben trabajar sobre la base de la confianza, fortalecer los lazos en esta crisis, y, sobre todo, verse como compañeros para sacar el país adelante.

Por último, si bien la única salida es la negociación y no la guerra, es importante entender que la mediación no puede darse a través de Arabia Saudita, pues es parte y no tercero imparcial del conflicto. De hecho, si bien la crisis humanitaria se presentaba antes de las revueltas de 2011, es con ocasión de las operaciones militares, los bloqueos y los embargos de la coalición, que a partir de 2015 se agudiza la situación. El país afronta hoy una crisis humanitaria peor que la de Siria en menor tiempo, y aunque distintas agencias intentan ayudar y aliviar dicha situación, no hay que perder de vista que la solución es política y está en manos de los Estados y las organizaciones internacionales.

REFERENCIAS

- Al-Muslimi, F. (2015). *The Popular Committee Phenomenon in Yemen: Fueling War and Conflict*. Carnegie Middle East Center. Recuperado de <http://carnegie-mec.org/syriaincrisis/59560>.
- Alley Longley, A. (2014). *Yemen's Houthi Takeover*. Middle East Institute. Recuperado de <https://www.crisisgroup.org/middle-east-north-africa/gulf-and-arabian-peninsula/yemen/yemen-s-houthi-takeover>.
- Amnistía Internacional (2016/2017). *La situación de los derechos humanos en el mundo*. Amnistía Internacional.
- Augustin, A. (2016). The multiple wars in Yemen. En Carapico, S. (ed.). *Arabia Incognita: Dispatches from Yemen and the Gulf*. Estados Unidos: Middle East Research and Information Project (MERIP).
- Benjamin, M. (2017). America dropped 26,171 bombs in 2016. What a bloody end to Obama's reign. *The Guardian*. Recuperado de <https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/jan/09/america-dropped-26171-bombs-2016-obama-legacy>.
- Bonnefoy, L. (2014). The shabab and the institutionalized politics and the Islamists in the Yemen revolution. En Lackner, H. (ed.). *Why Yemen Matters: A Society in Transition* (pp. 87-104). London: Saqi Books.
- Bonnefoy, L. (2012). Yemen's Islamists and the revolution. En *Foreign Affairs*. Recuperado de <http://foreignpolicy.com/2012/02/09/yemens-islamists-and-the-revolution/>.
- Bulos, N. y Hennigan, W. J. (2017). What happened the night a U.S. commando was killed in combat, the first such death of Trump's presidency. *Los Angeles Times*. Recuperado de <http://www.latimes.com/world/middleeast/la-fg-yemen-raid-2017-story.html>.
- Carapico, S. (1998). *Civil Society in Yemen: The Political Economy of Activism in Modern Arabia*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Carapico, S. (2016). Two resolutions, a draft constitution (and late developments). En Carapico, S. (ed.). *Arabia Incognita: Dispatches from Yemen and the Gulf*. Estados Unidos: Middle East Research and Information Project (MERIP).

- Combating Terrorism Center (2011). *A False Foundation? AQAP, Tribes and Ungoverned Spaces in Yemen*. West Point: Combating Terrorism Center.
- Cortés, J. (1996). *Diccionario de árabe culto moderno*. Madrid: Gredos.
- Donaghy, R. (2015). Revealed: The mercenaries commanding UAE forces in Yemen. *Middle East Eye*. Recuperado de <http://www.middleeasteye.net/news/mercenaries-charge-uae-forces-fighting-yemen-764309832>.
- Dresch, P. (2000). *A History of Modern Yemen*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gutiérrez de Terán, I. (2017). *Las revoluciones árabes*. Editorial Síntesis.
- Hager, E. B. y Mazzetti, M. (2015). Emirates secretly sends colombian mercenaries to Yemen fight. *The New York Times*. Recuperado de <https://www.nytimes.com/2015/11/26/world/middleeast/emirates-secretly-sends-colombian-mercenaries-to-fight-in-yemen.html>.
- Hamad Zahonero, L. (2011). Los movimientos antigubernamentales en Yemen: ¿la revolución frustrada? En *Relaciones Internacionales* (pp. 113-135). GERI-UAM.
- Human Rights Watch (HRW) (2017). *World Report 2017*. Yemen: HRW.
- Maggie, M. (2017). In Yemen's secret prisons, UAE tortures and US interrogates. *AP News*. Recuperado de <https://www.apnews.com/4925f7f0fa654853bd6f2f57174179fe>.
- Medina Gutiérrez, F. (2017a). *El nuevo levantamiento Hūti: elementos a considerar en la guerra en Yemen (2014-2016)*. Tesis de Maestría, México: El Colegio de México.
- Medina Gutiérrez, F. (2017b). El hombre que creyó que solo él podía gobernar Yemen. *El Espectador*. Recuperado de <https://www.elespectador.com/noticias/el-mundo/el-hombre-que-creyo-que-solo-el-podia-gobernar-yemen-articulo-727184>.
- Mesa Delmonte, L. (2012). Protestas reprimidas. La preponderancia de los intereses estratégicos sobre las demandas populares en el caso de Bahréin. En Mesa Delmonte, L. (ed.). *El pueblo quiere que caiga el régimen: protestas sociales y conflictos en África del norte y en Medio Oriente* (pp. 457-480). México: El Colegio de México.
- Oficina de las Naciones Unidas para la Coordinación de Asuntos Humanitarios (OCHA) (2017). *Humanitarian Needs Overview 2017*. Yemen: OCHA.
- Phillips, S. (2008). *Yemen's Democracy Experiment in Regional Perspective: Patronage and Pluralized Authoritarianism*. UK: Palgrave Macmillan.
- Salmoni, B. A., Loidolt, B. y Wells, M. (2010). *Regime and Periphery in Northern Yemen: The Huthi Phenomenon*. Santa Mónica: RAND.
- Serjean, R. B. (1977). South Arabia. En van Nieuwenhuize, C. A. (ed.). *Commoners, climbers and notables*. Leiden: Brill.
- Strzelecka, E. K. (2015). *Género, cultura, islam y desarrollo: construcción de una cultura política de resistencia feminista en Yemen*. Tesis doctoral, España, Universidad de Granada.
- UNICEF (2017). *Yemen. Humanitarian Situation Report*. UNICEF.
- Veiga, F., Hamad Zahonero, L. Y, Gutiérrez de Terán, I. (2014). *Yemen: la clave olvidada del Mundo Árabe 1911-2011*. Madrid: Alianza Editorial.
- vom Bruck, G. (2016). Yemen Talks in Geneva. En Carapico, S. (ed.). *Arabia Incognita: Dispatches from Yemen and the Gulf*. US: Middle East Research and Information Project (MERIP).
- Willis, J. (2016). Operation Decisive Storm and the Expanding Counterrevolution. En Carapico, S. (ed.), *Arabia Incognita: Dispatches from Yemen*

and the Gulf. us: Middle East Research and Information Project (MERIP).

Wilts, A. (2017). Donald Trump signs \$110bn arms deal hours after landing in Saudi Arabia. En *Independent*. Recuperado de <http://www.independent.co.uk/news/world/americas/us-politics/>

donald-trump-latest-saudi-arabia-billions-arms-deal-military-sales-a7746601.html.

Winter, L. (2011). Conflict in Yemen: Simple people, complicated circumstances. *Middle East Policy*, xviii (1), 102-120.

Líbano: vecino indispensable para los refugiados de Oriente Medio*

Víctor De Currea-Lugo**

RESUMEN

El conflicto armado sirio ha producido una grave crisis humanitaria con repercusiones en los países vecinos, especialmente en Líbano. No hay cifras exactas, pero los estimados indican que más de un millón de refugiados sirios han llegado a Líbano. Además, como fenómeno particular, parte de los refugiados palestinos que vivían en Siria también se han desplazado hacia Líbano, donde hay campamentos de palestinos por lo menos desde 1948. El presente artículo estudia la dinámica diferenciada de estas dos poblaciones en territorio libanés y sus condiciones actuales, basándose principalmente en entrevistas a refugiados sirios y palestinos.

Palabras clave: conflicto sirio, refugiados palestinos, acción humanitaria, migración, Líbano.

Lebanon: An Indispensable Neighbor for the Refugees of the Middle East

ABSTRACT

The Syrian armed conflict has produced a serious humanitarian crisis with repercussions in neighboring countries, especially in Lebanon. There are no exact figures, but estimates indicate that more than one million Syrian refugees have arrived in Lebanon. In addition, as a particular case, part of the Palestinian refugees living in Syria have also moved to Lebanon, where there are Palestinian camps since at least 1948. This article studies the differentiated dynamics of these two populations in Lebanese territory, their current conditions, based primarily on interviews with Syrian and Palestinian refugees.

* Agradezco los comentarios hechos al presente trabajo por Juan Sebastián Brizneda.

** PhD, América Latina Contemporánea, Universidad Complutense de Madrid. Docente, Universidad Nacional de Colombia, Colombia. [decurrea@yahoo.com].

Recibido: 25 de junio de 2017 / Modificado: 1 de noviembre de 2017 / Aceptado: 20 de noviembre de 2017

Para citar este artículo:

De Currea-Lugo, V. (2018). Líbano: vecino indispensable para los refugiados de Oriente Medio. *OASIS*, 27, 113-128.

DOI: <https://doi.org/10.18601/16577558.n27.07>

Key words: Syrian conflict, Palestinian refugees, humanitarian action, migration, Lebanon.

INTRODUCCIÓN

Entre bajos precios del petróleo, varios conflictos armados (Siria, Palestina, Irak, Yemen) y terrorismo islamista (Al-Qaeda, Daesh, Al-Nusra), líderes mundiales, organizaciones internacionales y Organizaciones No Gubernamentales han centrado su atención en Oriente Medio. Solo en Siria, Irak y Yemen se han registrado casi la mitad de las muertes a causa de la guerra en todo el mundo en los últimos años (CICR, 2017).

Sin reparar en las causas por las cuales estallaron las guerras en Siria y Palestina, estos conflictos han ocasionado muertos, desplazados y refugiados. Muchos palestinos son refugiados desde 1948 y otros tantos sirios desde 2011, siendo comparables sus realidades en los países receptores.

Líbano, con tan solo 10.000 kilómetros cuadrados y más de 4 millones de habitantes se ha convertido, proporcionalmente, en el territorio con mayor número de refugiados en el mundo. Allí están alrededor de 450.000 palestinos (UNRWA, 2014) que fueron expulsados de sus tierras por Israel y, de igual forma,

han ido llegando más de un millón de sirios¹ que huyen del conflicto armado.

El presente texto contará con un marco conceptual que clarifique las categorías de víctima y de refugiado. Para hacer un análisis de la situación de los refugiados palestinos y sirios en Líbano, se utilizarán entrevistas realizadas en Siria, reportes de organizaciones en el terreno y otras miradas académicas en busca de describir y analizar las condiciones de los refugiados. Al describir las experiencias de los palestinos y sirios que buscaron refugio en Líbano, se identifican tendencias que permiten visualizar su situación, lo que es el objeto del presente artículo.

MARCO CONCEPTUAL:

LA DEFINICIÓN DE REFUGIADO

Según el derecho internacional, se entiende como refugiado aquella persona que: a) tenga “fundados temores” b) a ser perseguida c) por “motivos de raza, religión, nacionalidad, pertenencia a determinado grupo social u opiniones políticas”, d) se encuentre por fuera del país de su nacionalidad e) “y no pueda o, a causa de dichos temores, no quiera acogerse a la protección de tal país”².

La primera característica explora dos elementos, uno objetivo (fundados) y uno subjetivo (temores). Para evaluar el primero

¹ Un millón corresponde al número de refugiados sirios registrados por Naciones Unidas pero, en la realidad, el número puede variar entre 1,5 y 2 millones, dependiendo de la fuente (UNHCR, 2017).

² Ver, en general, la Convención sobre el Estatuto de los Refugiados de 1951. Para la interpretación presentada de la Convención nos basamos en ACNUR (1992), especialmente en la primera parte: “Criterios para determinar la condición de refugiado”.

se tiene en cuenta la situación objetiva del país de procedencia del solicitante (guerra civil, disturbios, violaciones sistemáticas de derechos humanos, etc.), y para lo segundo se parte del principio de buena fe y se otorga el beneficio de la duda, por cuanto la valoración “objetiva” del miedo de una persona es altamente discutible, máxime cuando el grado de miedo puede variar de una persona a otra bajo las mismas circunstancias.

La segunda característica es que la persecución debe ser potencialmente hecha por autoridades del Estado. En caso que derive de particulares, tal persecución debe ser tolerada por el Estado o suceder en un contexto en que este niegue la protección debida.

En el caso sirio, no solamente se trata de la violación de derechos hecha por parte del Gobierno, sino que las acciones de sus aliados (Irán, Hizbollah y los paramilitares *shabiha*³) están ampliamente documentadas, tanto en su nivel de violencia como en la complicidad estatal⁴. Es innegable la situación objetiva de Siria, consecuencia del nivel de violencia política por parte del Estado, sus paramilitares (los *shabiha*), los rebeldes del Ejército Libre Sirio (ELS), los grupos filo Al-Qaeda como Al-Nusra y el Estado Islámico, los combatientes de Hizbollah, los agentes iraníes, las milicias kurdas, y toda una larga lista de expresiones armadas. Es decir, hay causas objetivas para huir de Siria.

En relación con los motivos de persecución, estos deben ser entendidos de la manera

más proteccionista posible. Al analizar la persecución por razones de raza y nacionalidad, se debe recordar que en raza se incluyen etnias y minorías, y en nacionalidad los grupos étnicos y lingüísticos.

Ahora, con el aumento de las tensiones entre colectivos de diferente naturaleza (entre suníes y chiíes o entre kurdos y árabes), en un país como Siria, donde a veces más que “ciudadano de” la población se identifica como “perteneciente a” tal o cual grupo, las razones para buscar protección, fuera del país, aumentan.

Pero en el caso palestino esta definición no aplica; no por falta de hechos, sino porque el derecho internacional de los refugiados excluyó a los palestinos dado que ya eran atendidos por una agencia específica de las Naciones Unidas: la Agencia de las Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en Oriente Próximo (UNRWA). El artículo 1-D de la Convención sobre el Estatuto de los Refugiados dice que:

Esta Convención no será aplicable a las personas que reciban actualmente protección o asistencia de un órgano u organismo de las Naciones Unidas distinto del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. Cuando esta protección o asistencia haya cesado por cualquier motivo, sin que la suerte de tales personas se haya solucionado definitivamente con arreglo a las resoluciones aprobadas sobre el particular por la Asamblea General de las Naciones

³ Palabra árabe traducida usualmente como “fantasma” y que se usa para denominar a los grupos ilegales de civiles armados al servicio del Gobierno sirio y que cuentan con el apoyo del Ejército.

⁴ Testimonios recogidos por el autor en entrevistas con refugiados sirios en la frontera con Turquía, junio de 2012; Líbano, 2013; Jordania, 2016 y Líbano, 2017.

Unidas, esas personas tendrán *ipso facto* derecho a los beneficios del régimen de esta Convención.

Los refugiados palestinos no tienen, entonces, exactamente un lugar “especial” en el derecho internacional (Akram, 2002), sino que dependen para su asistencia de un organismo especial. Pero estas consideraciones no niegan su carácter de refugiados sino los beneficios jurídicos a que tienen derecho. No en vano la agencia UNRWA se denomina oficialmente: para “los refugiados de Palestina” (aunque no haya una P en sus siglas)⁵.

Si usáramos las características objetivas y subjetivas con las que hemos definido que una persona es refugiada siria, los hechos históricos y las pruebas documentales y testimoniales nos llevarían a afirmar que, en el caso palestino, dichos requisitos también se cumplen. Pero, además, UNRWA tiene una definición propia acerca de quién es, de acuerdo con su mandato, una persona refugiada:

Son considerados por UNRWA como “Refugiados de Palestina” aquellas personas residentes en Palestina entre junio de 1946 y mayo de 1948, que perdieron sus hogares y sus medios de vida como resultado de la guerra Árabe-Israelí de 1948. Los descendientes de estos refugiados también tienen los mismos derechos para la Agencia, que atiende a aquellos refugiados que viven en las cinco zonas de operaciones en las cuales actúa (franja de Gaza, Cisjordania, Jordania, Líbano y Siria) (UNRWA España, s. f.).

Vale resaltar la consideración de que: “Los descendientes de estos refugiados también tienen los mismos derechos para la Agencia”, lo que explica que: “el número de refugiados de Palestina ha pasado de 914.000 en 1950 a más de 4,7 millones en 2009, debido al crecimiento natural de la población” (UNRWA España, s. f.).

CONTEXTOS

LOS PALESTINOS DE 1948

Sin los refugiados no se puede entender el drama palestino. Son centrales en la historia del conflicto, en su agenda, en su solución y en la situación actual. Resulta significativo que cuando se pregunta a un palestino por su origen suele responder con el lugar de donde era su familia en 1948, y rara vez con el lugar donde vive hoy en día o, incluso, el lugar de nacimiento.

Entre 1947, con la aprobación de la Resolución 181 del Consejo de Seguridad (el Plan de Partición del territorio palestino) y 1948 (con el fin del mandato británico sobre Palestina y de la declaración unilateral del Estado de Israel) se dio la *Nakba* o catástrofe del pueblo palestino. Villas y ciudades palestinas fueron arrasadas por el ejército israelí, lo que produjo más de 700.000 refugiados: un tercio se refugió en Cisjordania, otro en Gaza y un último entre Jordania, Siria y Líbano. Después, la guerra de 1967 produjo

⁵ En rigor, el nombre otorgado en español, según la Resolución 302, sería Organismo de Obras Públicas y Socorro a los Refugiados de Palestina en el Cercano Oriente (Asamblea General de las Naciones Unidas, 1949).

aproximadamente 500.000 nuevas víctimas, entre refugiados y desplazados.

Los refugiados palestinos constituyen casi un tercio de la población refugiada del mundo, algunos de ellos viven en 58 campos de refugiados distribuidos en Cisjordania, Gaza, Jordania, Líbano y Siria. La mitad de los refugiados palestinos son menores de edad, hijos y nietos de los expulsados de 1948.

La atención por parte de la comunidad internacional a los refugiados palestinos está asignada a UNRWA. Pero el mandato de UNRWA está limitado a la asistencia humanitaria, con limitaciones a la protección legal de los refugiados y, así, al problema del refugio se responde desde lo humanitario, desconociendo las causas del conflicto y una solución acorde con el derecho al retorno (Nabulsi, 2003).

Cuando alguien de UNRWA intenta garantizar los derechos de los palestinos, se enfrenta a la censura israelí. El jefe de UNRWA (entre 1996 y 2005), Peter Hansen, no fue ratificado por Kofi Annan, Secretario General de las Naciones Unidas, debido a presiones de Israel y de Estados Unidos. Este último amenazó con afectar sus aportes a UNRWA si Hansen era renovado en el cargo (Shamir y Harel, 2004).

Siria era el único país (antes del conflicto armado de 2011), donde los refugiados palestinos gozaban de casi todos los derechos (excepto el derecho al voto). En Líbano, las condiciones en los campos de refugiados

repiten la misma imagen de abandono –año tras año–, y los controles militares del ejército libanés alrededor de los campos de refugiados les recuerdan su condición de extranjeros. La mayoría de los 450.000 palestinos que viven allí siguen en condición de apátridas bajo serias limitaciones de movimiento, acceso a empleos y a la propiedad privada⁶.

Desde el punto de vista legal existe claramente el derecho al retorno⁷, derecho que ha sido refrendado una y otra vez, por lo menos en una decena de resoluciones de la ONU. La Resolución 194 dice que: “debe permitirse a los refugiados que deseen regresar a sus hogares y vivir en paz con sus vecinos, que lo hagan así lo antes posible, y que deberán pagarse indemnizaciones a título de compensación por los bienes de los que decidan no regresar a sus hogares...” (Asamblea General de las Naciones Unidas, 1948).

Israel argumenta que en los Acuerdos de Oslo (1993) no hubo mención de la Resolución 181 y, además, no acepta su responsabilidad en el origen del asunto de los refugiados, tampoco considera refugiados a las víctimas de la Guerra de los Seis Días de 1967. Más allá de estas consideraciones, Israel rechaza el derecho al retorno por el peligro demográfico que eso conlleva, peligro que representa una amenaza al proyecto sionista de apropiación de toda la histórica palestina.

⁶ Sobre la situación de los refugiados palestinos en el Líbano, ver Masalha (2003, pp. 55-60).

⁷ La base legal del derecho al retorno de los refugiados palestinos está clara en la Resolución 194 (III) de la Asamblea General de las Naciones Unidas, además en la Convención Internacional sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación Racial (Naciones Unidas, 1965, art. 5, d, ii) y en el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos (Naciones Unidas, 1966, art. 12, 4).

Sobre el asunto de los refugiados ya no se habla de una solución justa sino que se pone el acento en una nueva expresión: “solución realista”, expresión usada por el expresidente estadounidense George W. Bush, en una carta dirigida a Ariel Sharon en abril de 2004. “Realista” no significa otra cosa que la tendencia a asumir el asunto de los refugiados como una cosa del pasado que debería por tanto relativizarse en las negociaciones para un futuro en paz.

EL CONFLICTO DE SIRIA

La crisis de Siria está en curso, por tanto, todo análisis no deja de ser, por definición, preliminar; pero no por ser algo temporal resulta menos valioso. Y una de las situaciones más urgentes es su crisis humanitaria (De Currea-Lugo, 2017). Los números cambian cada día, pero más allá de lo estadístico, en Siria han echado raíces una serie de prácticas y de consecuencias, especialmente contra la población civil, que no pueden desconocerse. Es preocupante que muchos análisis insisten en los impactos regionales de la crisis o los balances de poder de los diferentes actores, olvidando (deliberadamente o no) tanto las agendas locales que alimentaron las protestas inicialmente pacíficas en 2011, como la dramática situación humanitaria.

En 2011, en la ciudad sureña de Dara, iniciaron movilizaciones del pueblo sirio. Más allá del incidente de los grafitis de los niños, las Revueltas Árabes, de la mano de la insatisfacción con las medidas económicas y políticas de Bashar Al-Assad, fueron las causas de que los sirios protestaran en las calles. Y la respuesta por parte del Gobierno no fue acorde

con las demostraciones pacíficas, sino que se reprimieron con violencia. Sin embargo, la represión funcionó como un catalizador para que, a lo largo del país, en ciudades importantes como Homs, Hama y Alepo se protestara y cada vez con más fuerza.

La represión rápidamente escaló en la militarización del país y la sistemática violación de derechos humanos. Como reacción, un sector de los militares frustrados con la situación desertó y creó el Ejército Libre Sirio. Así se dio inicio a la guerra civil en Siria, que años después sigue produciendo resultados humanitarios catastróficos.

La guerra abrió espacio para que países de la región y del mundo aprovecharan para intentar perseguir sus intereses. Estados Unidos, Rusia, Arabia Saudita, Irán, Qatar, Emiratos Árabes Unidos, entre otros, alimentaron con armas, dinero y bombardeos el conflicto.

La intensidad con la que se peleó la guerra, en principio, llevó a que el país entero entrara en ella, ya fuera creando su propio grupo armado o uniéndose a uno ya establecido. Se dice que en Siria hay alrededor de 1.500 grupos opositores alzados en armas, de todo tipo de ideologías y persiguiendo objetivos divergentes (Zuhur, 2015).

En Siria, como si fuera la joya de la corona, ningún bando parece mostrar la voluntad de ceder o de buscar la paz. Con el paso de los años se ha convertido en una guerra de vencer o morir, donde el que no quiere hacer parte de la misma debe huir. Se estima que más de la mitad de los sirios, entre 50-55 %, ha tenido que desplazarse de su hogar. En 2013 se dio la escalofriante cifra de que cada 15 segundos un sirio se convertía en refugiado (ACNUR, s. f.).

Según ACNUR, en marzo de 2016 había 4.815.868 refugiados sirios. Solamente en Líbano, como se mencionó, un país de aproximadamente 4 millones de habitantes, había 1.067.785 refugiados registrados provenientes de Siria; es decir casi el 25 % de la población⁸.

El conflicto sirio ha representado un gran impacto en la economía libanesa, y ha generado pérdidas económicas que se estiman en más de 17 mil millones de euros, de 2011 a 2017 (Sancha, 2017)⁹. El Gobierno libanés le ha pedido a la comunidad internacional un apoyo más significativo para que el país no entre en crisis. Cabe destacar que de los tres países que más reciben sirios, el Líbano es en el que más rápido crece la población refugiada (Hajj, 2016). A pesar de esto, los refugiados llaman la atención de los líderes mundiales sola y casi que exclusivamente cuando los sirios tocan a la puerta de los países europeos.

Lo paradójico es que el Líbano no es firmante de la Convención de los Refugiados de 1951, y se considera a sí mismo como un país de tránsito y no un país que integre a las personas en busca de refugio. Por este motivo, entre otros, es que el Estado libanés se ha negado a una verdadera integración de los refugiados en el país (OXFAM, 2017).

SITUACIÓN ACTUAL

Aunque las cifras son dramáticas, Líbano logra sobrevivir sin caer en el caos. Además de los refugiados, este pequeño país enfrenta sus pro-

prios demonios, los heredados de quince años de guerra civil y los problemas actuales, fruto de graves problemas de gobernabilidad. Aun así, Líbano se convierte en una posibilidad para la población siria que huye de la guerra.

Para la atención de refugiados hay una serie de dispositivos: los del sistema de la ONU, los del Gobierno libanés y los de las organizaciones humanitarias. Esta red de asistencia ha tenido grandes desafíos, incluyendo la propia coordinación entre las agencias. En 2015, se formuló el “Plan de respuesta de la crisis libanesa”, con debilidades en la respuesta a las zonas urbanas, donde precisamente está la mayoría de refugiados (Boustani *et al.*, 2016).

Desde Líbano se tiene la percepción de que los sirios están pasando por una situación similar a la que vivió el país en tiempos pasados, con un gran escepticismo frente a las fuerzas políticas: “Los libaneses hemos sido divididos por agendas de otros, de gente de afuera, así mismo le está pasando hoy a los sirios” según Fadlallah Hassouna, presidente de la Asociación para el Desarrollo del Pueblo y la Naturaleza, quien también afirma que Siria podría dividirse en cuatro o cinco países (entrevista personal con el autor, mayo de 2017).

Por otro lado, el sur del Líbano se ha visto bastante afectado por las dinámicas de la guerra en Siria, no solo en cuestiones de refugiados, sino en que los mismos libaneses se han inmiscuido en dinámicas bélicas: “No hay ningún pueblo en el sur de Líbano que no tenga jóvenes que hayan muerto en la

⁸ Población refugiada y su ubicación. Datos recogidos por ACNUR el 31 de agosto de 2016.

⁹ Datos del Banco Mundial, citados en un artículo de Sancha (2017, marzo 31).

guerra siria”, sostiene Hassouna. En ese orden de ideas, temas como la radicalización de la población son un riesgo al que se han enfrentado las diferentes ONG en territorio libanés.

Una de las tácticas que usan es hacer que los jóvenes escuchen a excombatientes que hablan contra la guerra. Las voces de las madres (y sus dolores) son un argumento de mucho peso para los jóvenes, más que las voces de los padres. Hassouna recuerda a un muchacho, de nombre Bashir, que a pesar de todo se iba a ir a la guerra, pero cambió de parecer luego de varias reuniones y de escuchar a excombatientes. Otro de nombre Hassan, que se opuso a ser reclutado por Hizbollah. Pero no siempre esto es exitoso.

La guerra en Siria y la ocupación de Palestina han tenido consecuencias negativas a tal punto que a ojos de los refugiados se está nublando la posibilidad de un futuro en su país de origen. Lo que terminaría en que se queden en Líbano de manera no transitoria: “estamos perdiendo una generación de sirios por la guerra”, afirma Ali Sandeed, trabajador humanitario nacido en Siria, de abuelo palestino y habitante de Yarmouk, campo de refugiados palestinos en Siria (entrevista personal con el autor, mayo de 2017).

Los refugiados, en busca de conservar y preservar su seguridad, no están exactamente pensando en quedarse en el Líbano para toda la vida, sino que así como el Estado libanés se ve a sí mismo, lo ven como un país de tránsito, dando por hecho que existe un tercer país,

o el mismo retorno a su país de origen. El 28 % de los sirios y el 23 % de los palestinos en Líbano quieren estar allí temporalmente o hasta que los respectivos conflictos acaben. En ese caso, se cree que el traslado a un tercer país (especialmente en Europa) les garantizará la seguridad (Boustani, Carpi, Gebara y Mourad, 2016).

REFUGIADOS PALESTINOS EN LÍBANO: DOS VECES REFUGIADOS

Desde 1948 hay palestinos en varios campos de refugiados en diferentes ciudades libanesas: doce campos oficiales y seis no oficiales (BADIL, s.f). Uno de ellos es el campo de refugiados de Burj El Barajneh, ubicado en la capital. Allí sobreviven, oficialmente, más de 20 mil palestinos, a lo que se suman otros tantos sirios, los que en promedio (según entrevistados locales) tienen más hijos por familia que los palestinos. Hay hasta cuatro familias sirias viviendo en un cuarto.

Además, en Siria hay alrededor de 450.000 refugiados palestinos de 1948, de los cuales más del 95 % (430.000) están en una situación altamente vulnerable y necesitados de ayuda humanitaria (UNRWA, 2017). Por esto, más de 32.000 de estos refugiados palestinos inicialmente en Siria huyeron a Líbano por la guerra de 2011¹⁰.

Los campos de refugiados en Líbano, desde su inicio, han tenido poco espacio, lo que se ha agravado con el aumento de la población,

¹⁰ Este número puede ser mayor pues solo corresponde a los palestinos provenientes de Siria que se han registrado en UNRWA. Otras fuentes los cifran en 53.000 (UNRWA, 2017).

década tras década. La infraestructura de la vivienda y los limitados servicios básicos hacen la vida muy difícil.

El Gobierno libanés no reconoce plenos derechos a los palestinos. Por ejemplo, los médicos palestinos (K. Mohwech y A. Harub¹¹, entrevista personal con el autor, mayo de 2017) solamente pueden ejercer con la población refugiada; en total hay 88 profesiones cuyo ejercicio en Líbano les está vetado. Incluso, para arrendar una vivienda por fuera de los campamentos de refugiados, los palestinos necesitan hacerlo a través de un ciudadano libanés y no de manera directa. Además, no se les reconocen completamente los estudios que los palestinos realicen o hayan realizado.

Un solo refugiado palestino (Hassan, entrevistas personal con el autor, mayo de 2017), de 49 años, contó los siguientes hechos históricos que resumen buena parte de la historia palestina en Líbano: su abuelo salió hacia el sur del Líbano donde vivió un par de años, cuando Israel expulsó a cientos de miles de palestinos de su tierra en 1948; después se radicó en el campo de refugiados palestinos de Burj El Barajneh; allí nació Hassan y de allí mismo salió hacia Libia, junto con su familia, durante la guerra civil del Líbano, pues en 1982, el ejército israelí bombardeó su casa. En 2006, Hassan y sus vecinos sufrieron de nuevo los bombardeos de Israel que derrumbaban edificios. Hassan no estaba en Líbano (pero sí algunos de sus familiares más lejanos) en el otoño de 1982, cuando Israel apoyó a las milicias maronitas en el genocidio

contra miles de civiles palestinos en el campo de refugiados de Chatila.

REFUGIADOS SIRIOS EN LÍBANO

Las víctimas dentro de Siria sobreviven en un contexto de total, deliberado y sistemático irrespeto a la protección debida de civiles y de las normas del Derecho Internacional Humanitario (DIH). Con el paso de los meses, el aumento de las hostilidades y el fracaso de las propuestas de paz han incrementado no solo el número de muertos y heridos, sino la crueldad de la guerra: desde violencia sexual hasta el uso de armas químicas, pasando por el confinamiento de poblaciones, torturas, detenciones arbitrarias y ejecuciones extrajudiciales (HRW, 2015).

Los refugiados son la mayor fuente de preocupación de los países vecinos de Siria, no principalmente por razones humanitarias, sino por el impacto político y social que conlleva el inmenso flujo de refugiados hacia Turquía, Jordania y, especialmente, hacia Líbano.

Se observan mecanismos de adaptación: hay palestinos que están alquilando sus sitios de residencia en los campamentos para con esos recursos poder alquilar una mejor vivienda fuera de los campos. En ese caso, recurren a algún conocido libanés que los ayude con la documentación. Por otro lado, los sirios pueden pagar esos alquileres en los campos de refugiados a través del dinero que reciben de Naciones Unidas. Hay diferentes circuitos, como la renta de vivienda, donde

¹¹ Médicos del hospital de Haifa, campo de refugiados de Burj El Barajneh, Líbano.

los recursos económicos dados por la ONU a los refugiados terminan incorporándose a la economía libanesa.

En Sidón, por ejemplo, en los sótanos de un gran parqueadero viven varios centenares de sirios. En unas muy pequeñas habitaciones hay más de 250 familias, la mayoría provenientes de Baba-Amr, un sector de la ciudad de Homs. Las instalaciones son en arriendo, pagado por las organizaciones que les apoyan. Los cuartos tienen un solo espacio pequeño entre 9 y 12 metros cuadrados para toda una familia. Esto evidencia el hacinamiento en que viven los refugiados. El suministro de servicios básicos es precario, incluido el de agua potable.

Algunos de los refugiados trabajan en la construcción, que es de los pocos oficios que los sirios pueden realizar sin violar la ley libanesa. Las mujeres se dedican a cuidar de sus familias, pues hay pocos trabajos para ellas. Los cientos de niños que hay allí, en Sidón, apenas tienen espacio, pero no tienen los niveles de conflictividad que se observarían en otras sociedades, pero en todo caso hay tensiones interfamiliares menores (observación directa y entrevistas a refugiados sirios con el autor, mayo de 2017).

Hay otros refugiados sirios que viven en zonas rurales, con el permiso de los dueños, quienes les dan cobijo a cambio de su trabajo en el campo. Solo en las afueras de Sidón hay alrededor de 20 sitios donde funciona esta dinámica de trabajo. Están en el Líbano desde 2012, y esperaban regresar a los pocos meses; ahora duermen en tiendas de plástico (observación directa y entrevistas a refugiados sirios con el autor, mayo de 2017).

Y un tercer grupo de familias visitado vive en un edificio (el building Ozqil), de más de 100 apartamentos, arrendado por Naciones Unidas. Son todos suníes que vienen de la ciudad de Hama. Allí tienen aulas de clase para los 350 niños y niñas refugiados.

SALUD Y EDUCACIÓN

El Ministerio de Educación libanés, en principio, abrió las puertas de los colegios públicos para los niños sirios refugiados. En un comienzo se les ha dado la posibilidad de compartir con los niños libaneses en el horario escolar regular. De la misma forma sucede con los refugiados palestinos que aunque lleven más tiempo en su condición de refugiados, solo un niño de cada cinco familias puede acceder a la escuela (Andersen, 2016).

En 2013 se inició el programa: “Reaching all children with education in Lebanon”. Este procura ayudar a los niños con el transporte entre las instalaciones educativas y los hogares. Según cifras de ACNUR, más de 470.000 niños sirios fueron registrados entre los 3-17 años (Andersen, 2016). Este esfuerzo depende principalmente de los donantes internacionales. Y a pesar de los esfuerzos, se estima que entre 250.000 y 300.000 niños siguen sin estar en una institución educativa.

En el caso palestino, UNRWA provee escuelas gratuitas para los refugiados; existen 67, junto a algunos centros vocacionales. Sin embargo, este servicio es para escuela elemental, pues jardines infantiles solo se ofrecen en el sector privado. El real problema que encuentran los refugiados palestinos para acceder a la educación es el de poder terminar los estudios.

Solo el 61 % avanzan a secundaria, el 12 % se gradúan del colegio y el 6 % son profesionales (Finnish Immigration Service, 2016, p. 29).

En términos de salud, aunque existen cinco hospitales y 27 centros de salud, en los campos de refugiados solo se puede obtener atención primaria, ya que la atención secundaria y terciaria se debe buscar por fuera. Aquellos que proveen los servicios de salud para los refugiados son UNRWA y las ONG. Solo el 5,5 % de los palestinos puede tener un servicio de salud privada, ya que es bastante costoso; el resto dependen de lo que las organizaciones puedan brindarles.

En el caso de los sirios, la situación es prácticamente la misma, pero el donante es distinto. En este caso la responsabilidad de brindar Atención Primaria en Salud recae en ACNUR. A pesar de lo anterior, es recurrente que haya partos en casa; mientras los tratamientos ortopédicos y de enfermedades crónicas como cáncer son nulos. En un estimado se dice que el 20 % de los refugiados podría tener trastornos mentales por lo vivido en la guerra, pero para poder ser asistidos deben ir al sector privado que, para los refugiados, es casi imposible de pagar (Finnish Immigration Service, 2016, p. 29).

Un estudio sobre la oferta de servicios de salud a refugiados en Líbano muestra que estos se encuentran con un sistema altamente burocratizado y fragmentado, con deficiencias para hacerle seguimiento adecuado a los pacientes, deficiente en infraestructuras y falta de recursos, lo que deja por fuera de los cuidados de salud a muchos refugiados sirios (Lebanon Support, 2016).

Hay un hospital particular percibido como espacio de confluencia de los diferentes tipos de refugiados que hay en Líbano, es el hospital de Haifa, en el campo de refugiados palestinos de Burj El Barajneh, en Beirut, campo al que han llegado miles de refugiados sirios. Este hospital se mantiene gracias al apoyo de la Media Luna Roja. Es un hospital modesto, aunque tiene 40 camas y servicios especializados. Además de los motivos usuales de consulta, les preocupan los bajos niveles de nutrición infantil. Allí atienden tanto a refugiados palestinos como a los recién llegados de Siria (K. Mohwech y A. Harub, entrevista personal con el autor, mayo de 2017).

Este hospital, creado en la década de 1970, nació como un dispensario para personas discapacitadas. Paso a paso, gracias a la ayuda internacional, se fue convirtiendo en un hospital con servicios especializados. En la guerra civil del Líbano (1974-1989) se vio continuamente enfrentado a atender heridos de guerra. Cuando en 1982 se perpetró la masacre de Sabra y Chatila, de civiles palestinos por parte del ejército de Israel y las milicias cristianas, los servicios médicos jugaron un papel importante atendiendo sobrevivientes en los sótanos.

En la guerra de 2006, entre Israel y Hizbollah, este y otros hospitales pusieron sus recursos y su personal al servicio de las víctimas. Parte de sus tareas fue apoyar los centros donde había desplazados internos por la guerra. Hoy atienden en promedio entre 200 y 300 pacientes hospitalizados por mes y 100 pacientes ambulatorios al día.

Con la llegada de refugiados sirios ha aumentado la demanda de servicios. La política

del hospital, dice el doctor Khalil, es atender a todas las personas que lo requieran, independientemente de su capacidad de pago y del color de su pasaporte.

ALTERNATIVAS

Un estudio mostró que uno de los adelantos positivos de los refugiados fueron sus alianzas con organizaciones locales e internacionales para el desarrollo de nuevas destrezas, más allá de las diferencias políticas y religiosas (El Gantri y El Mufti, 2017). Este caso, presentado a continuación, es solo un ejemplo.

En el caso de Siria, la mayoría de cabezas de familia de los refugiados son mujeres sirias. Los hombres se han quedado peleando en su país, están en las cárceles o muertos. Hay iniciativas de autogestión que van más allá de las contribuciones de las organizaciones internacionales a los refugiados registrados. Por ejemplo: algunas mujeres se han organizado a fin de generar proyectos productivos y garantizar el sustento de sus familias. Esto se observa en la organización Syrian Anamel, cuyo nombre significa: “La punta de los dedos”, cuya sede queda entre Sidón y Beirut, que produce ropas y comida típica siria.

La directora de la organización, junto con otras mujeres, había creado organizaciones de caridad en Siria para apoyar a los pobres antes de la guerra. Entre 2011 y 2013, volcaron esa experiencia para apoyar a los desplazados dentro de Siria, y fue ese acumulado el que les permitió organizarse en el exilio (directora y trabajadores de la ONG Syrian Anamel, entrevistas personales con el autor, mayo de 2017).

Una de las alternativas para mejorar las condiciones de los refugiados en el Líbano, sin depender enteramente de las ayudas de la comunidad internacional o del Gobierno libanés, es apoyar estas iniciativas que emplean a los refugiados, dándoles ingresos. Esto permitiría que los mismos refugiados puedan sostenerse y ser autosuficientes.

Esto no significa dejar de lado las obligaciones del Gobierno libanés para abonar unas mejores condiciones de los refugiados en su territorio, garantizándoles sus derechos económicos, sociales y civiles.

Sin embargo, esto no quiere decir que los gobiernos y las organizaciones donantes dejen de proveer recursos económicos a las poblaciones sirias y palestinas afectadas. De igual modo, aunque sea complejo, los demás Estados y las organizaciones internacionales deben presionar y buscar que las partes puedan llegar al final de los conflictos.

CONCLUSIONES

El drama humanitario de los refugiados requiere respuestas que, infortunadamente, como en otros conflictos, no dependen de lo humanitario, sino que nacen desde lo político. Es decir, las preguntas relacionadas con la asistencia humanitaria pueden tratar de resolverse de manera inmediata por medio de planes, proyectos y acciones de las ONG, pero las salidas definitivas y estructurales corresponden a los Estados.

Uno de los problemas es la mirada a corto plazo del Gobierno libanés (Berti, 2017), y una respuesta reducida a la asistencia. Aun así, la ayuda humanitaria presenta varios desafíos,

como es el caso de la coordinación interinstitucional, las debilidades del Gobierno libanés, las trabas burocráticas, etc. (Boustani *et al.*, 2016, pp. 38-40).

Líbano ha sido un país receptor de personas en búsqueda de refugio desde 1948, en el caso de los palestinos. Los refugiados palestinos no están cubiertos por la Convención de 1951, ni por el Protocolo de 1967 debido a que son refugiados que ya estaban bajo la protección de una agencia de Naciones Unidas, UNRWA. Esto, más que un problema administrativo es un problema jurídico, debido a que los refugiados palestinos, bajo la óptica de UNRWA, tienen derecho a la asistencia, pero no tienen derecho a las garantías jurídicas que sí tendrían otros refugiados, como los sirios.

Sobre la presencia de sirios en Líbano hay que aclarar que esto no es una novedad, como tampoco la presencia de libaneses en Siria; de hecho, muchas familias están a ambos lados de la frontera. Sin embargo, el conflicto sirio incluye un nuevo elemento: la migración por razones no sociales ni económicas, sino políticas; además de una dimensión cuantitativa mucho más alta.

Se observa que existe una expresa prohibición legal de constituir campos de refugiados sirios después de la experiencia palestina, lo que han hecho son pequeños refugios. Por ejemplo, se ha visto el alquiler de edificios, donde se adaptan los sótanos para que ellos vivan allí. Pero la idea de campo de refugiado que se instaló para el caso de los palestinos no se aplica para los sirios, precisamente, porque al día de hoy los palestinos en campos de refugiados son un problema crónico que incluso pesó en la guerra civil del Líbano.

Llama la atención que a pesar de que nacen de conflictos diferentes y separados en el tiempo —la guerra de 1948 y la guerra de 2011—, hay aspectos comunes que comparten los palestinos y los sirios en territorio libanés: su condición de refugiados. Las dos comunidades enfrentan el riesgo de la discriminación, la falta de papeles, las restricciones laborales, las dificultades para alquilar vivienda, la posibilidad de que se les reconozcan sus títulos académicos, etc.

Asimismo, las dos comunidades terminan entremezclándose en una situación social, política y jurídica más compleja. En 1948, los palestinos buscaron refugio en todos los países vecinos. Uno de estos fue Siria, que décadas después vive una guerra civil, y esos mismos refugiados palestinos por la guerra de 1948 deben escapar de Siria en 2011 hacia territorio libanés, casi que en una dinámica de “doble refugiado”.

La aceptación o el rechazo de los refugiados dependen, también, de lo que pese en el imaginario de cada persona el papel de sirios y palestinos en la guerra civil del Líbano (1974-1989). La postura frente a los refugiados también está relacionada con la fe religiosa de la persona en cuestión, tal como se expresó en algunas de las entrevistas realizadas. Sin duda, el balance demográfico entre cristianos y musulmanes se ve afectado por la llegada de miles de refugiados, pero este tema sobrepasa los alcances del presente texto.

Sin embargo, no se observa un aumento de las tensiones entre comunidades por razones políticas o religiosas, sino fundamentalmente por acceso a servicios básicos, que ahora han disminuido por el aumento del número

de personas (Finnish Immigration Service, 2016, p. 29).

A pesar de las limitaciones juŕdicas y sociales que hay, existen ejemplos de construcci3n de alternativas econ3micas, tal como se mencion3 en el caso de las mujeres y su organizaci3n Syrian Anamel. Pero tambi3n hay encuentros en mercados informales por un lado, como es el caso de los taxistas, y de circuitos ilegales, como las redes de prostituci3n. Estas opciones de mercado informal se hacen m3s complejas porque el Ĺbano se considera a ś mismo solo como un pás de tr3nsito y no como un pás de refugio, neg3ndoles de esta manera una real integraci3n a los refugiados o la protecci3n efectiva de sus derechos.

Finalmente, las estadísticas mostradas a lo largo del trabajo dan cuenta de que las condiciones de los refugiados en Ĺbano, aun con sus diferencias en estatus juŕdicos y poĺticos, son precarias. El acceso a la educaci3n no es garantizado, ni el sistema de salud existente es garantía de atenci3n para aquellas personas que lo necesitan. Para mejorar la situaci3n, como recomendaci3n, es necesario que el Gobierno liban3s auspicie poĺticas que integren a los refugiados al mercado laboral de manera legal, y que la comunidad internacional continúe con sus ayudas econ3micas, que son de lo que la mayoría de refugiados sobreviven.

REFERENCIAS

- ACNUR (s. f.). *Emergencia en Siria*. Recuperado de <http://www.acnur.org/que-hace/respuesta-a-emergencias/emergencia-en-siria/>.
- Akram, S. (2002). Palestinian refugees and their legal status. *Journal of Palestine Studies*, 123, 36-52.
- Andersen, L. E. (2016). The neglected palestinian refugees in Lebanon and the syrian refugee crisis. *Danish Institute for International Studies-DIIS, Report 12* (pp. 5-35). Recuperado de http://pure.diiis.dk/ws/files/739488/DIIS_Report_2016_12_Web.pdf
- BADIL Resource Center (s. f.). *Survey of Palestinian Refugees and Internally Displaced Persons 2013-2015*. Recuperado de <http://badil.org/en/publication/survey-of-refugees.html>
- Berti, B. (2017, enero 31). Lebanon's short-sighted refugee policy. *Carnegie Endowment for International Peace*. Recuperado de <http://carnegieendowment.org/sada/67852>
- Boustani, M., Carpi, E., Gebara, H. y Mourad, Y. (2016). Responding to the Syrian crisis in Lebanon: Collaboration between aid agencies and local governance structures. *IIED Working Paper*. Recuperado de <http://pubs.iied.org/10799IIED>
- De Currea-Lugo, V. (2017). Siria: la (a veces olvidada) agenda humanitaria. En Conde, G. (ed.). *Siria en el torbellino* (pp. 191-214). México: El Colegio de México.
- El Gantri, R. y El Mufti, K. (2017, septiembre 6). Not without dignity. Views of syrian refugees in Lebanon on displacement, conditions of return, and coexistence. *International Center for Transitional Justice*. Recuperado de <https://www.ictj.org/publication/syria-refugees-lebanon-displacement-return-coexistence>
- Finnish Immigration Service (2016, septiembre 29). Syrian and palestinian (in Lebanon and exiting Syria) refugees in Lebanon. *Fact-Finding Mission Report*, 36. Recuperado de http://www.migri.fi/download/70079_Report_Refugees_final.pdf?93071f78bbcd488

- Hajj, H. (2016, junio 2). Syrian refugee crisis cost lebanon \$10B. *The Daily Star*. Recuperado de www.dailystar.com.lb/News/Lebanon-News/2016/Jun-02/354893-syrian-refugee-crisis-cost-lebanon-10bhajj-hasan.ashx.
- Human Rights Watch (2015, julio 18). *Syria: Activists Not Released Despite Amnesty*. Recuperado de <https://www.hrw.org/news/2014/07/18/syria-activists-not-released-despite-amnesty>
- Lebanon Support (2016). *Access to Healthcare for Syrian Refugees. The Impact of Fragmented Service Provision on Syrians' Daily Lives*. Recuperado de <http://civilsociety-centre.org/resource/access-healthcare-syrian-refugees-impact-fragmented-service-provision-syrians%E2%80%99-daily-lives>
- Liohn, A. (2017, junio 13). *Vi morir a mi ciudad*. Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR). Recuperado de <https://www.icrc.org/es/document/vi-morir-mi-ciudad>
- Masalha, N. (2003). La importancia histórica de la comunidad palestina en Líbano. Los palestinos. *Vanguardia Dossier*, 8, 55-60.
- Nabulsi, K. (2003). Los refugiados. Los palestinos. *Dossier Vanguardia*, 8, 49-54.
- Naciones Unidas (1965). Convención Internacional sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación Racial de 1965. Recuperado de <http://www.ohchr.org/SP/ProfessionalInterest/Pages/CERD.aspx>
- Naciones Unidas (1951). Convención sobre el Estatuto de los Refugiados de 1951. Recuperado de <http://www.acnur.org/fileadmin/scripts/doc.php?file=fileadmin/Documentos/BDL/2001/0005>
- Naciones Unidas, Asamblea General (1948). Resolución 194 (III) de la Asamblea General. Palestine – Progress Report of the United Nations Mediator, A/RES/194 III, 11 de diciembre de 1948. Recuperado de <https://unispal.un.org/DPA/DPR/unispal.nsf/0/C758572B78D1CD0085256B-CF0077E51A>
- Naciones Unidas, Asamblea General (1949). Resolución 302 de la Asamblea General. Assistance to Palestine Refugees, A/RES/302 (IV), 8 de diciembre de 1949. Recuperado de [http://www.un.org/es/comun/docs/?symbol=A/RES/302\(IV\)](http://www.un.org/es/comun/docs/?symbol=A/RES/302(IV))
- OXFAM International (2017, junio 20). Still looking for safety: Voices of refugees from Syria on solutions for the present and Future. Recuperado de <https://www.oxfam.org/en/research/still-looking-safety-voices-refugees-syria-solutions-present-and-future>
- Sancha, N. (2017, marzo 31). Líbano está al borde del colapso. *El País*. Recuperado de https://elpais.com/internacional/2017/03/31/actualidad/1490982525_649983.html
- Shamir, S. y Harel, A. (2004, octubre 3). Annan drops UNRWA head after US, Israeli campaign. *Haaretz*. Recuperado de <http://www.haaretz.com/israel-seeks-removal-of-unrwa-director-1.136309>.
- UNHCR (2017). Syria regional refugee response. Recuperado de <http://data.unhcr.org/syrianrefugees/country.php?id=122>
- UNRWA (2017, enero 9). Syria regional crisis: Emergency appeal 2017. *Reliefweb*. Recuperado de <https://reliefweb.int/report/syrian-arab-republic/syria-regional-crisis-emergency-appeal-2017>
- UNRWA (2017). PRS in Lebanon. Recuperado de <https://www.unrwa.org/prs-lebanon>
- UNRWA (s. f.). Where we work. Recuperado de <https://www.unrwa.org/where-we-work/lebanon>
- UNRWA España (s. f.a). ¿Quiénes son los refugiados de Palestina? Recuperado de <http://www.unrwa.es/documentacion/preguntas-frecuentes>

UNRWA España. (s. f.b). Nakba, 67 años de exilio. Recuperado de <http://www.unrwa.es/los-refugiados/nakba>

Zuhur, S. (2015). The syrian opposition: Salafi and nationalist jihadism and populist idealism. *Contemporary Review of the Middle East*, 2 (1), 143-163.

La intervención en Libia en 2011: el dispositivo democrático global en funcionamiento

Mariela Cuadro*

RESUMEN

El objetivo del artículo es detectar la presencia en funcionamiento de lo que se denomina dispositivo democrático global. Este consiste en una serie de elementos heterogéneos (normativos, teóricos, éticos, políticos) que, funcionando en conjunto, producen un sujeto global cuya máxima aspiración social es la vida en democracia. Este sujeto democrático global es concebido como condición de posibilidad y efecto de lo que es definido como Gobierno liberal mundial. Estos supuestos teóricos son puestos a jugar en el análisis de los discursos de la Organización de las Naciones Unidas

(ONU) y de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) que acompañaron la intervención en Libia en 2011. Así, a través de ellos el artículo busca analizar cómo se articulaban elementos normativos como la responsabilidad de proteger, teóricos como la tesis de la paz democrática, y morales como el uso particular e insistente del significante libertad y sus vinculaciones con la democracia para la construcción de dicho sujeto democrático.

Palabras clave: dispositivo democrático global, Libia, levantamientos árabes, sujeto democrático.

* Doctora en Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de La Plata (Argentina). Investigadora CONICET-UNSAM, Argentina. [marielacuadro@yahoo.com.ar].

Recibido: 20 de junio 2017 / Modificado: 2 de octubre 2017 / Aceptado: 16 de octubre 2017

Para citar este artículo:

Cuadro, M. (2018). La intervención en Libia en 2011: el dispositivo democrático global en funcionamiento. *OASIS*, 27, 129-147.

DOI: <https://doi.org/10.18601/16577558.n27.08>

The Intervention in Libya in 2011: The Global Democratic Device in Operation

ABSTRACT

The paper aims at detecting the presence of what is known as a global democratic device, which consists of a set of heterogeneous (normative, theoretical, ethical, political) elements that working together produce a global subject whose highest social aspiration is life in democracy. This democratic subject is conceived as condition of possibility and effect of what is defined as global liberal government. These theoretical assumptions are put in play in the analysis of the United Nations (UN) and North Atlantic Treaty Organization's (NATO) discourses that accompanied the 2011 intervention in Libya. Through them the text seeks to analyze how normative elements like the Responsibility to Protect, theoretical ones like the Democratic Peace Thesis and moral ones like the particular and persistent use of the signifier "freedom" and their relation with democracy, were put together in the construction of the democratic subject.

Key words: Global democratic device, Libya, Arab uprisings, democratic subject.

El sujeto de la guerra liberal no lucha solo para destruir otro sujeto, sino para producir sujetos que, a su vez, reproducirán el orden para el cual dicha guerra es llevada a cabo. Así, el problema de cómo resistir la guerra liberal debe conllevar la pregunta de cómo resistir las formas de subjetividad que dichas guerras producen. Si no formulamos el problema de la subjetividad de manera correcta, entonces el problema de la resistencia estará también mal formulado. (Reid, 2011, p. 770)

INTRODUCCIÓN

Desde el fin de la Guerra Fría, la democracia liberal se ha impuesto política, normativa, teórica y éticamente a escala global, hasta alcanzar una posición privilegiada en la práctica discursiva de la política mundial. En el plano de la práctica política, la democratización ha ocupado un lugar privilegiado en las agendas de potencias globales y organismos internacionales. En términos normativos, se han buscado modos de convertirla en norma de derecho internacional, en donde la responsabilidad de proteger (RDP) ha sido paradigmática al respecto. Desde el punto de vista de la construcción de conocimiento, en la teoría de las relaciones internacionales la centralidad de este discurso global se ha manifestado a través de la tesis de la paz democrática (TPD). Finalmente, respecto del plano ético, la democracia es homologada con la libertad y considerada un valor. De esta forma, se ha construido un consenso en torno a la deseabilidad mundial de la democracia. En el marco de este consenso, distintos

acontecimientos internacionales, tales como la denominada Primavera Árabe, han sido leídos y escritos a través de este lenguaje.

El presente artículo considera a este consenso democrático como parte de un modo de gobierno liberal mundial que es efectivizado a través de dispositivos. Este último concepto es central en este escrito y es definido a partir del pensamiento de Michel Foucault como el encargado de articular poder, saber y subjetividad. En efecto, siguiendo a este autor, los sujetos son considerados como producto de dispositivos. Así, a través de la construcción de lo que se denominará como dispositivo democrático global (DDG) el texto busca pensar los modos de construcción de subjetividades, específicamente, cómo se construye el sujeto global (auto)gobernable. De esta manera, aborda una dimensión escasamente trabajada por las relaciones internacionales, pero, al mismo tiempo, fundamental para el ejercicio del poder: la subjetividad. Para esto resulta sumamente fructífero hacer foco en Medio Oriente, una región poblada por otredades: ¿cómo son transformados esos “otros” en sujetos incorporables a la identidad global? El texto arriesga que ese devenir es posible a través de la conversión de los “otros” árabes en sujetos democráticos, lo que se realiza mediante la puesta en funcionamiento del DDG.

El artículo construye esta última noción y la aplica al caso de la intervención en Libia en el año 2011, acontecimiento en el que confluyeron referencias a la responsabilidad de proteger, a la tesis de la paz democrática y a la libertad. Así, busca hacer un esbozo de las relaciones establecidas por el DDG entre estos elementos y la democracia, generando

como efecto la construcción de un sujeto democrático global, predicado del Gobierno liberal mundial.

Para rastrear la presencia en funcionamiento del DDG, el artículo se concentra en el análisis de los discursos de las secretarías generales de dos de los organismos internacionales más involucrados en la crisis libia: la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). En dichos discursos busca identificar las referencias a la responsabilidad de proteger, a la tesis de la paz democrática y a la libertad en sus respectivas vinculaciones con la democracia. Asimismo, se enfoca en el modo en que fueron contruidos los levantamientos árabes en tanto marco de lo sucedido en Libia, en las palabras que acompañaron a los sujetos del levantamiento libio y a los objetos de la intervención.

MARCO TEÓRICO: FOUCAULT, LAS RELACIONES INTERNACIONALES Y EL DISPOSITIVO DEMOCRÁTICO GLOBAL

Este texto se interesa fundamentalmente por la concepción metodológica del dispositivo foucaultiano, puesto que su análisis permite reflexionar en torno a racionalidades que configuran los distintos espacios sociales y las formas de subjetividad en un momento histórico particular. En efecto, se trata de una herramienta metodológica de gran valor para pensar la convergencia de prácticas discursivas y no discursivas en la constitución de subjetividades.

Al respecto, este artículo se basa primordialmente en los desarrollos de Michel

Foucault. De acuerdo con el autor francés, el dispositivo funciona articulando tres elementos esenciales: poder, saber y subjetividad¹. De este modo, el poder en Foucault aparece imbricado con determinadas formas de saber y específicos modos de subjetividad (Foucault, 1988). Siguiendo a Nikolas Rose (2004), los modos de subjetividad son producto de procesos a través de los cuales se construye el objeto de gobierno, es decir, el sujeto por ser gobernado. Y, en efecto, el producto del dispositivo es el sujeto. Así, por ejemplo, en *Vigilar y castigar* Foucault afirma que el dispositivo disciplinario produce un tipo de sujeto particular: el individuo. En palabras de Martínez Posada, “el dispositivo implica relaciones entre instituciones, prácticas sociales y modos de gobernar que buscan determinar las formas de ser, hacer y conocer del sujeto en un momento histórico determinado” (2013, p. 83). De esta manera, hace efectivo un cierto modo de ejercicio de poder. Así, el dispositivo puede ser definido como una red de relaciones entre objetos heterogéneos inscrita en una relación de poder que puede adoptar un carácter global (Cortez y Orozco, 2017). En otras palabras, la noción de dispositivo encuentra su utilidad en que permite la confluencia de elementos heterogéneos en la constitución de subjetividades, elemento necesario para el ejercicio del poder.

El dispositivo democrático global –cuya efectucción se busca rastrear en la intervención internacional en Libia en el marco de los levantamientos árabes– es propio del Gobierno liberal mundial. En efecto, este último es la condición de posibilidad y el efecto del dispositivo democrático global. La idea de un Gobierno liberal mundial puede ser construida a partir de la concepción foucaultiana del liberalismo. En esta, el liberalismo no es una doctrina meramente económica ni un artilugio ideológico, sino un modo específico de gobernar.

El filósofo francés realiza su peculiar definición del Gobierno liberal contra el fondo de lo que denomina razón de Estado, noción que puede ser emparentada con la perspectiva realista en las relaciones internacionales. Así, identifica como constitutivos de este modo de ejercicio de poder la emergencia de un nuevo objeto/sujeto y objetivo de gobierno, una novedosa forma de intervención y una nueva espacialidad. De este modo, del Estado como objeto de gobierno propio de la razón de Estado, se pasa a la población (global) como objeto y sujeto del mismo; de la supervivencia del Estado como objetivo, al mejoramiento de la vida de dicha población; de la reglamentación y el intervencionismo económico, a la regulación y el intervencionismo jurídico; del espacio territorial estriado, a la construcción

¹ Es importante resaltar que para Foucault el poder no existe más que en ejercicio. Esto permite explicar que el autor haya podido reconsiderar su concepción del poder y que, tal como afirma Santiago Castro-Gómez (2010), haya abandonado aquella vinculada con la lucha y la represión, y haya incorporado una nueva “grilla de inteligibilidad” para su analítica del poder en la que la subjetividad tendrá un lugar fundamental.

de un espacio liso (global)². Dar cuenta de un Gobierno liberal mundial no supone que todo el mundo se haya vuelto liberal, sino que dicho discurso ha pasado a ocupar una posición hegemónica. Del mismo modo, hablar de un “orden liberal internacional” no supone que todos los Estados del globo sean efectivamente liberales.

Por otra parte, a los efectos del presente texto es relevante destacar el cambio en la temporalidad que supone la emergencia del gobierno liberal. De acuerdo con Foucault, este “reenvía [...] a una serie de acontecimientos *posibles*” (2004, p. 22) (énfasis agregado). En ese marco, se tratará no tanto de reprimir a estos últimos, sino de prevenirlos, calculando los riesgos diferenciales de que aparezcan. De este modo, población global, mejoramiento de su vida, intervencionismo jurídico, espacio global y prevención forman una serie que permite caracterizar al Gobierno liberal mundial, condición de posibilidad y efecto del dispositivo democrático global.

A los efectos de este trabajo es preciso hacer hincapié en la dimensión intervencionista del Gobierno liberal mundial. Como se afirmó, en el marco de dar cuenta del modo de ejercicio del poder liberal, Foucault plantea que el mismo supone “ningún intervencionismo económico o el mínimo intervencionismo económico y el máximo intervencionismo jurídico” (2007, p. 1999). Este último se da

de un modo particular, puesto que en el paso del modo de ejercicio del poder soberano (razón de Estado) al modo de ejercicio del poder liberal se produce un desplazamiento de la ley hacia la norma. De este modo, la institución jurídica y las reglas de derecho se redefinen, pasándose de una de tipo reglamentaria a una de tipo regulatoria. Esta última supone una particular forma de ley que apunta a la regulación a través de la construcción de un marco normativo general. Por su parte, las instituciones representativas permiten al objeto de gobierno (la población) funcionar también como sujeto del mismo al participar en la elaboración de las leyes que van a actuar como generadoras de dicho marco al interior del cual tendrá lugar la vida de la sociedad. En palabras de Mitchell Dean,

...Foucault parece estar apuntando a una circularidad en esta racionalidad liberal de gobierno. Más que decir que los gobernados deben ser la fuente de soberanía debido a sus derechos y libertades intrínsecas como individuos o como miembros de una comunidad política, está sugiriendo que para el liberalismo los gobernados deben participar en la elección de los gobernantes porque el gobierno ya depende de las libertades y capacidades de los gobernados ejercidas al interior de una economía (1999, pp. 173-174).

Así, sin existir una relación necesaria entre liberalismo, Estado de derecho y democra-

² A fin de poder abordar la noción de un dispositivo democrático que funciona no solo en el plano local-nacional, sino en el global, es preciso globalizar también el modo específico de relaciones de poder en el que este se inserta. Por falta de espacio, el artículo no se detiene en la argumentación de esta acción. Ver Dillon y Reid (2009), Odysseos (2010), Cuadro (2013).

cia, la concepción brindada por Foucault del Gobierno liberal permite ir más allá de lo formulado por el filósofo francés y concluir que tanto el Estado de derecho como la democracia liberal pueden formar parte de esta racionalidad de Gobierno.

Si se discurrió en torno al modo que adopta el intervencionismo en el liberalismo —planteándose la existencia de un intervencionismo jurídico— y a las posibles relaciones entre liberalismo y democracia, esto se debe a que el presente texto se basa en la sospecha de que el dispositivo democrático global funciona a través de intervenciones internacionales.

Si existe un Gobierno liberal mundial en el marco del cual puede darse cuenta de un sistema democrático ya no solo restringido a fronteras nacionales, sino constituido por y constituyente de una espacialidad global, se hace necesaria la existencia de un sujeto democrático global que lo efectúe. ¿Cómo se construye este sujeto? ¿Cómo se lo buscó construir en el contexto particular de los levantamientos árabes y en el más específico del conflicto libio?

SUBJETIVIDAD, DISPOSITIVO Y DISCURSO

Siguiendo a los pensadores posestructuralistas, este texto se aleja de las concepciones que comprenden al sujeto como origen y, en cambio, lo concibe como producto³. Su preocupación teórica central gira en torno a la pregunta sobre cómo se construye el sujeto

democrático global. El sujeto es efecto de una construcción que se da en la articulación entre saber y poder, de allí la centralidad del discurso en su constitución.

El concepto de discurso tiene una doble importancia para el artículo: epistemológica y metodológica. El aspecto epistemológico es fundamental para el concepto de subjetivación, puesto que esta última es en parte llevada a cabo por el discurso que, por tanto, cumple una función productiva. En este sentido, el lenguaje no se considera una herramienta para (des)cubrir verdades que estarían en los hechos objetivos, sino que se considera que la propia realidad social está hecha de lenguaje. Por esto, el discurso es entendido como constitutivo de la realidad y no como mero reflejo de esta. Tal afirmación separa a esta epistemología de aquellas que, atrapadas en el debate materialismo/idealismo, conciben al discurso como exento de materialidad. De este modo, el discurso hace más que utilizar signos para indicar cosas: construye verdad y, por tanto, realidad. Esto no significa que todos los discursos tengan la misma capacidad de generar efectos: la participación en la economía discursiva se da en el marco de relaciones sociales de poder (de allí las unidades de análisis seleccionadas). Por tanto, la afirmación de que las prácticas discursivas constituyen la realidad no implica adoptar una posición idealista en la que el lenguaje puede por sí solo transformarla.

³ Lo mismo vale para aquel que es considerado como el actor principal de las relaciones internacionales: el Estado. En este sentido, el texto se aleja de las concepciones materialistas e individualistas tanto realistas como críticas.

Por otra parte, el discurso no se concibe como el resultado de la intención de un individuo o grupo de ellos, sino como supraindividual. En este sentido es que puede afirmarse que no solo antecede al sujeto, sino que también lo constituye. Esto no implica concebir a un sujeto pasivo: el sujeto es la mediación necesaria entre práctica discursiva y práctica no discursiva, es aquel que transporta sentido y, con este, determinadas relaciones de poder (Jäger, 2003). Por tanto, si bien el sujeto no es concebido como “fuente de sentido” (Laclau y Mouffe, 2004, p. 164), sí lo es como portador y producto de este.

Como se aprecia, esta concepción del discurso como constituyente de realidad, como práctica social, hace hincapié en sus facultades productivas más que en aquellas de deformación/ocultamiento. En efecto, entender al discurso como un simple instrumento de justificación/legitimación puede llevar a hacer énfasis en su carácter negativo y aquí, por el contrario, se busca poner en evidencia el carácter positivo de las prácticas discursivas en lo que respecta a la constitución de sus sujetos y de sus objetos. Y esto es efectuado a través de la construcción de significados. En ella, el significante se convierte en el elemento estable, variando los significados que se le adosan (Laclau, 2004). Esta concepción se basa en el supuesto del desligamiento entre significado y significante y, por tanto, en la idea de que es imposible fijar significados últimos, lo que no invalida la necesidad de fijaciones parciales. De hecho, la lucha política pasa principalmente por la fijación parcial de determinados significados a determinados significantes. Laclau y Mouffe (2004) llaman a estas fijaciones parcia-

les, puntos nodales. Una de las funciones más importantes de estos radica en naturalizar los significados, lo que engendra supuestos que luego no son puestos en duda.

La relación entre significante y significado es de capital importancia para abordar la cuestión de la democracia en la política internacional. En efecto, el concepto de democracia que, como se sostuvo, ocupa un lugar central en la política internacional contemporánea, puede albergar distintos significados. Tal como postula Ido Oren (1995) este significante ha cambiado de significado a lo largo del tiempo. En este sentido, el artículo se centra en un determinado tipo de democracia: la democracia liberal. Siguiendo a distintos autores que han reflexionado en torno a la misma (además de Oren, 1995; MacPherson, 1977; Mouffe, 2000; Ralph, 2000; Smith, 2000, entre otros), la democracia liberal es definida a través de la articulación de tres elementos: elecciones periódicas, neoliberalismo económico e individuo-ciudadano como sujeto democrático. Es de la constitución de este último a través del dispositivo democrático global en el marco de la intervención en Libia en 2011 de lo que el texto se ocupará en el próximo apartado.

EL DISPOSITIVO DEMOCRÁTICO GLOBAL EN FUNCIONAMIENTO: EL CASO DE LA INTERVENCIÓN EN LIBIA 2011

La construcción del concepto de dispositivo democrático posibilita pensar la democracia no restringida a una forma de gobierno, sino como resultado de una singular y, por tanto, histórica articulación de relaciones de poder, modos de saber y formas de subjetividad. A

su vez, permite reflexionar en torno al más amplio concepto de Gobierno liberal mundial como forma específica de ejercicio de poder. Así, el texto busca escaparse de la idea de un objeto ya constituido, concentrándose en los modos en los que este se constituye.

Si el dispositivo es una red de relaciones entre elementos heterogéneos, ¿qué elementos del campo de la política mundial pueden ser identificados como parte de lo que aquí se denomina dispositivo democrático global? ¿Qué conceptos científicos, instituciones, normas jurídicas y prescripciones éticas funcionan desde sus respectivas especificidades y confluyen en la constitución de un sujeto democrático global? El texto subraya tres elementos que, sin pretender exhaustividad, buscan ser el puntapié inicial para la identificación de muchos otros. Estos son: la responsabilidad de proteger (RDP), la tesis de la paz democrática (TPD), y el uso particular e insistente del significante libertad. Estos elementos y sus vinculaciones con la democracia serán rastreados en una práctica política específica: la intervención en Libia en el año 2011.

Con este fin se han leído y analizado los discursos emitidos por la Secretaría General de la ONU y aquellos emitidos desde la Secretaría General de la OTAN. Ambos organismos desempeñaron roles centrales en la intervención bajo análisis. El entonces Secretario General de la ONU, Ban Ki-Moon, bregó activamente por que el Consejo de Seguridad de dicha organización aprobara la Resolución 1973 que puso en acto la RDP por primera vez en la historia. Por su parte, la OTAN fue la encargada de llevar a cabo el mandato de la mencionada

resolución y, basada en dicha norma, alentó y posibilitó la política del cambio de régimen deshaciéndose del entonces presidente libio, Muammar Gaddafi. El periodo bajo análisis es el que comienza con la irrupción del levantamiento el 17 de febrero de 2011 y culmina con la elección para el Congreso General de la Nación el 7 de julio de 2012.

En dichos discursos se rastreó: 1) cómo fueron descritos los levantamientos árabes en general y el levantamiento libio en particular: cómo se los denominó, qué significantes primaron en los discursos que los contenían, con qué acontecimientos históricos se establecieron paralelismos; 2) cómo fueron descritos quienes fueron presentados como protagonistas de dichos levantamientos, cuáles de sus reivindicaciones fueron destacadas, si fueron contruidos en desempeño de roles activos o pasivos y en qué casos; 3) qué vínculos se establecieron entre la RDP puesta en práctica en Libia y la democracia; 4) cómo se definió esta última: qué adjetivos se utilizaron para referirse a ella, qué significantes aparecieron como sinónimos; 5) cómo y en qué contextos enunciativos apareció la TPD; 6) qué lugar ocupó el significante libertad en los discursos analizados y cómo fue definido.

Si bien se han escrito innumerables textos sobre los levantamientos árabes en general y sobre el caso libio en particular (ver, entre otros, Bellamy y Williams, 2011; Hilsum, 2012; Kuperman, 2013), e incluso se han realizado análisis del discurso que acompañó la intervención (Cuadro, 2012), la perspectiva aquí adoptada es del todo novedosa.

LOS LEVANTAMIENTOS EN CLAVE DEMOCRÁTICA

Antes de entrar de lleno en el análisis de la intervención en Libia, es preciso situarla en su contexto. Aunque con las particularidades del caso, los levantamientos populares en este país norafricano deben ser colocados en el marco de las revueltas y revoluciones por las que en ese momento atravesaban otros países árabes. Para el 17 de febrero del año 2011, día en el que comenzaron las protestas organizadas en contra del gobierno de Muammar Gaddafi, movimientos populares en Túnez y en Egipto habían derrocado a Gobiernos que llevaban décadas en el poder.

Esta seguidilla de levantamientos en los países árabes fue denominada mediáticamente como Primavera Árabe. De esta forma, se imponía una lectura que hacía de ellos revoluciones democráticas. En efecto, el nombre implicaba un guiño histórico a la Primavera de los Pueblos de 1848, que puso fin a las monarquías y estableció gobiernos liberales en Europa, y a la Primavera de Praga como momento de liberalización política en la ex-Checoslovaquia. De acuerdo con medios de comunicación de todo el mundo, éramos testigos del “1989 árabe” (Misik, 2011).

Es así como los más optimistas vieron allí el avance de la democracia (liberal) como una necesidad histórica que, partiendo de Estados Unidos, habría vencido primero a los totalitarismos europeos y japonés, más tarde a las dictaduras en América Latina, luego a los autoritarismos soviéticos de Europa central y oriental y, finalmente, habría hecho pie en el mundo árabe, demostrando, de esta manera, la falacia de la tesis huntingtoniana de que

los musulmanes son incapaces de organizarse bajo un sistema de gobierno democrático. Esta lectura, compartida por intelectuales de las más diversas tendencias políticas, daba razón a Slavoj Žižek cuando afirmaba que todos hemos devenido fukuyamistas. En efecto, la democracia liberal no solo se presenta como el mejor modelo sociopolítico, sino como el único legítimo. Las revoluciones, por tanto, solo pueden ser revoluciones *à la americana*, es decir, revoluciones pacíficas que lo instauran. Los discursos analizados en este artículo participaron de la construcción de los levantamientos árabes en este sentido.

La Secretaría General de la ONU llamó a esta serie de levantamientos “Despertar árabe” (Ban, 29 de marzo de 2012). Por su parte, la OTAN prefirió utilizar la denominación mediática y hablar de Primavera Árabe (Rasmussen, 1 de junio de 2011). Ambas organizaciones vieron allí “levantamientos democráticos” (Lungescu, 3 de mayo de 2011) mediante los cuales los pueblos árabes estaban reaccionando a un “déficit democrático” (Ban, 22 de febrero de 2011). Por esta razón, los levantamientos fueron leídos como expresiones de “aspiraciones legítimas de libertad y derechos humanos esenciales” (Ban, 22 de febrero de 2011), “un llamado vigoroso al cambio democrático en Medio Oriente y África del Norte” (Ban, 20 de septiembre de 2011).

Los levantamientos significaban la llegada de la democracia al mundo árabe. Así, Ban Ki-moon planteaba: “Por décadas los pueblos del mundo árabe han visto tiranías ser derribadas y emerger democracias en Europa, Asia y África. Ahora ven que es su momento” (Ban, 29 de marzo de 2012). De este modo, los árabes

rechazaban a “aquellos [...] que afirmaban que esta parte del mundo no está lista para la democracia” (Ban, 15 de enero de 2012). Ahora bien, a pesar de que muchas regiones del mundo habían pasado por procesos similares, el que representaba mejor los acontecimientos en los países árabes era aquel que finalizó con la caída del comunismo: Europa central y del este eran los paradigmas. “Hemos visto una nueva ola de libertad expandiéndose a lo largo del Medio Oriente y África del Norte. De Túnez a El Cairo hasta Benghazi, la gente tiró abajo el muro del miedo, tal y como otra valiente generación tiró abajo el Muro de Berlín” (Rasmussen, 1 de junio de 2011).

De esta manera, la democracia era concebida como una necesidad histórica basada en “libertades fundamentales que son el derecho de nacimiento de cada hombre, mujer y niño de este planeta” (Ban, 15 de enero de 2012). Lo que animaba a los pueblos árabes a desear la democracia era el “deseo de libertad” que “habita en cada ser humano, sin importar si viven en Europa central y del este, África del Norte o Medio Oriente” (Rasmussen, 10 de marzo de 2011). Esta concepción de la democracia como un deseo natural también explica que los levantamientos hayan sido leídos como “espontáneos” (Ban, 15 de enero de 2012) y “locales” (Ban, 15 de enero de 2012), es decir, no influenciados por intervención externa alguna.

Los acontecimientos en Libia, que comenzaron en febrero de 2011, fueron leídos y escritos del mismo modo. Los levantamientos eran producto de “aspiraciones legítimas del pueblo libio de libertad, democracia, respeto por los derechos humanos, dignidad y justicia”

(Ban, 25 de mayo de 2011). En efecto, “en el centro de los reclamos vociferados por el pueblo libio” se encontraban “la democracia, los derechos humanos y la justicia social” (Ban, 9 de junio de 2011).

SUJETO DE DESEOS/OBJETO DE PROTECCIÓN

En este sentido, se construyó un sujeto activo y deseante, capaz de autogobernarse y tomar “su futuro en sus propias manos” (Ban, 26 de febrero de 2011). Además de existir un deseo natural por la democracia, también existía un deseo histórico basado en que “la libertad y la democracia traen prosperidad, [...] nuevas oportunidades para la gente. Lo han visto con sus propios ojos en países que florecen gracias a la libertad y a la democracia” (Rasmussen, 7 de diciembre de 2011). Por esta razón, el Secretario General de la OTAN afirmó en diciembre de 2011, una vez que Gaddafi fue derrocado y asesinado, que “el único camino a seguir es dar cabida a esas legítimas aspiraciones de los pueblos de la región” (Rasmussen, 7 de diciembre de 2011). Como se verá, la construcción de este sujeto derivó en la posibilidad de que la RDP se efectuara como responsabilidad de democratizar (Beham y Janik, 2016), estableciendo un vínculo entre RDP y democratización.

Pero el pueblo libio no fue construido únicamente como sujeto deseoso de gobernarse a sí mismo, sino también como objeto de violencia y, por tanto, de protección. En efecto, de acuerdo con los discursos analizados, a diferencia de otros Gobiernos, el libio había respondido con violencia a estas demandas, amenazando con cometer crímenes contra la

humanidad. El pueblo libio apareció entonces como objeto del “indiscriminado uso de la violencia” (Rasmussen, 21 de febrero de 2011) por parte de un Gobierno que reprimía a “civiles desarmados” (Rasmussen, 21 de febrero de 2011) y, por tanto, como objeto de protección. Es interesante traer a cuento aquí el análisis de David Campbell (1998) quien afirma que la noción de protección –que, como se verá, en el caso de la intervención en Libia fue rebasada– funciona en tanto se presenta desde el humanitarismo, es decir como neutral y apolítica.

RESPONSABILIDAD DE PROTEGER Y RESPONSABILIDAD DE DEMOCRATIZAR

En este contexto, desde la Secretaría General de la ONU se expresó que “la primera obligación de la comunidad internacional es hacer todo lo posible para asegurar la protección inmediata de civiles bajo riesgo demostrable” (Ban, 25 de febrero de 2011). De esta manera, la responsabilidad de proteger (RDP) entró en escena y, con un fuerte respaldo por parte de la Liga de Estados Árabes, logró convertirse en resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Sin embargo, la operación militar autorizada por la resolución 1973 con el único objetivo de proteger a la población, pronto perdió su neutralidad, al plantearse que, para resolver la situación, debía ir acompañada por una “solución política” (Ban, 29 de marzo de 2011). Esta solución política tendría lugar al momento de la reconstrucción de Libia, luego de que el conflicto militar hubiera terminado. Esta suponía la organización de Libia de

acuerdo a lo que había sido definido como deseo de los libios: la vida en democracia.

La reconstrucción a través de la instauración de la democracia se despojaba, así, del ropaje de neutralidad de la RDP y se erguía en afirmación. No obstante, la neutralidad y la apoliticidad de dicho establecimiento volvían a ponerse a disposición cuando la construcción de la democracia era descrita como una serie de reconfiguraciones institucionales, cuyos ejes centrales eran: “el diálogo político, la construcción de instituciones, la asistencia electoral, el esbozo de una constitución, la reforma del sector de la seguridad, el desarrollo económico y la creación de empleos” (Ban, 26 de febrero de 2011). De esta forma, la democracia era presentada como una serie de técnicas institucionales específicas, y despojada de su carácter particular e histórico y, por tanto, político. Esta específica “solución política”, postulada como única posible, fue colocada en el marco de la Resolución 1973: “El objetivo es implementar los elementos básicos de la Resolución 1973: acceso humanitario irrestricto, un cese al fuego verificable y reformas políticas necesarias para encontrar una solución pacífica y sustentable” (Ban, 25 de mayo de 2011).

Si la vinculación entre RDP y democracia fue entonces posible, lo que permite poner esta noción al interior del más amplio dispositivo democrático global, fue debido a la relación discursiva que se estableció entre derechos humanos y democracia. Louiza Odysseos (2010), quien se ha dedicado a pensar la dimensión de la subjetividad en la política global, postuló la existencia de un sujeto de derechos humanos (*homo juridicus*) como sujeto necesario para

el Gobierno liberal mundial. Este artículo plantea que más que de derechos humanos, se trata de un sujeto democrático en tanto sujeto (auto)gobernable. Sin embargo, el sujeto democrático, efecto del dispositivo democrático global, es también producto de intervenciones y, en este sentido, pasa por ser un sujeto de derechos humanos.

El documento elaborado por la Comisión sobre la Intervención y la Soberanía Estatal que, aprobado con ciertas modificaciones por la Asamblea General de las Naciones Unidas, estableció los lineamientos de la RDP, postula tres responsabilidades: 1) la responsabilidad de prevenir, atacando las causas del riesgo de las poblaciones; 2) la responsabilidad de reaccionar, respondiendo a las situaciones en cuestión con “medidas apropiadas, que pueden incluir medidas coercitivas [...] y, en casos extremos, la intervención militar” (Comisión sobre la Intervención y la Soberanía Estatal, 2001); 3) la responsabilidad de reconstruir, actuando sobre las causas que generaron la desprotección de la población.

Como es notorio, la primera y la última responsabilidad se encuentran vinculadas. La prevención, elemento temporal fundamental tanto de la RDP como del Gobierno liberal mundial, busca evitar que las poblaciones estén en riesgo. De acuerdo con el mencionado documento, las causas de este riesgo responden a problemas estructurales identificados en el informe del año 2001 del Secretario General de las Naciones Unidas titulado *Prevención de los conflictos armados*. Este último informe es “respaldado completamente” (Comisión sobre la Intervención y la Soberanía Estatal, 2001) por el documento bajo análisis. El mismo

señala la existencia de dos tipos de causas de conflicto: las socioeconómicas y las políticas. Respecto de estas últimas, “la promoción de los derechos humanos, la buena gobernanza, el Estado de derecho y la democratización” son consideradas como “las áreas más importantes para la acción preventiva” (Secretaría General de las Naciones Unidas, 2001).

Dicho documento también diferencia las causas “de raíz” de las causas directas de un conflicto. Entre las primeras, consideradas de importancia fundamental por la Comisión, se reconocen algunas de índole política, particularmente vinculadas con

...necesidades y deficiencias [...] en la institucionalidad democrática y en la construcción de capacidades; en la distribución del poder constitucional, en la alternancia de poder y arreglos de redistribución; [...] en el apoyo a la libertad de prensa y al gobierno de la ley; en la promoción de la sociedad civil (Comisión sobre la Intervención y la Soberanía Estatal, 2001, p. 24).

Pero la RDP no se quedó en ese primer documento, sino que ha sido construida a lo largo de los años, y modificada y complementada por otros textos y otras prácticas. Así, el vínculo entre democracia y RDP continuó desarrollándose paulatinamente. Es en la dimensión temporal, en la cual la idea de prevención tiene un lugar fundamental, donde pueden ubicarse los más estrechos lazos entre ambas, sobre todo por los vínculos que se supone tiene la primera con los derechos humanos: “el desarrollo o fortalecimiento de instituciones nacionales, incluyendo cuerpos legislativos, que establezcan los fundamentos de una buena

gobernanza basada en el Estado de derecho, en valores y principios democráticos y en la responsabilidad contribuye a la construcción de sociedades que son resistentes a los crímenes de atrocidad” (Ban, 2013).

La otra responsabilidad que se encuentra directamente relacionada con la de prevenir es la de reconstruir, la cual le sigue lógica y prácticamente a la responsabilidad de reaccionar. Según asevera el documento de la Comisión, la reconstrucción debe hacerse con la vista puesta en las causas que generaron en primer lugar la intervención y con el fin de lograr la prevención de futuras violaciones masivas de derechos humanos. De esta manera, si bien no postula la necesidad de la democratización como base de la reconstrucción luego de la intervención, las relaciones entre prevención, democracia y RDP desarrolladas anteriormente pueden dar una primera pista del lugar de la democracia liberal en la responsabilidad de reconstrucción.

Es en este sentido que Beham y Janik afirman que la “RDP ha transformado el discurso [...], disfrazando una agenda democrática con expresiones humanitarias” (2016, p. 53), y concluyen que aquello a lo que se hace referencia como RDP “se desempeña en la práctica como lo que podría denominarse una ‘responsabilidad de democratizar’” (p. 53).

En efecto, este enlace entre derechos humanos y democracia permitió rebasar el objetivo de la protección y plantear la necesidad de un cambio de régimen a través del cual se instaurara una democracia: “Desde el inicio de la crisis, he llamado al liderazgo libio a que escuche y acate nuestro fuerte llamado colectivo: la finalización de la violencia

y el respeto a los derechos humanos y a las legítimas aspiraciones del pueblo libio. La transición a un nuevo sistema democrático debería comenzar ahora” (Ban, 1 de marzo de 2011). En este sentido leyeron la situación los mandatarios de los tres países que estuvieron al frente de la intervención de la OTAN: David Cameron, Barack Obama y Nicolas Sarkozy (Cameron, Obama y Sarkozy, 2011). Luego de la publicación de la carta mediante la cual plantearon su postura, la Secretaría General de la alianza transatlántica la refrendó: “La OTAN está absolutamente decidida a continuar su operación mientras exista una amenaza contra civiles libios. Y es imposible imaginar que esa amenaza desaparezca con Gaddafi en el poder” (Lungescu, 3 de mayo de 2011). En síntesis: “Es difícil imaginar que una transición genuina en Libia pueda tener lugar mientras los responsables por ataques masivos y sistemáticos contra la población civil permanezcan en el poder” (Lungescu, 17 de mayo de 2011).

De esta manera se inauguraba el momento de la reconstrucción. Ya que se había tratado de un levantamiento democrático en el que los libios habían expresado legítimas aspiraciones basadas en su derecho de nacimiento a la libertad, el esfuerzo debía estar dirigido a “construir instituciones democráticas fuertes” (Ban, 5 de mayo de 2011). Si bien este último debía ser liderado por los propios libios que, de esa manera, tomaban su futuro en sus manos autogobernándose, los organismos internacionales estaban dispuestos a ayudarlos con su experiencia.

En este marco, la OTAN se propuso poner en práctica su rol de socializadora internacional que adoptó luego del fin de la Guerra Fría

a través de una política de intervención activa de establecimiento de instituciones y valores liberales (Gheciu, 2005). De acuerdo con Alexandra Gheciu, “La OTAN ha llevado a cabo prácticas de socialización sistemáticas en un intento de promover un particular conjunto de normas liberales democráticas [...] y así extender la comunidad euroatlántica” (Gheciu, 2005: 77). Esta fue también su intención en el caso libio, basada en el establecimiento de paralelismos entre los levantamientos árabes y las revoluciones liberales de 1989:

...Una nueva Libia necesita fuerzas de seguridad modernas, democráticas, que no ataquen a la gente, sino que la protejan [...] Hace 20 años un nuevo futuro emergió en Europa central y del este luego del fin de la Guerra Fría. La OTAN estableció el Consejo de Cooperación Noratlántico para proveer a esa región con apoyo político y práctico vital. Ahora un nuevo futuro está emergiendo en el Norte de África y en Medio Oriente. Estamos preparados para implicarnos con socios al interior y más allá de nuestros marcos de sociedad existentes (Rasmussen, 1 de junio de 2011).

Es interesante notar que el modo particular que buscaba adoptar esta específica intervención por parte de la OTAN era indirecto y estaba sostenido sobre la concepción de los libios como sujetos deseantes de vivir en democracia: “Queremos posibilitar, no imponer. Queremos ayudar a construir capacidad local, no dependencia internacional” (Rasmussen, 10 de marzo de 2011). Así, un día después del asesinato de Gaddafi, la OTAN consideró: “creamos las condiciones para que el pueblo de

Libia determine su propio futuro” (Rasmussen, 21 de octubre de 2011).

LA TESIS DE LA PAZ DEMOCRÁTICA

El discurso humanitario que subyació a la política de instauración de un nuevo sistema democrático en Libia estuvo acompañado por la referencia a la tesis de la paz democrática (TPD). Los levantamientos árabes fueron concebidos como “el comienzo de una nueva era de libertad que puede generar paz, prosperidad y progreso” (Rasmussen, 10 de marzo de 2011). En este marco, se insistió en el paralelismo con las revoluciones liberales anticomunistas: “hace solo 20 años muchos países de Europa central y oriental enfrentaron agitaciones y desafíos similares. Ahora son democracias estables, fuertes aliados sentados a esta mesa” (Rasmussen, 10 de marzo de 2011). El ejemplo de Europa demostraba que “la seguridad a largo plazo y la estabilidad no pueden ser producto de dictadura y despotismo: solo pueden ser alcanzadas a través de la libertad, la democracia y el respeto por los derechos humanos” (Rasmussen, 17 de marzo de 2011).

Ya que se definía a sí misma como una alianza cimentada por valores, la política de la OTAN estaba basada en una concepción del poder que podía y debía ir acompañado por principios, combinando realismo y liberalismo. Entre ellos se destacaba el de la libertad que “junto a la democracia, a los derechos humanos, y al gobierno de la ley [...] descansa en el corazón de nuestros principios [...] y nos hace lo que somos” (Rasmussen, 27 de octubre de 2011). De esta manera, la

democracia era construida como un valor, y contribuía a su ahistorización.

DEMOCRACIA Y LIBERTAD

Esta última también fue posible gracias a su homologación con el significante libertad. En los discursos analizados la confusión entre democracia y libertad está a la vista, ambos significantes aparecen constantemente como sinónimos. De esta manera, la democracia era desplazada del campo de lo político y puesta en el campo de lo ético. Convertida en un valor y ahistorizada, era también universalizada: “la libertad no es solo un valor occidental: es un valor universal. No es un lujo para unos pocos, debería ser compartida por muchos. Y no debe ser temida: es la mejor garantía de la paz a largo plazo” (Rasmussen, 1 de junio de 2011). La TPD devenía, así, en una tesis de la paz basada en la libertad. De este modo, se podía establecer una nueva interpretación de la Carta de las Naciones Unidas: “La Carta de las Naciones Unidas es muy clara: es nuestra obligación colectiva defender los derechos humanos, el progreso social y mejores estándares de vida en mayor libertad” (Ban, 1 de marzo de 2011).

CONCLUSIÓN

El artículo se presentó con una doble intención: teórica y empírica. En el plano teórico se buscó realizar un aporte a los estudios internacionales. Así, se hizo hincapié en la importancia de la dimensión de la subjetividad en el análisis de la política internacional. Particularmente, el texto indagó acerca de los

modos de constitución de lo que se denominó como sujeto democrático global, entendido como sujeto (auto)gobernable, predicado del Gobierno liberal mundial.

Con este fin, la noción de dispositivo democrático global demostró su potencial metodológico. Este fue definido como un mecanismo que hace efectivas determinadas relaciones de poder actualizadas a través de modos de saber e instanciadas en la producción de subjetividades. Ubicado en el marco del Gobierno liberal mundial, el artículo identificó tres elementos articulados por el dispositivo democrático global en la intervención en Libia en el año 2011: la RDP, la TPD y el significante libertad. La articulación permitió que estos tres elementos funcionaran en conjunto y contribuyeran a la producción de un sujeto democrático global que apareció como condición de posibilidad y efecto de la intervención para la instauración de la democracia en Libia. Vale aclarar que el hecho de que esta última no haya resultado exitosa a mediano plazo no anula el efecto, puesto que este no se restringe a la población-objeto de la intervención, sino que tiene lugar a nivel global. Así como puede pensarse la democracia en el plano mundial, sorteando la cesura adentro/afuera que inaugura las relaciones internacionales (Walker, 1993), no debe pensarse que el discurso que acompaña el ejercicio de la violencia en el plano internacional queda restringido a quienes son blanco de dicha violencia, sino que nos atraviesa y constituye a todos como espectadores de la misma (Jabri, 2010).

La intervención en Libia tuvo lugar en el marco de los levantamientos árabes que

comenzaron en el año 2010. Los discursos analizados construyeron a estos últimos como revoluciones democráticas llevadas a cabo por sujetos deseantes y activos, portadores de demandas y aspiraciones “legítimas”. Como se postuló, el discurso que construyó el levantamiento en Libia participó de la misma construcción enunciativa. Sin embargo, en este último caso en particular, la población libia también fue objeto de represión por parte del Gobierno. Esto posibilitó la activación de la RDP.

El texto estableció vinculaciones entre este elemento normativo y la democracia a través de subrayar los vínculos entre la responsabilidad de prevenir y la responsabilidad de reconstruir con la democracia. De esta manera se explicó que la OTAN haya rebasado el objetivo de protección dictado por la Resolución 1973 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, y que haya tomado una posición política y afirmativa postulando la necesidad de un cambio de régimen para cumplir con dicho mandato.

Que el cambio de régimen haya supuesto la instauración de un sistema democrático encontró su fundamento en la específica interpretación de los levantamientos y en la peculiar relación establecida entre derechos humanos y democracia. Así, el establecimiento de esta última respondió a una política basada en principios. No obstante, los intereses también desempeñaron un rol, ya que se postuló que la instauración de la democracia sería en beneficio de la pacificación del mundo. Para argumentar a favor de esto último, la TPD fue puesta a jugar junto con el paralelismo de los levantamientos árabes con las revoluciones

que pusieron fin a los gobiernos comunistas en las exrepúblicas soviéticas.

Por último, la democracia fue víctima de una particular significación. Además de describirla como un conjunto de técnicas despojadas de carácter político y no como un modo de Gobierno que supone específicas relaciones sociales y formas de subjetivación, la democracia fue concebida como un valor. De esta manera, se quitó del campo de la política y se ubicó en el de la ética. Este movimiento fue reforzado a través del establecimiento de una sinonimia entre democracia y libertad.

El texto buscó aportar así a una lectura crítica de los levantamientos árabes en general y de la aplicación de la RDP en Libia en particular. Para esto, el análisis del discurso ocupó un lugar central, corriéndose de aquellas lecturas críticas que solo cuestionan el uso del significante democracia planteando que detrás del mismo se ocultan intereses materiales. En cambio, el artículo indagó en las condiciones de posibilidad y en los efectos de dicha utilización realizando una crítica integral al Gobierno liberal mundial y al lugar que ocupa la democracia en el mismo a través del análisis del funcionamiento en la práctica intervencionista del dispositivo democrático global y su concomitante producción de subjetividades democráticas a nivel mundial.

REFERENCIAS

- Ban, Ki-moon (2013). *Responsibility to protect: State Responsibility and Prevention*. New York: Naciones Unidas.
- Beham, M., y Janik, R. (2016). A ‘Responsibility to Democratise’? The ‘Responsibility to Protect’

- in Light of Regime Change and the 'Pro-Democratic' Intervention Discourse. En R. Barnes y V. Tzevelekos, *Beyond Responsibility to Protect: Generating Change in International Law* (pp. 53-70). Cambridge: Intersentia.
- Bellamy, A. y Williams, P. D. (2011). The New Politics of Protection? Côte d'Ivoire, Libya and the Responsibility to Protect. *International Affairs*, 87 (4), 825-850.
- Cameron, D., Obama, B. y Sarkozy, N. (14 de abril de 2011). Libya's Pathway to Peace. *New York Times*.
- Campbell, D. (1998). Why Fight?: Humanitarianism, Principles and Post-Structuralism. *Millenium: Journal of International Studies*, 27 (3), 497-521.
- Castro-Gómez, S. (2010). *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Comisión sobre la Intervención y la Soberanía Estatal (2001). *La responsabilidad de proteger*. Ottawa: ICISS.
- Cortez, D. y Orozco, G. (2017). Gubernamentalidad, biopolítica y dispositivos en relaciones internacionales. *Eidos* (26), 210-237.
- Cuadro, M. (2012). Estados Unidos, la política de cambio de régimen y el recurso a la universalidad. *Confines de relaciones internacionales y de ciencia política*, 8 (16), 111-134.
- Cuadro, M. (2013). *Matar para mejorar la vida. Racismo religioso o la constitución del sujeto exterminable durante la Guerra Global contra el Terror*. Tesis doctoral, La Plata, Argentina.
- Dean, M. (1999). Normalising democracy: Foucault and Habermas on democracy, liberalism, and law. En S. a. Ashenden, *Foucault contra Habermas. Recasting the Dialogue between Genealogy and Critical Theory* (pp. 166-194). London: Sage Publications.
- Dillon, M. y Reid, J. (2009). *The Liberal Way of War. Killing to Make Life Live*. New York: Routledge.
- Foucault, M. (1988). El sujeto y el poder. *Revista Mexicana de Sociología*, 50 (3), 3-20.
- Foucault, M. (2002). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo xxi.
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2004). *Sécurité, territoire, population*. Paris: Gallimard.
- Gheciu, A. (2005). *NATO in the 'New Europe'. The Politics of International Socialization after the Cold War*. California: Stanford University Press.
- Hilsum, L. (2012). *Sandstorm: Libya in the Time of Revolution*. New York: The Penguin Press.
- Jabri, V. (2010). *War and the Transformation of Global Politics*. New York: Palgrave Macmillan.
- Jäger, S. (2003). Discurso y conocimiento: aspectos teóricos y metodológicos de la crítica del discurso y del análisis de dispositivos. En R. Wodak y M. Meyer. *Métodos de análisis crítico del discurso* (pp. 61-99). Barcelona: Gedisa.
- Kuperman, A. (2013). A Model Humanitarian Intervention? Reassessing NATO's Libya Campaign. *International Security*, 38 (1), 105-136.
- Laclau, E. (2004). Discurso. *Revista Estudios de Filosofía, Historia, Letras* (68), 7-18.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (2004). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- MacPherson, C. (1977). *The Life and Times of Liberal Democracy*. New York: Oxford University Press.
- Martínez Posada, J. E. (2013). El dispositivo: una grilla de análisis en la visibilización de las subjetividades. *Tabula Rasa* (19), 79-99.
- Misik, R. (4 de febrero de 2011). Los árabes también aman la libertad. *Der Standard*. Recuperado de <http://www.voxeurop.eu/es/content/>

- article/491261-los-arabes-tambien-aman-la-libertad.
- Mouffe, C. (2000). *The Democratic Paradox*. London: Verso.
- Odyseos, L. (2010). Human rights, liberal ontogenesis and freedom: Producing a subject for neoliberalism? *Millenium Journal of International Studies*, 38 (3), 747-772.
- Oren, I. (1995). The Subjectivity of the 'democratic' peace: Changing U.S. perceptions of Imperial Germany. *International Security*, 20 (2), 147-184.
- Ralph, J. (2000). High stakes and low-intensity democracy: Understanding America's policy of promoting democracy. En M. Cox, J. Ikenberry y T. Inoguchi, *American Democracy Promotion. Impulses, Strategies, and Impacts* (pp. 200-217). New York: Oxford University Press.
- Reid, J. (2011). The vulnerable subject of liberal war. *The South Atlantic Quarterly*, 1 (110), 770-779.
- Rose, N. (2004). *Powers of Freedom. Reframing Political Thought*. New York: Cambridge University Press.
- Secretaría General de las Naciones Unidas (2001). *Prevención de conflictos armados*. Nueva York: Naciones Unidas.
- Smith, S. (2000). us Democracy promotion: Critical questions. En M. Cox, J. Ikenberry y T. Inoguchi. *American Democracy Promotion. Impulses, Strategies, and Impacts* (pp. 63-82). New York: Oxford University Press.
- Walker, R. (1993). *Inside/Outside: International Relations as Political Theory*. New York: Cambridge University Press.
- Ban, Ki-moon (25 de febrero de 2011). *Naciones Unidas*. Recuperado de <https://www.un.org/sg/en/content/sg/statement/2011-02-22/secretary-generals-remarks-global-creative-forum-dinner-prepared>
- Ban, Ki-moon (25 de febrero de 2011). *Naciones Unidas*. Recuperado de <https://www.un.org/sg/en/content/sg/statement/2011-02-25/secretary-generals-remarks-security-council-meeting-peace-and>
- Ban, Ki-moon (26 de febrero de 2011). *Naciones Unidas*. Recuperado de <https://www.un.org/sg/en/content/sg/statement/2011-02-26/secretary-generals-remarks-security-council-libya-scroll-down-arabic>
- Ban, Ki-moon (1 de marzo de 2011). *Naciones Unidas*. Recuperado de <https://www.un.org/sg/en/content/sg/statement/2011-03-01/secretary-generals-remarks-general-assembly-libya>
- Ban, Ki-moon (29 de marzo de 2011). *Naciones Unidas*. Recuperado de <https://www.un.org/sg/en/content/sg/statement/2011-03-29/secretary-generals-statement-situation-libya-and-implementation>
- Ban, Ki-moon (5 de mayo de 2011). *Naciones Unidas*. Recuperado de <https://www.un.org/sg/en/content/sg/statement/2011-05-05/secretary-generals-message-second-meeting-contact-group-libya>
- Ban, Ki-moon (25 de mayo de 2011). *Naciones Unidas*. Recuperado de <https://www.un.org/sg/en/content/sg/statement/2011-05-25/secretary-generals-remarks-extraordinary-summit-african-union-peace>
- Ban, Ki-moon (9 de junio de 2011). *Naciones Unidas*. Recuperado de <https://www.un.org/sg/en/content/sg/statement/2011-06-09/secretary-generals-message-third-meeting-contact-group-libya>
- Ban, Ki-moon (20 de septiembre de 2011). *Naciones Unidas*. Recuperado de <https://www.un.org/sg/>

DISCURSOS

- Ban, Ki-moon (22 de febrero de 2011). *Naciones Unidas*. Recuperado de <https://www.un.org/sg/en/>

- en/content/sg/statement/2011-09-20/secretary-generals-remarks-g8-meeting-deauville-partnership-prepared
- Ban, Ki-moon (15 de enero de 2012). *Naciones Unidas*. Recuperado de <https://www.un.org/sg/en/content/sg/statement/2012-01-15/secretary-generals-keynote-address-high-level-meeting-reform-and>
- Ban, Ki-moon (29 de marzo de 2012). *Naciones Unidas*. Recuperado de <https://www.un.org/sg/en/content/sg/statement/2012-03-29/secretary-generals-remarks-league-arab-states-summit>
- Lungescu, O. (3 de mayo de 2011). *North Atlantic Treaty Organization*. Recuperado de http://www.nato.int/cps/en/natolive/news_72996.htm
- Lungescu, O. (17 de mayo de 2011). *North Atlantic Treaty Organization*. Recuperado de http://www.nato.int/cps/en/natohq/news_74413.htm?selectedLocale=en
- Rasmussen, A. F. (21 de febrero de 2011). *North Atlantic Treaty Organization*. Recuperado de http://www.nato.int/cps/en/natohq/news_70731.htm
- Rasmussen, A. F. (10 de marzo de 2011). *North Atlantic Treaty Organization*. Recuperado de http://www.nato.int/cps/en/natohq/opinions_71398.htm?selectedLocale=en
- Rasmussen, A. F. (17 de marzo de 2011). *North Atlantic Treaty Organization*. Recuperado de http://www.nato.int/cps/ic/natohq/opinions_71564.htm
- Rasmussen, A. F. (1 de junio de 2011). *North Atlantic Treaty Organization*. Recuperado de http://www.nato.int/cps/nl/natohq/opinions_74993.htm?selectedLocale=en
- Rasmussen, A.F. (21 de octubre de 2011). *North Atlantic Treaty Organization*. Recuperado de http://www.nato.int/cps/en/natohq/opinions_79807.htm
- Rasmussen, A. F. (27 de octubre de 2011). *North Atlantic Treaty Organization*. Recuperado de http://www.nato.int/cps/en/natohq/opinions_79949.htm
- Rasmussen, A. F. (7 de diciembre de 2011). *North Atlantic Treaty Organization*. Recuperado de http://www.nato.int/cps/en/natohq/opinions_81848.htm?selectedLocale=en

Palestina, Israel y la geopolítica de Asia occidental

Pío García*

RESUMEN

Los esfuerzos de la comunidad internacional por darle solución al conflicto israelí-palestino siguen chocando contra las medidas de fuerza del Gobierno de Israel y su insistencia en la negociación bilateral. Aquí se argumenta que la comprensión cabal del problema amerita la revisión del juego geopolítico en Asia occidental, donde los grandes poderes configuran alianzas y desatan guerras en pro de sus intereses. Siendo allí la alianza israelí-estadounidense persistente, las gestiones de la comunidad internacional para comprometer a Estados Unidos en la salida del enfrentamiento mediante el reconocimiento multilateral del Estado palestino han de mantenerse sin vacilación, puesto que la alternativa del acuerdo bilateral con Israel no le ofrece a Palestina más que su rendición.

Palabras clave: Estado palestino, conflicto israelí-palestino, geopolítica, Asia occidental.

Palestine, Israel and the Geopolitics of Western Asia

ABSTRACT

The efforts of the international community in providing a solution to the Israeli-Palestinian conflict are still colliding with the demonstrations of force of the Government of Israel and its insistence on bilateral negotiation. Here it is argued that the understanding of the problem merits a review of the geopolitical game in Western Asia, where the major powers set up alliances and unleashed wars in their own interest. Since the United State-Israel Alliance

* Doctor en Filosofía, Universidad Pontificia Javeriana. Docente-investigador, Universidad Externado de Colombia, Colombia. [pio.garcia@uexternado.edu.co].

Recibido: 29 de junio de 2017 / Modificado: 10 de octubre de 2017 / Aceptado: 13 de octubre de 2017

Para citar este artículo:

García, P. (2018). Palestina, Israel y la geopolítica de Asia occidental. *OASIS*, 27, 149-166.

DOI: <https://doi.org/10.18601/16577558.n27.09>

remains unshakable in the region, the will of the international community to commit the United States to an end to confrontation through the multilateral recognition of the Palestinian State should be maintained without hesitation, since the alternative of a bilateral agreement with Israel does not offer more to Palestine than surrender.

Key words: Palestinian State, Israel-Palestine conflict, geopolitics, Western Asia.

INTRODUCCIÓN

Cada año, como en una ceremonia recurrente, la comunidad internacional, en su inmensa mayoría, insta al Estado de Israel a cumplir las disposiciones del máximo cuerpo político mundial. El rito en la Asamblea General de la ONU es oficiado en términos reiterados para exigir a Israel volver a sus fronteras legítimas, respetar la soberanía territorial de sus vecinos y respaldar la autonomía palestina. No obstante esta mecánica repetitiva, no se debe concluir que se trate de la puesta en escena de un libreto idéntico al modo de los actores en el teatro, porque ciertas modificaciones en la versión de los hechos, de manera especial por parte del Gobierno israelí, tratan de conmover la audiencia.

En particular, en los últimos años, a la extensión del muro físico, el Gobierno israelí añade barreras ideológicas que amparan la ocupación de territorios ajenos y previenen las críticas contra las medidas de fuerza, la subyugación del vecindario y la opresión contra sus propios ciudadanos. De este modo, en un discurso refaccionado, la cruda realidad

del sometimiento de sus ciudadanos, el sojuzgamiento del pueblo palestino y el desconocimiento de las decisiones multilaterales, se transfigura en forma creciente y como por arte de magia en la narrativa del éxito que despierta la envidia de las demás naciones: aquellas que en vez de seguir tan loable suceso más bien se confabulan para para condenar y desconocer al Estado de Israel. En ese diagnóstico, un desprovisto David recrearía la historia bíblica del enfrentamiento contra el gigante Goliat, monstruo que terminamos siendo todos aquellos que desaprobamos la injusticia y nos negamos a bendecir un orden mundial basado en la arbitrariedad y la insolencia. Dichas nuevas autoapreciaciones se enlazan con los viejos y bien conocidos argumentos, con el propósito de asegurar la continuidad de un *statu quo* que, en un tiempo indefinido en el futuro, ha de legalizar una realidad tan explosiva como oprobiosa para la población que la sufre aun dentro del Estado de Israel.

Ahora bien, para entender las apuestas israelíes, anticipar el curso de los acontecimientos y explorar la solución del conflicto con el pueblo palestino y otros países cercanos, el artículo plantea la hipótesis de que hace falta inscribir esta problemática regional en el contexto de los movimientos tectónicos de la puja entre los grandes poderes, cuyo choque en esta zona específica crea el escenario particular de una crisis irresuelta. El efecto no es otro que una situación vergonzosa y trágica. Lo primero porque los ideales de humanitarismo, respeto y coexistencia pacífica son saboteados de manera incesante, y lo segundo por el tributo inclemente de la vida humana en el altar de la muerte.

La referencia aquí al entramado político se justifica porque el conflicto, activado por la sugerencia de la ONU de crear dos Estados en 1947, se da entre actores institucionales participantes en el sistema internacional y debe mantenerse dentro de esos límites, alejado de las interferencias reales pero perversas de las justificaciones religiosas o, aún peor, étnicas.

Por tanto, es pertinente hablar del Estado de Israel, el Estado palestino y demás Estados de la región, en cuanto entidades políticas, laicas, pluriculturales y cosmopolitas, y no del Estado judío o los Estados islámicos de Palestina, Siria y demás. En consecuencia, el artículo aborda cuatro subtemas: 1) las nuevas modalidades discursivas del Gobierno israelí, 2) las nuevas facetas discursivas acopladas a una política ya conocida y cuestionada, 3) Israel como pivote geopolítico en una zona de elevada competencia estratégica, y 4) las perspectivas respecto a la competencia y la cooperación en Asia Occidental.

LAS NUEVAS MODALIDADES DISCURSIVAS DEL GOBIERNO ISRAELÍ

La presentación del primer ministro Benjamin Netanyahu ante la Asamblea General de la ONU, el 21 de septiembre de 2016 (*Times of Israel*, 2016), revela ciertos aspectos de la imagen refaccionada de su Estado, con el propósito de hacérsela digerible a una opinión pública internacional reacia a aceptar la organización entre las sociedades sobre el simple principio de la ley del más fuerte.

De entrada, el premier puso de manifiesto los logros de Israel en la agricultura, la salud, el reciclaje de las aguas usadas, el procesamiento

de información electrónica, la conectividad y el avance en inteligencia artificial, campos en que ejerce liderazgo mundial. En cuanto al recurso acuático afirmó, “Israel es una potencia global. Si tienes un mundo sediento, como en efecto lo tenemos, no hay mejor aliado que Israel”. Estas conquistas del ingenio de su país —insistió— están al servicio de toda la humanidad, en un momento histórico de grandes cambios políticos y ambientales.

Al respecto, nada más insensato sería desconocer las capacidades de una comunidad, como la judía, mayoritaria en el Estado de Israel, que porta una herencia de disciplina intelectual que ha brindado figuras eximias en todas las ramas del conocimiento y las artes, desde el rey David hasta Marx, Freud o Einstein, pasando por Maimónides o Avicvrón en plena Edad Media. Sin duda, son muchas las soluciones que el tesón de sus predecesores y la sociedad israelí de hoy día dieron y dan al bienestar de nuestros pueblos, como el hecho de hacer florecer el desierto, maximizar el uso del agua o hallar respuestas a los problemas de la comunicación o la movilidad por medio del aprovechamiento intenso de los computadores y la inteligencia artificial.

Sin embargo, es preciso hacer ciertas acotaciones a las aseveraciones del primer ministro. Por un lado, otras sociedades y culturas no fueron menos diestras e inventivas. En Asia occidental, los sumerios y babilónicos fueron tan brillantes en sus conocimientos como las civilizaciones de China, India, el sudeste asiático o los imperios americanos, con legados que aún no terminamos de entender, como por ejemplo el calendario maya o el lenguaje cifrado de las líneas en el desierto de Nazca.

Por cierto, gracias a la síntesis y renovación del conocimiento de la antigüedad por los sabios islámicos en Damasco, Bagdad, Tabriz, Isfahán, El Cairo o Córdoba, Europa encontró el terreno abonado sobre el cual sembró y cosechó la ciencia moderna, en un impulso intelectual y económico que continúa con la actual revolución tecnológica.

Como lo expresó el presidente Obama, en su conferencia en la Universidad de El Cairo, el 4 de junio de 2009:

El islam, en lugares como Al-Azhar, portó por varios siglos la luz del conocimiento y despejó la vía del Renacimiento europeo y el Iluminismo. La innovación en las comunidades musulmanas desarrolló el álgebra, la brújula magnética y las herramientas de navegación, la maestría de los lápices y la imprenta, y el estudio de la propagación de las enfermedades y su contención. En arquitectura nos legaron los arcos majestuosos y la aguja; en arte, la poesía perenne y la música preciosa, la caligrafía elegante y los espacios de contemplación pacífica.

El presidente agregó: “A lo largo de la historia, el islam demostró por medio de las palabras y los hechos que la tolerancia religiosa y la igualdad racial son posibles” (White House, 2016).

Al respecto, se conoce con suficiencia cómo el despliegue de la civilización islámica a partir del siglo VII significó una revolución intelectual de tal magnitud que pronto proliferaron los centros de investigación desde Irán hasta Mali. Destacan obras como el *Canon de la Medicina*, de Avicena, escrito en el siglo XI, que fue el texto de mayor influencia en su tiempo y marcó su impronta en los siglos siguientes hasta el siglo XIX. Entre otras cosas,

el sabio explicó la propagación de la tuberculosis a través del agua y el suelo, el influjo de las emociones en la salud y la función de los nervios en la transmisión del dolor y la contracción muscular. Agregó las fórmulas para preparar 760 fármacos diferentes y las indicaciones para realizar pruebas de nuevos compuestos. Las derivaciones de estos conocimientos enciclopédicos las recibimos los latinoamericanos a través de España, en donde por ocho siglos convivieron las comunidades árabes, judías y cristianas (Despertad, 2012).

Pero, volviendo sobre el poder económico israelí celebrado por el primer ministro, es del caso recordar que otro componente clave de esa riqueza proviene de fuentes menos dependientes de los laboratorios de la tecnología avanzada y sí del recurso natural que venían disfrutando las comunidades locales por tiempos inmemoriales. Uno de ellos es el acopio hídrico en ese manantial que son los Altos del Golán, arrebatados a Siria desde junio de 1967. De no menor importancia son los terrenos asignados por la Resolución 181 de la ONU al Estado Palestino, invadidos por el Estado de Israel y convertidos para su beneficio exclusivo en campos de labor, fábricas y asentamientos para sus ciudadanos.

El jefe del Gobierno israelí omite mencionar no solo que parte de esa riqueza es tomada de manera forzada en territorios de otros países, sino que es producida en condiciones de explotación de los grupos judíos más pobres o de población árabe y extranjera. Un estudio de la Universidad de Tel Aviv, en 2014, encontró discriminaciones en el empleo y los salarios, con el resultado de un círculo vicioso por el cual “cuando la población es

pobre y su participación en el mercado laboral es parcial y sujeta a barreras, tiene pocas posibilidades de mejorar el nivel de educación y lograr mejores oportunidades de empleo, reforzando su bajo desempeño en el mercado laboral”. Las mujeres tienen menos oportunidades laborales; sin embargo, son “los árabes israelíes quienes están en el rango social más bajo, donde permanecen atados a la trampa de la pobreza” (Yashiv y Kasir, 2014, p. 4).

Un aspecto adicional tiene que ver con la corrupción del sistema político y económico. En su extensa investigación sobre el destino palestino embargado por la alianza entre Tel Aviv y Washington, Noam Chomsky llegó hace unos años a la siguiente conclusión:

Estados Unidos consiente la corrupción rampante. Una muestra de ello es el desvío de miles de millones de dólares, destinados en teoría para los inmigrantes, que proveen liquidez al sistema bancario —lo cual alguna vez tuvo que ser reversado por el Estado debido al escándalo que se suscitó—, dinero que alienta la demanda crediticia para adquirir carros, viajar al extranjero y especular en el mercado bursátil (Chomsky, 1999, p. 927).

Una segunda dimensión del discurso del primer ministro ilustra su constancia en perfilar al Estado de Israel como paradigma mundial de las libertades y la soberanía popular. Presenta a su país como “la democracia” de la zona. Algo así como la única estrella rutilante en un firmamento copado por la oscuridad de la irracionalidad religiosa y la ausencia de competencia política. Pero, si el modelo democrático liberal reside en la separación de los asuntos religiosos de la actividad política,

según el dictado de la Europa moderna, ¿acaso no estuvieron los partidos Baaz en Siria e Iraq entre los primeros en introducir la laicidad en la administración del Estado? Si la democracia hace referencia al gobierno de un pueblo por sí mismo, sin constricciones, sin engaños y sin las prácticas de dominio sutil, como en las plutocracias, ¿qué tan demócrata puede ser un Estado que justifica su existencia sobre el desconocimiento de los derechos de autodeterminación para todo el mundo? ¿Es una democracia aquella que se vanagloria de sus partidos políticos mientras niega la libertad de gobierno al pueblo palestino o la integridad territorial a Siria y Egipto?

Por otro lado, ¿hemos de asentir que el Gobierno israelí es el único demócrata en la región, solo por el hecho de haber pasado por un proceso electoral? ¿Acaso los gobiernos de Turquía o Irán no obedecen de igual manera al veredicto de las urnas? ¿Por qué ensañarse en demonizar a Hamás, cuando es la organización política escogida en contienda electoral por los ciudadanos de la Franja de Gaza? ¿No será el propósito de un Estado de autoproclamarse el emblema de la democracia más bien deslegitimar a los gobiernos vecinos que persisten en reclamar su soberanía? Como dice el analista Alexander Montero, cuando los palestinos estaban divididos “Israel afirmaba que no había con quien negociar. Ahora, durante la reconciliación, Israel tampoco negocia porque no acepta un Gobierno que integre a Hamás. Así las cosas, vale la pena preguntarse: ¿cuál es la voluntad de paz de Israel?” (2014, p. 6).

En una tercera dimensión, en la ofensiva mediática actual, el Gobierno israelí se proclama el adalid de los derechos humanos

en la zona y adelanta una invectiva contra las condenas internacionales que sufre por este motivo, de manera especial “ese chiste llamado Consejo de Derechos Humanos de la ONU”. Sabemos que, en términos generales, el Estado israelí garantiza las libertades religiosas, políticas y económicas. Las mujeres, lo mismo que los varones, prestan el servicio militar y compiten en el mundo laboral y académico; y los diferentes credos pueden realizar sus prácticas religiosas en sus lugares de culto, y sus preferencias políticas las canalizan los partidos políticos. Pero, ¿es del todo cierta la igualdad ciudadana?

En el orden doméstico —como ya lo anotamos— hay discriminación laboral contra las mujeres y la población árabe israelí. Sobre esta última, de acuerdo con la investigadora Arlene Tickner,

...existen dos categorías de ciudadano en Israel que, pese al derecho igual al voto, gozan de un reconocimiento diferenciado. Mientras los nacionales judíos, compuestos por quienes residen dentro del país y en la diáspora, ejercen una ciudadanía plena que incluye subsidios estatales de vivienda y educación, así como acceso al empleo y la tierra, los ciudadanos israelíes con “nacionalidades” distintas a la judía no gozan de dichas prerrogativas (2014, p. 20).

Por esta discriminación similar al *apartheid* sudafricano —agrega la profesora Tickner— los jóvenes árabes israelíes y los palestinos son sospechosos todo el tiempo, se los somete a arrestos hasta por 90 días, se usan en su contra pruebas secretas, se les hacen detenciones arbitrarias, tienen que circular por carreteras

especiales, además de sufrir la afrenta de un muro de 440 km en Cisjordania.

En el mismo sentido, Gideon Levy, un analista israelí, explica la represión constante y la militarización de su país, bajo la coartada de la seguridad. Dice Levy que “La ‘seguridad’ hace olvidar la injusticia. Ella blanquea el crimen y tiñe de un barniz de legitimidad las prácticas más discriminatorias. Dirigentes políticos, generales, jueces, intelectuales, periodistas: todos lo saben, pero cada uno añade su silencio al de la mayoría”. Cualquier persona con acento árabe es sospechosa; en nombre de la seguridad se destruyen las casas de los “terroristas”; se les aplican castigos colectivos (prohibidos por el derecho internacional); y se suceden a cada rato crímenes alevosos, como el de la niña de 10 años que portaba unas tijeras. Este autor concluye que “los árabes son las principales víctimas de esta situación” (Levy, 2016, pp. 23-24).

Para otros pueblos vecinos, la dosis de atropello no es menor. Se afirma, por ejemplo, que a raíz de la captura de los Altos del Golán en junio de 1967, Israel practicó la “depuración étnica” de la zona, y solo dejó las familias drusas que le eran leales. Estos son pobladores locales que, por cierto, deben pagar el agua tres veces más cara que los colonos judíos instalados por el Gobierno israelí (Marchesin, 2016).

Una cuarta dimensión de la refacción discursiva propiciadora del mejoramiento de la imagen internacional del Estado de Israel apunta a cercenar el pasado, a clausurar la historia en pro del futuro. Como quien dice: “¡borrón y cuenta nueva!” Así, en el máximo

foro internacional el premier Netanyahu increpó al jefe del Gobierno palestino por “hablar pegado del pasado”, en vez de hablar de la actualidad y del futuro. Al postular ese porvenir brillante, en el que nadie recuerde las vejaciones a las generaciones mayores, e instalado sobre los prodigios de la tecnología, el primer ministro israelí pareciera obsesionado en seducir al pueblo palestino y al resto del vecindario, con una versión bien particular de *pax hebrea*, sin reclamos, añoranzas o queja alguna por parte de pueblos redimidos y extasiados en las bienaventuranzas de la prosperidad compartida.

No se puede ocultar la velada intención de esa narrativa reciente de los hechos por parte del Gobierno israelí, que hace mofa de la historia y del pasado, con el ánimo de consolidar el *statu quo* del que deriva las ventajas, mientras los pueblos vecinos y toda la región de Asia occidental se hunden en el caos. Es cada vez más claro que allí la serie de Estados fallidos está inducida y patrocinada desde fuera y sin solución a la vista. Obviar los compromisos pactados encaja bien con la táctica de sacarle acuerdos a un rival postrado, y ayuda a entender el reto al presidente Abbas: “En vez de hablar del pasado, hablemos los dos”. Mediante esta novedosa elocuencia, el Gobierno israelí actual procura remozar la imagen de un actor cuyos gestos son conocidos y, por cierto, desaprobados por la comunidad internacional. Las innovaciones retóricas se funden con las justificaciones más conocidas de un libreto inspirado en el llamado “realismo político”.

LAS NUEVAS FACETAS DISCURSIVAS ACOPLADAS A UNA POLÍTICA YA CONOCIDA Y CUESTIONADA

La renovada locuacidad se encamina, en primer lugar, a eliminar la historia con el propósito de validar la fórmula de la negociación bilateral como única salida del conflicto: este “hablemos los dos”, que a simple vista muestra el gesto más loable y generoso del mundo: “¡hablando se entiende la gente!” –según decimos a cada rato–, deja en suspenso el estatuto político otorgado por la comunidad internacional al pueblo palestino, como un Estado unitario y autónomo. Al retroceder la discusión al trato bilateral exclusivo, ¿a dónde van a parar los desafueros de un poder militar que arrasa con los derechos de los pueblos vecinos, por encima del derecho internacional humanitario y las decisiones de la ONU? ¿Una negociación así no viene a ser más bien la disculpa del más fuerte para imponer sus criterios e intereses, dada la asimetría tan abismal en el poder entre ambas partes?

Un segundo aspecto de esa ofensiva ya conocida es la seguridad nacional y la lucha contra el terrorismo. El hecho es que la proclama de la seguridad doméstica ha propulsado la máquina de guerra israelí a niveles estratosféricos. El pequeño Estado practica lo que Levy llama la religión securitaria: esa creencia de que Israel vive bajo una amenaza permanente, según la propaganda gubernamental que exagera los peligros reales e infunde miedo por doquier. Se manipula la idea de indefensión para sostener el abultado

gasto militar y desprestigiar movimientos antagonistas como Hamás. Israel invierte más de us\$15 mil millones en defensa, cada año; es el país más y mejor armado en la región, y ocupa el puesto 16 en la inversión mundial en armamento. Es el país con más tanques y aviones, respecto a su población; posee 14 submarinos, mientras los habitantes se quejan por los costos inabordables de los arriendos (Levy, 2014).

La consigna de la seguridad va en llave con la propaganda contra el terrorismo. El primer ministro israelí traza, en su discurso, una línea radical y perversa entre la política de su Estado y los gobiernos vecinos: “mientras los líderes israelíes condenan todo tipo de terrorismo, árabe o israelí, los palestinos lo celebran”.

Lo cierto es que la posición del Gobierno israelí sobre el terrorismo es por completo contradictoria: apresa, encarcela o mata a los niños y jóvenes que se levantan en las intifadas; en nombre de la seguridad y el embate contra el terrorismo, los bombardeos destruyen las instalaciones públicas y las viviendas palestinas; los escombros acumulados terminan teñidos con la sangre de miles de personas. Como dice el poeta Yitzhar Laor, en “Balance”:

El pistolero que ametralla un hospital/ el piloto
que incendió un campo de refugiados/ el pe-
riodista

que cortó los corazones y las mentes en nom-
bre de la matanza/ el actor que la escenificó tan solo
como otra guerra/ el profesor

que aprobó en clase el baño de sangre/ el rabino
que santificó la carnicería/ el ministro
que sudó y votó a favor/ el paramilitar

que le disparó tres veces al refugiado/ el poeta
que saludó la hora más fina de la nación, que
perfumó la sangre y ensalzó al avión de combate.

Los moderados

que dijeron: esperemos y veamos/ el miembro
del partido

que se desplomó en reverencia al ejército/ el
agente de ventas

que olfateó traidores/ el policía

que golpeó un árabe en la calle asustada/ el
conferencista

que da palmas en la espalda del oficial, a quien
envidia/

y quien tuvo miedo de negarse a ingresar a los
terrenos usurpados/ el primer ministro

que bebió con ansiedad la sangre. Ellos nunca
quedarán limpios (Cohen, 2010, pp. 73-78).

Pasemos por alto —en este punto— la historia de la creación del Estado de Israel y la lucha guerrillera de Ben Gurión y los padres del Estado contra la administración inglesa, para recordar más bien la guerra clandestina. Por ella, muchos líderes palestinos perecieron por atentados de los servicios secretos israelíes, incluso violando la soberanía de otros países. Uno de los pocos que sobrevivió a esta política fue el jeque Jaled Mashal, cabeza de Hamás, en 1997. La operación de la Mosad en su contra, con agentes con pasaporte canadiense, en Amán, fracasó (Línea directa con Israel y Medio Oriente, 1997, p. 6). Otros opositores en Palestina, Irán y otros países no corrieron la misma suerte.

En la realidad y en nombre de la ofensiva contra el terrorismo, el Gobierno israelí despoja a los países vecinos de sus bienes, realiza mortales operaciones preventivas, arresta y

encarcela; también realiza actividades secretas sin el consentimiento de los gobiernos. Por ejemplo, en 2014, el excanciller Adnan Mansur, del Líbano, denunciaba espionaje permanente israelí, en violación del derecho internacional y la Resolución 1701 de 2006, que puso fin a la guerra entre Hizbolá, grupo chiíta libanés, e Israel (El Espectador, 2014, p. 12).

Más aún, con el fin de terminar de socavar los gobiernos rivales el Estado de Israel ha patrocinado la oposición armada y ha facilitado sus movimientos. Según la Fuerza de Observación de la ONU en Siria (FNUOS), los combatientes yihadistas de Al-Nusra, grupo afiliado a Al Qaeda, eran bien recibidos por soldados fronterizos de Israel (Marchesin, 2016). Estamos, entonces, ante la conducta contradictoria de un Estado que se ensaña contra unos opositores, al tiempo que atiza con sus armas y apoyo las revueltas contra los gobiernos que le son contrarios.

Un tercer aspecto de la tradicional posición internacional israelí es la burla y el profundo desprecio por la comunidad internacional, hasta el punto de entrar en desafío abierto a cualquier medida multilateral que no sea de su complacencia. El primer ministro Netanyahu le advirtió a la Asamblea General: “No aceptaremos ningún intento de la ONU de dictarle términos a Israel. El camino de la paz pasa por Jerusalén y Ramallah, no por Nueva York”. Sin lugar a dudas, esta diatriba de un Estado contra la autoridad mundial que dispuso su existencia es una paradoja desconcertante.

De este modo, la narrativa actual israelí no se separa en el fondo de la línea tradicional

de descalificación de la comunidad internacional por la razón simple de que esta respalda, en su inmensa mayoría, niveles mínimos de justicia, como lo es la paz, la seguridad, el ejercicio de la soberanía nacional y el bienestar económico, todos ellos derechos negados cada vez más a los pueblos vecinos. Esa comunidad internacional es denunciada porque se opone al cercenamiento de los países, a la aniquilación masiva del adversario y la destrucción de sus bienes, en demostraciones inaceptables de poderío militar. Más aún, una comunidad mundial que se atreve a denunciar la discriminación y el racismo aun dentro del mismo Estado israelí.

Por esta inquina, una a una las disposiciones de la ONU son obstruidas por el gobierno de Israel. De ahí que el primer ministro reitera que su país no acata tales decisiones. En línea con esa posición, en abril de 2016, el premier Netanyahu aseguró, respecto a la colonización del Golán, que este “permanecerá para siempre en manos de Israel”, en oposición a la Resolución 242 del Consejo de Seguridad, del 22 de noviembre de 1967, que denunció “la inadmisibilidad de la adquisición de territorios por la guerra”. Catorce años después, la Resolución 497 del 14 diciembre de 1981, condenó la anexión del Golán (Marchesin, 2016).

Otro ejemplo craso de la hostilidad constante del Estado de Israel contra los acuerdos multilaterales es su renuencia a informar y permitir la inspección de su arsenal nuclear por parte de la Agencia Internacional de la Energía Atómica, al tiempo que se las validó en su momento para provocar la invasión a Iraq sobre el montaje de la bomba atómica en manos de Sadam Hussein (Mearsheimer, 2007).

Hasta aquí, la argumentación se ha movido en el campo material de la política y la estrategia; pero no se debe olvidar que este horizonte está sostenido sobre una base inmaterial, que le enrostra al pueblo palestino, a los países vecinos y a la comunidad mundial una carga moral, cual es el prejuicio contra el pueblo judío. El argumento del antisemitismo es la más socorrida de las armas para eludir cualquier cuestionamiento o condena de la política expansionista y segregacionista israelí. Cualquier reparo al despojo, el *apartheid*, el neocolonialismo, el irrespeto de la soberanía y el uso de mecanismos terroristas por parte del Estado de Israel los neutraliza su Gobierno con esa bomba moral: la sostenida persecución al pueblo judío. Dicho explosivo inmaterial lo blindo contra cualquier crítica y medida que no sea de su agrado. Una vez que el Estado de Israel alcanza esa zona de confort, las críticas entran rápido en un estado de parálisis y confusión. Pero, como dice la filósofa y activista Judith Butler, “Si pensamos que criticar la violencia israelí o presionar a ese Gobierno con medidas económicas para que cambie sus políticas es un ‘antisemitismo efectivo’, todos vamos a bajar la guardia por el temor de ser calificados de antisemitas” (2003, p. 209).

El primer blanco de tal descalificación es, por supuesto, el propio pueblo palestino, al que el premier Netanyahu ultraja con el supuesto rechazo al Estado judío. Aduce que ese es el meollo del problema, la negación de su Estado, no el problema del colonialismo: “el conflicto no tiene que ver con los asentamientos judíos –nunca lo fue–, sino con el

reconocimiento del Estado judío”, aseveró en la Asamblea General de 2016. Se trata claro está de infundios bien elaborados de su parte ya que, desde los Acuerdos de Oslo en 1993, el Gobierno palestino reconoce y respeta la existencia del Estado de Israel. Sin embargo, este obstruye de manera sistemática las propuestas palestinas para alcanzar su soberanía política, la recuperación de su territorio y la autonomía económica.

Nos encontramos, por tanto, ante la situación tan particular y paradójica de un Estado que erige una cortina moral para desviar cualquier exigencia de la comunidad internacional a cesar la discriminación, el racismo y el neocolonialismo, con base en los principios humanitarios convenidos de manera multilateral. Sin embargo, esta ofensiva mediática múltiple y la arrogancia del Gobierno israelí no se adelantarían con tanto ardor de no contar con un soporte externo prominente. De hecho, la posición desafiante del Gobierno israelí contrasta con el número creciente de Estados fallidos en la zona, la destrucción de ciudades completas y la subsecuente tragedia de millones de migrantes y refugiados. Nadie niega los logros israelíes en el campo productivo y el dominio tecnológico, pero su insolencia y desprecio por los planes de paz no alcanzarían el nivel de crudeza, a no ser por el beneficio que recibe del choque geopolítico global, uno de cuyos escenarios más sórdidos, si no el más cruel y repulsivo, es el que ocurre en estos momentos en esa sección estratégica que va desde Egipto hasta Siria e Iraq, pasando por Yemen y Palestina.

ISRAEL, PIVOTE GEOPOLÍTICO EN ZONA DE ELEVADA COMPETENCIA ESTRATÉGICA

Por más armado que un pequeño país pueda estar, ello no explica de modo suficiente cómo puede hablar en términos tan altisonantes, desconocer las resoluciones multilaterales e injuriar a la comunidad internacional de manera tan reiterada. Tales términos nos son familiares, porque los escuchamos, de igual manera, en forma sistemática más allá del Mediterráneo: en Washington. El eje Israel-Estados Unidos es el hilo fundamental en ese tinglado de intereses encontrados entre los grandes poderes en una zona con características muy precisas. Cien años atrás confluyeron los intereses de Francia e Inglaterra para cambiar el control otomano por su propia presencia y el aprovechamiento en beneficio propio de la riqueza petrolera, el ahorro que significó el paso por el Suez y para contrarrestar el inminente poderío soviético. En gran medida, esos también son los objetivos de la potencia heredera de los despojos del dúo europeo tras su emergencia definitiva en la Segunda Guerra Mundial. Aquí está una de las claves que explican el juego geopolítico en Asia occidental.

No es usual que hablemos en estos términos geográficos más precisos, como el de Asia occidental: estamos demasiado acostumbrados a la denominación Medio Oriente, para referirnos a los países allende la costa oriental del Mediterráneo. Desde un punto de vista técnico, Asia tiene sus subdivisiones entre Asia oriental, Asia central, Asia sur y Asia occidental. Esta última comprende los países y las regiones desde Irán hacia el oeste hasta

el Cáucaso y la península arábiga. “Medio Oriente” mantiene una versión eurocéntrica de la sociedad mundial, que ya no tiene vigencia. De ahí la pertinencia de referirse a esa zona como Asia occidental.

Ahora bien, durante la Guerra Fría, el movimiento de los actores fue bastante sencillo de entender. El alineamiento con un poder significaba el repudio automático del otro. El acercamiento abierto o los intentos de solicitud de apoyo a Moscú por parte de los gobiernos de Iraq, Siria o la OLP desataba, de inmediato, la animadversión de Washington. Este esquema dual fue resquebrajado en 1979 por el Ayatollah Jomeini, en Irán, quien instaló un régimen al margen de las afiliaciones internacionales en la región, y empezaron a darse alianzas inusitadas. Así, mientras Estados Unidos entrenaba y financiaba a Bin Laden con el fin de inflamar el celo religioso de los afganos contra los comunistas soviéticos, en la guerra contra Irán le brindaba todo el apoyo a Sadam Hussein, un ateo hasta entonces aliado de los comunistas. Es bien conocido el fin tan infame de este par de personajes.

Apenas abrió el siglo XXI, en medio de las expectativas por un nuevo milenio en paz, los ataques suicidas de 2001 en su territorio le sirvieron de pretexto a Estados Unidos para incrementar el gasto militar, mejorar sus capacidades ofensivas y retomar la espiral catastrófica de las guerras en todo el mundo. El occidente de Asia y el norte de África recibieron la parte más letal de este fuego sofisticado, devastador y bien calculado. Sociedades por entonces un tanto apaciguadas, ya no lo fueron más: pasaron a vivir tragedias humanitarias sin solución a la vista. La serie de los Estados

fallidos empezó en el 2001 y 2003, con las ocupaciones y guerras que no terminan en Afganistán e Iraq. Diez años después, la ola destructiva siguió por Siria y Yemen, después del hundimiento de Túnez, Libia y Egipto en el Norte de África.

Implantada en el corazón mismo de esta región, la postración palestina no es menos oprobiosa, y con el agravante de un Estado que ni siquiera puede terminar de nacer. Es curioso que un drama tan brutal y extendido sea vivido por sociedades que tienen en común el hecho de ser de manera acentuada árabes e islámicas. Pareciera una arremetida contra una civilización, y hay que preguntar, entonces, ¿qué hicieron para ser castigadas de esa forma? ¿Es también el pueblo palestino objetivo de esta cruzada, y si sí, por qué? ¿Cómo se puede remediar esta tragedia?

A causa de la mundialización, ciertas zonas fueron epicentro de la confrontación entre los grandes poderes. Así, en la disputa imperialista del siglo XIX, las potencias europeas se repartieron África, en el Congreso de Berlín de 1884. Alemania, Italia y el Imperio Otomano, al ser excluidos, se sintieron autorizados para arrebatar territorios a la fuerza. Brzezinski aseguró que el tablero mayor del ajedrez de entonces era Asia central, zona disputada por Inglaterra y el imperio de los zares. Tiempo después, la península coreana, el Sudeste Asiático, Europa oriental, el Caribe, África y Asia occidental fueron escenarios de la competencia estratégica en la Guerra Fría. En la actualidad, todo indica que, tras haber puesto las bases del mundo moderno, Asia occidental paga con sangre la factura de una lucha de hegemonismos con vislumbres de un

choque entre civilizaciones. Parece, entonces, bien fundada la hipótesis de que el pueblo palestino es uno de los chivos expiatorios de esta ofrenda macabra a las deidades de la muerte, e Israel —con Estados Unidos a su servicio— tiene bastantes razones para celebrar el exterminio del vecindario.

En esa lógica, si hay un país donde la guerra cobra sus peores efectos es Siria, que en el pasado inmediato portó la culpa de haber albergado un Gobierno laico y haber preservado la alianza con el comunismo, y más aún conservarla más allá del fin soviético, hasta el punto de mantener la base naval rusa en el puerto de Tartus. En el pasado más lejano fue centro primordial del resplandor intelectual islámico, y ese es un elemento que, por desgracia, también cuenta en su contra. Con tales credenciales, no fue extraño que, a la sombra de la insurrección popular en el mundo árabe a partir de 2011, la disputa por Siria arreciara como nunca. La oposición fue dotada de armas a granel y la abundancia de equipo extranjero eclosionó nuevas y más aguerridas organizaciones. Una coalición informal de enemigos de Bashar al-Ásad buscó sacarlo del poder sin apelación ninguna: Europa, Estados Unidos, Israel, Turquía proveyeron las armas a las fuerzas opositoras. Las capacidades militares gubernamentales dependieron de la ayuda rusa e iraní.

Es de recordar cómo en 2014, François Hollande, el presidente francés, insistía en ocupar el país y derrocar a al-Ásad, plan que Inglaterra no autorizó, y de paso Estados Unidos tampoco. En consecuencia, los gobiernos contrarios al régimen continuaron su labor de facilitarles material de guerra a los rebeldes.

Así, de aquello que era una oposición interna esporádica e incierta en 2012, con tanta provisión de armas y un credo enardecido surgió el monstruo que los gobiernos extranjeros engendraron y ahora no logran aplacar: Isis, el terrible Ejército Islámico. Más aún, con la inyección de armas y contingentes externos Isis, Al-Nusra y demás ejércitos sectarios extendieron sus acciones a Iraq, Turquía, Yemen y Libia, entre otros países.

A propósito de esta secuela violenta en la región, no menos inaudita es la tragedia desencadenada en Yemen, país colapsado por el fuego incesante de Arabia Saudita y Estados Unidos, donde la descarga de bombas desde la aviación pilotada está acompañada de la artillería con drones letales. Entonces, hemos de preguntar, una vez más, ¿por qué tantas guerras sucesivas? ¿Por qué es tan cruel y larga esta contienda?

Por mucho tiempo se la explicó como una disputa por el petróleo y la ubicación estratégica de la región como puente con Asia. En efecto, la riqueza petrolera fue un factor inevitable, dado que en el golfo Pérsico y sus alrededores están depositadas tres cuartas partes de las reservas mundiales. Sin embargo, en una fase de precios deprimidos, no se ve la correspondencia con una guerra tan ardua y extendida. Asimismo, al ser una entrada al gran mercado asiático también la expone a la competencia entre los poderes económicos; no obstante, el comercio y las inversiones con los grandes mercados de Asia sur y oriental sigue su curso aéreo y marítimo, sin mayor inconveniente por esta obstrucción terrestre.

Otra bien publicitada explicación es aquella del “choque de las civilizaciones”. A

ella aduce el primer ministro israelí cuando afirma que “mientras Israel busca la paz con todos sus vecinos, sabemos que esa paz no tiene enemigo más grande que las fuerzas del islam militante”. Al respecto, es necesario volver sobre el papel cumplido por varios gobiernos, incluido el israelí, en promocionar esa radicalización cuando estuvo dirigida a combatir gobiernos extranjeros que les eran contrarios. El caso más revelador fue el del movimiento Talibán, organizado y financiado para atacar al ejército soviético en Afganistán. Por otro lado, la crítica al neocolonialismo no obedece a un adoctrinamiento; por el contrario, la tragedia de la ocupación israelí es denunciada y desaprobada por una comunidad mundial sobre las bases de la coexistencia pacífica, inspirada en el respeto por los credos, y de acuerdo con las normas acordadas para su cumplimiento universal.

Alguien como Ehud Barak ha dado una explicación elemental y tergiversada de los hechos: estos no revelan un choque de civilizaciones, sino el choque dentro del islam. Desde este diagnóstico tan simple sacaba una conclusión muy sincera: para negociar en mejores términos, es importante que Siria llegue debilitada a la mesa en Ginebra. Transcurría el año 2012. Por eso mismo, anticipaba la balcanización de Siria e Iraq, como Yugoslavia, e intimidaba a Irán: si no desmantela “el programa militar en los próximos meses tendrá que afrontar las consecuencias” (Barak, 2014, p. 13).

Y volvemos a encontrar el núcleo de la madeja geopolítica: la militarización israelí, su engreimiento frente a los vecinos y su desafío a la ONU pasa por Washington. No es que Israel

sea tan solo un enclave estadounidense en el occidente de Asia; es mucho más: Israel se da el lujo de dictar la política estadounidense para la región, al punto de provocar la invasión de Iraq, con el único propósito de destruir a un Estado rival. Otro tanto buscó por muchos años frente a Irán, pero la solución negociada que propició Rouhani, desde Teherán, evitó una guerra más en la zona, en 2015.

De explicar la forma como Israel pone a su servicio el mayor poder económico y militar del mundo se ocupan los teóricos neorrealistas John Mearsheimer y Stephen Walt (2007), quienes consideran que

...no existen motivos ni morales ni estratégicos que justifiquen el actual apoyo estadounidense a Israel. Tampoco existen razones que avalen la naturaleza casi incondicional de este apoyo, ni la voluntad de Estados Unidos de dirigir su política exterior con el fin de salvaguardar a Israel [...] esta situación anómala es la influencia del *lobby* israelí. Como en otros grupos de presión, los individuos y organizaciones que componen el *lobby* realizan una variedad de actividades políticas legítimas, en este caso enfocadas a influir en una política exterior proisraelí. Algunos sectores del *lobby* también usan tácticas más reprobables, como intentar silenciar o difamar a quienes pongan en duda su papel o critiquen las acciones de Israel. Aunque el *lobby* no consigue todo lo que quiere, ha sido notablemente eficaz en lograr sus objetivos fundamentales.

Estos autores agregan que el efecto del *lobby* ha sido perjudicial para ambos países, en la medida que exacerbó el sentimiento antiestadounidense en los países árabes y

musulmanes, y ha retrasado la solución del problema israelí-palestino:

Esta situación ofrece una poderosa herramienta de reclutamiento a terroristas islamistas y contribuye al crecimiento del radicalismo islámico. El hecho de ignorar el programa nuclear de Israel, o sus abusos de los derechos humanos, hace que Estados Unidos parezca hipócrita al criticar a otros países por estos mismos motivos, y ha minado los esfuerzos estadounidenses por promover la reforma política en el mundo árabe y musulmán (Mearsheimer y Walt, 2007, pp. 538-539).

¿Qué salidas tiene, entonces, este armazón tan destructivo?

LA NECESIDAD DE IMPULSAR LA AUTODETERMINACIÓN NACIONAL Y REGIONAL, A TRAVÉS DEL CONTROL TRANSICIONAL MULTILATERAL EN ASIA OCCIDENTAL

Arribamos así al nivel de las perspectivas y el deber ser. Desde el continente americano, Asia occidental nos es tan remota como Asia oriental. La distancia nos desliza, asimismo, hacia la cómoda posición de unas guerras que no son de nuestra incumbencia directa, y de las cuales nos podríamos desentender. Pero eso no es cierto. Son hechos que nos retan, porque formamos parte de la comunidad internacional, esa que es atacada por Israel, con la complacencia y el patrocinio de Estados Unidos y sus aliados más cercanos, con el pretexto del “sesgo” antisraelí en la ONU y el antisemitismo por todas partes. En realidad, estamos ante un

problema que nos concierne a todos, y que clama el pronunciamiento general.

Al respecto, son varios los frentes de acción para los sectores críticos y formadores de opinión, como parte del desafío moral de construir un sistema internacional sustentado en la justicia, el respeto entre los pueblos y la cooperación para el desarrollo humano y el cuidado del planeta, “nuestra casa común” —como dice el papa—, la Pacha Mama de nuestros ancestros americanos.

En primer lugar, hace falta una deconstrucción discursiva que desmonte el chantaje del Gobierno israelí, por el cual cualquier crítica al Estado de Israel es una manifestación abierta o encubierta de antisemitismo. La auténtica moralidad dicta el respeto profundo por el otro, su reconocimiento cabal y su cuidado. El otro encarna nuestra forma de ser, porque formamos sociedades en donde los individuos se forjan en las relaciones mutuas, y constituimos una comunidad mundial dinamizada por el relacionamiento de todos los pueblos, a través de los intercambios administrados por los Estados. Cualquier violación de esos parámetros debe ser denunciada y controlada por los organismos pertinentes, cuya autoridad suprema en el orden internacional es la ONU, con sus diferentes dependencias.

Es urgente separar las críticas al Estado de Israel del supuesto odio judío. Como cualquier agrupación religiosa o comunidad cultural, el pueblo judío es digno de toda consideración y respeto, y debe ser objeto de protección ante las manifestaciones reprobadoras de su existencia. En efecto, los horrores del nazismo y la Shoah son repudiables, y todos estamos en la obligación de evitar nuevas conjuras

contra dicha comunidad. Por otro lado, ese sufrimiento del pasado de ninguna manera puede ser aceptado como disculpa para someter pueblos vulnerables, como lo hace Israel, al endilgar el supuesto rechazo al pueblo judío. Dicha imprecación, de manera más ceñida contra el vecindario musulmán refleja, por cierto, las presunciones de superioridad étnica y cultural, propias de la narrativa sionista asumida por algunos ideólogos dentro y fuera de Israel, que es inaceptable de manera absoluta.

En segundo lugar, la comunidad internacional representada en sus Estados y en las organizaciones civiles sigue en mora de conminar a Israel a honrar los compromisos multilaterales y acelerar las decisiones de la ONU sobre la descolonización y devolución del Sinaí, los Altos del Golán, Gaza, Cisjordania y Jerusalén oriental. La Resolución 242 de 1967 lo estipuló de manera específica:

- a) Salida de las fuerzas armadas de Israel de los territorios ocupados en el reciente conflicto;
- b) concluir todos los reclamos de beligerancia y reconocer y respetar la soberanía, integridad territorial e independencia de cada Estado en el área, y su derecho a vivir en paz dentro de fronteras seguras y reconocidas, libre de amenazas y actos de fuerza.

De acuerdo con la organización israelí de derechos humanos B'Tselem, desde 1967 Israel estableció cientos de asentamientos en Cisjordania, unos reconocidos por las autoridades y otros encubiertos, lo cual impide la autodeterminación palestina dentro de un Estado viable. Otro tanto sucede en Gaza y en Jerusalén oriental, lo mismo que en el espacio tomado de Siria.

En tercer lugar, la comunidad internacional convocada en la ONU ha de auspiciar un plan de paz para toda la región de Asia occidental y un plan multilateral de reconstrucción y seguridad económica para solucionar el problema de la población desplazada. El objetivo aquí incluye los derechos palestinos de existencia dentro de un Estado autónomo, pero se extiende por toda la zona, afectada de igual manera por la destrucción de la base económica y la vida normal de sus pueblos por efecto de la guerra interminable.

En cuarto lugar, este acuerdo pasa por el retiro de las fuerzas armadas extranjeras enviadas por decisiones unilaterales y ofrecer, a cambio, contingentes multinacionales operados bajo el mando de la ONU. Una conferencia ampliada entre los miembros permanentes del Consejo de Seguridad y los gobiernos de la zona implicados tiene posibilidades de concretar el plan de pacificación y el programa de desarrollo económico y social. Se trata de la vía expedita que retoma las lecciones dejadas por el acuerdo entre las cinco cabezas del Consejo de Seguridad, Alemania y la Unión Europea con Irán, mediante el cual se logró remediar la crisis creada por el programa nuclear de este último. Sin lugar a dudas, la paz y la prosperidad de Israel, Palestina y, en general, de Asia occidental dependen de la clausura de la injerencia unilateral de las grandes potencias, para darle paso al involucramiento exclusivo de la institucionalidad multilateral en el control de la problemática.

En quinto lugar, la comunidad internacional, a través de la ONU, ha de procurar los recursos humanos, logísticos y financieros para apoyar y promover las organizaciones

económicas y políticas regionales, en las cuales el Estado de Israel llegue a ser un miembro destacado de la red de cooperación en la zona y no el agente desestabilizador.

Por último –y no por ello menos importante– está la necesidad de promover la alianza entre los sectores progresistas de todo el mundo para brindar solidaridad y acompañamiento a los pueblos apabullados por el militarismo israelí dentro y fuera de ese país, así como el apoyo a los sectores progresistas de la comunidad judía. Aquellos “judíos no judíos” (De Gregori, 2015), aliados de la justicia, los ideales cosmopolitas y la convivencia planetaria, como los citados Judith Butler e Yizhak Laor, o los filósofos Adi Ophir y Anat Biletzki, el sociólogo Uri Ram y el profesor de teatro Avraham Oz, quienes condenan con persistencia las prácticas discriminativas y racistas que sigue aplicando el Gobierno israelí.

Hay, asimismo, numerosas organizaciones como Voces Judías por la Paz, Judíos contra la Ocupación, Judíos por la Paz en el Medio Oriente, la Facultad de la Paz Israelí-Palestina, Tikkun, Judíos por la Justicia Racial y Económica, Mujeres en Negro y el caso de Neve Shalom-Wahat al-Salam, la aldea gobernada por árabes y judíos dentro del Estado de Israel (Butler, 2003). B’Tselem es una organización que supervisa los abusos de los derechos humanos en Cisjordania y la Franja de Gaza, Gush Shalom es otra que se opone a la ocupación, Yesh Gvul es una más que representa a los soldados israelíes que, como el poeta Laor, se niegan a prestar el servicio en los territorios ocupados, y Ta’ayush, la coalición judía y árabe contra las políticas de aislamiento, arresto domiciliario, desatención médica,

destrucción de viviendas y desabastecimiento de agua y comida al pueblo palestino.

Como vemos, son muchas las voces que reclaman justicia para Palestina y Asia occidental. Es un asunto que nos atañe como ciudadanos comprometidos con el respeto, la paz y la cooperación entre los pueblos, y que condenan por tanto toda forma de sojuzgamiento, oprobio y discriminación. También es un problema que nuestros gobiernos e instituciones regionales, al modo de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) —por ejemplo—, deben abordar con más claridad y decisión, con el fin de asegurar el reconocimiento definitivo del Estado de Palestina como entidad soberana por parte del Consejo de Seguridad.

CONCLUSIONES

Enfundada en una retórica más bien ampu-losa, la política de ocupación del territorio palestino por parte de Israel sigue su curso. Al oprobio del aislamiento, la construcción de nuevos asentamientos y el control del agua, las finanzas y el comercio, se suma la vigilancia constante y la campaña de desprestigio mundial del pueblo palestino. Los reclamos de la comunidad internacional y las resoluciones multilaterales son tomadas por el Gobierno israelí como ejemplo de injerencia externa, arrogándose el derecho de desconocerlas.

Más aún, la solidaridad internacional con el pueblo palestino y las decisiones multilaterales a favor de la protección de sus derechos de existencia dentro de las fronteras dictadas por la ONU son objeto de repudio por parte

del Gobierno israelí por medio del chantaje moral del antisemitismo. Esta victimización bien publicitada siembra enorme confusión en la opinión pública de todo el orbe y logra, así, su cometido: impedir el reconocimiento definitivo del Estado palestino.

Ahora bien, para entender el expansionismo violento israelí a costa del territorio vecino sirio y palestino, y su arrogancia frente a las demandas multilaterales, hace falta ubicar su política en el contexto geopolítico de Asia occidental. Allí, la pugna entre los grandes poderes ha ido desencadenando alianzas y guerras sin término, donde la de Siria y Yemen son solo las más recientes. Esas variaciones tienen empero una conexión inamovible: el cordón umbilical que une los intereses mutuos de Israel y Estados Unidos. De este último depende la solución multilateral, en la medida que el recurso bilateral alegado por el Gobierno de Israel se torna inviable por completo, dada la pretensión de imponer a su contraparte una rendición total. Por tanto, la solidaridad internacional con el pueblo palestino significa sostener la exigencia de reconocimiento de su Estado, por lo menos dentro de las fronteras propuestas por la ONU en 1947.

REFERENCIAS

- Barak, E. (17 de enero de 2014). La seguridad en Oriente Medio. *El Espectador*, p. 13.
- Butler, J. (agosto de 2003), No, it's not anti-semitic. *London Review of Books*, 25 (16), 19-21.
- Chomsky, N. (1999). *The Fateful Triangle: The United States, Israel and the Palestinians*. London: Pluto Press.

- Cohen, J. (enero de 2010). Lines of occupation. The post-zionist poetics of Yizhak Laor. *Harper's Magazine*, 73-78.
- De Gregori, W. (2015). *Jews "Non-Jewish Jews" and a Manifesto for Planetary Governance*. Recuperado de <https://books.google.com.co/books?sqi=2&hl=es&id=4tuMBGAAQBAJ&dq=de+gregori+jews+non+jews&ots=gz4TLPmmpC&q=>
- Despertad (septiembre de 2012). Maestros medievales de la medicina. *Despertad*, 22-24.
- El Espectador (9 de enero de 2014). Líbano denuncia ante la ONU espionaje israelí. *El Espectador*, p. 12.
- Levy, G. (octubre de 2016). Israel, en nombre de la seguridad. *Le Monde Diplomatique*, El Dipló, pp. 23-24.
- Línea directa con Israel y Medio Oriente (noviembre de 1997). Noticias, p. 6.
- Marchesin, S. (octubre de 2016). Irreductibles drusos del Golán. *Le Monde Diplomatique*. El Dipló, pp. 24-25.
- Mearsheimer, J. y Walt, S. (2007). *El lobby israelí y la política exterior de Estados Unidos*. Madrid: Santillana.
- Montero, A. (30 de abril de 2014). No se trata de negociar por negociar. *El Espectador*, p. 6.
- Tickner, A. B. (30 de julio de 2014). Israel, ¿un Estado *apartheid*? *El Espectador*, p. 20.
- Times of Israel (18 de octubre de 2016). Netanyahu's speech at 2016 UN General Assembly. Recuperado de <http://www.timesofisrael.com/netanyahus-full-remarks-at-un-general-assembly/>
- White House (18 de octubre de 2016). Remarks by the President at Cairo University. Recuperado de <https://www.whitehouse.gov/the-press-office/remarks-president-cairo-university-6-04-09>
- Yashiv, E. y Kasir, N. (2014). *The Labor Market of Israeli Arabs. Key Features and Policy Solutions*. Tel Aviv: Tel Aviv University/Bank of Israel.



MEDIO ORIENTE Y AMÉRICA LATINA

El tercermundismo como doctrina política internacional en el acercamiento de Irán a Venezuela

Pablo Álvarez Cabello

¿Qué contribución puede hacer Colombia a la paz y al respeto del derecho internacional en el Sahara Occidental?

Carlos Ruiz Miguel

El tercermundismo como doctrina política internacional en el acercamiento de Irán a Venezuela

Pablo Álvarez Cabello*

RESUMEN

El presente artículo reflexiona sobre la asociación entre el Irán del presidente Mahmoud Ahmadinejad y la Venezuela del presidente Hugo Chávez, bajo la lógica del discurso tercermundista. El argumento principal es que el discurso de reivindicación tercermundista le permitió al régimen iraní acercarse a países que comparten su crítica al sistema internacional y al poderío de Estados Unidos. Pero, por otra parte, no logró desarrollar la suficiente adhesión social interna que justifique tal asociación. Por tanto, el discurso tercermundista ha servido como instrumento de política internacional, mientras que en el plano interno el régimen sigue siendo conservador.

Palabras clave: tercermundismo, Irán, Venezuela, Movimiento Verde, Primavera Árabe.

The Third World as an International Political Doctrine in Iran's Approach to Venezuela

ABSTRACT

This article aims to reflect on the association between Iran led by Mahmoud Ahmadinejad and Venezuela led by Hugo Chavez under the logic of the third-world discourse. The main argument is that the developing world

* Magíster en Estudios Internacionales, Universidad de Chile. Secretario de estudios, Escuela de Historia de la Universidad Diego Portales, Santiago de Chile, Chile. [pablo.alvarez@udp.cl].

Recibido: 25 de junio de 2017 / Modificado: 30 de enero de 2018 / Aceptado: 2 de febrero de 2018

Para citar este artículo:

Álvarez Cabello, P. (2018). El tercermundismo como doctrina política internacional en el acercamiento de Irán a Venezuela. *OASIS*, 27, 169-190.

DOI: <https://doi.org/10.18601/16577558.n27.10>

vindication discourse allowed the Iranian regime to approach countries that share its criticism of the international system and of United States power. However, these approaches did not achieve an enhancement of their internal social cohesion that could justify such association. Although the third-world discourse has therefore worked out as an international policy instrument, it is still conservative in the internal level of the regimes.

Key words: Third world, Iran, Venezuela, Green Movement, Arab Spring.

En la historia de las relaciones internacionales, las alianzas entre países tan lejanos como Irán y Venezuela son poco usuales. No solo la lejanía geográfica es una dificultad, la distancia cultural e idiomática es enorme. Sin embargo, ambos países comparten algunas características fundamentales: ambos son exportadores de petróleo, miembros de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), y, sobre todo, ambos países han vivido recientemente una historia marcada por el concepto de *revolución*. Si bien ambos mantienen relaciones diplomáticas desde hace bastantes décadas, enmarcadas dentro del ámbito de la OPEP, estas se profundizaron en los años de los presidentes Mahmoud Ahmadineyad (2005-2013) y Hugo Chávez (1999-2013).

En el caso de Irán, la revolución es islámica, en la Venezuela de Hugo Chávez la revolución es bolivariana. Si bien no hay coincidencias temporales –1979, revolución islámica y 1998 elección de Hugo Chávez–, tampoco hay coincidencias ideológicas, la revolución iraní es religiosa a la vez que política,

la de Venezuela lleva inscrita la marca de lo que se ha denominado el socialismo del siglo XXI; sin embargo, en ambos casos hay un elemento doctrinal común: el tercermundismo.

La búsqueda de un referente internacional común que los aleje de la hegemonía de Estados Unidos y del imperialismo del Norte Global es un elemento fundamental en ambos regímenes. La conexión histórica entre el Tercer Mundo y ambas revoluciones explica, en parte, el acercamiento entre los dos países. Ahora bien, esta retórica tercermundista puede apelar a lógicas contrahegemónicas, a la lucha en contra la dominación externa, a la autodeterminación, a la dignidad nacional, a la lucha de los desposeídos, etc., pero en el plano interno Irán ha vivido significativos cambios sociales que no han sido acompañados de cambios significativos en el régimen político.

En este artículo reflexionaremos sobre acercamiento entre Irán y Venezuela en los años de los presidentes Mahmoud Ahmadineyad y Hugo Chávez, para luego analizar el impacto de la retórica tercermundista que animó ese acercamiento en el frente interno en Irán y su posterior repercusión en el Movimiento Verde del 2009.

TERCERMUNDISMO

Tercer Mundo es de esos conceptos que por su carácter polisémico tiende a diluir su valor heurístico. El concepto se ha vaciado de contenido a raíz del fin del Segundo Mundo y del término de la Guerra Fría, por tanto, desde fines de la década de 1980 ha tendido a significar tanto un estado mental como a estar asociado a la pobreza (Neuman, 2005). Quizá el autor

que mejor ha caracterizado lo que significa históricamente el Tercer Mundo en el último tiempo es Vijay Prashad (2008); para este autor, el Tercer Mundo no es un lugar, sino un proyecto político-económico de diversos países que en el contexto de descolonización y Guerra Fría apostaron por una alternativa internacional al orden hegemónico del primer mundo o al vasallaje a la Unión Soviética.

Esta visión política del Tercer Mundo, como señalamos, perdió vigencia con el fin de la Guerra Fría. Por ejemplo, la revista británica *The Economist* publicó un artículo el año 2010 en el que se analiza la actualidad del concepto a partir de la idea de Robert Zoellick, presidente del Banco Mundial en ese momento, quien señaló que lo que se conoció como Tercer Mundo había dejado de existir. El argumento de Zoellick era que las economías emergentes estaban en alza y se estaban transformando en el motor económico global. La revista británica señalaba que eso es en parte cierto, pero que lo fundamental es que el concepto de Tercer Mundo refería a la geopolítica, que en el contexto de la Guerra Fría dejaba poco espacio para la acción independiente de estas naciones. En el siglo XXI, las economías emergentes tienen mayor espacio de acción pero siguen siendo, al menos en parte, dependientes. Lo cierto, señalaba el artículo, es que el mundo se ha vuelto más complejo y las fronteras entre economías dependientes e independientes se fueron diluyendo, las economías ricas dependen del crecimiento de las emergentes, y las economías del antiguo Tercer Mundo dependen del capital del mundo desarrollado (*The Economist*, 2010). Lo interesante del artículo

es que asume una postura economicista para definir el proyecto *tercermundista*, vaciando al concepto de su contenido histórico y político.

La visión de Vijay Prashad (2007) sobre el tema explica mejor su contenido político, se refiere a una asociación de países bien definida cuyo propósito común fue la creación de una alternativa internacional que les permitiera dejar la senda de la dependencia.

En 1955, en la ciudad indonesia de Bandung, se reúne un grupo de representantes de una veintena de naciones, en su mayoría países recientemente descolonizados y que encarnaban una gran diversidad de credos, razas, etnias, historias, etc. Esta reunión es la antesala del Movimiento de Países no Alineados y es el punto de partida del proyecto tercermundista, pero tiene antecedentes históricos de décadas. Para Prashad, la historia comienza en Bruselas en el año 1927, con la reunión de organizaciones antiimperialistas, en lo que se denominó la Liga Contra el Imperialismo; a esa ciudad llegaron representantes de diversos continentes con el propósito de discutir sus experiencias coloniales, escogieron esa ciudad deliberadamente al ser la capital de un imperio brutal. Comunistas europeos sentían simpatía y solidaridad por los pueblos oprimidos por el colonialismo; cuando los soviéticos tomaron control de Rusia, hicieron públicos los tratados secretos de las potencias europeas referentes al tema. El llamado a la autodeterminación de los pueblos comenzó a oírse en la Liga de Naciones, pero a la vez se mantuvo el sistema colonial a través de los Mandatos, por tanto, la Liga Antiimperialista confrontaba esa política y se hacía eco de la aspiración por la autodeterminación, a la

vez que recogía la solidaridad de la izquierda europea. Por tanto, el proyecto tercermundista es fruto de la Modernidad europea, pero confrontaba la hipocresía de las potencias europeas. El nacionalismo de las emergentes naciones tercermundistas debía nacer de la lucha contra el colonialismo y de un programa común para la creación de justicia.

Sin embargo, el proyecto fracasó por motivos tanto internos como externos; en el ámbito interno, las élites de estos países fueron perdiendo incentivo en responder a las demandas de la población, el rasgo patrimonial del Estado tercermundista, a cargo de estas élites nacionales, terminó por minar el proyecto. Sin embargo, el factor más importante que explica el fracaso del proyecto tercermundista fue lo que Prashad denomina el proyecto del *Atlántico Norte* (2007, p. 280), es decir la creación del grupo de las siete economías más poderosas y de un nuevo orden económico mundial, que terminó aplastando al proyecto tercermundista, principalmente con el mecanismo de la deuda.

En síntesis, el Tercer Mundo, entendido como proyecto histórico-político, se fundamenta en elementos económicos (dependencia) y políticos (colonialismo y Guerra Fría). Lo relevante del proyecto era que los países del Tercer Mundo pretendían crear un referente internacional que les permitiera

libertad de acción. Prashad argumenta que, si bien ese proyecto ha fracasado, las luchas por dignidad cultural, derechos a la tierra y al agua, paridad económica, derechos de las mujeres, de los indígenas, democratización, responsabilidad estatal, etc., siguen vivas, y desde estas batallas emergerá el sucesor del Tercer Mundo (p. 281).

Para Mark Berger, los factores elementales del tercermundismo son:

1. El supuesto de que las “masas populares” en el Tercer Mundo tienen aspiraciones revolucionarias.
2. La satisfacción de estas aspiraciones son el resultado inevitable de la historia desde las formas de igualitarismo de la era precolonial a la realización de la utopía futura.
3. El vehículo para la realización de estas aspiraciones es un Estado-nación centralizado y fuerte.
4. En cuanto a política exterior, estos Estados-nación deben formar alianzas que les permitan actuar colectivamente bajo el paraguas de varias formas de cooperación política y económica a niveles regionales e internacionales, como sucedió con el Movimiento de Países No Alineados (2004, p. 34).

Por tanto, tercermundismo refiere a una doctrina, un proyecto o un discurso que se fundamenta en la lógica histórica del proyecto del Tercer Mundo, es decir, la creación de un nuevo orden internacional más justo¹ y que

¹ Los principios de la Conferencia de Bandung nos pueden ayudar a entender la idea de justicia y nuevo orden internacional que quería conseguir el proyecto tercermundista, esos principios son:

1. Respeto por los derechos fundamentales del hombre y por los fines y principios de la Carta de las Naciones Unidas.
2. Respeto para la soberanía y la integridad territorial de todas las naciones.
3. Reconocimiento de la igualdad de todas las razas y de todas las naciones, grandes y pequeñas.

en la actualidad permanece latente en el Sur Global (Patel y McMichael, 2004).

IRÁN BAJO AHMADINEYAD

Mahmoud Ahmadineyad, que había sido alcalde de Teherán entre el 2003 y el 2005, provenía de un sector del espectro político denominado *Usulgarayan*, es decir, los “seguidores de los principios”, comúnmente llamados principalistas. Este sector, surgido en la década de 1990, se opuso a las tendencias reformistas de Mohammad Khatami (*eslahthalaban*) y de conservadores (*mohafezehkaran*) de tendencia desarrollista (Kamrava, 2011), ambas buscaban reinterpretar la política del ayatolá Jomeini. Este grupo encontró su inspiración en el ayatolá Misbah-Yazdi (Axworthy, 2013), este clérigo entendió, a fines de la década de 1980, que el derrocamiento de los reformistas

no sería un proceso rápido. Este proceso debía partir de la educación de sus partidarios, los que después serían puestos en cargos de relevancia dentro del sistema (Ansari, 2007). Estos seguidores del ayatolá Misbah-Yazdi también iban a estudiar a Occidente, con el fin de entender la filosofía y política de esta parte del mundo. Este sector, comprometido con la religión, también estaba comprometido con el autoritarismo del sistema. Ellos consideraban que el líder supremo debía ser algo así como un rey, por tanto, desdeñaban la democracia occidental (Ansari, 2007). La mezcla de nacionalismo e islam es fundamental para entender la visión del ala conservadora para reclamar un rol más prominente en la región (Takeyh, 2009)².

En el contexto de comienzos del siglo XXI, ante la mala situación económica de una gran parte de la población del país, muchas

4. Abstención de intervenciones o interferencia en los asuntos internos de otros países.

5. Respeto al derecho de toda nación a defenderse por sí sola o en colaboración con otros Estados, de conformidad con la Carta de las Naciones Unidas.

6. Abstención de participar en acuerdos de defensa colectiva con vistas a favorecer los intereses particulares de una de las grandes potencias y abstención por parte de todo país de ejercer presión sobre otros países.

7. Abstención de actos o de amenaza de agresión y del uso de la fuerza en los cotejos de la integridad territorial o de independencia política de cualquier país.

8. Composición de todas las vertientes internacionales con medios pacíficos, como tratados, conciliaciones, arbitraje o composición judicial, así como también con otros medios pacíficos, según la libre selección de las partes en conformidad con la Carta de las Naciones Unidas.

9. Promoción del interés y de la cooperación recíproca.

10. Respeto por la justicia y las obligaciones internacionales.

² El nacionalismo al que nos referimos se fundamenta en principios articulados a partir de la revolución de 1979, cuyo eje fundamental es el islam shii. A diferencia del periodo anterior, en que el sha también explotó el nacionalismo, la raigambre de este era más bien étnica (persa). Sin embargo, es pertinente preguntarse si verdaderamente existen diferencias significativas en ambos discursos. La complementariedad entre lo persa y lo shii permite entender la idea detrás del nacionalismo iraní, de que Irán es un país distinto al de sus vecinos y que merece un rol especial en la región. Para profundizar en este tema ver Hammad (2014).

personas comenzaron a acercarse a la posición de estos principalistas, no tanto por simpatía con el grupo, sino más bien por considerar que Irán no estaba listo para la democracia. Por tanto, la estrategia fue triple: por una parte, distraer la atención enfrentando directamente a los reformistas, explotando el descontento popular; en segundo lugar, la utilización de una retórica populista para exaltar a las masas, en ese sentido, la utilización de la memoria de la guerra contra Irak fue muy importante; también se hicieron ver como más comprometidos con las clases populares, para esto invirtieron más dinero, crearon puestos de trabajo, etc. La otra estrategia fue buscar un hombre que pudiera aglutinar toda la filosofía detrás del grupo, además de ser capaz de llegar al poder popularizando los ideales del mismo. El alcalde de Teherán, Mahmoud Ahmadineyad, podía ser ese hombre, que además logró explotar muy bien su posición de *outsider* de la política (Axworthy, 2013).

En sus años en la alcaldía de la capital iraní, Ahmadineyad pudo llevar a la práctica parte de los ideales del grupo de conservadores, lo que significó un enfrentamiento directo con el presidente Mohammad Khatami, es más, el presidente no tenía confianza en el alcalde, lo consideraba su antítesis ideológica y un peligro para la nación (Ansari, 2007, p. 28). Luego vinieron las elecciones el 2005 y el resultado fue sorpresivo, ganó el singular alcalde de Teherán sobre Akbar Hashemí Rafsanjani, un político de gran trayectoria y un líder espiritual a la vez. La estrategia había logrado su objetivo. La capacidad de Ahmadineyad de canalizar el descontento popular logró hacer que triunfara.

El candidato triunfador y sus adherentes buscaban hacer ver su victoria como una nueva revolución, como una victoria milagrosa del pueblo frente al establecimiento. La retórica nacionalista, con una mezcla de internacionalismo islámico, fue parte esencial del discurso de Ahmadineyad, en este sentido fue fundamental la incorporación a este discurso de enemigos, tanto internos como externos. Los enemigos internos eran los reformistas, los enemigos externos eran múltiples, pero como señala Ray Takeyh (2009), una forma de aproximarse a la política exterior de los años de Ahmadineyad es enfocándose en los tres temas prioritarios para Teherán: la cuestión nuclear, las luchas civiles posteriores a la guerra con Irak y el conflicto árabe-israelí (p. 242), es decir, los enemigos que surgieran de esos temas eran enemigos consagrados de la revolución y del país.

La retórica de confrontación constante fue importante para el régimen de Ahmadineyad, de esta forma pudo conservar la atención de la gente, sobre todo en el ámbito económico, donde Irán no ha tenido un rendimiento plenamente satisfactorio. Tema que nos lleva a otro punto crucial de la política del presidente Ahmadineyad, el ingente gasto del Gobierno se sustenta en las rentas del petróleo, sin embargo, la debilidad interna de la economía iraní no se logró superar (Hakimian, 2007, p. 70); durante la época reformista, con Rafsanjani y Khatami se comenzó a abrir la economía al mundo globalizado, sin embargo, la dependencia del petróleo es un flagelo para la economía iraní (Axworthy, 2013). Por otra parte, y aunque parezca paradójico, los bajos niveles de petróleo refinado son un problema

para la economía en su conjunto, que ven a diario los usuarios; debido a factores técnicos y al ambiente internacional, Irán tenía dificultades para abastecerse de este crucial producto. Esto también sirvió al discurso de Ahmadineyad, ya que señaló que este era responsabilidad de Occidente³.

En el plano internacional ya hemos señalado que el presidente Ahmadineyad mantuvo una posición radical y de confrontación. Sus críticas a Occidente, a las instituciones económicas internacionales y el elogio a la autosuficiencia recordaban al discurso del Tercer Mundo (Khavand, 2007). Las sanciones impuestas a Irán por parte de Estados Unidos durante el gobierno de George Bush tuvieron como consecuencia que el régimen de los ayatolás buscara nuevos socios internacionales (Zaccara, 2011); en ese sentido, el factor tercermundista cobró relevancia. No es del todo aventurado señalar que la política de Estados Unidos en relación con Irán llevó al régimen a adoptar una posición internacional más radicalmente confrontacional (Sadjapour, 2010).

Efectivamente, Ahmadineyad tenía un discurso que de alguna manera recuerda la retórica del Tercer Mundo, pero la política exterior de Irán ha tenido como elemento central la libertad e independencia desde hace bastante tiempo, desde antes de la revolución (Ramazani, 2008; Mesa, 2009). Desde 1979

el islam es elemento fundamental de la política y la identidad iraní; así, independencia política, autarquía económica, movilización diplomática en contra del sionismo y Estados Unidos han guiado la cultura política de Irán, una metanarrativa utópica-romántica permanente ha sido el centro de esta cultura política (Adib-Maghaddam, 2008). Por tanto, cabe preguntarse ¿qué es lo que cambió con Ahmadineyad entonces? Los énfasis son distintos, y el tono es profundamente antinorteamericano y antiglobalización (Takeyh, 2009). Si bien el internacionalismo islámico se escuchó en el fundador de la República Islámica, el ayatolá Jomeini, no se había escuchado desde entonces con tanta vehemencia.

La fuerte retórica antiglobalización y contrahegemónica, entonces, fueron dos componentes ejes del discurso de Ahmadineyad, si bien antes de él existían ambos componentes en la política iraní, en el sentido de la búsqueda de independencia y autosuficiencia, Ahmadineyad ha llevado el discurso a niveles no conocidos, por lo menos, desde 1979. Para esto fue fundamental el petróleo.

Las rentas del petróleo le permitieron a Ahmadineyad disponer de importantes recursos con los que se pudo financiar sus políticas, sin embargo, no produjo un efecto positivo en la economía en su conjunto. El comportamiento económico, en este sentido, no difirió tanto del último sha, que basó todo su sistema

³ En relación con este punto se recomienda ver Fontaine (2010), en donde el autor, basándose en la experiencia de los países andinos, elabora una teoría sobre los conflictos sociales y ambientales que genera la dependencia del petróleo. Problemas como el abastecimiento constante, la satisfacción constante de la demanda sin sacrificar el desarrollo humano, y la dependencia del mercado mundial.

económico en el petróleo, lo que produjo un efecto negativo en el mediano y largo plazo (Halliday, 1981). No deja de ser llamativo el hecho de que el potencial de la economía iraní es enorme, por sus reservas de petróleo y gas natural, además de su gran población que posee un nivel de educación bastante elevado en el contexto del Tercer Mundo; no obstante, el petróleo ha sido, en este sentido, un verdadero enemigo del desarrollo pleno de sus potencialidades (Hassan, 2007).

LA VENEZUELA DE HUGO CHÁVEZ

Venezuela presenta un caso similar al de Irán; ambos países poseen cuantiosas reservas probadas de petróleo, pero no han podido desembarazarse de la dependencia de la exportación de este producto.

Por otra parte, Hugo Chávez y Mahmoud Ahmadineyad han sido denominados como “populistas” por sus detractores, y han mantenido una retórica fuertemente antiestadounidense. Ambos eran elocuentes, ciertamente confrontacionales y apelaban a la masa como objetivo fundamental de sus políticas y como factor esencial de su fuerza política.

Desde la llegada al poder de Ahmadineyad se intensificó el intercambio entre ambos países. Si bien las relaciones entre Venezuela e Irán datan de aproximadamente de la década de 1940, al comienzo fueron relaciones cordiales pero moderadas, a la llegada al poder de Ahmadineyad el flujo de visitas mutuas y tratados se multiplicó. Antes de esto evidentemente la OPEP era el entorno común de ambos países, pero este ámbito de intercambio se amplió (Bermúdez, 2008).

El factor ideológico ha sido determinante para que diversos gobiernos de América Latina se acerquen a los países del Medio Oriente (Brun, 2015), una alianza antiimperialista es un factor fundamental para entender la diplomacia del presidente Chávez, y su búsqueda de un orden pluripolar (Brun, 2015; Ullán de la Rosa, 2012) lo llevó a desarrollar el proyecto de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), alianza política que buscaba frenar la influencia estadounidense en América Latina. La búsqueda de una oposición activa a Estados Unidos, además de un modelo de desarrollo alternativo, fueron objetivos comunes entre Venezuela e Irán. El elemento para reflexionar acá es si el *input* ideológico de este acercamiento estuvo determinado solo por la antipatía a Estados Unidos, o lo más relevante es el carácter contrahegemónico de sus relaciones bilaterales. Puede haber un matiz de diferencia, pero es importante. La oposición de ambos países a Estados Unidos no es porque exista un odio específico hacia ese país, más bien Estados Unidos representa el epítome del poder hegemónico global, y de alguna manera resume las aprensiones de ambos regímenes, pero no es el único, también hay desconfianza hacia otros países o potencias regionales que amenacen sus proyectos, por ejemplo, en el caso de la Venezuela de Chávez había un cierto recelo hacia regímenes que no representaban su tendencia político-ideológica como Colombia, con Álvaro Uribe, y Chile, con Sebastián Piñera; pero también a Brasil por representar una cierta amenaza al proyecto político regional, por su envergadura y su potencial. Segundo, este acercamiento tuvo como trasfondo la idea de que se debe gene-

rar una alternativa, desde el Tercer Mundo, a la globalización con cariz occidental (Sylvia y Danopoulos, 2003) que, además, en la percepción de estos países, tiene un claro componente hegemónico.

Sin embargo, este acercamiento no se ha quedado solo en lo retórico, también se ha generado un importante proceso de complementariedad económica entre los dos países, en el que ambos reconocen sus debilidades y, por tanto, tratan de crear espacios de cooperación. Un ejemplo importante es el petróleo, pero no el único; en materia financiera han creado un banco en conjunto, y en materia industrial han creado una fábrica de tractores.

El tercermundismo de Hugo Chávez fue muy activo, lo que se tradujo en una retórica internacional bastante confrontacional. Pero además, en el plano interno se tradujo en el rechazo a toda manifestación de la oligarquía tradicional. Las iniciativas del Gobierno para desarrollar sus políticas fueron múltiples, y todas dependieron del financiamiento a través del petróleo. El gobierno de Chávez combinaba el nacionalismo con reformas sociales, todo con la ayuda del petróleo (Ali, 2007, p. 56).

Un caso en este sentido son los medios de comunicación controlados por el Estado, así como las editoriales. Un ejemplo es la Editorial Monte Ávila, la cual publica gran cantidad de literatura política. Los historiadores Mario Sanoja Obediente e Iraida Vargas-Arenas publicaron en dicha editorial el libro *La revolución bolivariana, historia, cultura y socialismo* (2008), si consideramos que es una editorial del Gobierno, entonces podemos presuponer que su pensamiento no contravenía la política del presidente Hugo Chávez.

Los mencionados historiadores señalan en su libro:

La expansión de la civilización capitalista hacia el Tercer Mundo comenzó a ser denominada “modernización”, implicando también la transformación y el reemplazo de las normas, valores y prácticas tradicionales de esas sociedades y su incorporación como territorios dependientes dentro de un proceso neo-colonial llamado “Globalización”. Para facilitar los intentos de desconstrucción de las sociedades del Tercer Mundo y en particular de países petroleros como Nigeria y Venezuela, EE.UU. contó con el apoyo irrestricto de las oligarquías y los partidos reformistas socialdemócratas, socialcristianos o formados a partir de las logias católicas fundamentalistas como el Opus Dei, como es el caso en nuestro país con el partido Primero Justicia (2008, p. 75).

Dejan claro, por tanto, que el problema de la intervención extranjera está determinado por la retórica Occidental de la modernidad y la connivencia con las clases oligárquicas.

Más adelante señalan:

El desprecio que experimentaban tanto la gran burguesía como la clase media venezolana por su propio pueblo, se juntaba con el desprecio que sentía y siente el *stablishment* estadounidense por nuestro pueblo, lo cual los llevó a juntar fuerzas para derrocar y coartar todos los esfuerzos que trataron de hacer los movimientos progresistas y nacionalistas venezolanos hasta 1998 y los que ha hecho y sigue haciendo la Revolución Bolivariana desde 1998 para recuperar nuestra independencia y nuestra soberanía (Sanoja y Vargas-Arenas, p. 157).

Acá ya trazan el derrotero de la Revolución Bolivariana de Hugo Chávez, enmarcándolo dentro de la lucha por la independencia; claramente podemos relacionar esto con el discurso del Tercer Mundo, muy similar al iraní.

En ese mismo sentido señalan:

El surgimiento de un polo islámico de poder alternativo liderado por Irán, de un poderoso bloque de poder regional integrado por China, Rusia y la India, han ampliado las fisuras del poder del imperio, permitiendo la consolidación de poderes emergentes que, de otra manera, nunca habrían podido lograr un estatus políticamente autónomo. Por primera vez en su historia, el imperio estadounidense-europeo se enfrenta al boque que amenaza seriamente su hegemonía (Sanoja y Vargas-Arenas, p. 249).

En suma, el discurso en la Venezuela de Hugo Chávez llama la atención sobre los mismos aspectos que en Irán han significado años de lucha por una mayor autonomía internacional.

Por tanto, el chavismo, como discurso, está relacionado claramente con el discurso del Tercer Mundo. Es un discurso ecléctico, marcado por el tercermundismo y una influencia intelectual diversa, entre otros por los escritos de Norberto Ceresole, Heinz Dieterich y Marta Harnecker (Helllineger, 2006, p. 5). El centro del discurso y de las políticas del Gobierno de Hugo Chávez fue la consecución del desarrollo, pero desde una perspectiva novedosa, independiente y contrahegemónica.

Claramente, Irán y Venezuela comparten objetivos internacionales, una alternativa a la globalización es el principal de ellos. Hugo Chávez comenzó a crear un sistema que demostró que con la ayuda del petróleo se puede

desafiar la globalización neoliberal (Parker, 2005). La política exterior de Chávez, por lo tanto, es desafiante y activa en la búsqueda de alternativas al poder unilateral de Estados Unidos y a la globalización neoliberal (Ellner, 2002).

Aun así, cabe señalar que la dependencia hacia la economía norteamericana es insoslayable. El enorme porcentaje de petróleo que Venezuela exporta a Estados Unidos hace que la economía del país esté prácticamente indexada a la de Estados Unidos. Eso mismo lo percibía Hugo Chávez como una debilidad que debía abordar. Por lo anterior, para el presidente Chávez fue fundamental cambiar la relación del Gobierno venezolano con la petrolera estatal Petróleos de Venezuela, S.A. (PDVSA), que desde la nacionalización del petróleo en 1976 se había convertido en un “Estado dentro del Estado”; para el Gobierno bolivariano era fundamental que la petrolera reportara mayores dividendos al país, sin embargo, la burocracia interna, la llamada “meritocracia petrolera” con su política de apertura exterior (Saint-Upéry, 2008, p. 128) fueron una piedra de tope para los objetivos de Hugo Chávez, que si bien no logró cambiar del todo la relación entre el Gobierno venezolano con PDVSA (Mommer, 2003), sí logró que el dinero del petróleo garantizara sus políticas sociales.

En ese sentido, las políticas sociales del presidente Chávez seguían un patrón que no necesariamente se puede identificar con el socialismo, es más, en algunos aspectos Hugo Chávez era bastante pronegocios (Saint-Upéry, 2008, p. 136), una prueba de ello son los enormes centros comerciales de la ciudad de

Caracas. Sin embargo, la renta del petróleo le permitió mantener una serie de políticas públicas que se podrían denominar socialistas, pero en general su enfoque ha sido más nacionalista y desarrollista (Kozloff, 2007, p. 181).

El acercamiento entre Irán y Venezuela en los años de Hugo Chávez estuvo enmarcado, entonces, dentro de una estrategia mayor, de ambos países, por crear un sistema internacional y un modelo de desarrollo nuevo, un frente conjunto que les permitiera el desarrollo de sus programas ideológicos (Brun, 2008).

El Irán de Mahmoud Ahmadinejad, con su discurso tercermundista, mantuvo una activa política contrahegemónica y antiglobalización que lo llevó a desarrollar alianzas con países del denominado Sur Global. Hugo Chávez visitó profusamente Irán, desde la época de Khatami (1997-2005), iba a este país con la intención de dinamizar la OPEP. En 2004 visitó a Mahmoud Ahmadinejad, entonces alcalde de Teherán, con el objetivo de inaugurar un monumento a Simón Bolívar; en esa ocasión el alcalde dijo las siguientes palabras: “Las naciones iraníes y latinoamericanas luchan por la libertad y alientan las revueltas anticolonialistas en otros países” (Brun, 2008, p. 22). Se deja ver con bastante claridad el discurso tercermundista en esta alocución. Posteriormente, y después de la reelección de Hugo Chávez en 2006, el primer jefe de Estado en visitarlo fue Mahmoud Ahmadinejad; las palabras de Chávez fueron ilustrativas: “Bienvenida al luchador por una causa justa, al revolucionario y al hermano” (Brun, 2008, p. 23).

El ritmo de trabajo conjunto es un aspecto que llama la atención, desde el año 2005

hasta el 2009 Hugo Chávez y Mahmoud Ahmadinejad se reunieron cada seis meses. El desarrollo de una agenda conjunta en los más diversos ámbitos fue significativo. El proyecto conjunto más ambicioso fue la creación de un nuevo escenario internacional, tal como señaló Hugo Chávez en julio del 2006: “Si el Imperio norteamericano logra mantener su hegemonía después de los primeros cincuenta años de este siglo XXI, el planeta corre peligro, así que derrotemos al Imperio” (Brun, 2008, p. 26).

Por otra parte, la creación de un sector industrial conjunto, en parte para paliar el déficit en este ámbito de ambas economías, fue un aspecto relevante en la agenda, además de un sector petroquímico relevante que terminara con la dependencia del refinamiento externo de ambos países. Venirán fue uno de estos emprendimientos conjuntos, una fábrica de tractores, de la que Irán es dueña del 51% (Brun, 2008).

Hasta el 2010, las visitas oficiales de Hugo Chávez a Irán fueron nueve, y los acuerdos son bastante amplios en sus temáticas: cooperación financiera, industrial, petroquímica, minera, etc. Pero una dimensión, que ya hemos mencionado, la ideológica, es evidentemente la fundamental (no la única) y la que impulsa a todas las demás. En ese sentido, el periódico venezolano *El Universal*, en octubre de 2010, señaló:

Para Chávez, cooperar con Irán es una “tarea sagrada”. En la noticia se señala que ambos presidentes (Chávez y Ahmadinejad) se saludaron con un: “buenos días hermano” y un fuerte abrazo. Chávez defendió el derecho iraní de proseguir con su programa de energía atómica, además: “las relaciones entre

Irán y Venezuela son verdaderamente fraternales y muy consolidadas [...] ampliar nuestra relación en casi un deber sagrado. Existe mucho potencial en las dos partes que debe ser explorado [...] Estos nuevos tiempos demandan que Irán y Venezuela se coordinen con otros Estados independientes para beneficio de la humanidad y de la seguridad y la paz global (*El Universal*, 2010).

El elemento simbólico fuerte en estas declaraciones es innegable, ambos países sentían el deber moral de balancear la hegemonía global. Este elemento es entendible en el caso de Irán, al ser una república confesional, pero es menos entendible para el caso venezolano, al ser el socialismo (o socialismo del siglo XXI) eminentemente laico; sin embargo, se puede entender en la medida en que el discurso del Tercer Mundo tiene un carácter ético fuerte, por tanto, en los términos en los que plantean su lazo es, además de todos los elementos políticos y económicos concretos, también ético, desde su perspectiva.

Igualmente, firmaron distintos acuerdos de cooperación en áreas energética, financiera e industrial, destacando la creación de un Fondo Único Binacional. La creación de un Banco Binacional (IVBB) entre ambos países sufrió bastantes contratiempos debido a las sanciones de la comunidad internacional al Estado iraní por su programa nuclear (EFE economía, 2013).

En los años del presidente Mahmoud Ahmadinejad, Irán también se acercó a otros países de la región que evidentemente comparten ciertos aspectos de la retórica tercermundista. Bolivia fue un ejemplo al respecto. El diario español *El País* informó, en noviembre

del 2009: “Querido Amigo y Hermano Revolucionario’. El presidente iraní, Mahmoud Ahmadinejad, y su homólogo boliviano, Evo Morales, se unen con fines pacíficos y reiteran sus críticas al ‘imperialismo’ estadounidense” (Azcuí, 2009). En la noticia se señala que ambos presidentes revisaron una agenda de cooperación en materia petroquímica, de hidrocarburos y agricultura, con más de 1.000 millones de dólares aportados por Irán. Ambos países firmaron un acuerdo para que Irán sea parte de un comité que estudia la explotación de la reserva de litio de Uyuni.

El objetivo de Irán en América Latina era establecer un sistema de cooperación alternativo a las instituciones económicas del norte como el Fondo Monetario Internacional. Por tanto, podemos observar claramente el mensaje tercermundista que hemos descrito, y debemos poner atención al énfasis en dos puntos importantes:

1. La idea de un frente contrahegemónico internacional liderado por Irán.
2. Que se considere a un organismo como el FMI como un agente de los intereses hegemónicos norteamericanos. Todo esto es una confirmación del pensamiento que está en los argumentos de Venezuela e Irán.

Los vínculos entre Irán y diversos países de América Latina incluyen:

- Venezuela e Irán han firmado más de 100 acuerdos de cooperación. Teherán invertirá 2.700 millones de euros en el sector petrolero.

- Bolivia: Ahmadineyad ha apoyado los programas de salud del presidente Morales y financiado la instalación de una planta petroquímica. Bolivia traslada su embajada de El Cairo a Teherán.
- Ecuador: Irán le otorgó un crédito de 80 millones.
- Nicaragua: Teherán ha financiado la construcción de 10.000 viviendas populares y varios proyectos de energía.
- Brasil: Irán supone el 28,7 % de las exportaciones brasileñas a Oriente Próximo. Además, el 80 % del comercio bilateral entre Irán y América Latina es entre Brasil y Teherán (Gallego-Díaz, 2009).

TENSIONES EN TORNO A LA ALIANZA IRANÍ

Existen ciertas tensiones en relación con la alianza sudamericana con Irán y la retórica tan antinorteamericana del expresidente de Venezuela Hugo Chávez. Un ejemplo importante es Argentina, país que tiene una profunda desconfianza al régimen de Teherán, desde los atentados a la embajada de Israel en Buenos Aires en 1992 y a la Asociación Mutual Israelita de Argentina en 1994. Este fuerte discurso cargado de simbolismo tercermundista que mantenían los presidentes de Venezuela e Irán era interpretado de no muy buena manera en otros países, lo que también significaba una cierta debilidad del modelo que buscaban impulsar. Es poco previsible que un gobierno de centro-derecha como el de Sebastián Piñera en Chile o de Juan Manuel Santos de Colombia se sintieran cómodos con este discurso.

A esto debemos añadir el aspecto militar, es decir, en América Latina existen problemas de límites nacionales entre distintos países, por tanto, el acercamiento militar entre Venezuela e Irán causa temores. En este sentido, el portal de noticias Eju! Informó a comienzos de 2011:

El régimen de Irán comenzó a inyectar 4.500 millones de dólares para fortalecer su influencia y sus operaciones en América del Sur, de la mano de su aliado principal, el venezolano Hugo Chávez. Por de pronto, en Teherán, el gobierno del presidente Mahmoud Ahmadinejad aguarda el año nuevo persa 1390, que se celebra en marzo, para desplazar esa masa de recursos al fortalecimiento de la Guardia Revolucionaria, la milicia Basij y, sobre todo, la Fuerza Quds de acciones especiales. Esta estructura militar tiene el encargo de incrementar sustancialmente su accionar en tres teatros principales de influencia: la triple frontera argentino-paraguaya-brasileña, Panamá y Venezuela. El comandante de la Fuerza Quds, Qassem Soleimani, acaba de aprobar el nombramiento de 150 posiciones de *staff* en América Latina durante 2011, incluyendo cargos burocráticos en el cuartel general así como posiciones operativas en la región. Como parte de esa masa de us\$ 4.500 millones, Soleimani transfirió US\$ 87 millones a la Fuerza Quds destinados a ser usados en América latina, incluyendo 7 millones de dólares para financiar acciones de la unidad de operaciones internacionales de Hezbollah en esta región. En Irán se descuenta que Soleimani ve a América latina como un escenario de enorme potencial para los intereses de Irán, por lo cual los recursos a inyectar deben estar a la altura de ese diagnóstico. Para Soleimani, la Fuerza Quds (sobre todo acciones violentas de Hezbollah en ultramar) tiene hoy un poderío mayor en zonas donde habitan comunidades de origen chiíta (Martínez, 2011).

Irán y Venezuela ya tenían amplias dificultades políticas y económicas para asociarse, con esto las posibilidades bajaban aún más. Por otra parte, es evidente que por toda la carga político-simbólica de este acercamiento, haya muchos que piensen que no tiene futuro, por lo que es plausible que una oposición tan activa en contra de los poderes hegemónicos y en contra de la globalización no sea sostenible en el largo plazo, pero lo cierto es que los pasos que dieron ambos países fueron considerables en cantidad de dólares y tiempo invertidos, en visitas oficiales realizadas, en proyectos concretados, etc.

EL EFECTO SOCIAL INTERNO EN IRÁN

La revolución produjo en el pueblo iraní la esperanza de un futuro mejor, no obstante, la guerra contra Irak fue destruyendo ese sueño, pero luego de la contienda se comienzan a vivir nuevos y más auspiciosos tiempos. Sin embargo, la llegada de los conservadores al poder tuvo un doble significado: por una parte, demostró el descontento popular por una esperanza que no se vio bien correspondida; por otra, significó la llegada de nuevos actores sociales, que ya no canalizan su descontento a través del régimen, sino por medio de la acción social. Irán se ha jactado durante largo tiempo de tener una identidad milenaria bien definida. Complementario a eso, el antiimperialismo revolucionario ha demarcado también la identidad del pueblo iraní. Pero cómo esto se traduce o se relaciona con la sociedad iraní es complejo, lo cierto es que se están produciendo cambios graduales pero significativos en este sentido (Malony, 2002).

La revolución iraní quería ser la expresión de una cierta insurrección contra el imperalismo mundializado de Occidente. Se fijó por tarea realizar el reino de los desheredados (*mostaz'afin*) en la tierra, de acuerdo con una visión militante del tercermundismo cruzado de un islamismo influido por el izquierdismo (Khosrokhavar, 2009, p. 303). Cabe preguntarse entonces ¿percibe la sociedad civil que ese reino ha llegado o está próximo? ¿Será eficiente en este sentido la alianza con Venezuela? ¿Es lo que el pueblo quiere?

Antes que eso, pero en el mismo ámbito, debemos señalar que Irán presenta una cierta ambivalencia entre tradición y modernidad que recorre el debate social y el religioso interno. En ese sentido, el régimen que simboliza y garantiza un sistema social y político tradicional, también posee elementos modernos, pero la sociedad también comienza a despertar y reivindica la modernidad del régimen (Khosrokhavar y Roy, 2000). El triunfo de los principalistas en las elecciones del 2009 en Irán mostró que los jóvenes estudiantes y las mujeres que, dicho sea de paso, desde el comienzo de la era revolucionaria tuvieron un rol destacado, por ejemplo, utilizando el chador en las universidades en la época del sha, cuando estaba prohibido (Keddie, 2006), comenzaron a despertar y a protestar por una mayor liberalización del régimen, lo que puede traer consecuencias insospechadas, pero no necesariamente perjudiciales para el régimen en el largo plazo (Merinero, 2007a).

Se están desarrollando movimientos sociales en Irán que se están transformando en una contestación activa a la política del Estado. En este sentido, y relacionándolo con la

idea de que los principalistas desprecian la democracia, cabe señalar que es probable que el pueblo iraní no esté interesado en una alianza con Venezuela, sino más bien en el desarrollo de mejores niveles de vida y una democratización del régimen.

Como señala María Jesús Merinero (2007):

Los movimientos sociales del Irán actual se constituyen en torno a algunos ejes en los que la relación con el mundo está como reimpulsada por la voluntad de definirse como una entidad autónoma, como una nación independiente, a fin de desafiar la pretensión a la mundialidad de los principios del islamismo político que detentan las riendas del poder. Tres movimientos comparten la escena pública: el movimiento de las mujeres, el de los intelectuales y, por último, el de los estudiantes [...] Hay introversión de su movilización y no la extroversión suficiente y necesaria para promover un movimiento antimundialización que tuviera como referencia lo local y lo vmundial y en el que lo nacional no es más que, a lo sumo, uno de sus referentes (p. 305).

El objetivo contrahegemónico de estos grupos también existe, pero su contrahegemonía se dirige hacia los grupos conservadores y principalistas, por tanto, hacia adentro del país y no tanto hacia fuera. Las nuevas generacio-

nes, al parecer, están más concentradas en la búsqueda de bienestar, mejores condiciones de vida, en vivir los frutos de la Modernidad, que en denunciar la arrogancia de Occidente (Merinero, 2007a, p. 312). En el ámbito de la globalización, por tanto, la sociedad iraní pugna por globalizarse manteniendo sus raíces, pero alejándose de la política maximalista de los principalistas⁴.

Algunos analistas incluso señalan que ante el avance que ha dado Irán en el contexto regional por establecerse como un país pivote, existen también dificultades internas insoslayables, entre ellas el movimiento de los estudiantes y el de las mujeres. Ambos grupos han ganado fuerza, los nuevos medios de comunicación les dan la posibilidad de agruparse y dialogar, pero a la vez de informarse y potenciarse. Este proceso, que es sumamente interesante, es complejo a la vez para las pretensiones del régimen, en la medida en que representa la pureza del islam y la verdad última, y pretende tener una exigencia *ad eternum*; sin embargo, si no hay apertura para tratar las pretensiones de ambos grupos, y todos los que puedan ir surgiendo, el régimen podría ir resquebrajándose (Maloney, 2008). El desafío para Irán entonces es enorme: por un lado, mantener una política internacional que permita crear un nuevo orden mundial,

⁴ Este descontento se puede ver reflejado en la película *Persepolis*, del 2007, basada en la novela gráfica de la iraní, radicada en Francia, Marjane Satrapi, en la cual una niña que vive la revolución es enviada a vivir por sus padres a Europa. La pugna que se ve en la película por mantener un estilo de vida que acerque a los jóvenes más globalizados es muy interesante. Cuando Satrapi volvió a Irán experimentó un profundo desaliento por el desarrollo de la revolución, lo que finalmente hace que vuelva a vivir a Europa. Este es un testimonio de cómo la juventud iraní ha vivido en una verdadera encrucijada en los últimos veinte años.

pero a la vez mantener el poder, aun cuando distintos grupos dentro de la sociedad comienzan a pugnar por apertura y democratización.

El resultado de las elecciones del año 2009 demostró cómo estos movimientos lograron hacerse ver y escuchar ante lo que percibieron fue un fraude electoral. La represión del régimen fue fundamental para mantener el sistema, pero quedó claro que, de ahí en adelante, este no puede seguir pensando que estos movimientos no existen o que pueden ser fácilmente cooptados o reprimidos.

El Movimiento Verde, que se generó a partir de las elecciones del 2009, está conectado con los movimientos sociales antes expuestos por su raigambre sociocultural y política⁵. Los jóvenes que se sintieron interpelados por el candidato reformista Mir-Hossein Mousavi eran principalmente universitarios, de sectores urbanos, lo que muestra que Irán se está enfrentando a un cambio paradigmático en su composición social, que aparejada una crisis de legitimidad política importante. La base de apoyo del presidente Mahmoud Ahmadineyad estaba en los sectores pobres, urbanos y rurales, en los que la retórica contestataria y por los desheredados logró calar hondo. Pero a su vez, fruto de los mismos logros del país en cuanto a escolarización y estándar de vida, la población

urbana de clase media y media-alta no siente la misma identificación con ese discurso. Lo que intentaba hacer Mousavi, al parecer, era democratizar el pacto social de la era revolucionaria, la estrategia era forzarle la mano a la línea dura del régimen en la opinión pública (Hashemi, 2014). Sin embargo, el margen legal que deja el sistema político iraní para estas aventuras reformistas es bastante escaso, por lo que la oligarquía en el poder recurrió a la intimidación para acallar las protestas y ahogar las demandas por democratización.

El Movimiento Verde pasó por tres fases, según Nader Hashemi (2014): desde junio del 2009 hasta febrero del 2010, en la que las protestas se centraron en demandas por el voto, *Where is my vote?* era la consigna⁶; hasta ahí la idea era mezclarse con la multitud en las celebraciones religiosas, por lo que el carácter litúrgico de las conmemoraciones religiosas chiíes estaba siendo arrebatado al régimen. En la segunda fase, desde febrero del 2010 hasta enero del 2011, el movimiento pasa a una estrategia de reflexión y reformulación; este paso fue inevitable, dado que la represión del régimen fue contundente, pero el apoyo internacional a la causa del Movimiento Verde fue significativo. En la tercera fase comenzó la Primavera Árabe, en ese contexto el

⁵ En las elecciones presidenciales de junio del 2009, el presidente en ejercicio, Mahmoud Ahmadineyad, derrotó al candidato reformista independiente Mir-Hossein Mousavi por un amplio margen. Sin embargo, se desataron oleadas de protestas debido a lo que se percibió como un fraude electoral. Principalmente jóvenes universitarios, que percibieron en Mousavi una oportunidad de apertura, fueron los que protestaron, en lo que se denominó como Movimiento Verde, dado que el color que identificaba al candidato reformista en dichas elecciones era el verde.

⁶ El hecho de que los jóvenes universitarios escogieran una consigna en inglés y la mostraran en pancartas por fotos a través de las redes sociales demuestra que existía una estrategia deliberada por proclamar su protesta al mundo forzando al régimen en el ámbito de la opinión pública internacional.

movimiento llamó a demostraciones públicas para contrarrestar los llamados del régimen a celebrarla como un “despertar islámico”. Por tanto, la conexión entre Irán y la Primavera Árabe va más allá de la retórica de Tercer Mundo o de la instrumentalización de la religión por parte del régimen, la crisis de legitimidad que enfrenta el Gobierno es un elemento fundamental para entender esta conexión (Hashemi, 2014, p. 221).

Como señala Hamid Dabashi (2012), el surgimiento del Movimiento Verde es la demostración de que en Irán se está abriendo camino lo que el autor ha llamado una *modernidad societal*, en contraste con una modernidad política que ha fracasado y que ha tenido como dispositivo narrativo las meta-narrativas contrarias al colonialismo europeo y norteamericano, y cuyo corolario han sido tres modelos de discursos: el nacionalismo anticolonialista, el socialismo tercermundista y el islamismo militante (p.13). Esta *modernidad societal* ha implicado el descrédito de estas narrativas (no necesariamente su desprecio), la sociedad iraní está más conectada con un *cosmopolitismo mundano*, que se caracteriza por conectar luchas sociales que habían estado ocultas bajo las grandes narrativas eurocéntricas, occidetlocéntricas, *fin de la historia*, *choque de civilizaciones*, etc. (Dabashi, 2012, p. 15).

Así como la Primavera Árabe demostró que la sociedad civil árabe estaba dispuesta a enfrentar directamente la represión, el Movimiento Verde demostró que la sociedad iraní está dispuesta a enfrentarse al régimen. La oligarquía iraní desconfía del efecto que pueda

tener en la sociedad una apertura, temen que la globalización perjudique lo que han logrado en independencia, autodeterminación y cultura religiosa, todos frutos de la revolución de 1979 (Axworthy, 2013). La sociedad iraní no se revela en contra de esos valores, sino en contra de una oligarquía que considera ser la única garante de ellos. El régimen iraní teme a cualquier alzamiento popular, pero sus recursos para aplacarlos van más allá de la intimidación y la represión, la redistribución de las rentas del petróleo y el gasto social también son factores fundamentales (Maloney, 2011), por tanto, Irán ha adoptado diversos recursos para aplacar las protestas populares, a diferencia de lo sucedido en los países árabes, pero eso no significa que logre capitalizar el descontento popular de las masas desposeídas en el Medio Oriente.

La respuesta latinoamericana a estas manifestaciones en el mundo árabe estuvo enmarcada en el principio de no intervención militar y respeto de los derechos humanos. Venezuela y el ALBA, por su parte, condenaron la intervención de la OTAN señalando que la alusión a las violaciones de los derechos humanos ha valido como principio subsidiario que sirve a fines imperialistas (Galindo, Baeza y Brun, 2014, p. 136). Esta respuesta revela que hay una cierta coincidencia en América Latina en relación con la no intervención militar de parte de las potencias globales en conflictos regionales, pero también revela que no hay coincidencia en cuanto a la trascendencia universal de los derechos humanos. El déficit en relación con estos derechos, que ha sido consignado por organismos internacionales

en Venezuela⁷, es un aspecto que emparenta al régimen de Venezuela con el de Irán; en ambos casos la retórica antiimperialista ha contemplado la utilización de los derechos humanos como excusa imperialista (Ramos, 2015).

Queda de manifiesto que después del Movimiento Verde y de la Primavera Árabe en Irán, la clase gobernante iraní quedó dividida (Behrooz, 2012). El sector reformista que había causado entusiasmo entre jóvenes y clases medias quedó más bien debilitado, pero con la elección de Hasán Rouhaní en 2013 pudieron volver al poder; sin embargo, con un apoyo menos entusiasta de la población, el intento del régimen de alivianar las tensiones con Occidente y Estados Unidos puede explicar la vuelta de los reformistas. Aunque es probable que las diferencias entre el ala reformista y los conservadores se exageren en la diplomacia occidental y estadounidense (Hakakian, 2013), y sus diferencias en el ámbito interno no sean tan grandes, lo importante es mantener vivo el sistema que se inició con la revolución de 1979; si para eso es necesario hacer algunas concesiones mínimas, entonces están dispuestos a hacerlas, en la medida que nada cambie sustancialmente.

CONCLUSIÓN

En la historia del siglo xx, el factor doctrinal fue fundamental para establecer alianzas internacionales entre países y bloques. En el marco de la Guerra Fría, los países occidentales y los

países del bloque del este establecieron un sistema internacional que perduró por cuatro décadas, en ese contexto surgió el Tercer Mundo. El discurso tercermundista se basaba en la búsqueda de un nuevo trato internacional, de un sistema en el que los desposeídos de antes tuvieran cabida; se basaba en la desconfianza a toda forma de imperialismo y sujeción de los pueblos del Sur Global.

Esta desconfianza no es gratuita, existe una larga historia de intervencionismo europeo y estadounidense en todo el Tercer Mundo, sin embargo, tal como demuestra la historia del proyecto tercermundista, mucho de su fracaso se debió a problemas internos (despilfarro fiscal, Estados patrimoniales, corrupción, etc.). Las élites tercermundistas creyeron que sus proyectos políticos se fundaban en la justicia, por su radical rechazo al imperialismo y su apelación a la liberación de los pueblos oprimidos, sin embargo, aquello no garantizó mayor justicia social en el plano interno.

Irán es un país que ha apelado constantemente a su milenaria historia para afirmar su identidad, si bien estuvo bajo la influencia de los imperios coloniales europeos en los siglos xix y xx, nunca fue directamente colonizado. No obstante, esa influencia imperialista sigue pesando en el discurso nacionalista iraní. Ese discurso mezcla el pasado persa y al islam chiita duodecimano. El tercermundismo es y ha sido un elemento importante en el discurso de política exterior de la República Islámica; los líderes de la recién creada República

⁷ Ver informe de Humans Rights Watch (2013).

entendieron que su experimento político no sobreviviría si las potencias occidentales intervenían. Por eso, un proyecto internacional que apelara a la independencia, a la diversidad, a la descolonización y a los proyectos alternativos era atractivo para ellos.

El tercermundismo como factor doctrinal explicativo de la política exterior de Irán y Venezuela durante las presidencias de Mahmoud Ahmadineyad y Hugo Chávez respectivamente, permite entender cómo dos países distantes geográfica e históricamente pueden asociarse. Sin embargo, ese mismo factor no logra explicar cómo un país que experimenta profundos cambios sociales mantiene un sistema político rígido, con escasas posibilidades de dar cabida a voces disidentes. El discurso tercermundista, con su apelación al antiimperialismo, es radical en el plano internacional, pero puede ocultar un orden interno conservador, oligárquico y antidemocrático.

La pregunta que cabe hacerse entonces es: ¿sienten los pueblos iraní y venezolano la necesidad de acercarse mutuamente? La respuesta más probable es que no, la necesidad de los nuevos actores sociales iraníes por profundizar la democracia, abrirse paso en el mundo globalizado manteniendo la política que tanto caracteriza a Irán de independencia y autonomía, es más relevante al parecer. La sociedad civil iraní probablemente cree en los ideales del Tercer Mundo, pero la democratización del sistema internacional, al parecer debe partir desde adentro, ciertamente el aislamiento internacional no es objetivo de estos nuevos actores sociales. El Movimiento Verde iniciado en 2009, y la repercusión de la Primavera Árabe a partir del 2011, prueban

que existe una tensión entre el régimen y la sociedad civil iraní que aún no está resuelta, y probablemente no se resolverá en el corto plazo, dadas las características del sistema político iraní. Es altamente probable que en el futuro próximo veamos nuevas manifestaciones, es probable también que el régimen vuelva a reaccionar con dureza, pero asimismo es posible un cambio paulatino que no deje contentos a todos, pero la capacidad de acción de la élite iraní es mayor que la que tuvieron los líderes árabes durante la Primavera Árabe. Lo que suceda en el futuro próximo con la República Islámica dependerá de la capacidad del pueblo de presionar lo suficiente al régimen por cambios, sin embargo, los principios fundamentales de la política exterior que expusimos difícilmente cambiarán.

REFERENCIAS

- Adib-Mohaddam, A. (2008). *Iran in World Politics. The question of the Islamic Republic*. Nueva York: Columbia University Press.
- Ansari, A. (2007). Iran under Ahmadineyad. The politics of confrontation. *Adelphi Paper N° 393 of the International Institute for Strategic Studies*. Londres: Routledge.
- Ali, T. (2007). Piratas del Caribe, el eje de la esperanza. Buenos Aires: Ediciones Luxembourg.
- Axworthy, M. (2008). *Empire of the Mind. A History of Iran*. New York: Basic Books.
- Axworthy, M. (2013). *Revolutionary Iran. A History of the Islamic Republic*. New York: Oxford University Press.
- Azcui, M. (2009). *Ahmadineyad sella en La Paz su alianza con Morales contra EE UU*. Recuperado de <http://internacional.elpais>.

- com/internacional/2009/11/24/actualidad/1259017220_850215.html
- Behrooz, M. (2012). Iran after Revolution (1979-2009). En Daryace, T. *The Oxford Handbook of Iranian History*. New York: Oxford University Press.
- Berger, M. (2004). After the Third World? History, Destiny and the Fate of Third Worldism. *Third World Quarterly*, 25 (1).
- Bermúdez, A. (2008). El enemigo de mi enemigo: la alianza Irán-América Latina. En *Globalización, interregionalismo y auge asiático. La impronta de China e Irán en América Latina*. Documentos CIDOB, Asia 21.
- Brun, E. (2007). Iran's Place in Venezuelan Foreign Policy. En Arnson, C., Esfandiari, H. y Stubits, A. *Iran in Latin America: Threat or 'Axis of Annoyance'?* Washington DC: Woodrow Wilson Center Reports on the Americas (23).
- Brun, E. (2008). Irán-Venezuela: Hacia un acercamiento completo. *Revista Politeia*, 31 (40). Instituto de Estudios Políticos, Universidad Central de Venezuela.
- Brun, E. (2015). Between Dynamism and Dispersion: The Four Pillars of Latin American Foreign Policies towards the Middle East. En Brun, E. y Khatlab, R. (eds.). *Latin America and the Middle East: Crossed Perspectives*. Beirut: USEK.
- Dabashi, H. (2012). *The Arab Spring. The End of Post-colonialism*. New York: Zed Books.
- EFE economía. (2013). *EE.UU. condena al banco binacional Irán-Venezuela por ayudar a sortear sanciones*. http://economia.elpais.com/economia/2013/05/09/agencias/1368132595_026171.html
- El Universal. (2010). *Para Chávez cooperar con Irán es una "tarea sagrada"*. http://www.eluniversal.com/2010/10/20/pol_art_para-chavez-cooperar_2075080.shtml
- Ellner, S. (2002). The Radical Thesis on globalization and the case of Venezuela's Hugo Chavez. *Latin American Perspectives*. Issue 127, 29. (6).
- Fontaine, G. (2010). *Petropolítica. Una teoría de la gobernanza energética*. Quito: Flacso.
- Galindo, A., Baeza, C. y Brun, E. (2014). Diversity behind Unity: Latin America's Response to the Arab Spring. En Mason, Robert (ed.). *The International Politics of The Arab Spring. Popular Unrest and Foreign Policy*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Gallego-Díaz, S. (2009). *Irán se aferra a una alianza con Suramérica* http://elpais.com/diario/2009/11/23/internacional/1258930802_850215.html
- Hakakian, R. (2013). Misreading Iran's Elections: Iranian Infighting And American Narcissism. *World Affairs*, 176 (3).
- Hakimian, H. (2007). La economía después de la Revolución. *Irán por dentro. Vanguardia Dossier*, (24) Julio/septiembre.
- Halliday, F. (1981). *Irán: dictadura y desarrollo*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Hammad, H. (2014). Construction of Iran's national identity: Three discourses. En Scot Aghaie, K. y Marashi, A. (ed.). *Rethinking Iranian Nationalism and Modernity*. Austin: University of Texas Press.
- Hashemi, N. (2014). Renegotiating Iran's Post-Revolutionary Social Contract: The Green Movement and the Struggle for Democracy in the Islamic Republic. En Kamrava, M. *Beyond the Arab Spring. The evolving Ruling Bargain in the Middle East*. New York: Oxford University Press.
- Hellinger, D. (2003). Visión política general: La caída del puntofijismo y el surgimiento del Chavismo. En Ellner y Hellinger (eds.). *La Política venezolana en la época de Chávez. Clases, polarización y conflicto*. Caracas: Editorial Nueva Sociedad.

- Hellinger, D. (2006). Tercer Mundismo and Chavismo. *Stockholm Review Of Latin American Studies. Issue* (1).
- Humans Rights Watch. (2013). *Venezuela: El legado autoritario de Chávez. Notable concentración de poder y abierta indiferencia por los derechos humanos fundamentales*. En: <https://www.hrw.org/es/news/2013/03/05/venezuela-el-legado-autoritario-de-chavez>.
- Kamrava, M. (2011). *The Modern Middle East. A Political History since the First World War*. Berkeley: University of California Press.
- Keddie, N. (2006). *Las Raíces del Irán Moderno*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- Khavand, F. (2007). Un Pulso con la comunidad internacional. *Vanguardia Dossier. Irán por dentro*, (24) Julio/Septiembre.
- Khosrokhavar, F. (2009). El sujeto personal y la democracia contra el antimundialismo islamista: La experiencia de Irán. En Wieviorka, M. (comp.). *Otro Mundo... Discrepancias, sorpresas y derivas en la antimundialización*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Khosrokhavar, F. y Roy, O. (2000). *Irán de la Revolución a la Reforma*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- Kozloff, N. (2007). *Hugo Chávez. Oil, politics and the Challenge to the U.S.* Nueva York: Palgrave MacMillan.
- Maloney, S. (2002). Identity and Change in Iran's Foreign Policy. En Telhami, S. (ed.). *Identity and Foreign Policy in the Middle East*. Nueva York: Cornell University Press.
- Maloney, S. (2008). *Iran's Long Reach as Pivotal State in the Muslim World*. Washington: United States Institute of Peace Press.
- Maloney, S. (2011). Iran: The Bogeyman. En Pollack, K. (et.al.). *The Arab Awakening. America and the Transformation of the Middle East*. Washington: The Brookings Institution.
- Martínez, E. (2011). *Venezuela e Irán arman una base militar*. <http://eju.tv/2011/01/venezuela-e-iran-arman-una-base-militar/>
- Merinero, M. J. (2007a). Diversos registros de la República Islámica. *Revista AYER. Revista de Historia Contemporánea*, (65).
- Merinero, M. J. (2007b). La situación en el Oriente Medio y su repercusión en la política iraní. En De la Puente, C. y Serrano, D. (eds.). *Activismo Político y Religioso en el Mundo Islámico Contemporáneo*. Madrid: Siglo XXI.
- Mesa Delmonte, L. (2009). *El debate sobre la seguridad nacional en la República Islámica de Irán. Estudio del primer mandato del presidente hojatoleslam Seyed Mohammed Khatami (1997-2001)*. México DF: El Colegio de México Ediciones.
- Mommer, B. (2003). Petróleo Subversivo. En Ellner y Hellinger (Ed.). *La Política venezolana en la época de Chávez. Clases, polarización y conflicto*. Caracas: Editorial Nueva Sociedad.
- Neuman, S. (ed.) (2005). *International Relations Theory and the Third World*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Parker, D. (2005). Chavez and the search for an alternative to neoliberalism. *Latin American Perspectives*, 32 (2).
- Patel, R. y McMichael, P. (2004). Third Worldism and the lineages of global fascism: the regrouping of the global south in the neoliberal era. *Third World Quaterley*, 25 (1).
- Prashad, V. (2007). *The Darker Nations. A peoples history of the third world*. Nueva York: The New Press.
- Ramazani, R.K. (2008). Iran's Foreign Policy: Independence, Freedom and The Islamic Republic. En

- Ehteshami, A. y Zweiri, M. *Iran's Foreign Policy from Khatami to Ahmadinejad*. Berkshire U.K.: Ithaca Press.
- Ramos, J. A. (2015). ¿Son los derechos humanos un instrumento del imperialismo? *DIKAIOSYNE*, 30 *Revista de filosofía práctica*.
- Sadjadpour, K. (2010). Irán-EE.UU.: anatomía de un compromiso. *Política Exterior*, 24 (136).
- Saint-Upéry, M. (2008). *El Sueño de Bolívar. El desafío de las izquierdas sudamericanas*. Barcelona: Paidós.
- Sanoja, M. y Vargas-Arenas, I. (2008). *La Revolución Bolivariana. Historia, Cultura y Socialismo*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Scot Sghaie, K. y Marashi, A. (2014). *Rethinking Iranian Nationalism and Modernity*. Austin: University of Texas Press.
- Sylvia, R. y Danopoulos, C. (2003). The Chávez Phenomenon: Political Change in Venezuela. *Third world quarterly*, 24 (1).
- Takeyh, R. (2009). *Guardians of the Revolution. Iran and the World in the Age of the Ayatollahs*. New York: Oxford University Press.
- Telhami, S. (ed.) (2002). *Identity and Foreign Policy in the Middle East*. Nueva York: Cornell University Press.
- The Economist. (2010). *Rethinking the Third World. Seeing the World Differently*. <http://www.economist.com/node/16329442>
- Ullán de la Rosa, F. (2012). La alianza Bolivariana para las Américas-Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP): Análisis de un proyecto de integración regional latinoamericana con una fuerte dimensión altermundista. *Estudios Políticos*, (25).
- Viotti, P. y Kauppi, M. (2010). *International Relations Theory*. Nueva York: Longman.
- Zaccara, L. (2011). Irán y EE.UU.: ni sanciones ni intervención. *Política Exterior*, 25 (139).

¿Qué contribución puede hacer Colombia a la paz y al respeto del derecho internacional en el Sahara Occidental?

Carlos Ruiz Miguel*

RESUMEN

Este trabajo argumenta que el reconocimiento de la República Árabe Saharaui Democrática (RASD) es una contribución al respeto del derecho internacional y a la paz entre los pueblos. Partiendo de que el derecho internacional público es un derecho “imperfecto” debido, fundamentalmente, a la falta de un poder ejecutivo centralizado, se considera que en gran medida la responsabilidad de hacer respetar este derecho recae sobre los Estados miembros de la comunidad internacional, con la dificultad añadida de que algunos pueden vetar ciertas actuaciones, lo que anima a sus protegidos a persistir en la violación del dere-

cho. A continuación, se considera la situación jurídica del caso del Sahara Occidental, conflicto donde el derecho a la autodeterminación y a la independencia del pueblo saharauí está claramente definido, y cuáles son las circunstancias que rodean la fundación de la RASD y su legitimidad. Ahora bien, ante la demostrada inacción de los órganos centrales de la comunidad internacional que no quieren, o pueden, hacer cumplir universalmente ese derecho, se pone de relieve la responsabilidad de los Estados miembros de dicha comunidad en esa tarea. Esto ocurre especialmente en el caso de Colombia y los Estados americanos que han ratificado la Convención de Montevideo, en los que esa responsabilidad queda

* Doctor en Derecho, Universidad Complutense de Madrid. Docente, Universidad de Santiago de Compostela, España. [carlos.ruiz@usc.es].

Recibido: 12 de junio de 2017 / Modificado: 10 de octubre de 2017 / Aceptado: 15 de noviembre de 2017

Para citar este artículo:

Ruiz Miguel, C. (2018). ¿Qué contribución puede hacer Colombia a la paz y al respeto del derecho internacional en el Sahara Occidental? *OASIS*, 27, 191-210.

DOI: <https://doi.org/10.18601/16577558.n27.11>

aún más clara. La actuación de cada Estado en el cumplimiento del derecho internacional es una contribución al respeto del mismo, y a la solución pacífica de las controversias, por lo que se considera que el reconocimiento de la RASD es una aportación al derecho y a la paz.

Palabras clave: Sahara Occidental (RASD), autodeterminación, reconocimiento de Estados, Unión Africana.

What Contribution can Colombia Offer Towards Peace and Respect for International Law in the Western Sahara?

ABSTRACT

This paper argues that the recognition of the Sahrawi Arab Democratic Republic (SADR) constitutes a contribution to respecting International Law and peace among peoples. We start from the idea that given that Public International Law is an “imperfect” law due to its lack of a centralized executive power, its enforcement depends in large measure on the responsibility of member states of the international community. Then, this study considers both the legal status of the Western Sahara—a conflict where the right to self-determination and independence is clearly defined—and the circumstances surrounding the foundation of the SADR and its legitimacy. Because of the inaction of the central bodies of the international community that do not want, or cannot, enforce this right, it is necessary to highlight

the responsibility of the member states of the international community to fulfil this task. That is the particular case of Colombia and the American states, which have ratified the Montevideo Convention where this responsibility is clearly shown. The actions of every State to fulfil International Law are a contribution to its respect and to the pacific resolution of controversies, so that the recognition of the SADR is a contribution to law and peace.

Key words: Western Sahara (SADR), self-determination, state recognition, African Union.

EL CARÁCTER INCOMPLETO DEL DERECHO INTERNACIONAL Y LA RESPONSABILIDAD DE LOS ESTADOS MIEMBROS DE LA COMUNIDAD INTERNACIONAL

Este trabajo no pretende estudiar dinámicas políticas, militares, económicas o demográficas sobre el conflicto del Sahara Occidental, lo que obligaría a un estudio de extensión quintuplicada. Por lo mismo, no se utilizará bibliografía no jurídica para este texto. Nada más, pero nada menos, pretende explicar el papel y las posibilidades del derecho en este conflicto.

El derecho internacional es imperfecto, lo que explica que muchas veces haya personas que, al constatar esa imperfección, digan que el mismo es “inútil”. Pero ese juicio tan negativo en realidad es fruto de una concepción equivocada. El derecho internacional no puede ser igual que el derecho nacional por la sencilla razón de que no hay un Estado mundial o “internacional”. Algunos consideran que la falta de un “Estado mundial” es una

desgracia y otros que es un beneficio. Pero eso son consideraciones ajenas al derecho que quedan fuera de nuestro estudio.

Se considera como paradigma de un derecho perfecto el derecho nacional de un Estado. El modelo del derecho del Estado presenta unas características muy fáciles de entender. El Estado se compone de una serie de órganos que cumplen unas determinadas funciones en orden a la producción y efectividad del derecho. La producción de normas generales se encomienda primordialmente a un parlamento (normalmente electo por los ciudadanos) que produce las leyes (razón por la cual se le llama poder legislativo), y a un Gobierno y una administración que producen normas, también generales, pero inferiores a la ley: los reglamentos administrativos. Esas normas generales se concretan en normas singulares, es decir, normas para destinatarios nominalmente identificados por la administración y por los tribunales de justicia. La aplicación de todas estas normas está asegurada por un aparato gubernativo-administrativo que dispone de diversos poderes coactivos (embargos, policía, cárceles). A este aparato también se le conoce como poder ejecutivo porque “ejecuta” las normas vigentes. Este es el paradigma de un derecho perfecto.

Ciertamente, en todo sistema hay algunas disfunciones y no hay Estado donde no haya normas que se incumplan. Pero el incumplimiento de las normas en un Estado no se debe a una deficiencia del sistema, sino a deficiencias de las personas que en ese mo-

mento ocupan los órganos de dicho sistema. Cuando se incumple el derecho en un Estado, ello no se debe a que este último no “pueda” hacerlo cumplir, sino a que, por deficiencias políticas y personales, el Estado no “quiere” hacerlo cumplir, a pesar de tener los mecanismos necesarios.

En contraste con lo que ocurre en el nivel nacional, en el internacional encontramos una estructura diferente. En este no hay “un” Estado con el monopolio del poder político, sino que hay una pluralidad de Estados que hacen que el poder político no esté en unas únicas manos. Esto explica la singularidad del derecho internacional.

En efecto, en el derecho internacional, además de la costumbre generada por la práctica de los Estados y de las normas bilaterales o multilaterales (fruto de tratados o de organizaciones regionales creadas a su vez por tratados, como la Unión Europea) existe una producción de *normas generales* por las Naciones Unidas. Dentro de esta organización, el Consejo de Seguridad dispone de un poder pleno para aprobar normas vinculantes; por otro lado, la Asamblea General de las Naciones Unidas, si bien no dispone de dicho poder pleno, aprueba resoluciones que en ciertos casos se convierten en normas vinculantes de derecho internacional, como ha indicado el Tribunal Internacional de Justicia¹. Cuando una resolución de la Asamblea General es reiterada a lo largo del tiempo se puede considerar que es expresión de una costumbre internacional y, por tanto, que es vinculante.

¹ Sahara Occidental, Avis consultatif, *C.I.J.*, *Recueil* 1975, p. 12. (para. 55-59).

Las *normas singulares* del derecho internacional pueden tener múltiple origen. En el caso de las Naciones Unidas, la concreción de una norma general para un caso concreto puede ser hecha tanto por el Consejo de Seguridad, como por la Asamblea General o por el Tribunal Internacional de Justicia.

En consecuencia, en el derecho internacional no es problema formular lo que es el derecho (salvo, como veremos, cuando quien debe formularlo es el Consejo de Seguridad). El problema principal al que se enfrenta el derecho internacional, y que lo diferencia del nacional, es la ausencia de un aparato para asegurar la aplicación del derecho. El mecanismo extremo es el uso de la fuerza. Ese uso puede ser autorizado por el Consejo de Seguridad, pero el hecho de que en el seno del mismo haya cinco miembros permanentes con poder de veto hace que sea escaso el uso de la fuerza para imponer el cumplimiento del derecho internacional. También puede ocurrir que los destinatarios de las normas cooperen voluntariamente en el cumplimiento de sus obligaciones. Pero cuando los destinatarios de las normas rechazan el cumplimiento de sus obligaciones, el derecho internacional tiene escasos mecanismos acatamiento. A esto es a lo que se refiere el prestigioso internacionalista Verdross cuando habla del “carácter incompleto de derecho internacional”. El profesor austríaco señala que el derecho internacional es “incompleto” porque “por regla general” sólo comprende normas abstractas (generales) que necesitan ser concretadas por normas “estatales” de ejecución. Los Estados, por ello, ejecutan el derecho internacional, individualmente o en común, de ahí que este no sea

concebible sin la colaboración “constante y activa” de los Estados (Verdross, 1963, p. 77).

La peculiar estructura del derecho internacional actual, en la que los cinco Estados miembros permanentes del Consejo de Seguridad tienen derecho de veto hace que, por un lado, cualquiera de esos cinco Estados pueda bloquear la adopción de medidas de ejecución del derecho internacional vigente surgido por otras fuentes (como los tratados, la costumbre o el *ius cogens* del que se benefician algunas resoluciones de la Asamblea General). Pero además, por otro lado, en algunos casos puede llegar a abortar la aprobación de nuevas normas cuando esa tarea compete al Consejo de Seguridad. Esta imperfección del derecho internacional hace que sea más difícil, aunque no imposible, aplicarlo cuando un Estado infractor goza de la protección de un Estado que es miembro permanente del Consejo de Seguridad (pensemos en los casos Estados Unidos-Israel, China-Corea del Norte... o Francia-Marruecos).

¿Cómo afecta al conflicto del Sahara Occidental esta estructura incompleta del derecho internacional? La principal dificultad a la que se enfrenta este conflicto es el apoyo de Francia a Marruecos en el Consejo de Seguridad. Esta dificultad hace precisamente que sea mucho mayor la responsabilidad del resto de los Estados para hacer respetar dicho derecho.

EL DERECHO DEL PUEBLO DEL SAHARA OCCIDENTAL A LA AUTODETERMINACIÓN Y A LA INDEPENDENCIA

1. La autodeterminación aparece en la Carta de las Naciones Unidas (arts. 2 y 55), pero

su especificación como un “derecho” se hace en la “Declaración sobre la concesión de la independencia a los países y pueblos coloniales”², que en el número 2 de su parte dispositiva establece: “Todos los pueblos tienen el derecho de libre determinación”. Se trata, obviamente, de una norma general o abstracta que no nos dice quiénes son en concreto esos pueblos. Es cierto que una interpretación sistemática de la Declaración deja claro que son los “países y pueblos coloniales”, pero esta concreción ulterior sigue siendo una norma general.

La determinación singular de cuáles son los “países y pueblos coloniales” que tienen “derecho” a la autodeterminación es una competencia que corresponde a la Asamblea General de las Naciones Unidas. La Asamblea, para el mejor cumplimiento de esa tarea, creó en su seno en 1961 un Comité Especial para examinar la aplicación de la “Declaración sobre la concesión de independencia a los países y pueblos coloniales” compuesto inicialmente por 17 miembros³ que, un año después, fue ampliado a su actual composición de 24 miembros⁴. Hay varias formas de determinar cómo un pueblo tiene “derecho” a la autodeterminación. En primer lugar, los propios Estados

miembros pueden someter información respecto a los territorios no autónomos bajo su administración, y así calificar a esos territorios como “pueblos”, si bien caben algunas excepciones o correcciones explícitamente admitidas por el Tribunal Internacional de Justicia cuando una determinada población no puede ser calificada como “pueblo” a estos efectos⁵. Además, en segundo lugar, la Asamblea General puede también decidir incluir en la lista a un determinado territorio como “no autónomo” y calificarlo como un “pueblo” con un derecho a la autodeterminación, a pesar de que el Estado miembro no hubiera comunicado esa circunstancia⁶. Finalmente, y en tercer lugar, y aunque no es una competencia originaria suya, también el Consejo de Seguridad ha calificado a un determinado territorio como un pueblo legitimado para la autodeterminación, bien es cierto que cuando previamente la Asamblea General ya lo determinó en ese sentido. Así pues, cuando la Asamblea General o el Consejo Seguridad se refieren *nominatim* a un determinado pueblo, no hay duda sobre su reconocimiento internacional. Si, además, ese “pueblo” es aludido en el contexto de la “Declaración sobre la concesión de la independencia a los

² A/RES/1514 (1960)

³ A/RES/1654 (xvi), 27 de noviembre de 1961; A/RES/1700 (xvi), 19 de diciembre de 1961.

⁴ A/RES/1810 (xvii), 17 de diciembre de 1962.

⁵ Sahara Occidental, Avis consultatif, *C.I.J.*, *Recueil* 1975, p. 12, para. 59.

⁶ Es, por ejemplo, el caso de la Polinesia francesa: A/RES/67/265 (2013).

países y pueblos coloniales”, el corolario es la aprobación de una norma singular que establece el derecho de un pueblo concreto a la autodeterminación.

2. Es el caso del pueblo del Sahara Occidental. El derecho a la autodeterminación del pueblo del Sahara Occidental fue reconocido por primera vez por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1966⁷, cuando el territorio aún se hallaba bajo administración española (la resolución onusiana hablaba entonces del “Sahara español”). Desde 1965, hasta hoy, la Asamblea General ha considerado la cuestión del Sahara Occidental bajo la “Declaración para la concesión de la independencia a los países y pueblos coloniales”⁸.

Sin embargo, con el objeto de evitar cualquier confusión que intente decir que la “independencia” debería alcanzarse mediante la integración del Sahara Occidental en otro país, los órganos de las Naciones Unidas reconocieron expresamente que el pueblo del Sahara Occidental tiene un “derecho a la autodeterminación *y a la independencia*”. En 1974, España se dispuso a organizar el referéndum de

autodeterminación del Sahara Occidental preguntando a la población originaria si quería ser independiente; sin embargo, para disipar cualquier duda sobre el derecho a la independencia del pueblo del Sahara Occidental, la Asamblea General preguntó al Tribunal Internacional de Justicia “qué vínculos jurídicos existían entre este territorio [el Sahara Occidental] y el Reino de Marruecos y el complejo mauritano”, y pidió a España que suspendiera el referéndum hasta conocer la respuesta del Tribunal⁹. El Tribunal Internacional de Justicia, en su opinión consultiva de 16 de octubre de 1975, fue claro como el agua:

La conclusión del Tribunal es que los materiales y la información presentada ante él no establecen ningún vínculo de soberanía territorial entre el territorio del Sahara Occidental y el Reino de Marruecos o el complejo mauritano. Así, el Tribunal no ha encontrado vínculos jurídicos de naturaleza tal que pueda afectar a la aplicación de la resolución 1514 (xv) en la descolonización del Sahara Occidental y, en particular, al principio de autodeterminación mediante la expresión libre y genuina de la voluntad de las poblaciones del Territorio¹⁰.

⁷ A/RES/2229 (1966).

⁸ A/RES/1514 (1960).

⁹ A/RES/3292 (1974).

¹⁰ Sahara Occidental, Avis consultatif, *C.I.J.*, *Recueil* 1975, para. 162 (“Les éléments et renseignements portés à la connaissance de la Cour montrent l’existence, au moment de la colonisation espagnole, de liens juridiques d’allégeance entre le sultan du Maroc et certaines des tribus vivant sur le territoire du Sahara occidental. Ils montrent également l’existence de droits, y compris certains droits relatifs à la terre, qui constituaient des liens juridiques entre l’ensemble mauritanien, au sens où la Cour l’entend, et le territoire du Sahara occidental. En revanche la Cour conclut que les éléments et renseignements portés à sa connaissance n’établissent l’existence d’aucun lien de

Este derecho a la autodeterminación y a la independencia del pueblo del Sahara Occidental ha sido reiterado tanto mientras España se hallaba presente en el territorio¹¹, como cuando más adelante la mayor parte fue ocupada por Marruecos¹². Por lo demás, la atribución de la “autodeterminación” al pueblo del Sahara Occidental se ha hecho de forma continuada por la Asamblea General hasta ahora (siempre con referencia a la “Declaración para la concesión de la independencia a los países y pueblos coloniales”)¹³, y también por el Consejo de Seguridad¹⁴.

3. En orden a la aplicación de este derecho, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas aprobó un Plan de Arreglo¹⁵, que había sido previamente aceptado por las dos partes en el conflicto: el Reino de Marruecos y el Frente Polisario. Los puntos 1 y 2 de ese Plan dicen:

1. El 11 de agosto de 1988, el Secretario General de las Naciones Unidas y el Enviado Especial del entonces Presidente de la Asamblea de Jefes

de Estado y de Gobierno de la Organización de la Unidad Africana (OUA), en reuniones separadas, presentaron a las partes en el conflicto del Sahara Occidental, a saber, Marruecos y el Frente Popular para la Liberación de Saguia el-Hamra y Río de Oro (Frente POLISARIO), un documento (“las propuestas de arreglo”) que contenía propuestas para lograr una solución justa y definitiva de la cuestión del Sahara Occidental de conformidad con la resolución 1514 (xv) de la Asamblea General, mediante la cesación del fuego y la celebración de un referéndum para que el pueblo del Sahara Occidental, en ejercicio de su derecho a la libre determinación, pudiera elegir, sin restricciones militares o administrativas, entre la independencia y la integración con Marruecos.

2. El 30 de agosto de 1988, en reuniones separadas, los representantes de cada una de las dos partes, tras formular algunos comentarios y observaciones, comunicaron al Secretario General que estaban de acuerdo en principio con las propuestas de arreglo.

Con el objetivo de aplicar el Plan de Arreglo aceptado por las partes, el Consejo de Seguridad estableció, bajo su autoridad, una “Misión de las Naciones Unidas para

souveraineté territoriale entre le territoire du Sahara occidental d'une part, le Royaume du Maroc ou l'ensemble mauritanien d'autre part. La Cour n'a donc pas constaté l'existence de liens juridiques de nature à modifier l'application de la résolution 1514 (xv) quant à la décolonisation du Sahara occidental et en particulier l'application du principe d'autodétermination grâce à l'expression libre et authentique de la volonté des populations du territoire”.

¹¹ A/RES/2983 (1972), A/RES/3172 (1973).

¹² A/RES/33/31-A (1978), A/RES/34/37 (1979), A/RES/35/19 (1980), A/RES/36/46 (1981), A/RES 37/28 (1982), A/RES/39/40 (1984), A/RES/40/50 (1985), A/RES/41/16 (1986), A/RES/42/78 (1987), A/RES/43/33 (1988), A/RES/44/88 (1989), A/RES/45/21 (1990).

¹³ A/RES/71/106 (2016).

¹⁴ S/RES/2351 (2016).

¹⁵ S/RES/658 (1990). El texto del Plan de Arreglo aceptado por el Reino de Marruecos y el Frente Polisario se halla en el documento S/21360 (1990).

- el Referéndum en el Sahara Occidental” (MINURSO)¹⁶.
4. Entre las tareas encomendadas a la MINURSO se hallaba la de confeccionar el censo de las personas habilitadas a participar en el referéndum de autodeterminación. Esa tarea fue concluida en diciembre de 1999, tal y como informa el Secretario General de las Naciones Unidas al Consejo de Seguridad¹⁷. Ahora bien, una vez concluido el censo para proceder a la votación, el Reino de Marruecos decidió dejar de cooperar con la puesta en marcha del Plan de Arreglo que había aceptado previamente. Ante esta ausencia de cooperación, el Secretario General sugirió una fórmula (el Plan Baker¹⁸) que contemplaba la celebración de un referéndum de autodeterminación donde se podía elegir entre tres opciones: las dos establecidas en el plan de arreglo –independencia e integración pura y simple en Marruecos– y otra consistente en una autonomía. Esa fórmula fue avallada por el Consejo de Seguridad como una “solución política óptima”¹⁹, y fue apoyada por el Frente Polisario, así como por todos los Estados vecinos (España, Argelia y Mauritania).

Sin embargo, y a pesar de las numerosas concesiones que el Plan Baker concedía a Marruecos (Ruiz Miguel, 2005, pp. 476-482), en abril de 2004 este país por primera vez formuló explícitamente su rechazo a cualquier solución que admitiera la posibilidad de un referéndum en el que el pueblo del Sahara Occidental pudiera elegir la independencia, alegando que solo admitía una solución que fuera “en el marco de la soberanía marroquí”²⁰. Abril de 2004 constituye, por tanto, el momento en el que el Reino de Marruecos rechaza, explícitamente, poner en práctica el derecho del pueblo del Sahara Occidental a la autodeterminación tal y como está consagrado por el Tribunal Internacional de Justicia, la Asamblea General y el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Este rechazo a aplicar el derecho internacional existente en esta materia, explícitamente formulado en 2004, se ha mantenido hasta el día de hoy.

FUNDACIÓN Y LEGITIMIDAD DEL ESTADO SAHARAUI (RASD)

1. Como se ha dicho, el derecho del pueblo del Sahara Occidental a la autodetermi-

¹⁶ S/RES/690 (1991).

¹⁷ S/2000/131 (para. 6).

¹⁸ El texto del Plan se halla en el documento S/2003/565.

¹⁹ S/RES/1495 (2003).

²⁰ Véase la “Respuesta del Reino de Marruecos a la propuesta del Sr. Baker titulada ‘Plan de paz para la libre determinación del pueblo del Sahara Occidental’”, contenida como Apéndice del documento S/2004/325.

nación y a la independencia había sido reconocido expresamente por las resoluciones de la Asamblea General de las Naciones Unidas, y el propio Tribunal Internacional de Justicia, que tras reconocer que había tribus del territorio (por cierto mayoritarias) que siempre habían sido independientes antes de la colonización española²¹, reafirmó la pertinencia de la aplicación al Sahara Occidental de la “Declaración sobre la concesión de la independencia a los países y pueblos coloniales”²². Quedaba así la vía libre para retomar la organización del referéndum que había sido suspendido en 1974.

Sin embargo, esta posibilidad se frustró cuando días después Marruecos invadió el territorio, invasión que fue desautorizada por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas el 6 de noviembre de 1975²³, y cuando posteriormente, el 14 de noviembre España, Marruecos y Mauritania firmaban un acuerdo por el cual España transfería temporalmente su cualidad de “potencia administradora” a una entidad tripartita (España-Marruecos-Mauritania) para que procediera a un sucedáneo de descolonización sin referéndum de la población²⁴. Ese acuerdo tri-

partito fue desautorizado por la Asamblea General de las Naciones Unidas un mes después al exigir que la descolonización se hiciera, contra lo que preveía el texto del acuerdo, mediante un referéndum de autodeterminación²⁵.

La administración tripartita transitoria establecida en el acuerdo de Madrid no podía prolongarse más allá del 28 de febrero de 1976, según el texto del mismo. Dos días antes de la expiración del plazo, el 26 de febrero de 1976, España abandonó el territorio y la administración tripartita sin llevar a cabo su compromiso de realizar un referéndum en el Sahara Occidental. En la carta enviada por el representante de España en las Naciones Unidas comunicando ese abandono, el Gobierno español declaraba que “La descolonización del Sahara occidental culminará cuando la opinión de la población saharaui se haya expresado válidamente”. En definitiva, España, como potencia administradora *de iure*, y como miembro de la administración temporal tripartita declaraba oficialmente que el territorio no se había descolonizado y que para descolonizarlo era necesario un referéndum de autodeterminación²⁶.

²¹ Sahara Occidental, Avis consultatif, *C.I.J.*, *Recueil* 1975, p. 12, para. 159.

²² A/RES/1514 (1960).

²³ S/RES/380 (1975).

²⁴ United Nations Treaty Series, vol. 988, 1975, n.º I-14450, p. 258.

²⁵ A/RES/3458 A y B (1975)

²⁶ Carta de fecha 26 de febrero de 1976 dirigida al Secretario General por el Representante Permanente de España ante las Naciones Unidas (A/31/56, S/11997).

2. Los hechos relatados muestran que tras el 26 de febrero de 1976 se produjo una situación de hecho que impedía el derecho de autodeterminación en el conjunto del territorio. Por un lado, una parte del territorio se hallaba invadida por Marruecos y Mauritania, que desplegaron sus tropas en el territorio del Sahara Occidental a finales de 1975, lo que dio lugar a una guerra contra las tropas saharauis del Frente Popular para la Liberación de Saguia el Hamra y Río de Oro (Frente Polisario). Esta guerra solo concluyó con el alto el fuego previsto en el Plan de Arreglo y que entró en vigor el 6 de septiembre de 1991. Por otro lado, la potencia administradora del territorio, España, abandonaba físicamente el mismo sin organizar el referéndum de autodeterminación y sin poder hacerlo a partir de entonces por no disponer del control del territorio. En efecto, el territorio antes bajo control español había quedado dividido en dos partes: una parte bajo el control de las potencias ocupantes (Marruecos y Mauritania) y otra bajo el control del Frente Polisario. En este contexto, y dado que se hallaba reconocido no solo el derecho del pueblo del Sahara Occidental a la autodeterminación, sino también a la independencia, en la madrugada del 27 de febrero de 1976 se proclamó la República Árabe Saharaui Democrática (RASD) en Bir Lehlu, una

localidad del territorio bajo control del Frente Polisario. La fundación del Estado saharauí era la respuesta al bloqueo a la celebración del referéndum de autodeterminación a un pueblo que también tiene derecho, internacionalmente reconocido, a la independencia.

A partir de ese momento fue reconocida por diversos Estados. Desde entonces, ha sido reconocida por un total de 84 Estados, aunque 27 cancelaron o “congelaron” ese reconocimiento, de los cuales 6, entre ellos Colombia, lo hicieron, a mi juicio, de forma contraria al derecho internacional, como luego se verá²⁷.

3. Desde que se produjo la invasión militar marroco-mauritana del Sahara occidental nunca estuvo la totalidad del territorio bajo control de las potencias ocupantes. Siempre hubo una parte bajo control de las autoridades saharauis (el “territorio liberado”). Desde 1987, esa parte está claramente fijada pues en esa fecha Marruecos construyó una serie de muros que dividen el territorio desde el norte al sur. Aunque hay algunas divergencias cartográficas (que pueden ser contrastadas a la luz de los datos de Google maps), es un hecho constatable que el territorio del Sahara Occidental (266.000 km²) está dividido entre una parte ocupada por Marruecos (la que ocupa casi toda la costa, y un 75-80 % del territorio), una parte menor bajo control de las autorida-

²⁷ Para una relación de los Estados que han reconocido a la RASD, o han cancelado o “congelado” su reconocimiento, consúltese http://www.usc.es/es/institutos/ceso/RASD_Reconocimientos.html

des saharauis (20 % del territorio) y una ciudad costera despoblada (La Güera) bajo control de Mauritania²⁸. En la parte del territorio bajo control saharauí, aparte de la presencia del ejército saharauí existe una población civil, tanto nómada como sedentaria, establecida en algunos puntos del territorio (Bir Lehlu, Bir Tigissit, Tifariti, Mehairis, Miyek). Esta población civil, que se halla en el territorio del Sahara Occidental, se encuentra sometida a la autoridad político-administrativa exclusiva de la RASD.

Según las exposiciones clásicas, un Estado se compone de tres elementos: población, territorio y soberanía, por más que este último algunos autores lo consideren como “Gobierno propio” (Truyol, 1985, p. 102), o como “vínculo jurídico” (Del Vecchio, 1956, p. 97). Algunos autores apuntan que la Convención de Montevideo de 1933 añade un cuarto elemento (la capacidad de relacionarse con otros

Estados)²⁹, que a mi entender ya está implícito en la exigencia de Gobierno propio. Frente a quienes consideran dudosa la estatalidad de la RASD (Cadena y Solano, 2008, p. 294), creemos que tomando en cuenta estos elementos, no hay ninguna duda de que la RASD es un Estado pues aunque no posee “todo” el territorio sí posee una parte de este (el “territorio liberado”), sobre el que hay una población (la población saharauí que se encuentra asentada en el territorio liberado, además de la población nómada sobre el mismo, sin necesidad de considerar a la población refugiada que huyó del territorio ocupado), y un poder soberano, “gobierno propio” o “vínculo jurídico” que es ejercido en exclusiva por las autoridades de la RASD y que ha demostrado su capacidad de relacionarse como lo evidencia su participación en la Unión Africana de la que es miembro fundador y activo.

²⁸ Uno de los mapas más fieles a la realidad es el Map No: A4-01, de la MINURSO, datado el 4 de mayo de 2007. Ver en http://www.usc.es/export9/sites/webinstitucional/gl/institutos/ceso/descargas/Map_so_Minurso_2007.pdf

²⁹ El artículo 1 de la Convención de Derechos y Deberes de los Estados, firmada en Montevideo el 26 de diciembre de 1933, dice que:

“El Estado como persona de derecho internacional debe reunir los siguientes requisitos:

- I. Población permanente.
- II. Territorio determinado.
- III. Gobierno.
- IV. Capacidad de entrar en relaciones con los demás Estados”.

**EL RECONOCIMIENTO DE LA RASD
COMO GARANTÍA DEL RESPETO DE LOS
DERECHOS INTERNACIONALMENTE
RECONOCIDOS DEL PUEBLO DEL SAHARA
OCCIDENTAL: EL BLOQUEO FRANCO-
MARROQUÍ, LA “DOCTRINA MBEKI”,
AKDEIM IZIK Y LA UNIÓN AFRICANA**

Desde el primer momento hasta hoy día, la diplomacia de Marruecos ha considerado como un objetivo prioritario impedir que nuevos Estados reconozcan a la RASD y que aquellos que ya la han reconocido retiren o “congeleen” su reconocimiento. Los periodos en los que se puede estudiar esta cuestión son tres: 1) desde la fundación de la RASD en 1976 hasta 1991, periodo de la guerra del Sahara; 2) desde 1991, cuando el Consejo de Seguridad aprueba el Plan de Arreglo (con un referéndum para elegir entre la independencia y la integración en Marruecos) aprobado por las partes, hasta 2004; 3) desde 2004, cuando Marruecos comunica oficialmente que no admite la independencia del pueblo del Sahara Occidental, hasta 2017; y 4) desde 2017, fecha en la que Marruecos ingresa en la Unión Africana y se obliga a respetar la existencia de la RASD.

1. Desde 1976 hasta 1991 el argumento marroquí era simplemente que el Estado saharauí no existía. Es un periodo en el que se desarrolló la Guerra del Sahara, iniciada en 1975, que enfrentaba a las fuerzas armadas saharauís con los ejércitos de Marruecos y de Mauritania (esta última hasta 1979). Como se ha dicho, en ningún momento de la guerra el ejér-

cito marroquí controló la totalidad del territorio del Sahara Occidental, y precisamente el objetivo político de impedir el control del territorio por el Frente Polisario explica la decisión marroquí de construir una serie de muros que dividen el territorio (Diego Aguirre, 1991, p. 229). Dichos muros, concluidos en 1987, partieron el territorio entre una zona al oeste, controlada por Marruecos y otra zona al este controlada por la RASD. En consecuencia, siempre durante la guerra hubo población saharauí en la parte del territorio bajo dominio de la RASD.

2. Desde 1991, fecha en que Marruecos firma el Plan de Arreglo que estipula un referéndum para elegir entre la independencia o la integración en Marruecos, el argumento utilizado por la diplomacia marroquí era que resultaba “incongruente” reconocer como Estado a una entidad sin esperar a que se decidiera su independencia en un referéndum de autodeterminación.

Ahora bien, no es cierto que el hecho de que el futuro del Sahara esté pendiente de un referéndum signifique que la RASD lo realice para conocer su futuro estatuto internacional, ya se trate de un resultado con victoria o de un resultado con derrota. En efecto, en caso de victoria, el referéndum de autodeterminación saharauí no va a alterar el estatuto de la RASD, pues el efecto del mismo sería que el Estado previamente subsistente, la RASD, hiciera suyo todo el territorio comprendido en las fronteras internacionalmente reconocidas. En caso de derrota, el referéndum

de autodeterminación sí que alteraría el estatuto de la RASD, como lo puede hacer cualquier referéndum constituyente por el que se decida la integración plena de un Estado en otro o su integración en una federación. En tanto todos los Estados tienen soberanía, y la RASD también, pueden tomar la decisión de integrarse en otro Estado (Ruiz Miguel, 2001, pp. 360-361).

3. Después de 2004 la situación cambió pues, como se ha visto, en abril de 2004, por primera vez, Marruecos comunicó a las Naciones Unidas su rechazo a cualquier solución del conflicto que pueda implicar la independencia del Sahara Occidental. Ante esta nueva situación se planteó la cuestión del reconocimiento de la RASD por Sudáfrica, el país más importante política y económicamente de África. Sudáfrica había anunciado años antes su intención de reconocer a la RASD, pero Marruecos ejerció diversas presiones para impedirlo. Además, utilizó el argumento de que no se podía reconocer la independencia de un territorio antes de que la misma fuera efectivamente elegida por la población en referéndum. Ahora bien, una vez que Marruecos rechazó incluir la opción de la independencia en el referéndum ese argumento dejaba de tener validez. ¿Qué hacer ante tal situación? La respuesta vino dada en la carta del presidente sudafricano Thabo Mbeki al rey de Marruecos, fechada el 1 de agosto de 2004, en la que le anuncia el reconocimiento de la RASD. La doctrina sentada en esta carta es de una ex-

traordinaria importancia y, a mi juicio, tiene plena actualidad. En dicha carta el presidente Mbeki dice:

Creíamos haber entendido que el objetivo primordial que Marruecos estaba persiguiendo en las negociaciones auspiciadas por la ONU era asegurar que el pueblo del Sahara Occidental ejerciese su derecho a la autodeterminación, sin ningún tipo de obstáculo, al tiempo que se alegraba convencido de que ese pueblo decidiría libremente devenir parte de Marruecos.

Sin embargo, para nuestra mayor consternación, la Respuesta del Gobierno de Marruecos, de fecha 9 de abril, al Enviado Personal del Secretario General de la ONU nos ha convencido de que estábamos equivocados en esa creencia. Ahora queda bien claro que Marruecos no tiene la menor intención de respetar el derecho del pueblo saharauí a decidir su destino.

Por el contrario, Marruecos ha decidido unilateralmente, sin consultar en absoluto al pueblo del Sahara Occidental ni respetar las resoluciones de la ONU y la UA, que todo el mundo está obligado a aceptar una solución “consistente en una autonomía dentro del marco de la soberanía de Marruecos”.

Ante estos hechos, la respuesta de Sudáfrica para hacer respetar la legalidad internacional queda explicada así:

El absurdo callejón sin salida ocasionado por las posiciones propugnadas por el Gobierno de Marruecos ha llevado a una situación en la que cualquier nuevo aplazamiento por nuestra parte en reconocer a la RASD se convertiría inevitablemente en el abandono de nuestro apoyo al derecho del pueblo del Sahara Occidental a la autodeterminación.

Para nosotros, no reconocer a la RASD en esta tesitura significa convertirnos en cómplices de la denegación al pueblo del Sahara Occidental de su derecho a la autodeterminación.

La “doctrina Mbeki” queda claramente formulada en este documento. Ante la decisión unilateral de un miembro de la comunidad internacional (Marruecos) de no respetar las resoluciones de las Naciones Unidas y negar un derecho internacionalmente reconocido (el derecho a la autodeterminación y la independencia del pueblo del Sahara Occidental), a los miembros de la comunidad internacional solo les quedan dos opciones: o permitir la violación del derecho internacional o rechazarla.

Si se decide permitir la violación del derecho internacional, es obvio que no se está fomentando la solución pacífica de una controversia del tipo de las que son “susceptibles de conducir a quebrantamientos de la paz” (art. 1.1 de la Carta de las Naciones Unidas). Es evidente que ante esta situación, la omisión de un comportamiento activo por parte de los Estados constituye un acto que no impide ni obstaculiza el incumplimiento del Derecho y, por tanto, es un acto de complicidad.

Pero si no se decide permitir esta violación, el derecho internacional habilita para responder a ella por vías de fuerza o pacíficas. Son varias las posibilidades

de respuesta. La primera está prevista en las resoluciones de la Asamblea General de Naciones Unidas que han reconocido la “legitimidad de la lucha que libra [el pueblo del Sahara Occidental] para lograr el ejercicio de ese derecho” (el derecho a la autodeterminación y la independencia)³⁰. Pero parece claro que en este conflicto el pueblo del Sahara Occidental es la parte débil, lo que hace difícil que esa respuesta pueda servir para hacer eficaz el derecho. La segunda posibilidad es que el propio Consejo de Seguridad, invocando el capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas, acuerde medidas coactivas contra Marruecos, Estado incumplidor. Sin embargo, esta posibilidad es difícil ya que Marruecos cuenta con el constante respaldo de Francia, miembro permanente del Consejo de Seguridad, con poder de veto. La tercera posibilidad es que los Estados miembros de la comunidad internacional reconozcan a la RASD dando un cumplimiento, al menos parcial, al derecho a la autodeterminación y a la independencia del pueblo del Sahara Occidental. Es un reconocimiento parcial en la medida en que el Estado saharauí se halla privado de la mayor parte de su territorio y con gran parte de su población bajo la ocupación, pero una contribución parcial al respeto del derecho internacional es cualitativamente superior a una omisión culpable.

4. En esta situación en la que Marruecos (con el apoyo de Francia) bloqueó la

³⁰ A/RES/2711 (1970), A/RES/2983 (1972), A/RES/3162 (1973), A/RES/35/19 (1979), A/RES/35/19 (1980).

aplicación del derecho internacional, el pueblo saharauí intentó hacer valer sus derechos de forma pacífica cuando, en octubre de 2010, se produjo una marcha masiva de la población saharauí desde El Aaiún, la capital ocupada del Sahara Occidental, hasta el lugar llamado Akdeim Izik. Allí se organizó un campamento pacífico que se rigió como si fuera una entidad independiente, para reclamar el respeto de los derechos políticos, pero también económicos, del pueblo del Sahara Occidental. Esta forma de resistencia masiva –y pacífica– ha sido considerada como el precedente directo de las revueltas árabes que se iniciaron de forma pacífica pocas semanas después en Túnez. La protesta del campamento fue brutalmente reprimida en pocas semanas, y el 8 de noviembre de 2010 Marruecos la arrasó completamente, y tras matar y herir a varios saharauis (hechos por los que las autoridades marroquíes no han llevado a cabo ninguna investigación) detuvieron y encarcelaron a los principales líderes del movimiento. Estos líderes fueron juzgados por Marruecos, en contravención del IV Convenio de Ginebra, fuera del territorio de Sahara Occidental por un tribunal militar que los condenó el 18 de abril de 2013 a severas penas que alcanzan la cadena perpetua, alegando que habían cometido ciertos

“asesinatos”. Sin embargo, el Tribunal Supremo marroquí ordenó repetir el juicio por un tribunal civil, y anuló las condenas manifestando que las mismas se realizaron sin ninguna prueba contra los acusados³¹. En 2017 se reanudó el juicio por un tribunal civil que volvió a condenarlos. A pesar de que el Tribunal Supremo marroquí dijo, al anular la sentencia del tribunal militar, que no había pruebas contra ellos, el Tribunal de Casación civil ha vuelto a sentenciarlos con “pruebas” aparecidas por primera vez en este proceso, y que en ningún momento constaron en la instrucción o en el juicio militar.

5. En enero de 2017 la situación dio un nuevo giro. En esa fecha, el Reino de Marruecos oficializó su entrada en la Unión Africana, la organización política continental de África. Antes de la Unión Africana existió la Organización para la Unidad Africana (OUA). Cuando Marruecos ratificó su ingreso en la OUA el 19 de septiembre de 1963, unos días después de fundarse la organización el 13 de septiembre (motivo por el que Marruecos no puede ser calificado como “miembro fundador” en términos rigurosos), lo hizo introduciendo una reserva de este tenor:

Par cette signature le Gouvernement de Sa Majesté le Roi concrétise à nouveau son attachement

³¹ Los textos (en árabe) de la sentencia condenatoria del tribunal militar y de las sentencias del Tribunal Supremo que ordenan repetir el juicio se pueden consultar en <http://www.usc.es/es/institutos/ceso/Marruecos-Procedimientos-judiciales.html>

à l'Unité Africaine inscrite dans sa Constitution, a la Coopération pacifique et fraternelle des peuples africains dans tous les domaines pour la réalisation de leurs objectifs, de leurs aspirations et d'une solidarité africaine plus complète.

Cependant, en souscrivant ainsi à tous les objectifs, à tous les principes de la Charte de l'Organisation, principes en faveur desquels il a toujours oeuvré avec foi et détermination, le Gouvernement de Sa Majesté le Roi n'a entendu renoncer d'aucune façon à ses droits légitimes dans la réalisation pacifique et la sauvegarde de l'intégrité territoriale du Royaume dans ses frontières authentiques (United Nations Treaty Series, 1965, pp. 88 y 89).

By this signature the Government of His Majesty records once again its dedication to the cause of African Unity written into its Constitution and to peaceful and fraternal co-operation between the peoples of Africa in every sphere, for the achievement of their objectives and aspirations and of greater African solidarity.

Nevertheless, by thus subscribing to all the objectives and to all the principles of the Charter of the Organization-principles for which it has always worked with faith and determination-the Government of His Majesty in no way renounces its legitimate rights in regard to the peaceful achievement and safeguarding of the territorial integrity of the Kingdom within its authentic frontiers (United Nations Treaty Series, 1965, pp. 88 y 89).

En 1984, la OUA admitió a la RASD como Estado miembro, tras lo cual Marruecos

decidió abandonar la organización exigiendo como condición para su regreso la expulsión de la RASD. En 2000, los Estados miembros de la OUA decidieron fundar una nueva organización, la Unión Africana (UA), cuya Acta constitutiva entró en vigor en 2002. La RASD, como Estado miembro de la OUA, es miembro fundador de la UA; sin embargo, Marruecos no quiso adherirse a la UA y siguió alegando la imposibilidad de adherirse a esta mientras la RASD fuera Estado miembro de la misma³². No obstante, en septiembre de 2016, Marruecos solicitó su ingreso en la UA, el cual se oficializó en enero de 2017. A diferencia de lo ocurrido con su ingreso en la OUA en 1963, el ingreso de Marruecos en la UA se ha realizado sin presentar ninguna reserva. Ello es importante, porque para ingresar en la UA este país ha ratificado un tratado, el Acta Constitutiva de la Unión Africana, que en su artículo 3.b) establece entre los objetivos: “b) Defender la soberanía, la integridad territorial y la independencia de sus Estados miembros”. Esto significa pura y simplemente que, aunque Marruecos no haya procedido a un reconocimiento explícito de la RASD, se ha obligado internacionalmente a defender su “soberanía, la integridad territorial y la independencia”, dado que esta es un Estado miembro.

³² En una entrevista concedida por la viceministra marroquí de Asuntos Exteriores, Mbarka Bouaida, y publicada el 30 de enero de 2014, expresó la posición oficial de su gobierno: “le Maroc exige l'exclusion du Polisario”. Ver en <http://www.afrik.com/mbarka-bouaida-il-n-est-pas-normal-que-le-polisario-soit-membre-de-l-union-africaine>

La consecuencia es clara. Si el propio Marruecos ha reconocido implícitamente a la RASD al adherirse a la Unión Africana: ¿cómo puede exigir a otros Estados que no lo hagan? Esto nos lleva al examen del reconocimiento de la RASD por Colombia.

EL CASO DE COLOMBIA Y DE LOS ESTADOS PARTE EN LA CONVENCIÓN DE MONTEVIDEO

1. El análisis de la situación de Colombia en relación con la RASD presenta una particularidad adicional. Colombia reconoció a la RASD el 27 de febrero de 1985. Sin embargo, en el año 2001, y bajo la presidencia de Andrés Pastrana, el país decidió “congelar” el reconocimiento de la RASD. El 7 de mayo de 2014, el Senado colombiano aprobó por unanimidad la proposición 160/2014 en la que se insta al presidente Juan Manuel Santos a que restablezca plenamente las relaciones bilaterales entre la República Árabe Saharaui Democrática y Colombia. Sin embargo, el presidente no ha dado curso a esa resolución de la representación popular. La singularidad del caso de Colombia (y de otros Estados que adoptaron una decisión parecida)³³ es que este Estado es parte de la Convención de Derechos y Deberes de los Estados, firmada en Montevideo el 26 de diciembre de 1933³⁴, cuyo artículo 6 establece: “El reconocimiento de un Estado meramente significa

que el que lo reconoce acepta la personalidad del otro con todos los derechos y deberes determinados por el derecho internacional. El reconocimiento es incondicional e irrevocable”.

La Convención de Montevideo dice claramente que el reconocimiento de un Estado es “incondicional e irrevocable”. Analizando el caso de Colombia a la luz de las obligaciones internacionales contraídas al ratificar esta convención aparecen dos consideraciones.

La primera es que si el reconocimiento es “irrevocable”, Colombia no ha podido invalidar su reconocimiento de la RASD que, en consecuencia, debe darse por subsistente. Quizá por ello el presidente Pastrana eligió la palabra “congelar”, en lugar de “retirar” el reconocimiento.

La segunda es determinar si un “congelamiento” del reconocimiento es compatible con la obligación asumida de hacer un reconocimiento “incondicional”. Para ello conviene acudir al artículo 31 de la Convención de Viena sobre el derecho de los tratados, de 23 de mayo de 1969, que dice: “Un tratado deberá interpretarse de buena fe conforme al sentido corriente que haya de atribuirse a los términos del tratado en el contexto de estos y teniendo en cuenta su objeto y fin”.

Puede considerarse que el “fin” de la Convención de Montevideo es, según su artículo 4, garantizar la igualdad de los

³³ Es el caso de Guatemala, Haití, Jamaica, Paraguay, Perú y la República Dominicana.

³⁴ Colombia depositó el instrumento de ratificación de este tratado el 22 de julio de 1936.

Estados: “Los Estados son jurídicamente iguales, disfrutan de iguales derechos y tienen igual capacidad para ejercitarlos. Los derechos de cada uno no dependen del poder de que disponga para asegurar su ejercicio, sino del simple hecho de su existencia como persona de derecho internacional”.

Pues bien, no cabe ninguna duda de que la “congelación” del reconocimiento de la RASD afecta al disfrute de los derechos de esta como Estado reconocido por Colombia. Y ello es así porque, al estar “congelado” el reconocimiento, la RASD queda privada de su derecho a enviar legaciones diplomáticas (*ius legationis*) y de su derecho a negociar y concertar tratados con Colombia (*ius contrahendi*). Siendo esto así, queda claro que la “congelación” del reconocimiento de la RASD es una decisión ilegal, pues contraviene la Convención de Derechos y Deberes de los Estados, firmada en Montevideo en 1933, que se halla ratificada por Colombia.

2. Creo haber demostrado que la decisión del presidente colombiano de “congelar” el reconocimiento de la RASD es claramente contraria a la legalidad internacional contenida en la Convención de Montevideo. Sin embargo, la gravedad de la misma va más allá de lo que pudiera verse a primera vista. Colombia es un país que, como otros, tiene litigios con sus vecinos y que ha tratado de resolver los mismos por medios pacíficos y legales. Conviene no minusvalorar el efecto que en los propios intereses tiene la erosión del respeto

de la legalidad internacional en asuntos ajenos, aunque esto, como es lógico, es algo que no preocupa a aquellos Estados que no se plantean resolver sus disputas por medios pacíficos. Por lo demás, el hecho de que un Estado de la dimensión del colombiano pueda, incluso en violación de la legalidad internacional, incumplir su propia palabra al “congelar” un reconocimiento previamente hecho transmite una imagen exterior sin duda negativa, y que puede ser esgrimida para cuestionar la fiabilidad de los compromisos exteriores del país.

Es posible que, durante un tiempo, alguien hubiera podido aducir otras consideraciones “políticas” para tratar de contrarrestar las consideraciones jurídicas que se acaban de exponer, pero tras el ingreso de Marruecos en la Unión Africana, en el que se compromete a respetar la soberanía, integridad territorial e independencia de los otros Estados miembros, entre los que se halla la RASD, no se ve la razón de por qué Colombia, como Estado, debe soportar el coste de no cumplir la legalidad internacional y de no haber honrado su posición expresada en 1985 al reconocer a la RASD.

CONCLUSIÓN

1. El derecho del pueblo del Sahara Occidental a la autodeterminación y la independencia está consagrado por la Asamblea General y por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, y ha

- sido afirmado por el Tribunal Internacional de Justicia.
2. En ejercicio de este derecho, en una situación extrema en la que la potencia administradora (España) no permitió organizar el referéndum al que se comprometió, se fundó el Estado saharauí, la RASD, en una parte del territorio en la que las autoridades saharauíes ejercían su soberanía sobre la población establecida en el mismo. La RASD ingresó en la OUA en 1984 y fue miembro fundador de la UA en 2000.
 3. La negativa de Marruecos a aceptar el derecho del pueblo del Sahara Occidental a la autodeterminación y la independencia originó una guerra de 16 años, la guerra del Sahara (1975-1991) a la que solo puso fin la aprobación por el Consejo de Seguridad en 1990 del Plan de Arreglo, aceptado por Marruecos y por el Frente Polisario, las dos partes del conflicto, que establece un referéndum de autodeterminación para que todo el pueblo del Sahara Occidental ejerza su derecho a la autodeterminación y la independencia. El Plan de Arreglo es una apuesta por la solución pacífica del conflicto del Sahara Occidental. El 6 de septiembre de 1991 entró en vigor el alto al fuego contenido en el Plan de Arreglo como medida previa a la celebración del referéndum de autodeterminación para optar entre la independencia o la integración en Marruecos.
 4. El Plan de Arreglo fue aceptado oficialmente por el Reino de Marruecos en 1988. Sin embargo, tras haber puesto
 - infinidad de obstáculos, en abril de 2004, el Reino de Marruecos decidió incumplir su compromiso negando de nuevo al pueblo del Sahara Occidental su derecho a la independencia. Sudáfrica, el Estado más importante de África, mediante una importante carta de su entonces presidente, Thabo Mbeki, formuló una doctrina conforme a la cual el reconocimiento de la RASD es la medida idónea para hacer frente a la violación marroquí del derecho internacionalmente reconocido que asiste al pueblo del Sahara Occidental.
 5. A partir de enero de 2017, la situación es aún más clara, pues el reino de Marruecos solicitó su adhesión a la Unión Africana, organización continental de la que la RASD es miembro fundador. Al solicitar su adhesión, Marruecos se comprometió a respetar la “soberanía, integridad territorial e independencia” de los Estados miembros y, por tanto, también de la RASD. Sin embargo, en lo que parece una práctica contradictoria y de mala fe, sigue oponiéndose a aplicar el Plan de Arreglo que firmó.
 6. Como he dicho, ante el incumplimiento por Marruecos de sus obligaciones internacionales caben varias posibilidades. Unas son pacíficas y otras implican el recurso a la fuerza. Queda claro que si se cierra al pueblo del Sahara Occidental el recurso a medios pacíficos para hacer valer sus derechos, como ha ocurrido con la represión del campamento de protesta de Akdeim Izik, se le aboca a tener que utilizar medidas de fuerza. A este respecto conviene recordar que el espectro de la

guerra rondó muy cerca el Sahara Occidental al estallar la crisis de Guerguerat el 11 de agosto de 2016, cuando Marruecos decidió ocupar una parte del territorio del Sahara Occidental (el paso de Guerguerat que conecta con Mauritania) que se halla más allá del muro que divide el territorio, y las tropas saharauis tuvieron que intervenir para hacer frente a la incursión marroquí. Aunque no llegó a abrirse fuego, las tropas estuvieron a cien metros de distancia durante meses hasta que la crisis se resolvió aparentemente en abril de 2017.

7. En este contexto, la responsabilidad de los demás miembros de la comunidad internacional es máxima. Quien de verdad considere que las relaciones internacionales deben producirse por cauces pacíficos y en el marco del respeto del derecho internacional tiene que adoptar posiciones que favorezcan ese objetivo. No cabe invocar el objetivo de desear unas relaciones pacíficas y no actuar contra quien impide una solución pacífica.
8. La medida idónea mediante la que los Estados de la comunidad internacional pueden reafirmar los derechos internacionalmente reconocidos del pueblo del Sahara Occidental y una solución pacífica del conflicto es el reconocimiento de la

RASD y el establecimiento de relaciones diplomáticas con ambas partes. Lo contrario es, ya, un cheque en blanco a la potencia ocupante que resulta innecesario tras la entrada de Marruecos en la UA, y dañino para un país, el Sahara Occidental, que ha hecho una apuesta muy costosa por la paz.

REFERENCIAS

- Cadena Afanador, W. y Solana Jiménez, M. Y. (2008). Contexto sociojurídico del conflicto en el Sahara Occidental. *Diálogos de saberes*, 29, 273-296.
- Del Vecchio, G. (1956). *Teoría del Estado*. Barcelona: Bosch.
- Diego Aguirre, J. R. (1991). *Guerra en el Sahara*. Madrid: Istmo.
- Ruiz Miguel, C. (2001). Recientes desarrollos del conflicto del Sahara Occidental: autodeterminación y estatalidad. *Anuario Mexicano de Derecho Internacional*, 1, 343-362.
- Ruiz Miguel, C. (2005). El largo camino jurídico y político hacia el Plan Baker II. ¿Estación de término? *Anuario Mexicano de Derecho Internacional*, v, 445-498.
- Truyol y Serra, A. (1985). *La sociedad internacional* (5 ed.). Madrid: Alianza.
- Verdross, A. (1963). *Derecho Internacional Público* (trad. y notas de la 4ª edición alemana de 1959, por Antonio Truyol y Serra). Madrid: Aguilar.

INDICACIONES PARA AUTORES

El Centro de Investigaciones y Proyectos Especiales (CIPE) de la Facultad de Finanzas, Gobierno y Relaciones Internacionales de la Universidad Externado de Colombia, invita a los académicos, investigadores y especialistas en temas de asuntos internacionales contemporáneos a publicar sus avances de investigación en la revista OASIS, adscrita al Observatorio de Análisis de los Sistemas Internacionales. La revista OASIS es de circulación nacional e internacional. Esta publicación inició con periodicidad anual en 1995 y es semestral a partir del año 2014.

La revista OASIS busca realizar una contribución a la producción y socialización del conocimiento científico en las ciencias sociales, con especial énfasis en temas relacionados a las relaciones internacionales. El objetivo es la publicación de trabajos científicos resultados de investigación o de reflexión teórica. Se privilegiarán los trabajos sobre los temas de las líneas de investigación que se desarrollan en el marco del Grupo de investigación OASIS. Las líneas de investigación son las siguientes: Estudios regionales, Gobernanza global y Teoría de relaciones internacionales.

Los textos entregados a la revista OASIS deben ser artículos de investigación, reflexión o revisión que presenten de manera detallada los resultados originales de proyectos de investigación. La estructura generalmente utilizada contiene cuatro apartes importan-

tes: introducción, metodología, resultados y conclusiones.

Los artículos presentados deben ser inéditos y escritos en español, inglés francés o portugués, con su respectivo resumen y palabras clave en español e inglés.

El Comité Editorial se compromete con los estándares generales de calidad académica. Una vez recibidos los artículos se remiten a dos evaluadores externos –pares académicos anónimos, especializados en el campo de la investigación– quienes desarrollan el proceso de arbitraje mediante el sistema de doble ciego, en el cual se garantiza el anonimato de evaluador/es y autor/es. Cuando se presenten casos de controversia en los resultados de las evaluaciones, el Comité Editorial seleccionará un tercer árbitro para tomar la decisión final. Este proceso tarda aproximadamente dos meses. Los pares evaluadores no deben tener ningún conflicto de intereses con los autores y sus trabajos. También deben manifestar el conocimiento de los estándares internacionales de publicación científica con los que se compromete la revista, en particular los referentes al manejo del plagio y el proceso de revisión de pares externos. Además, todos los evaluadores deberán aceptar la declaración de confidencialidad.

Posteriormente, el Comité Editorial se reserva el derecho de seleccionar el material por publicar y de mantener los artículos

aceptados para posteriores publicaciones, si fuese necesario. El Comité Editorial se reserva el derecho de realizar cambios en la redacción. De estimar necesario, la introducción de modificaciones sustanciales en el texto se consultará previamente con el/los autor/es. En caso de considerarse la no publicación de un trabajo el/los autor/es será/n notificado/s. Todas las propuestas serán consideradas sin perjuicio de la postura teórica, el punto de vista expresado o la metodología empleada. La publicación de los artículos no significa que la dirección de la revista comparta los puntos de vista que en ellos se exponen. El/los autor/es es/son responsable/s directo/s de las tesis o ideas expresadas en ellos.

Al remitir su contribución en medio magnético, el autor debe manifestar con claridad: 1) Si está de acuerdo con la política editorial de la revista OASIS; 2) si su artículo es inédito o no; en caso negativo, informando su referencia bibliográfica conforme los requisitos que se detallan más adelante, y 3) afirmar que el artículo no se encuentra en proceso de evaluación en otra revista u órganos editoriales.

La identificación del autor debe incluir nombre completo, breve hoja de vida, institución a la que se encuentra vinculado, dirección, correo electrónico y fecha de realización del trabajo.

La presentación de todo artículo deberá ir acompañada de una hoja de portada en la que aparecerá: título del trabajo, nombre del autor (o autores), institución a la que pertenece(n) con su dirección postal, dirección electrónica, resumen en español e inglés (máximo 150 palabras) y palabras clave en español e inglés

(de cuatro a seis). En la página siguiente se iniciará el artículo precedido únicamente del título en español e inglés.

La extensión de artículos es de un máximo de 9.000 (nueve mil) palabras en espacio sencillo, escritos en Word, letra Arial 12, márgenes superior e inferior de 2,5 cm; izquierda y derecha de 3,0 cm, incluidas bibliografía, notas, fotos o gráficos, si el documento lo requiere. Podrán ser publicados resúmenes de trabajos de grado con una extensión máxima de 9.000 (nueve mil) palabras y que cuenten con la debida autorización de la institución educativa para su publicación en la revista.

La información estadística debe estar contenida en tablas y gráficos y es responsabilidad del autor. Todas las tablas y gráficos deben entregarse, además de en el cuerpo del artículo, en un archivo aparte y deben poder ser modificables; en la parte inferior de estos deben quedar consignadas las fuentes.

La bibliografía debe aparecer al final del artículo y debe contener un mínimo de 17 referencias, diferenciadas de las notas, en caso de que las hubiera, y se presentará según el Manual de Publicaciones de la American Psychological Association (apa: www.apastyle.org).

Las citas en el texto: (apellido del autor, coma, año de publicación). Si se menciona el autor, solo se deberá escribir el año de la publicación del texto al que se hace referencia.

Cuando un trabajo tiene dos autores(as) siempre se citan los dos apellidos cada vez que la referencia aparece en el texto. Cuando un trabajo tiene tres, cuatro o cinco autores(as), se citan todos la primera vez que aparece la

referencia en el texto. En las citas subsiguientes se escribe solamente el apellido del (la) primer(a) autor(a) seguido de *et al.* y el año de publicación.

Las referencias bibliográficas tienen el siguiente esquema de citación: apellido y nombre del autor, año de publicación, título del libro en cursiva, ciudad y editorial. Los capítulos de obras colectivas deben incluir: apellido y nombre del autor, año de publicación, título del capítulo, título del libro en cursiva, ciudad, editorial y páginas del capítulo. Los artículos de revistas deben incluir: apellido y nombre del autor, año de publicación, título del artículo, nombre de la revista en cursiva, volumen, número y páginas del artículo.

La notas se presentarán al pie de página y estandarizadas en su presentación.

La revista requiere que los autores autoricen, por medio de una licencia de uso, la edición, publicación, reproducción, distribución y comunicación pública de la obra de su autoría, tanto en soporte físico como digital, para fines exclusivamente científicos, culturales, de difusión y sin ánimo de lucro. Los autores conservan los derechos de autor y garantizan a la revista el derecho de ser la primera publicación del trabajo, que estará licenciado con el Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual. La reproducción de los documentos en otros medios impresos y/o electrónicos debe incluir un reconocimiento de la autoría del trabajo y de su publicación inicial, tal como lo estipula la licencia. Los autores podrán divulgar su documento en cualquier repositorio o sitio web. Inmediatamente después de su publicación, los artículos serán enviados

en medio magnético a las diferentes bases de datos y sistemas de indexación para la divulgación de su contenido. Los artículos también se pueden consultar gratuitamente en la página web: www.uexternado.edu.co/oasis, en el catálogo Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal (LATINDEX), el Directory of Open Access Journals (DOAJ), y en las bases de datos del International Bibliography of Social Sciences (IBSS), Emerging Sources Citation Index (ESCI), Cengage Learning, Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades (CLASE), Fuente Académica EBSCO, Dialnet, Social Science Research Network (SSRN), Red Iberoamericana de Innovación y Conocimiento Científico (REDIB), el Registro Escandinavo de Publicaciones Científicas y el Open Journal System (OJS).

La presentación y publicación de artículos en la revista no genera costos para los autores. La revista está comprometida con los estándares internacionales de publicación científica. Para ello se siguen las directrices de la 2nd World Conference on Research Integrity, Singapur, julio 22-24 de 2010:

http://publicationethics.org/files/International%20standard_editors_for%20website_11_Nov_2011.pdf

Las directrices para autores se pueden consultar en:

http://publicationethics.org/files/International%20standards_authors_for%20website_11_Nov_2011.pdf

Los artículos y toda la correspondencia relacionada con el contenido de la revista deben ser enviados a:

Martha Ardila Ardila
Editora Revista OASIS
Calle 12 n° 1-17 este
Centro de Investigaciones y Proyectos Especiales (CIPE)
Universidad Externado de Colombia
Bogotá D.C., Colombia
[oasis@uexternado.edu.co]
www.uexternado.edu.co/oasis

GUIDELINES FOR AUTHORS

The Research and Special Projects Center of the School of Finance, Government and International Relations of the Externado University of Colombia invites academics, researchers, and specialists interested in contemporary international issues to publish their research projects in the OASIS Journal. The journal is an integral part of the Observatory of the Analysis of International Systems. The OASIS Journal has national and international circulation. It has been published annually since 1995 and twice a year since 2014.

The OASIS Journal seeks to contribute to the production and socialization of scientific knowledge in social sciences, with special emphasis on contemporary international issues such as area studies, international relations theory, geopolitics, migration, governability, development, cooperation, transitional government, energy and natural resources, and finally conflict, peace and security.

Texts submitted to the OASIS Journal should be articles of research, reflection, or review that present original research findings. Each article should have the following four sections: introduction, methodology, findings, and conclusions. The articles submitted to the journal must be unpublished and written in Spanish, English, French or Portuguese with their respective abstracts and keywords in both Spanish and English.

The Editorial Committee is committed to the general standards of academic quality. Once received, the articles are remitted to two

external reviewers – anonymous academic peers specialized in the field of research – who shall undertake the peer review process through a double-blind system, which will guarantee the anonymity of the reviewer(s) and author(s). In case of conflict between two reviews, the Editorial Committee will appoint a third referee to make the final decision. This process takes approximately two months. The referees should not have any conflict of interest with the authors and their works. They should also be aware of the journal's international standards of scientific publication, especially with regard to the issue of plagiarism and the peer review process. In addition, all reviewers should accept the privacy statement.

Thereafter, the Editorial Committee reserves the right to select the material to be published and to keep the accepted articles for future publications, if necessary. The Editorial Committee can also make editorial changes. If deemed necessary, substantial modifications to the text will be consulted with the author(s). The author(s) will be notified in case the article is not considered for publication. All proposals shall be considered without regard to the article's theoretical position, the point of view of the author, or the chosen methodology. The publication of articles does not imply that the directors of the Journal share the points of view expressed therein. The author(s) is (are) directly responsible for their thesis or ideas.

When submitting their work through digital media, the authors must clearly state: 1. if they agree with the Editorial Policy of the OASIS Journal; 2. if their article is unpublished or not; in case it is not, informing their reference bibliography in accordance to the requirements that are detailed below, and; 3. affirm that the article is not being evaluated by another journal or editorial.

The author must include his/her complete name, a brief résumé, their affiliated institution address, e-mail, and the work's date. All articles' presentations must be accompanied by a cover sheet with: title, name(s) of author(s), institution to which they belong with mailing address, web address, abstract in Spanish and English (150 words maximum) and keywords in Spanish and English (four to six). The article should begin on the following page, preceded only by the title in Spanish and English.

The length of the article should be maximum of 9,000 (nine thousand) words, single space, written in Word, Arial 12 point font, top and bottom margins of 2.5 centimeters; left and right of 3.0 centimeters, including bibliography, notes, photographs and graphs, if the document requires them. Graduation theses can be published with a maximum length of 9,000 words and proper authorization from the educational institution for their publication in the Journal.

Statistical information must be presented in tables and graphs and are the responsibility of the author. In addition to being in the body of the article, all tables and graphs must be submitted in a separate file and must be

modifiable. Additionally, the sources must be documented in the bottom part of these.

The bibliography must appear at the end of the article and must contain a minimum of 17 references, separate from the notes, in case there are any, and shall be presented according to the Publication Manual of the American Psychological Association (APA: www.apastyle.org). In-text citations: (author's last name, comma, year of publication). If the author is mentioned, only the year of publication of the referenced text must be written. When a work has two authors, both last names are always cited whenever the reference appears in the text. When a work has three, four, or five authors, all authors are cited the first time the text is referenced. In subsequent citations of the same text only the last name of the first author is written, followed by the phrase "et al." and the year of publication.

Bibliographic references have the following citation outline: Author's last name and given name, year of publication, book title in italics, city, and editorial. Chapters of collected works must include: author's last name and given name, year of publication, chapter title, book title in italics, city, editorial, and chapter pages. Journal articles must include: author's last name and given name, year of publication, article title, journal name in italics, volume, number, and article pages. Notes will be presented as footnotes and standardized in their presentation.

The journal requires that the authors authorize, through a license, the editing, publication, reproduction, distribution, and public communication of the author's work,

both physically and digitally, for solely scientific, cultural, diffusion, and non-for-profit purposes. The authors retain copyrights and guarantee the Journal first publication rights, which will be licensed under Creative Commons Attribution-NonCommercial-Share-Alike. The reproduction of the documents in other media, printed or electronic, must include recognition of the work's author and its original publication, as is stipulated in the license. The authors may publish their work on any website or repository. Immediately after their publication, the articles must be sent on digital media to the various databases and indexation systems for the release of their content. The articles will also be accessible for free on the website [www.uexternado.edu.co/oasis] and in the catalogue Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal (LATINDEX), the Directory of Open Access Journals (DOAJ), and in the data bases of International Bibliography of Social Sciences (IBSS), Emerging Sources Citation Index (ESCI), Cengage Learning, Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades (CLASE), Fuente Académica EBSCO, Dialnet, Social Science Research Network (SSRN), Red Iberoamericana de Innovación y Conocimiento Científico (REDIB), el Registro Escandinavo de Publicaciones Científicas and the Open Journal System (OJS).

The presentation and publication of articles implies no cost whatsoever to the authors. The Journal is committed to international standards of scientific publication. For this, the 2nd World Conference on Research Integrity, Singapore, July 22-24, 2010 guidelines are followed:

http://publicationethics.org/files/International%20standard_editors_for%20website_11_Nov_2011.pdf

The guidelines for authors can be accessed at:

http://publicationethics.org/files/International%20standards_authors_for%20website_11_Nov_2011.pdf

Articles and all correspondence related to the content of the Journal should be sent to:

Martha Ardila Ardila
 Editora Revista OASIS
 Calle 12 n° 1-17 este
 Centro de Investigaciones y Proyectos
 Especiales
 Universidad Externado de Colombia
 Bogotá D.C., Colombia
 [oasis@uexternado.edu.co]
 www.uexternado.edu.co/oasis



Madeleine *Albright*

Noam *Chomsky*

Mikhail *Gorbachev*

Chuck *Hagel*

John *Kerry*

Sergei *Khrushchev*

Ricardo *Lagos*

John *McCain*

Jeffrey *Sachs*

Joseph *Stiglitz*

Martin *Wolf*

Paul *Wolfowitz*

Fareed *Zakaria*

And more. 

Now in its 24th year, the *Brown Journal of World Affairs* is a student run publication featuring original works by policy makers, world leaders and prominent academics.

www.brown.edu/bjwa

Phone: 401-569-6991 Email: bjwa@brown.edu

The Brown Journal of World Affairs

Brown University, Box 1930 Providence, RI 02912 USA





Editado por el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en mayo de 2018

Se compuso en caracteres Adobe Garamond Pro de 11 puntos
y se imprimió sobre propalibros de 70 gramos
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem